Teléfono

Percival Everett

Traducción de
Javier Calvo



DE CONATUS

COLECCIÓN **¿QUÉ NOS CONTAMOS HOY? NOVELA**

TABLE OF CONTENTS

Portada
Créditos
Dedicatoria
Cita
Pato, pato, ganso
De Homine
De Cive
Los más sabios son los que no saben nada
coda
Aquí viene un viejo soldado de Botany Bay
Camaïeu
el pájaro se escapa; el pájaro vuelve volando

TELÉFONO

Percival Everett

Traducción Javier Calvo

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS
CONTAMOS HOY?
NOVELA

Título:
Teléfono

De esta edición:
© De Conatus Publicaciones S.L.
Casado del Alisal, 10
28014 Madrid
www.deconatus.com

Copyright © 2020 by Percival Everett
Spanish translation rights arranged with Melanie Jackson Agency, LLC
Título original: *Telephone*

© De la traducción: Javier Calvo

Primera edición: febrero 2026

Diseño de colección y cubierta: Álvaro Reyero Pita

ISBN epub: 978-84-10182-34-9

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o transmitido, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni otra manera sin previo permiso de los editores.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
comunicacion.deconatus@deconatus.com

Para mis hijos

Lo veo con total claridad; hay dos situaciones posibles: se puede hacer una cosa u otra. Mi opinión sincera y mi consejo de amigo es el siguiente: hazlo o no lo hagas, da igual; de ambas cosas te arrepentirás.

SØREN KIERKEGAARD



1

La gente, y con esto me excluyo a mí, nunca busca la verdad, sólo quiere satisfacción. No hay nada peor, con la excepción de ciertas enfermedades dolorosas y letales, que una verdad insatisfactoria y cutre. En cambio, una mentira satisfactoria es demasiado fácil de aceptar, y hasta de abrazarla y acurrucarse en ella. Igual que los pensamientos siempre traen consigo una dimensión de

pensamientos asociados, también las acciones traen acciones asociadas, cargadas de intenciones y resultados imprevistos e impredecibles, buenos o malos; e incluso las cosas, las cosas mismas, traen otras cosas asociadas y provistas de perspectivas y dimensiones imprevistas. Las verdades insatisfactorias… Igual que el fantasma de Banquo, son ideas que se sientan en el lugar del rey, ahora que las alusiones literarias están tan de moda. Menudas ideas. Es la esclavitud la que inaugura la senda a la felicidad.

Hic et nunc?

Me llamo Zach Wells. Wells es un buen apellido para un geólogo y paleobiólogo, que es lo que yo era. Sabía un montón sobre fósiles y cuevas, especialmente sobre los huesos que habían dejado las criaturas de hacía muchísimo tiempo. Siempre le decía a mi hija que necesitábamos cuidarnos los huesos porque al final sería lo único que quedara de nosotros, el único testimonio que quedaría de nuestras historias. En particular sabía muchísimo de una cavidad del Gran Cañón llamada la Cueva de la Nada, y de la vida avícola que había habitado en otros tiempos en ella. Qué esotérico, ¿verdad? En fin, sabía más del tema que la mayoría. Para clarificar la situación, debería señalar que la mayoría de la gente sabía más que yo sobre casi todo lo demás. Todo esto tenía y sigue teniendo poca importancia, o quizás trascendencia, pero por lo menos os da una idea de lo profunda y soporíferamente aburrido que soy. Os informa de que soy capaz de pasarme horas y horas en compañía de huesos, rocas y sedimentos, y más específicamente en cierta cavidad muy concreta de cierto muro rojo muy concreto situado a unos cuarenta y cuatro metros por encima del Río Colorado, en un lugar inaccesible salvo en helicóptero, y en una ocasión a bordo de una lancha de casco reforzado. Eso dice algo de mí, supongo, si es que hay algo que decir de mí. Un amigo mío murió en accidente de helicóptero mientras intentaba llegar a aquella cueva. Como soy un cabrón, he regresado muchas veces a la cueva y sólo me he acordado muy brevemente de él. Eso os dice algo de mí, aunque no me deje en muy buen lugar.

Antes de hacer el posgrado, estuve en los marines. Fue una equivocación de la que nunca tuve que arrepentirme. No serví en ninguna guerra y tampoco mantuve relación alguna con el cuerpo después de irme. Hice buenos amigos que no volví a ver. No llegué a tatuarme.

Vivía en una ciudad llamada Altadena, en California. Estaba al norte de otra ciudad llamada Pasadena. Altadena suena como si

fuera la parte alta de Pasadena. No sé qué significa Pasadena. Al parecer no lo sabe nadie. Hay demasiadas cosas que no sabe nadie, lo cual resulta reconfortante, hasta cierto punto. En el momento de escribir esto, no sé si viviré mucho más tiempo y vosotros no sabéis ni de qué estoy hablando. Me ha traído a este punto una simple nota, cuatro garabatos sobre un papel, unas palabras que podrían no significar nada, que yo podría haber permitido que no significaran nada. Pero eso no es realmente posible, ¿verdad?

Sicut in spelunca

Aechmophorus occidentalis. Dos fragmentos encontrados en nidos de ratas. Los pedazos eran demasiado pequeños para permitir su medición y la identificación de la subespecie. El somormujo es un residente invernal y migratorio muy común.

Antes tenía familia, esposa e hija, Meg y Sarah. Cuando mi hija todavía lo podía entender, intenté explicarle que en este mundo hay gente que caza a mujeres. Intenté decírselo sin decírselo, sin expresarlo en un lenguaje claro. No quería que fuera por la vida con miedo. Y terminó no teniéndolo, aunque sólo fuera porque no se daba cuenta de las cosas. Fue algo bueno y a la vez triste.

Al otro lado del largo y muy antiguo Puente de la Calle Stanton de El Paso, Texas, hay un pueblito mexicano no tan pequeño llamado Ciudad Juárez. El Puente de la Amistad, el Puente del Río Bravo, el Puente de Ciudad Juárez a Stanton, El Paso. Al otro lado de aquel puente se daba caza a cientos de mujeres, se las perseguía, violaba, encarcelaba, torturaba y mataba. Eran en su mayoría morenas y de constitución delgada, igual que mi hermosa Sarah. Lo creáis o no, esa historia forma parte, en un sentido vago y amorfo, de esta historia.

Había quien decía que en una veintena de años habían desaparecido o habían sido asesinadas doscientas mujeres. Otros decían que la cifra se acercaba más a las setecientas. La gente es así con las cifras. Te dirán que no son setecientas, sólo trescientas, doscientas, como si cien no fuera una cifra completamente horrible, o cincuenta, o veinticinco. Nadie sabía quién mataba y secuestraba a aquellas mujeres. Quizás los carteles de la droga, decían algunos. Quizás bandas itinerantes de depredadores sexuales. O adoradores del diablo. Quizás invasores del espacio. Hombres, eso sí. Eran hombres. Siempre hombres.

Las cifras eran enormes, obscenas, hediondas. Olga Pérez. Cientos de mujeres sin nombre. Edith Longoria. Cientos de mujeres sin cara.

Guadalupe de la Rosa. Nombres. Un nombre. María Nájera. Resultaba muy simple, seguro y fácil hablar de cifras en El Paso, a un mundo de distancia. Nadie echa de menos a quinientas personas. Nadie echa de menos a cien personas. En Juárez, en cambio, siempre era una persona. Una hija. Una amiga. Una cara. Un nombre. Alguien echa de menos a una persona.

De Corpore

Hay gente a la que no se le da bien ser feliz. Y cuando digo gente, me refiero a mí. No es que estuviera desolado, ni tampoco digo que tenga nada de malo estar triste, ni que quisiera ser desgraciado ni sentir melancolía, pero no me sentía satisfecho, sea lo que sea que significara, o signifique, estar satisfecho. Era extraño que no estuviera contento con mi vida, porque tenía muchas de esas cosas que supuestamente traen la felicidad. Tenía una compañera lista y luminosa, a quien apreciaba pese a no estar completamente enamorado de ella, y con quien estaba contento de compartir los asuntos cotidianos y mundanos de la vida. Era consciente de que debería haberla amado del todo, pero siendo el infeliz desgraciado que soy… Tenía una hija preciosa de la que me sentía completamente enamorado, cada día más. Aun así, arrastraba una capa palpable de melancolía que me envolvía y que no me podía quitar de encima. Nuestra casa era cálida, cómoda y, aunque no era enorme, tampoco era pequeña. Mi trabajo consistía en estudiar las cosas que había elegido estudiar, por áridas que fueran, y trabajar con gente más o menos interesante y decente, por árida que fuera. Se me daba bien mi trabajo, obtenía un reconocimiento ocasional por ello y no me imaginaba a mí mismo haciendo otra cosa. Aun así, de vez en cuando volvía del trabajo, me quedaba sentado en el coche frente a la casa y me planteaba en silencio, planeándolo con frialdad, el más egoísta de los actos, el suicidio. La culpa que me provocaban aquellos pensamientos suicidas ya era suficiente para hacer que me quisiera matar. No llores por mí, Argentina. Las mañanas después de tener aquellos pensamientos egocéntricos, idiotas e indolentes siempre eran extremadamente luminosas, o por lo menos yo estaba, o intentaba estar, extremadamente deseoso de enmascarar cualquier rastro de mi desesperación y de mi odio a mí mismo, de levantar una fachada para bien de mi familia y de mi hija. Me planteaba la posibilidad de estar sufriendo depresión clínica y entendía de forma racional que, en caso de sufrirla, no tenía nada

de que avergonzarme; que era un problema médico, una cuestión de química cerebral. Pero terminaba pensando: ¿y qué? ¿Qué más daba si no era feliz? Mi felicidad estaba sobrevalorada. Mi hija era feliz. Mi mujer no tenía preocupaciones. Pero me movía por la vida con cautela, y la cautela en el amor es fatídica de cara a la felicidad genuina.

Teratornis merriami. Descubiertos tres especímenes de un teratorno gigante: parte de un húmero derecho y dos cráneos. Los cráneos se descubrieron en el recinto principal y en el estrato de los 25 a los 50 centímetros, correspondiente a finales del Pleistoceno. Una vez hechos los moldes, el húmero se envió al Departamento de Geociencias de la USC para su datación mediante radiocarbono. Se estimó que databa del 14.000 AP.

Fue un movimiento descuidado; no temerario, pero sí despreocupado, nada propio de mi hija. Siempre había sido una jugadora precavida. Le examiné la cara, observé la expresión concentrada de sus ojos castaños y me resultó familiar: la había visto y me había maravillado de ella muchas veces. Su mirada era resplandeciente, dorada y penetrante, y sin embargo por alguna razón el descuido de aquella jugada parecía importante. Estaba muy claro que era una equivocación por falta de atención, la típica que yo podría haber cometido una y otra vez; en su caso, sin embargo, era lo bastante improcedente como para que yo le preguntara si estaba segura de que era lo que quería hacer. Hacía un par de años que yo no le preguntaba nada parecido, y se quedó desconcertada, o por lo menos un poco indignada. Se limitó a mirar cómo yo le capturaba el caballo con un alfil muy evidente.

—No lo había visto —me dijo.

—Está claro. —Sostuve su caballo capturado en la palma de la mano; no quería magnificar el incidente colocándolo sobre la mesa —. Me sorprende viniendo de ti. —Ya hacía un año que Sarah era una ajedrecista mejor que yo, mucho mejor—. A todo el mundo se le puede pasar algo por alto. Mírame a mí, por ejemplo. Para mí, la nesciencia es una táctica.

Ella no levantó la mirada del tablero.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —dijo. Me echó un vistazo, se quedó mirando un momento más el tablero y por fin abandonó, quitando al rey en vez de derribarlo como acostumbraba a hacer—. ¿Qué carajo significa nesciencia?

—Es un regalito de palabra que te he hecho.

—Preciosa.

—Me alegro de que te guste.

—¿Habéis acabado ya? —preguntó mi mujer mientras pasaba por la sala; era su forma de decir que alguien debería empezar a hacer la cena.

—Eso va por mí —dije.

Sarah me siguió a la cocina.

—¿Cómo puedo no haber visto ese alfil? —preguntó, dirigiéndose más a sí misma que a mí.

—Cosas que pasan. A todos se nos escapan detalles. Por ejemplo, seguramente no te has fijado en lo guapo que estoy hoy. Es porque me he olvidado de afeitarme.

—Sí, a mí también.

Abrí la nevera.

—A ver, ¿qué opciones tenemos? ¿Qué podemos comer? ¿Cordero o cordero? —Cogí el paquete envuelto en papel.

—Lo que sea menos cordero —dijo Sarah.

—Vale, pues cordero. Hay que fijarse en la fecha de caducidad. —Olisqueé el paquete y se lo acerqué—. ¿Qué te parece?

Se apartó.

—Odio el olor del cordero.

—Creo que huele lo bastante mal como para comérnoslo. ¿Lo acompañamos con brócoli y arroz?

—Claro. Disfrutemos de la vida. Voy a hacer una ensalada.

Puse el cordero sobre la gruesa tabla de cortar que habíamos comprado durante las vacaciones en Nuevo México y me giré para coger una cazuela para el arroz.

—Va a estar bueno, ya verás —dije—. No le echaremos demasiada sal ni lo coceremos demasiado, como hacen algunos con el cordero.

—No le diré a mamá que has dicho eso. —Sarah abrió la puerta de atrás y llamó a Basil. El chucho enorme entró meneando el rabo—. ¿Quién es un buen chico? —le hizo unos mimos y fue a cogerle una galleta del armario.

—Dale algo pequeño —dije, señalando al perro con la cabeza—. Está criando michelines, el pobre Basil.

—Es porque quiere ser como su dueño.

—Eh, retira eso ahora mismo —bromeé.

Basil meneó la cola y esperó. Sarah le pidió que se sentara para comer la galleta y se la dio.

—Un Rathbone para Basil.

Una broma familiar que nunca había tenido gracia, pero se negaba a morir.

Meg vino a vernos a la cocina.

—Así me gusta. —Se sentó a la mesa y se nos quedó mirando—. ¿Qué sabes del semestral de sociales, súper Sarah? Caray, cuántas eses en una sola frase.

—Estaba chupado.

—Me acuerdo de mi octavo de primaria —dijo Meg.

—Oh, no —dijo Sarah.

—Fue horrible —siguió diciendo Meg.

—¿Por qué? —Sarah peló una zanahoria.

—Por la señora Oliphant. Odiábamos a la señora Oliphant. La llamábamos la señora Elefante, aunque no tenía gracia porque era flaca como una escoba.

—¿Y por qué la odiabais? —preguntó Sarah.

—A ver, si lo preguntas para reírte de mí…

—No, no, lo quiero saber de verdad.

—Yo también —dije—. Por favor, háblanos de la señora Elefante.

—Os odio a los dos. Me voy a quedar aquí sentada disfrutando de mi té.

—No tienes té —dijo Sarah.

—¿Por qué será?

—Voy a calentar el agua —dije.

—Gracias.

Como suele pasar, justo cuando estaba a punto de decir algo del tipo *cuidado, ese cuchillo está muy afilado*, Sarah se hizo un corte en el dedo. Era fácil olvidar que tenía doce años, pero lo recordabas en momentos como ese, cuando el dolor en realidad era miedo. Sostuvo el dedo en alto delante de la cara y se lo quedó mirando como si no se lo pudiera creer, con los ojos bañados en lágrimas.

—Ven, vamos a lavártelo. Déjame ver cómo lo tienes —dijo Meg.

Me aparté y dejé que se hiciera cargo ella. Se le daba bien hacer de madre.

—Sólo es un rasguño. Es bueno que salga un poquito de sangre de vez en cuando, así se van las impurezas del cuerpo.

—Duele —dijo Sarah.

—Bueno, sí, es normal que duela un poco. Un poco de dolor tampoco es tan malo. ¿Verdad que ya duele menos?

—Supongo. Sí.

—Espera, que cojo una tirita —dije, y me giré hacia el botiquín.

—Aprieta un poco y luego pon la tirita —dijo Meg.

—Sólo es una tirita si es de la marca «Tiritas» —dijo Sarah—. Las nuestras son marca Curad, o sea que técnicamente no son tiritas, son apósitos.

—¿Estas cosas las ensayas con tu padre o qué?

—Su *apósito*, *mademoiselle* —le retiré el papel.

—*Merci, Monsieur*.
—¿Me permite? —pregunté.
—*S'il te plaît*.
—*Très bien* —dije. Se la puse en torno al dedo.
Meg se hizo cargo de la ensalada.

Cathartes aura. Recuperados un mínimo de cinco individuos, uno de ellos inmaduro. El *Cathartes* parece ser más común al final del Pleistoceno, quizás debido a la extinción de aves carroñeras de mayor envergadura como el *Gymnogyps* y el *Teratornis.*

Muchas historias empiezan por el final. La verdad era que yo no sabía cuál era el principio ni el final de la mía, si la parte del medio era realmente la del medio o estaba más cerca de un extremo o de otro, es decir, del principio o del final, ni tampoco si los extremos estaban conectados como los de una serpiente que se muerde la cola. Así que, aquí he empezado por mi hija y mi familia, que es un buen lugar para empezar, lógico y en todos los sentidos central. Aunque mi final está aquí —es decir, allí—, es también donde arranca la historia. Y es una historia que nunca guarda silencio, igual que nunca se callan los pájaros en la oscuridad de fuera de mi tienda de campaña cuando estoy a solas cerca de mi cueva. Me quedo acostado en el saco de dormir y me dedico a seguir sus canciones, una tras otra, búhos y codornices, cordeilinos y chotacabras.

resultado de una herencia autosómica de mutaciones en el gen CLN3.

Estaba observando cómo mi mujer llevaba a cabo su sesión nocturna de yoga. Mi ejercicio consistía en mirarla.
—Algo malo está pasando —dijo Meg.
—¿El qué?
—Tengo un mal presentimiento.
—No puedo hablar contigo si estás en la postura del perro boca abajo.
—Lo siento. —Cambió con naturalidad a la pose del guerrero. Aquello facilitó un poco la conversación—. Lo noto en el aire.
Asentí con la cabeza. Su declaración no habría significado gran cosa si yo no hubiera sentido lo mismo. Pero no se lo dije. Ya estaba lo bastante preocupada.
—¿Estás listo para la clase de mañana? —me preguntó.
—¿He mencionado que odio esa clase?

—¿Por qué?
—Pues porque estoy harto de describir y debatir la formación de rocas con una gente que en esencia también son rocas.
—Eres geólogo.
—¿Qué quieres decir con eso?
—¿Por qué no das el curso sobre karst el semestre que viene?
—Quizás. ¿Ya has terminado de seducirme?
—Sí, he terminado. Pero no estoy lista para la clase.
—Bueno, pues lee tus poemas y cosas tipo poemas y yo me quedaré aquí contemplando esta roca metamórfica que es mi pene. Quizás sea corneana o mármol. No, es novaculita, mi favorita. La rima es en tu honor.
—Qué bonito. Estaré en la sala.
—Gneis, eso es. Gneis está muy bien. Mi plagioclasa no durará.
—Buenas noches.
—Mi pizarra me da la tabarra.
—Buenas noches, Zach.
—Disfruta de tus endecasílabos.

Me quedé dormido sabiendo que iba a soñar, y en primer lugar soñé que sabía por qué soñaba, por qué sueñan los seres humanos. Soñamos, simplemente, para saber que no estamos muertos. La pura nada, la oscuridad total e inmóvil, resultaría tan aterradora, tan paralizante, que nunca nos despertaríamos. A mí los sueños no me suponían ningún entretenimiento, más bien una especie de faro. Mientras me quedaba dormido, se me ocurrió que iba a soñar con mi hija, que fue lo que pasó. En el sueño jugábamos al ajedrez, igual que hacía unas horas en la vida real, pero las piezas eran demasiado grandes para los recuadros del tablero, y las treinta y dos eran del mismo color aunque todas cambiaban constantemente de color, del rojo al azul, del blanco al negro, todas al unísono, pero aun así seguíamos jugando. Sarah, con el pelo todavía más tupido de lo normal y recogido por detrás de la cabeza, tenía la mano suspendida encima del mismo caballo que en la vida real había sufrido una muerte tan poco noble.
—¿Es que no ves mi alfil? —le pregunté antes de que pudiera tocar la crin del caballo, que era primero verde y después rosa y marrón.
—¿Qué alfil? No veo ninguno. —Se me quedó mirando. Miraba fijamente, pero no a mí, sino a través de mí.
—Sarah. Sarah. Sarah.
No me contestó. No podía.
—¿Ves el alfil? —le pregunté.

Pero yo no estaba en sus ojos. Y en el sueño me pregunté si me estaría viendo; si estaría viendo, asimilando o por lo menos planteándose las limitaciones de la visión, el hecho de que tanto ella como yo sólo podíamos percibir una fracción del espectro total de las ondas lumínicas. Pensé en el punto ciego de mis ojos, ese punto ciego tan humano que hay allí donde el nervio óptico conecta con la retina, ese punto que el otro ojo intenta compensar, ese agujero, un agujero donde las cosas pueden desaparecer o retirarse o simplemente permanecer. ¿Acaso yo estaba en los agujeros de ambos ojos de mi hija? Sus ojos estaban abiertos y su visión enfocada, pero no podía verme.

—Sarah. Sarah.

Me desperté con un sobresalto. Lo hice para no morir.

Falco mexicanus. Cuatro huesos de esta especie, indicativos de un mínimo de tres individuos: uno adulto, otro inmaduro con envergadura de macho y otro inmaduro con envergadura de hembra. Hay que señalar que, de los halcones de mayor tamaño, esta especie, que anida en los acantilados, se encuentra con mayor frecuencia en yacimientos del sudoeste. Hay quien considera al halcón de la pradera un residente a nivel estatal que antaño era más común.

Meg dormía a mi lado en la cama. Le puse la mano en la baja espalda. Estaba caliente. No tenía claro si lo que me reconfortaba era su presencia o su calidez. La verdad era que no me sentía reconfortado en absoluto. Me acordé de la época en que mi hija solía venir todas las noches a nuestra habitación y meterse en mi lado de la cama. Nunca la animé a hacerlo, pero tampoco la disuadí. Sabía que dejaría de hacerlo, y así fue, de repente. Ya era preadolescente. Me preocupaba que empezara a resultar incómodo si seguía viniendo. Al mismo tiempo, quería que nunca dejara de venir a mí. Quería que regresara la niña.

el gen CLN3 está ubicado en la región P12.1 del cromosoma 16 y contiene por lo menos 15 exones que abarcan 15 kilobases.

Estaba en la puerta del aula. Acababa de empezar el semestre, así que me disponía a impartir por quincuagésima vez mi disertación sobre cómo había calculado Eratóstenes la circunferencia de la Tierra. Estaba preparado para ver los ojos vidriosos de los alumnos cuando introdujera las matemáticas en la sesión.

—¿Profesor Wells?

Me giré para ver a la joven que siempre se sentaba delante de mí en clase. Quería un sobresaliente, estaba claro. Y estaba claro que yo se lo iba a dar, porque se sentaba en primera fila y lo quería; era importante para ella.

—Señorita… —Intenté acordarme de cómo se llamaba.

—Charles. Rachel Charles.

—Señorita Charles. ¿Tiene alguna pregunta?

—¿Cree usted que Eratóstenes usó realmente el obelisco de Alejandría o usó una vara?

Era su sagaz estrategia para hacerme saber que se había preparado la clase. Me alegraba que se la hubiera preparado, pero al mismo tiempo me traía sin cuidado. Eso me hizo sentir mal. Pero sólo un momento.

—Sólo quiero decirle que me encanta su clase.

—Gracias, señorita Charles.

—¿Le importaría llamarme Rachel? No me gusta mi apellido.

Examiné su cara asombrosamente vulgar.

—¿Por qué? Charles parece un apellido bueno y sólido.

—Es el apellido de mi padre, que no fue muy buen padre. Y sigue sin serlo. ¿Le importa?

—Lo siento mucho. Muy bien, Rachel. —Miré el reloj—. Ya casi es hora de empezar y tengo que hacer unos diagramas en la pizarra.

—Muy bien —Miró hacia el final del pasillo—. Voy rápidamente a buscar un café. ¿Le traigo otro?

—No, gracias.

Se giró para salir.

—¿Rachel?

—Sí.

—Gracias por el ofrecimiento.

Acababa de llamarla por su nombre para que viera que me acordaba.

Sentí que se me caía el alma a los pies cuando entré en el aula. Sabía que unos años más tarde, lo único que los alumnos recordarían sería: «pienso, luego esquisto». En cambio, ninguno de ellos entendería la idea de que «la subducción genera orogenia».

Centrocercus urophasianus. Una coracoides izquierda y una escápula izquierda procedentes de la superficie de la antecámara 1, correspondientes al mismo individuo. Las dos se encuentran dentro del espectro de tamaño de la hembra, igual que el húmero que se localizó en una excavación superficial anterior. En el extremo superior de la antecámara 1 también se encontró un fémur derecho bien preservado. Su longitud axial mínima es 68

milímetros y la máxima 73, lo cual también lo pone en el espectro de tamaño de la hembra del gallo de salvia.

En casa me encontré con un paquete que había dejado el cartero. Iba dirigido a mí, que era algo que siempre me emocionaba. Casi nunca adquiría cosas en Internet, pero había comprado en eBay una chaqueta *Filson* de lona impermeabilizada y por fin me había llegado. Dejé la caja a un lado para dedicarle un largo saludo a Basil y sacarlo al jardín de atrás. Estaba solo en casa así que me tiré en el sofá para disfrutar del silencio. Usé los recuerdos de la clase para ayudarme a dormir. Lo último que recuerdo que pensé fue mi proclama exageradamente emocionada de que en el 200 a. C. los griegos ya habían sabido que la Tierra era redonda y que tenía unos cuarenta mil kilómetros de circunferencia. Cuando me desperté al cabo de cinco minutos, la caja seguía allí. La abrí y me probé la chaqueta. Me quedaba perfecta y estaba perfectamente envejecida y era perfectamente anticuada. A Meg y Sarah les resultaría perfectamente aburrida. Era perfecta.

Me volví a acostar en el sofá y miré las colinas del otro lado del ventanal. No había ni una sola nube en el cielo azul pastel de la tarde. Desde nuestra casa se divisaban los caminos que recorrían las faldas de las Montañas de San Gabriel. Me planteé vagamente sacar a Basil para que diera un paseo largo por la colina, pero soplaban los vientos de Santa Ana y estaba harto de pasar calor. En la casa se estaba fresco y me sentía cómodo. Me limitaría a quedarme allí tumbado y ponerme igual de gordo que mi perro.

Mi mujer y yo amábamos a nuestra hija y por eso estábamos juntos. De no ser por Sarah, dudo que todavía fuéramos una pareja. Nos caíamos bien el uno al otro y yo era un marido fiel y devoto, pero me sentía aburrido, y estoy bastante seguro de que ella también. Pero no pasaba nada. No estaba aburrido de mi familia. Tampoco de mi hija. No estaba descontento con Meg. No estaba descontento con mi trabajo, pese a que la mayor parte del tiempo me aburriera. Repito: simplemente estaba enamorado de mi hija y del hecho de ser padre.

Accipiter striatus. Un hueso, un tibiotarso, en el espectro de tamaño de la hembra. Hoy en día es una especie poco común en esta zona. *Buteo jamaicensis*. Esta especie, muy común por la zona, está representada por un tarsometatarso completo. Una pelvis de buteonino quemada y rota. Una coracoides dentro del espectro de tamaño de por lo menos tres especies de buteoninos.

La situación evolucionó, como pasa siempre, y como es habitual en esa clase de evoluciones, «situación» aquí es sinónimo de «problema».

Una mala nota en el examen de ciencias sociales de Sarah la llevó a confesarnos que estaba teniendo problemas de vista. Veía la pizarra borrosa. Y las páginas también. Era un problema fácil de solucionar y de aceptar. Mi mujer llevaba gafas desde pequeña, de manera que no nos sorprendió que Sarah hubiera heredado sus ojos.

La cita con la optomestrista fue un miércoles. Yo no daba clases los miércoles, así que la llevé. La doctora era una joven agradable que tarareaba mucho, y cada vez más a medida que avanzaba el examen. Le pregunté por qué tarareaba. No me contestó. Hizo que mi hija mirara una granja lejana.

—¿Mejor o peor?

—Peor.

—¿Mejor o peor?

—Igual.

—¿Y ahora?

—Igual.

—¿Y ahora?

—Igual.

Movió a mi hija y le volvió a examinar los ojos con el foróptero. Por fin la doctora me dijo:

—No le puedo recetar gafas porque no entiendo qué le pasa. Parece tener al mismo tiempo miopía e hipermetropía y ninguna de las dos cosas.

—¿Qué me está diciendo?

—Nada. No le puedo decir nada. Creo que necesita ver a un oftalmólogo. No le he encontrado ningún problema en los ojos.

En el mejor de los casos, aquello era desconcertante. En el peor de los casos, me hacía subirme por mis paredes interiores como un grillo enloquecido. Le transmití la escasa sustancia de la visita a mi mujer y nos pasamos el resto de la noche subiéndonos por nuestras paredes respectivas y turnándonos para decir nimiedades optimistas.

—¿Qué crees que le pasa? —me volvió a preguntar.

—He pedido hora con la doctora Terence. Mañana a las tres. Ella nos dirá qué hacer.

—Nunca me ha caído bien la doctora Terence. Siempre se está haciendo la graciosa.

—Es porque es pediatra. Pero bueno, nos dará el nombre de un oftalmólogo. Puede que sea un problema sencillo.

Meg asintió con la cabeza.

Meleagris crassipes. De un nido de ratas se obtuvo la punta distal de un tarsometatarso. Unos vándalos habían quemado el nido, de forma que el hueso estaba un poco calcinado. El frágil espécimen había sufrido desperfectos tras su identificación y había tenido que ser restaurado. El plano de la tróclea y la curvatura del extremo más distal del eje distinguen a esta especie del pavo común, *M. gallopavo*.

Tuve un sueño en el que ya de entrada no confié, seguramente debido a su ambientación: en el sueño, no era yo, sino alguien que me conocía bien y fingía ser yo. Aquel individuo llegaba a mi casa para sentarse con una mujer que fingía ser mi mujer y con mi hija, que sí era mi hija. Mi hija sabía que ninguno de sus padres era el de verdad, pero no decía nada. Estaba aterrada, y encima en silencio, que era la peor forma de estarlo, más asustada de lo que yo la había visto nunca. Incluso al falso yo se le contagió aquel miedo, y, estuviera donde estuviera, mi yo verdadero sentía un frío intenso en la boca del estómago. Mi hija movía la comida por su plato con una cuchara y al falso yo esto le resultó extraño. Su padre y su madre falsos hablaron de cosas que no habían sucedido. Luego, en el sueño, me quejé de mi sueño, me identifiqué a mí mismo como su artífice y me reí. Al reírme, no supe si era yo o el yo de mentira. Me desperté experimentando la misma sensación.

Había agentes de la ley en Juárez que planteaban la posibilidad de que los asesinos de las mujeres fueran adoradores del diablo. Dibujaron un mapa que mostraba que las ubicaciones de los asesinatos pasados dibujaban un pentáculo. La gente ve lo que quiere ver. Con tantos lugares donde se estaban cometiendo asesinatos, se podría dibujar un árbol de Navidad, o la cara de un caniche.

Hilary Gill era profesora asociada. Su especialidad eran los terremotos, aunque por desgracia todavía no había hecho nada que hiciera temblar el suelo. Era extremadamente joven, un rasgo que en el momento de contratarla había sugerido genialidad pero que ahora, después de cinco años de improductividad, apuntaba a simple inmadurez. Cuando ya se le agotaba el tiempo, vino a verme y me preguntó cómo podía conseguir una plaza fija y evitar el despido.

—¿En qué estás trabajando? —le pregunté—. ¿Tienes algún artículo casi terminado? —Yo ya sabía la respuesta.

—Pues no.

Estábamos sentados en un café del campus situado cerca de los campos de entrenamiento de fútbol y fútbol americano. A nuestro lado pasaban deportistas en chanclas, hombres y mujeres, con andares cansinos. Hilary no paraba de echar vistazos incómodos a su alrededor.

—¿Cómo tienes el trabajo de campo? ¿En qué punto se encuentra?

—Tengo muchos datos. —Lo cual siempre era una mala respuesta.

Di un sorbo a mi café y me fijé en que Hilary evitaba mirarme. Hacía un par de años yo le había indicado que no hiciera caso del consejo de los colegas que le decían que asistiera a todas las conferencias que pudiera. Le había sugerido que rechazara todo el trabajo del comité. No había seguido mi consejo y allí estaba, intentando desesperadamente hacer que un puñado de datos encajaran en unos experimentos mal diseñados. Y, por supuesto, sin becas.

—¿Qué puedo hacer?

—No sé qué decirte, Hilary. A veces las cosas llegan a un punto en que ya es demasiado tarde.

—¿Qué estás diciendo?

—Creo que estoy diciendo que deberías empezar a buscarte otro trabajo.

Hilary no lo exteriorizó, pero estaba llorando. Fue entonces cuando me di cuenta de que no era la primera conversación de aquel tipo que tenía. Yo no era especial. Estaba claro que estaba acudiendo a un colega tras otro en busca de alguna estrategia o simplemente de que le dieran ánimos y le transmitieran optimismo, por desencaminado que estuviera.

—A veces simplemente ya es demasiado tarde.

Verdad y satisfacción.

Mientras esperábamos con mi hija para ver a la pediatra, mi mujer y yo nos cogimos de la mano. No me acordaba de la última vez que nos la habíamos cogido.

Había una pecera de gran tamaño empotrada en una pared común a dos salas de espera, una para los pacientes enfermos y otra para los que estaban sanos. Nosotros estábamos en la de los sanos.

Sarah examinó una revista de cine. Nos cogimos de la mano. Me sonó el teléfono. Lo apagué y lo guardé en el bolsillo de la chaqueta recién adquirida. En el mismo bolsillo encontré un papelito, el típico que a menudo dice cosas como «Inspeccionado por Nº 53». Este, en cambio, decía «Ayúdame», en español.

—¿Qué es eso? —preguntó Meg.

—Estaba en mi bolsillo.

—¿Y qué significa?
—Significa «Ayúdame» en español, ¿no?
—No lo sé.
—Me pregunto de dónde viene. La chaqueta la acabo de comprar.
—Pues no es nueva —dijo.
—No, es de segunda mano.
Nos llamó la enfermera.

Phalaropus fulicarius. Recuperado el extremo proximal de un cúbito derecho en el nivel de los 35-40 centímetros. Los falaropos se parecen osteológicamente a los zarapitos pequeños.

Una nota en la alcantarilla, ¿significa algo? ¿Puede haber algún contenido proposicional sin contexto? Digamos que la nota dice: «El caballo es amarillo». Si la encuentras en una calle de la ciudad, ¿significa algo? ¿Existe un caballo? ¿Es amarillo? ¿Acaso era un niño que estaba practicando su escritura? ¿Acaso las letras las tecleó un mono? ¿O era una frase accidental? ¿Simples garabatos en una página? ¿Y si la nota dice: «El caballo existe y no existe»? Es absurdo, pero ¿qué significa?

A mi hija le encantaba el teorema del mono infinito. Por supuesto, entendía que la idea no se basaba en monos reales, pero se preguntaba, y con razón, qué más daba eso. Se reía y preguntaba:

—¿Y si Shakespeare sólo estuviera golpeando teclas al azar?
—Shakespeare no tenía máquina de escribir —le dije.
—¿Y si sólo estaba haciendo garabatos en el papel? ¿Y así le salió *Macbeth*?
—Lo dudo. Quizás *Medida por medida* sí. Me lo puedo imaginar en el caso de *Medida por medida*, pero no de *Macbeth*.

La doctora Terence era muy joven. Mi mujer no confiaba ni en su edad ni en su falta de experiencia. Yo imaginaba que, como era joven, debía de estar al tanto de lo que se publicaba en las revistas médicas más recientes. Y que quizás a Sarah le caería bien porque era joven. Eso era importante.

—A ver, ¿qué pasa? —preguntó la doctora.
—Cuéntaselo —le dije a Sarah.
—No veo muy bien.

La doctora le inclinó la cabeza hacia atrás y le miró los ojos mientras hablaba:

—¿Ves borroso?
—La optometrista no ha podido encontrar el problema —dije—. Mejor dicho, no lo ha podido solucionar.

—Muy bien —dijo, echando a rodar su taburete hacia atrás. Miró el diagrama y registró los datos biométricos, escuchándolo y mirándolo todo de la misma forma en que yo observaría el motor de un coche.

—¿Notas dolor en los ojos? ¿En la cabeza?

Sarah negó con la cabeza.

La doctora Terence le puso las manos a ambos lados de la cabeza, a cierta distancia de las orejas.

—Enfócame la cara con los ojos. ¿Me puedes ver las manos?

—No.

La doctora movió las manos hacia delante.

—¿Y ahora?

—No.

Las adelantó todavía más, hasta ponérserlas justo delante de las orejas.

—Ahí sí que las veo.

—Muy bien.

—¿Qué cree que es? —preguntó Meg.

—No lo sé. La voy a derivar al doctor Peterson del Hospital Infantil. Es oftalmólogo pediátrico.

Vi que Meg estaba contrariada.

—¿Qué tal duermes últimamente? —le preguntó la doctora Terence a Sarah.

—Como siempre.

—¿Te cuesta despertarte?

—No.

—¿Eso qué le indica a usted? —preguntó Meg.

—Sólo estoy haciendo preguntas.

—Ya veo. Entonces, ¿el oftalmólogo nos podrá ayudar? —Meg ya se estaba inclinando hacia delante en su silla, haciendo el gesto ostensible de marcharse.

Mientras salíamos de la oficina, dijo:

—Menuda pérdida de tiempo.

Le acaricié la cabeza a Sarah.

—Tenemos la derivación, que es lo que queríamos. Vamos a solucionar esto, ¿vale, bichito?

Gallinula chloropus. La especie está representada por el extremo distal de un tiobiotarso. Esta especie no requiere de vegetación abundante para criar, sino de agua permanente y plantas acuáticas.

Aquella noche Sarah se acostó temprano y sin quejarse. Quizás la visita al médico más un día entero de escuela la habían dejado

agotada, o quizás fuera simple ansiedad. Si no estaba ansiosa antes, entre su madre y yo se lo debíamos de haber provocado.

Meg no se estaba contorsionando en sus habituales poses de yoga, y supongo que lo interpreté como un gesto hacia mí.

—El oftalmólogo nos ha hecho un hueco dentro de tres semanas.

—¿No puede antes?

—Parece que no.

Meg abrió su libro y lo cerró.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tú —me dijo, como si hubiera estado esperando a que se lo preguntara.

—¿Yo qué?

—Coqueteando con la doctora de niños.

—¿Qué? ¿Pero qué dices? Pero si apenas he abierto la boca.

—Claro.

—¿De repente tienes diecisiete años o qué?

—Buenas noches. —Apagó la lámpara de la mesilla de noche.

—No. ¿Qué carajo es esto? Creo que me habría dado cuenta si hubiera estado coqueteando.

—¿Porque es una conducta muy familiar para ti? —dijo, dirigiéndose más o menos a la almohada.

—Meg.

No era propio de Meg preocuparse por aquellas cosas, de forma que me pregunté si realmente había estado coqueteando. Busqué en mis recuerdos del breve encuentro por si acaso se me había pasado algo por alto. Ni siquiera recordaba que la doctora Terence me hubiera mirado directamente durante el examen. Intenté enfadarme con Meg, pero no conseguí retener el sentimiento.

—Lo siento si estaba coqueteando. No era mi intención. No me he dado cuenta.

—Vale.

Aquel «vale» era tan inexpresivo, tan distante, tan culpabilizador, que consiguió enfadarme por fin, de forma que no dije nada más. Reprimí el impulso de decir algo mezquino por lo bajo, aunque tampoco se me habría ocurrido nada, y miré por la ventana abierta hasta que me pareció quedarme dormido.

Paseé a Basil por las colinas. Me pregunté qué hacía que un lugar determinado le pareciera apto para mear. ¿Por qué olisqueaba un sitio con detenimiento y dejaba un par de gotas, luego no dejaba nada en el siguiente y por fin soltaba el chorro en otro? Se lo pregunté a Basil, pero no me dio respuesta, o por lo menos no la entendí. También me acordé ahora, mientras caminaba, de lo mucho que mi hija me había suavizado el carácter. Desde su nacimiento, yo

era una persona mucho más amable. No es que hubiera sido mezquino, pero antes de ella sí que era bastante directo, bastante rudo, y franco de forma lo suficientemente insensible como para parecer en ocasiones un cabrón. Me había sorprendido que Meg aceptara casarse conmigo, aunque quizás no tanto como el hecho de pedírselo.

En un día despejado habría tenido unas vistas que llegarían hasta el centro de la ciudad, pero no era un día despejado. Examiné el suelo en busca de deposiciones de otros animales que no fueran mi perro. De vez en cuando bajaba un oso o un puma hasta los vecindarios del pie de las colinas y se quedaba rondando en alguna piscina o en un porche. Ocurría con la frecuencia suficiente como para que las televisiones consiguieran algunas grabaciones, pero la verdad es que yo sólamente me había encontrado coyotes. Los coyotes estaban en todas partes. Se paseaban todas las noches por el Downtown de Los Angeles. Había indicios de ellos en cualquier lugar. Yo jamás había visto señal alguna de un oso ni de un puma. Los coyotes me encantaban, pero no eran osos ni pumas; no me daban miedo. En las colinas también había serpientes de cascabel, que sí me daban mucho miedo y no quería verlas.

—¿Qué le has dicho a Hilary? —me preguntó Horace Golightly. Horace odiaba tanto su nombre como su apellido, e insistía en que lo llamaran por su segundo nombre, Igor.

—¿De qué estás hablando, Igor? —le pregunté.

Estábamos sentados en la cafetería de detrás de la biblioteca del campus. Los dos teníamos café y yo estaba quitándole las migas sueltas a una magdalena reseca.

—Cuando me la he encontrado, estaba llorando.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de días.

—Le dije que estaba con la mierda hasta el cuello. Con otras palabras, claro. No mencioné excrementos, ni tampoco hasta dónde le llegaban.

Horace se me quedó mirando.

—Menudo don de gentes tienes.

—Le dije que le convenía empezar a buscarse otro trabajo. Que no le iban a dar una plaza fija.

Igor asintió con la cabeza para mostrarse de acuerdo.

—No quiero ser uno de esos colegas que dan falsas esperanzas. Necesita estar lista para la realidad. La verdad, tampoco me quita el sueño. Sabía lo que tenía que hacer y no lo hizo.

Igor se rio.

—Hablas igual que cuando nos conocimos.
—Lo siento. Estoy un poco de mal humor. Tengo líos en casa.
—¿Cómo va el trabajo? —me preguntó.
—Voy tirando. Mis alumnos de posgrado están bien. Los de licenciatura van a acabar conmigo.
—¿Tienes alguna que esté buena?
—Venga ya. Si aparentan trece años.
—Menos las que aparentan diecinueve. —Se rio de sí mismo—. Soy un viejo paleontólogo verde.
—Si alguna te mirara con interés, saldrías corriendo despavorido.
—Sin duda. Pero tú eres joven.
—Tengo que recordarte que cuarenta y dos años sigue siendo el doble de la edad de ellas.
—Odio las matemáticas.
—Oye, te quiero enseñar una cosa. —Saqué el papelito del bolsillo —. Me lo he encontrado en mi chaqueta.
—¿Qué es?
—No lo sé. —Se lo di.
—Ayúdame —tradujo—. ¿Qué es esto?
—Me lo he encontrado en el bolsillo de la chaqueta.
—¿Y qué?
—¿Qué te parece?
—Que alguien se está quedando contigo.
—La chaqueta es nueva. Bueno, de segunda mano. De eBay.
—¿Qué ayuda quiere? ¿Con los deberes? ¿Con la colada?
—Sólo digo que es raro.
—Para rara, la nueva decana.
Señalé mi magdalena a medio comer.
—¿Quieres un trozo?
La rechazó con un gesto de la mano.
—¿Crees que debería volver a hablar con Hilary? —le pregunté.
—No. ¿Qué le puedes decir?
—Pensaba que me podrías echar una mano con eso.
Igor se terminó el café y señaló con la cabeza a una joven que pasaba.
—¿Qué?
—No me digas que no la has visto.
—Sabes que puedes contar conmigo para visitarte cada tres domingos —le dije—. Y ahora me voy a preparar la clase.
—Te conozco. Sé que vas a echar una siesta en tu despacho.
—Eso he dicho.
Fulica americana. Cinco individuos, representados por doce huesos, ubicados en nidos de ratas. Los requerimientos de esa especie se

parecen mucho a los de los patos encontrados en los depósitos de la cueva.

Resultaba raro, aunque adecuado, que el Hospital Infantil de Los Ángeles tuviera una atmósfera alegre. El vestíbulo era bullicioso y de colores. Colores chillones, no tonos pastel. Por él se paseaban un par de payasos. En los rincones, los niños se reían al unísono con sus padres. Le contamos a un joven sonriente de la recepción que ya sabía nuestros nombres a qué doctor veníamos a ver. Nos indicó que siguiéramos la línea de color azul claro que llevaba al ala este. Por el camino pasamos frente a un acuario gigante lleno de peces ángel y fantasmas negros; el pez ángel tenía alas de verdad. Aquello me dio que pensar y me quedé mirando a uno de los peces, que a su vez me miró a mí.

—¿Por qué a los médicos les gustan tanto los peces? —preguntó Sarah.

—Se supone que relajan —dijo Meg—. Los peces calman a todo el mundo. Los usan cuando hay disturbios en las cárceles.

No es verdad, pensé, pero no dije nada. ¿En qué cárceles usaban peces, y cómo?

La sala de espera exterior del departamento de oftalmología estaba toda decorada en distintas tonalidades de rojo, desde el rosado hasta el burdeos. Tuvimos que esperar muy poco a que nos asignaran sala de reconocimiento. La sala de reconocimiento era como cabía esperar. Las paredes estaban cubiertas de pósteres de ojos y oídos. Una enfermera cuadrada entró con una tablilla portapapeles y le tomó la presión sanguínea y la temperatura a Sarah. No paró ni un momento de hablar, pero no recuerdo lo que dijo, si es que llegué a entenderlo. La enfermera miró el termómetro y asintió con la cabeza como asentían los expertos en leer aquellas cosas.

—Probemos en el otro brazo —dijo, refiriéndose a la presión sanguínea—. Cada brazo da una lectura distinta.

Sarah no contestó, sino que me miró como diciendo: Hay que joderse. Y aunque Sarah nunca habría dicho aquello, al menos con aquellas palabras, ahora sí que lo hizo:

—Hay que joderse —dijo, irónicamente.

—Sarah —dijo Meg. Al principio supuse que sería una reprimenda, pero no lo era—. Sarah —repitió.

Mi hija se quedó mirando al frente con expresión extraña. La cabeza se le cayó un poco hacia atrás.

—¿Zach? —La voz de Meg se clavó en mí.

Sarah no era ella, no estaba bien. Le cogí la mano y le sentí los huesecillos de debajo del pulgar. Se me hizo raro estar dedicando tiempo a apreciar la delicadeza de su construcción.

—¿Bichito?

Sarah parpadeó y se le pusieron los ojos en blanco. Por alguna razón miré un póster que mostraba las partes del ojo, como si me fuera a dar la respuesta.

La enfermera fue volando a la puerta.

—¡Doctor Peterson! —llamó por el pasillo—. Emergencia en la cuatro. —Y añadió—: Llamando al doctor Peterson, llamando al doctor Peterson. Problemas en la cuatro, venga de inmediato. He hecho una rima.

El doctor Peterson era un hombre enorme, de casi dos metros. Pasó como pudo por la puerta y nos apartó con delicadeza a mi mujer y a mí. Su cabeza gigante se detuvo frente a Sarah.

—Está teniendo una crisis epiléptica —dijo. Con toda la calma. Aunque, claro, no era su hija.

Y de repente todo se acabó. Sarah me miró y sólo permaneció desorientada un segundo. Le pregunté si estaba bien. Me preguntó por qué lo preguntaba y sonrió.

El doctor Peterson se incorporó y se dio en la cabeza con el techo.

—Uau. Una crisis de ausencia. Hablo de un tipo de crisis epiléptica, no de saltarse demasiados días de clase. Son crisis dispares, pero siempre espectaculares.

—Ha hecho una rima —dijo la enfermera cuadrada.

—Creo que sí —dijo el doctor.

Me desperté, sudado y confundido. Miré el reloj de pulsera. Sólo iba a llegar un par de minutos tarde a clase.

2

Al equipo lo transportaba un autocar, pero la mayoría de los alumnos había preferido ir en coche compartido hasta el Parque Estatal de Anza-Borrego y de allí al desierto de Yuha, en el extremo sur del parque. Era una excursión de dos días que yo ya había hecho varias veces. Yo iba con Hilary en mi vetusto Jeep. Al parecer Hilary ya había superado la incomodidad de nuestra última conversación, aun así no hablamos mucho durante la primera parte del largo trayecto. Estábamos a treinta y ocho grados y por culpa del techo de

lona no había aire acondicionado, de forma que nos dedicábamos a sudar y a beber agua.

—¿Crees que veremos un puma? —le pregunté.

—¿Alguna vez has visto uno por aquí?

—Un par de veces a lo largo de los años —le dije—. Desde bastante lejos. Creo que lo prefiero así.

—¿Hasta qué punto los tenemos que supervisar? —preguntó.

—Son universitarios. Si quieren follar, que follen. ¿Quién se lo va a impedir? No hay problema, siempre y cuando no nos los follemos nosotros. Dios nos libre.

—Entiendo. Aunque no empeoraría mucho mi situación laboral.

Pasé por alto su comentario.

—No podemos dejar que los que son menores de edad beban alcohol. Es la única vigilancia que estamos obligados a hacer. Y lo único que eso implica es que el alcohol no se lo podemos dar nosotros. Podemos dar por hecho que todos beberán y fumarán hierba.

—Y follarán.

—Y follarán.

Después de un rato más de charla, Hilary me pidió si le podía hacer una carta de recomendación para pedir becas de investigación.

Resulta que no soy un hombre amable.

—Hilary, ¿qué clase de carta crees que te puedo hacer?

—Olvídalo —dijo.

—No, Hilary, en serio. Quiero ayudarte, así que dime qué puedo escribir. ¿Tienes algo que pueda leer? ¿Tienes siquiera los datos en bruto lo bastante organizados como para dejármelos leer?

—¿Por qué eres tan cabrón conmigo?

Aquello me hizo sonreír.

—Bien. Te haré una carta. Y de las buenas.

Me miró con cara confundida.

—Si puedes mandar a la mierda a la gente igual que me acabas de mandar a mí y hacer tu trabajo, te irá bien. Te haré una carta.

—¿Y ya está?

—Eso parece.

—Gracias.

—¿Cómo de organizados tienes los datos? —pregunté, intentando ser amable.

—No mucho —admitió. La verdad es que no se me da bien. No soy científica. Mi hermana es una gran científica, pero yo no.

—Yo no diría eso. No te falta inteligencia, pero ya puedes ver que para triunfar no hace falta la inteligencia.

Se rio.

—¿Qué crees que debería hacer?

—No soy quién para dar consejos. Sobre todo porque, a diferencia de ti, no soy muy inteligente. ¿Qué te gustaría hacer?

—Ser pianista clásica.

—No sabía que tocaras el piano.

—No lo toco.

—Pues vete a un par de clases.

Ya me sentía más cómodo con ella. Hilary había dado un paso importante, aunque yo no sabía hacia dónde. Parecía aceptar su situación; estaba claro que seguía teniendo mucho miedo, pero también una buena naturaleza. Me habría gustado ayudarla, pero sabía que no lo iba hacer.

Larus pipixcan. Parte de un cúbito y extremo distal de un húmero recuperados de varios nidos de ratas y rocas de la cueva. Se descubrieron también otros huesos, todavía sin identificar por culpa del tamaño de los fragmentos, en contextos no estratigráficos similares.

Me imaginé a mi pequeña Sarah en casa. Llevaba unos días sin quejarse de la vista y todos parecíamos un poco más relajados. Meg incluso había empezado a hablar otra vez de terminar el volumen de poemas en el que llevaba ya tiempo trabajando. Yo dudaba de que fuera a terminar aquel proyecto. Llevaba años culpando al matrimonio y la maternidad de su pérdida de ímpetu. Y seguramente fuera verdad. Aunque yo me consideraba un padre presente y un compañero de casa muy capaz, las cosas eran distintas para ella, como pasa con las madres. Por mucho que yo hiciera, ella hacía más. Pero por lo menos ahora hablaba del libro como solía hablar en el pasado, y yo lo interpretaba como una buena señal, o por lo menos lo intentaba.

Aun así, en relación con Sarah, o simplemente en general, la sensación que me daba era que se avecinaba algo malo. Tenía la sensación de estar yendo a la deriva, hundiéndome, y no quería que mi estado de ánimo afectara al tiempo que pasaba con mis alumnos, de manera que empecé a pensar en cosas como la formación del magma y las zonas de subducción, los abanicos aluviales y la erosión frontal, los cañones y los valles en forma de V. En mi mente, sin embargo, el valle en forma de V se convirtió en una metáfora del reciente punto de inflexión que era la visión de mi hija. Después de que naciera, nos habíamos preguntado de qué color serían sus ojos, castaño oscuro como los míos o ámbar como los de mi mujer. Acabaron siendo de color castaño claro pero no ámbar, es decir,

exclusivos de ella, lo cual resultó ser indicativo de su personalidad; siempre fue ella misma. Quizás todos los padres piensen lo mismo que pensábamos nosotros de los atributos de individualidad y singularidad de nuestra hija, pero eso no hacía que su desarrollo fuera menos único. Yo siempre había querido ver con sus ojos, ver su mundo. Imaginaba, era consciente de que, si pudiera pensar como ella, tener la mente abierta como la de ella, una gran parte del mundo se me abriría como algo mágico y misterioso. Sería mejor científico, mejor persona, mejor padre.

Hicimos una parada táctica en un pequeño supermercado perdido en medio de la nada, en las afueras de una nada llamada Ocotillo. El edificio de adobe de una planta y tejado plano estaba recién pintado, pero no había maquillaje capaz de ocultar su antigüedad y su mal estado. El letrero no estaba recién pintado, sino que decía con letras descoloridas y descascarilladas: Coyote Stop. Allí podíamos comprar sándwiches y bebidas y hablar antes de iniciar la última etapa del trayecto a la zona de acampada. Muchos de los alumnos no habían acampado nunca, de forma que aquel oasis aislado de comercio desértico servía un poco de amortiguador entre la ciudad y la auténtica nada. La pareja viejísima que regentaba la gasolinera llevaba años ya pareciendo igual de vieja que el desierto mismo, e igual de curtidos y avejentados que todo lo que crecía o vivía en él, pero aun así no se jubilaban. Los dos se llamaban Pat. Pat el Hombre era un tipo achaparrado y de espaldas anchas, que claramente había sido musculoso en el pasado y ahora llevaba unas gruesas gafas. Pat la Mujer tenía una constitución parecida, y, aunque caminaba con una cojera muy marcada, de alguna forma conseguía moverse con elegancia danzarina.

—Profesor —dijo Pat la Mujer cuando salió al polvoriento aparcamiento. Me dio un abrazo.

Pat el Hombre salió al patio de grava.

—¿Seguís vivos? —pregunté—. ¿Cómo es que nadie os ha enterrado todavía?

—Morirse sale demasiado caro.

—Eso tengo entendido. —Le estreché la mano y, como siempre, me sorprendió la firmeza de su apretón. Señalé con la cabeza a Hilary—. Pats, os presento a la profesora Gill.

—Eres demasiado joven para ser profesora —dijo Pat la Mujer—. Estamos acostumbrados a los vejestorios como Zach.

Pat el Hombre estrechó la mano de Hilary con galantería exagerada, llegando prácticamente a besarle los nudillos.

—Profesora Gill —dijo.

—Hilary, por favor.

—¿Te ha obligado a ir en ese microondas de coche que tiene? —preguntó Pat la Mujer—. Es una mala persona. Entra y te daremos algo fresco para beber.

Llegaron un par de coches de alumnos y la tiendita tranquila dejó de ser tranquila. Llegó otro coche. De él salió Rachel Charles, saludándome con la mano. Aquello me incomodó, ya que ninguno de los otros alumnos me había saludado. Hilary vio mi reacción y se rio de mí.

—Ya, ya —dije. La seguí a ella y a los Pats al interior de la tienda. Nos quedamos frente al mostrador y bebimos refrescos mientras los alumnos hacían acopio de aperitivos y bebidas. Contemplé la ristra de correas de ventilador que colgaban de la pared de detrás de la caja registradora. Estaban cubiertas de polvo y vi bastante claro que la mayoría no servirían para ningún coche de hoy en día.

—Perdón. Puedo comprar esto, ¿verdad, profesor? —me preguntó un joven, enseñándome un paquete de seis cervezas.

—Eres consciente de que esa cerveza es una mierda, ¿no?

—Sí, ya sé, pero ¿la puedo comprar?

—¿Qué edad tienes?

—Veintidós —dijo.

—Entonces sí. Pero no te pases, por favor, y no la compartas con quien no tenga edad de beber, ¿vale?

—De acuerdo. —El cabrón mentiroso.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó Hilary a los Pats.

—Pronto hará sesenta años —dijo Pat la Mujer.

—¿Lleváis sesenta años casados?

—Y un cuerno —dijo la anciana—. No soy de las que se casan. Este atontado me lo pide todos los años.

—Pero siempre me dice que no —dijo Pat el Hombre—. De hecho, siempre dice «y un cuerno», tal como acabáis de oír. Parece que disfruta diciéndomelo. La verdad es que yo tampoco tengo ganas de casarme, pero aun así se lo digo para que se sienta deseada. Cuesta imaginar cómo debe de ser hacerse tan vieja y poco atractiva.

—Sólo habla así para excitarme —dijo Pat la Mujer.

Rachel Charles se acercó al mostrador para pagar un par de yogures y unas manzanas y melocotones. Me miró primero a mí y después a Hilary. Por fin le dijo:

—No sé cómo podéis ir en ese Jeep sin aire acondicionado.

—No está tan mal —contestó Hilary, y negó con la cabeza—. Bueno, en realidad sí que hace un calor infernal. Es incomodísimo.

—Podemos cambiarnos —dijo Rachel—. Intercambiar vehículos. Yo estoy en el Audi con Danica. Es tan cómodo que no me doy cuenta

de que estoy en el desierto.

—Pues no sé. —Hilary me miró.

Confié en que viera que le estaba suplicando que rechazara el ofrecimiento. No quería causar un problema metiéndome en la conversación.

—Danica está en la sección de usted, profesora Gill, y me consta que tiene ganas de conocerla mejor —dijo Rachel. Tanta insistencia empezaba a parecer desesperada.

Hilary captó mi mirada y por fin dijo:

—Necesito quedarme en el Jeep. El profesor Wells y yo tenemos que hablar de nuestras charlas.

—Oh, de acuerdo. —Rachel nos dejó.

—Gracias —le dije.

—Alguien tiene una admiradora.

—¿Te parece?

—¿Cómo manejas una situación así?

Miré por la ventana a Rachel, apoyada en el Audi y charlando con sus compañeros. Me daba miedo imaginarme lo que debía de estar diciendo.

—¿Te preocupa?

—Son gajes del oficio. Si no haces caso, se les acaba pasando. No me imagino qué le debe de estar pasando por la cabeza. Soy consciente de ser un hermoso espécimen de hombre de intelecto deslumbrante, pero tengo el doble de su edad.

—Exacto —dijo Hilary.

—La verdad es que no lo entiendo. ¿Le van los maduros?

—Hay quien diría eso.

—Dentro de seis años esa alumna será mi hija. Seis años. ¿Qué crees que debería hacer?

—La podrías besar y matarla de miedo.

—Estás de broma, ¿no? Sí. Me estás tomando el pelo. ¿Te imaginas lo que pasaría si la dejara besarme? ¿Qué harías en mi lugar?

Hilary miró la bandeja de chocolatinas que había sobre el mostrador y le dio una a Pat el Hombre.

—Quiero ésta —le dijo. Luego se dirigió a mí—: Pues haría lo mismo que tú. Fingir que no pasa nada. Pero tarde o temprano tendrás que decir algo.

—En fin, vamos sacándolos de aquí. —Di las gracias a los Pat.

Todo el mundo pagó y nos echamos otra vez a la carretera, esta vez formando un convoy, avanzando despacio detrás del autocar por el carril de grava. Al cabo de treinta minutos ya estábamos bajo el duro sol de media tarde, levantando los toldos para darnos sombra.

Hilary mandó a todos que se «hidrataran» antes de la breve caminata bajo el sol de la tarde y de su charla. Mirándola, me fijé en su juventud y pensé que, de hecho, se le daba bastante bien tratar con los estudiantes, mejor que a mí en muchos sentidos. De acuerdo, no iba a cambiar la Historia con su investigación. Pero yo había publicado muchos artículos y tampoco había cambiado gran cosa. Rachel estaba cerca de mi Jeep, hablando con uno de los jugadores de fútbol americano de la clase, acercándose mucho a él para flirtear. Por un momento sentí cierto alivio, pero luego la pillé echándome miraditas, y cuando vio que la miraba se acercó todavía más al chaval. El deportista estaba cautivado. Era todo bastante triste.

Sacudí la cabeza para olvidarme de todo aquello y llamé a todos para que estuvieran listos para la caminata.

—No es un trayecto muy largo, pero llevad las cantimploras. La profesora Gill irá en cabeza y yo en la retaguardia. Caminemos deprisa para poder estar de vuelta antes de que se haga oscuro. Muy bien, profesora Gill, llévenos.

Pasamos por debajo del viejo puente oxidado de la autopista y flanqueamos la cresta irregular que discurría hacia el sur. El sol era igual de intenso que siempre allí, y me dediqué a observar a los alumnos de cerca desde detrás. Eran los varones de constitución atlética los que parecían quejarse más. Al principio me resultó irónico, hasta que entendí cuánta atención de las mujeres del grupo atraían sus quejas.

Nos detuvimos y di mi charla.

—Estas son las formaciones rocosas más antiguas que se han encontrado en la zona. Estos meta-sedimentos se remontan a principios del Paleozoico. ¿Quién me puede decir qué es un meta-sedimento?

Por supuesto, fue Rachel quien ofreció la simple respuesta a mi simple pregunta. Había hecho las lecturas de clase, claro. Me sonrió y le dije que su respuesta era correcta evitando mirarla.

—Esto es un depósito aluvial en abanico compuesto de arenisca roja y conglomerado de roca del Mioceno intermedio, de más de doce millones de años de antigüedad. Hay varias capas, pero lo que quiero que hagáis ahora es buscar ejemplos de las rocas más jóvenes. Acordaos de vuestro trabajo de laboratorio y encontradme arenisca y turbidita marina. Y ved también si podéis localizar conchas de ostras, moluscos y coral.

—Iréis más deprisa si trabajáis en grupos —dijo Hilary.

Los alumnos formaron grupos de tres y de alguna forma Rachel se las apañó para quedarse sola.

—No tengo grupo —me dijo.

Hilary intervino.

—Yo me pongo contigo. ¿Cómo te llamas?

—Rachel Charles —dijo en tono frío. La expresión huraña de Rachel resaltaba todavía más lo joven que era, y por una fracción de segundo vi a mi Sarah, y su actitud me resultó todavía peor.

La caminata y las charlas siguieron su decurso aburrido y tedioso. Los alumnos, pese a sus quejas, no parecían sufrir mucho por culpa del calor y prestaban bastante atención, compitiendo de forma normal para ponerse al lado de la criatura que los atraía. Hilary estaba completamente cómoda, tenía un talento nato para tratar con ellos. Yo quería ser capaz de decirle con confianza que la investigación saldría bien, pero la verdad era que no me lo parecía en absoluto. También se sentía admirablemente cómoda guardando las distancias con los alumnos varones que la encontraban atractiva y deseable. En ningún momento mostraba indicios de pánico, a diferencia de mí. Los jóvenes simplemente se alejaban de ella, confusos pero no dolidos, y teniendo claro su sitio.

Plantamos las tiendas en la zona de acampada, echamos los sacos de dormir en el suelo y comimos cosas que no hiciera falta cocinar. Los alumnos se dividieron en grupos pequeños, se rieron y bebieron cerveza y otras cosas. Sus intentos de esconderme el alcohol resultaban casi tiernos. De vez en cuando el aullido de un coyote los silenciaba.

—Profesor Wells —me llamó una voz masculina.

—¡Dime!

—¿Es verdad que por aquí hay pumas?

—Sí, hay leones de montaña —dije—. Pero no se los ve. Se ven algunos coyotes y hasta alguna tortuga, pero los pumas se enteran de que estamos aquí antes incluso que nosotros. —Miré a los presentes—. Si salís del campamento, no vayáis lejos. En el desierto es fácil desorientarse porque todas las direcciones parecen la misma. No necesitamos dedicar nuestro tiempo a buscar a cualquiera de vosotros que se haya perdido. Si os quedáis solos ahí fuera, es posible que sí veáis un puma. O peor, que os vea él a vosotros.

Más tarde, cuando por fin se hizo el silencio, después de que Hilary se retirara a su tienda, decidí dar un paseo, estar a solas, disfrutar del desierto y asegurarme de que nadie se alejaba y se perdía. La luna llena hacía que fuera fácil ver las cosas, colocando aros de sombra alrededor de las matas de salvia blanca. La luz también facilitaba pensar que uno sabía dónde estaba. El cielo era negro, profundo, infinito, aquel cielo que había dado miedo a los griegos y a todos los demás pueblos de la Antigüedad.

Si los hubiera oído respirar, no me habría acercado, pero no los había oído, de forma que acabé observando, sin ser observado, cómo follaban dos estudiantes. Me mantuve completamente inmóvil, y, mientras me giraba para volver a fundirme con la oscuridad, vi que la joven era Rachel; en el momento mismo de reconocerla, ella me vio a mí. Estaba sentada encima del hombre, pero no hizo ningún gesto de levantarse ni tampoco mostró reacción alguna que pudiera alertar a su compañero. Me quedé petrificado, mirando cómo me miraba, mirando cómo se hincaba con más fuerza en el hombre. No sólo no apartó la vista de mí, sino que se me quedó mirando fijamente; había una diferencia cualitativa entre ambas cosas. Me quedé allí más que unos simples segundos. Contemplé sus ojos y su boca y lo peor es que ella vio cómo la miraba. Sentí que me venía una erección. Nos miramos durante unos segundos, que deberían haber resultado mucho más incómodos. Por fin me escapé, di media vuelta. Experimenté primero un sentimiento de celos y después de rabia. Ninguno de ambos sentimientos era apropiado, ni tampoco me resultaba comprensible, o por lo menos no quería que me lo resultara. Volví al campamento y me metí en mi saco de dormir, un poco apartado del grupo de tiendas de campaña de los alumnos. Me quedé dormido mirando Géminis y Orión y con la impresión de poder distinguir a duras penas la tenue Unicornio. Me impactó lo poco que sabía sobre las estrellas. Por mucho que leyera sobre ellas, nunca llegaba a conocerlas.

Por fin encontré el sueño, o bien me encontró él a mí. Y dormido soñé, o quizás no soñé en absoluto y simplemente tuve pensamientos ansiosos. Mis sueños o divagaciones me resultaron inquietantes, y me pregunté, mientras sucedían, si mi imaginario era más alarmante y me alteraba más en sueños o en divagaciones. Soñé con Rachel Charles, o bien me la imaginé, montando al hombre del desierto. Estaba desnuda, aunque no lo había estado cuando yo la había visto, y había una luz que me permitía verle con claridad los pechos y los músculos del vientre plano. En el sueño, o lo que fuera, Rachel me resultaba atractiva y yo tenía una erección que me avergonzaba porque no debería tenerla. Metido en mi saco de dormir, me avergonzaba el hecho en sí de encontrarla atractiva, pero también la idea de que mi estado, por así llamarlo, fuera visible desde el exterior del saco. En mi sueño, o en mis pensamientos, decidí que no importaba lo que estaba experimentando. Por fin me quedé dormido.

Me despertó una clase distinta de excitación, unos gritos sofocados, si es que tal cosa es posible. Me puse las botas y eché a

andar hacia el alboroto.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Una serpiente —dijo un hombre.

Y, en efecto, había una serpiente de cascabel de tamaño considerable enroscada en el saco de dormir rosa de la tienda de cúpula de una joven que yo sabía que cantaba con la banda de música de la facultad. La serpiente estaba inmóvil entre las rodillas levantadas y temblorosas de ella. Lo que me alarmó no fue tanto la serpiente como la idea de que la chica pudiera intentar escabullirse del saco. Por supuesto, no era yo quien tenía a la serpiente encima. La chica estaba fuera de sí, aunque convenientemente petrificada. Lo que me alarmó en realidad fue ver que uno de aquellos deportistas musculosos y demasiado confiados intentaba agarrar la cabeza de la criatura. Antes de que yo pudiera decirle que se apartara, ya le había agarrado la cabeza, que era lo que debía de imaginar que hacían en los documentales sobre naturaleza de la tele. Por desgracia, presionó con el pulgar en la parte superior de la cabeza del animal, provocando que se le enrollara lentamente en torno al brazo. La expresión de la cara del chaval resultó casi cómica, sin embargo no lo era. Yo tenía cierta experiencia con serpientes de cascabel, sin llegar a ser ningún experto, pero aun así pude ver que el chaval estaba en apuros.

—En primer lugar, no le sueltes la cabeza —le dije—. ¿Cómo te llamas?

—Calvin.

—¿Qué crees que deberíamos hacer, Calvin? —le pregunté.

—No lo sé, profesor.

—Muy bien, Calvin. ¿Qué deporte practicas?

—Béisbol.

—Bien. Entonces tienes las manos fuertes. Mantén la cabeza bien sujeta. ¿Te puedo decir que agarrar a este bicho ha sido una tontería?

—Ya me doy cuenta.

Agarré la cola de la serpiente, sintiendo su piel seca y áspera, y se la desenrollé del brazo con cuidado. Comprobé que todavía estaba fría, lo bastante como para no sacudir el cascabel, lo cual era bueno.

—Hilary, ¿puedes traerme una funda de tienda o algo parecido? —Sentí que la serpiente empezaba a recuperar el conocimiento, reanimada por el calor del aire y de nuestras manos. Hilary volvió con un saco. La serpiente estaba despertándose y retorciéndose.

—¿Y ahora qué? —preguntó Calvin.

—Métele la cabeza en el saco, pero no la sueltes. —Calvin obedeció —. Muy bien, ahora le voy a agarrar la cabeza desde fuera. No se la

sueltes hasta que te lo diga. —Calvin asintió; le agarré la muñeca por fuera del saco, fui subiendo hasta sus dedos y por fin sujeté a la serpiente de cascabel por ambos lados de la cabeza—. Ya la puedes soltar —dije.

—Gracias a Dios —dijo Calvin.

Metí el resto de la serpiente en el saco y lo afiancé con el cierre de cordón.

Los alumnos aplaudieron sin mucho aplomo. No me gustó ser el centro de la atención y me alejé con la serpiente. Me detuve y me giré hacia ellos.

—Lo que ha hecho Calvin es una temeridad y una tontería. No te ofendas, Calvin. Si veis una serpiente, mantened la calma y avisadnos a mí o a la profesora Gill. —Me di la vuelta y seguí andando.

Hilary me alcanzó.

—No quiero que me llamen a mí cuando encuentren serpientes —me dijo, casi riendo.

—Carajo, ni yo que me llamen a mí. Pero por lo menos tú mantendrás la calma y no harás ninguna locura como la que ha hecho Calvin.

—¿Qué va a hacer con la serpiente? —preguntó Rachel, que había llegado al trote detrás de Hilary.

—La voy a soltar.

—¿Puedo ir?

Miré a Hilary, que sonrió y se alejó.

—Muy bien —le dije a Rachel—. Ven.

Se adentró en el desierto conmigo. Los sonidos y las voces del campamento se alejaron, aunque me dio la sensación de que algunos de sus ocupantes nos seguían mirando.

—Ha estado usted increíble —dijo.

—Para nada.

—Siento lo de anoche.

—Al menos no ha sido una serpiente grande —dije.

—Espero no haberlo incomodado mucho.

—Me incomodó lo justo.

—Lo siento.

—Deja de disculparte.

Nos alejamos quizás más de lo que hacía falta y solté al animal de forma bastante poco ceremoniosa en una torrentera. No se alejó, sino que levantó la cabeza y olisqueó el aire sin prestarnos atención. No me lo tomé como algo personal. Miré las colinas anhidras y me asaltó una preocupación repentina y sin forma. Necesitaba que la serpiente se moviera antes de marcharme de allí. Cogí una rama de

ocotillo y le toqué el cascabel. El animal se alejó deslizándose sin hacerlo sonar.

—Uau —dijo Rachel, dándome un apretón en el brazo.

Me alejé.

—Al campamento, venga —dije.

Branta canadensis. Los cinco huesos encontrados en nidos de ratas proceden de un mínimo de tres individuos distintos. Uno de los fémures y un cúbito podrían ser de *Branta canadensis parvipes*, que se sabe que hiberna en este estado.

Aquella misma tarde, después de las caminatas y las charlas y el calor opresivo, muchos de los alumnos decidieron emprender el largo trayecto en coche de vuelta a Los Ángeles.

Unos cuantos prefirieron acampar una noche más, porque era fin de semana largo, alguna festividad relacionada con Colón. Si alguno de ellos se quedaba, a mí me tocaba quedarme. Hilary decidió quedarse también. El grupo ahora reducido no se dividió en pandillas, sino que permaneció unido y sentado en torno a una fogata. Por supuesto, Rachel se había quedado. Yo no sabía si todavía estaba su pareja sexual de la noche anterior o no, porque no le había llegado a ver la cara. Aun así, por desgracia Rachel no parecía estar con nadie y no me quitó la vista de encima desde el otro lado de las llamas. Nos entregamos al topicazo de asar malvaviscos y perritos calientes y nos dedicamos a escuchar a los demás. Hilary los hizo hablar preguntándoles si alguno de ellos se había perdido alguna vez. Un par contaron que se habían perdido de niños.

—¿Y usted, profesor Wells? —dijo Rachel.

—Me he perdido más veces de las que recuerdo —dije—. Perderse es bueno. Por lo general es bueno. O sea, lo es si te encuentran. Una vez me perdí cerca de aquí, hace más de veinte años. Era miembro de una partida de búsqueda que buscaba a una niña perdida. La niña tenía diez años, si no me falla la memoria, y se había separado de sus padres. Deambulé hasta lo que creí que era un cañón en zigzag, pero que resultó no serlo, y me desorienté. Al principio no me podía creer que me hubiera perdido, pero me orienté bastante deprisa. Por entonces nadie tenía móviles, y en cualquier caso aquí no habrían funcionado.

—¿Y qué hizo? —me preguntó una joven que guardaba un parecido alarmante con Rachel Charles.

—Encontré el terreno más elevado que pude y miré a mi alrededor. Estaba seguro de que vería a otros miembros de la partida de búsqueda, pero no había nadie. Durante un par de minutos, me

planteé ceder al pánico, consciente de que a nadie se le iba a ocurrir ponerse a buscar a uno de los buscadores. Tenía un poco de agua y me sorprendí a mí mismo midiéndola, con la idea de racionarla. Me quedé en lo alto de aquella loma hasta que cayó la noche. Hacía tanto frío que me pareció que iba a morir de congelación.

—¿Y luego? —preguntó un joven.

—Enfoqué la oscuridad con mi linterna, pero no me vio nadie. Llegó la mañana y decidí caminar más o menos en la dirección por la que había venido. Caminé durante kilómetros. El sol me azotaba. Sentí que se me estaba empezando a inflar la lengua. Iba arrastrando los pies. Intenté sacar agua de una chumbera, pero no sabía lo que hacía.

—¿Y qué pasó? —preguntó Rachel.

—Pues que no me encontraron. Morí aquí.

Se rieron, no porque tuviera gracia, sino porque los había atrapado. Nos quedamos sentados un rato más. Una chica que tenía una guitarra cantó una canción que yo no conocía y que no me gustó mucho, pero el hecho en sí de cantarla me pareció un gesto tierno y anticuado.

De pronto se había hecho tarde, y, mientras les miraba las caras, caí en la cuenta de que tenían miedo de acostarse por culpa del incidente de la serpiente.

—Creo que me voy a acostar —les dije. Y los dejé allí.

Agarré la cantimplora y me alejé para poder cepillarme los dientes y mear en paz antes de regresar a mi saco de dormir. Estaba cansado y me dolían las piernas, pese a que había hecho muy poca cosa. Eso hizo que me sintiera viejo. Me quité la camisa, las botas y el cinturón y me acosté. Ya casi estaba dormido cuando se me acercó un crujido de pisadas. Levanté la vista para ver a Rachel.

—¿Qué quieres, Rachel?

—Me dan miedo las serpientes —dijo.

—No te preocupes por las serpientes. Las serpientes no te quieren. Estás demasiado flaca para darles calor.

—No me las puedo sacar de la cabeza.

Suspiré, la examiné muy brevemente y me sentí un poco irritado.

—Entiendes que soy tu profesor, ¿verdad? Tu profesor casado y con una hija.

—Son las serpientes.

Me dieron ganas de decirle que se tendría que haber marchado a Los Ángeles con los demás, pero no lo hice. No tenía sentido quejarse de algo que ya estaba hecho.

—No es probable que aparezca otra serpiente en el campamento —dije—. Métete en tu tienda y cierra la cremallera. Si por un acto

increíble de magia aparece una serpiente, no podrá entrar dentro de una tienda cerrada con cremallera.

—¿En serio?

—No tienen manos, Rachel.

Se rio.

—Buenas noches, Rachel.

—Tengo miedo. ¿No me puedo sentar aquí y charlamos un rato? —Antes de que yo pudiera ponerme a gritar pidiendo ayuda, ya la tenía sentada en el suelo.

Me incorporé hasta sentarme en el saco.

—No tenemos gran cosa de que charlar.

En vez de contestar, se quedó mirando el campamento silencioso.

—¿De qué se supone que vamos a charlar? —le pregunté—. ¿De qué quieres hablar?

—De lo que sea.

—¿De dónde eres, Rachel?

—De la zona de Seattle.

Asentí con la cabeza.

—¿Hermanos o hermanas?

—No. Mi madre tuvo un aborto espontáneo antes de que llegara yo. Dice que tuvo suerte de tenerme.

—Sin duda.

—¿Y usted? ¿Dónde creció?

—En Durham, North Carolina.

—¿Y tiene hermanos o hermanas? —preguntó.

—No.

Usó el dedo para dibujar en la arena que tenía delante algo que ella no podía ver por falta de luz. Se apartó el pelo oscuro por detrás de la oreja y me dedicó una sonrisa nerviosa. Confié en que notara lo incómodo que estaba yo. Eché un vistazo al campamento en silencio para ver si nos observaba alguien. No había nadie.

—¿En qué te estás licenciando? —le pregunté.

—En biología. Pero me estoy planteando cambiarme a geología.

—¿Por qué?

—Por usted —dijo, feliz—. Parece que ama su especialidad.

En mi vida había oído semejante patraña. Abrí la boca y dije:

—En mi vida he oído semejante patraña.

Se le quedó la cara blanca. Más blanca todavía.

—En serio, señorita Charles, ¿crees que voy a salir contigo? ¿Besarte? ¿Acostarme contigo? No tienes ni idea de lo que pienso sobre nada. Te he dado clases sobre sedimentos y rocas durante unos cuantos trimestres y te he visto follar durante un nanosegundo. Ni siquiera miré el tiempo suficiente como para sentir algún interés.

Hay que reconocerle que no lloró delante de mí, ni quizás tampoco después. Se levantó y se marchó sin echarme ni un vistazo.

Me sentí como un cabrón. Lo era.

Aquella noche no dormí. Y no por culpa de las serpientes. Quizás de alguna forma perversa fuera culpa de las serpientes. Salí de mi saco y eché a andar por el desierto. Mis pisadas eran más pesadas de lo normal y mi propio ruido me molestó.

3

Al regresar me encontré mi casa vacía. Salí al jardín de atrás y vi que se habían empezado a juntar nubes en el cielo del oeste. Estaba bajando la temperatura y me pregunté si tendríamos suerte y llovería un poco. Como la mayoría de los habitantes de Los Ángeles, me resistía a creer cualquier promesa de precipitación, incluso si era el cielo quien la hacía, o quizás especialmente si venía del cielo. Basil estaba contento de tenerme en casa. Consideraba mi forma de no hacerle caso una modalidad de atención. Él y yo no éramos tan distintos.

Aquella noche, mientras me preparaba para quitarme en la ducha el polvo que me quedaba del desierto, le conté a Meg lo de Rachel Charles. Sólo lo mencioné porque me molestaba mucho, me hacía sudar como si me estuvieran a punto de electrocutar o algo así de descabellado. Me pregunté por qué me inquietaba tanto, e incluso me cuestioné brevemente si era buena idea sacarlo a colación. No lo era. Yo creía estar siendo sincero, honrado y abierto, pero por lo visto restregarle una chica joven por la cara a mi esposa de mediana edad era un gesto egoísta e insensible.

—Te has debido de sentir muy halagado —dijo Meg de una forma que no tenía nada que ver con sentirme halagado.

—Pues no. ¿Qué mosca te ha picado?

—Te ha encantado.

—Pues mira, no es verdad. Lo he odiado. Me ha avergonzado. Te lo pregunto otra vez: ¿qué te pasa?

—Entonces, ¿por qué me hablas de ella?

Me detuve para mirarla, todavía en paños menores.

—Te lo cuento porque es lo normal, estando casados y tal.

—No quiero oír hablar del tema —dijo. Cogió un libro de su mesilla —. No me interesa.

—Tomo nota. No lo volveré a mencionar.

—No me vengas con paternalismos.

—No son paterna… No era mi intención… Bueno, vale, no lo haré. —Me sentí mareado—. Voy a darme una ducha. ¿De acuerdo?

Cuando salí de la ducha, le dije:

—No me sentí en absoluto halagado por la atención de esa chica. Siento mucho habértelo contado, sólo estaba sincerándome. No volveré a cometer ese error.

Meg guardó silencio mientras yo me ponía el pijama y salía de la habitación.

Aquella noche, en vez de dormir, en vez de restaurar mi cuerpo, que es lo que me habían explicado que era dormir y yo me lo creía, en vez de soñar y así resolver de forma inconsciente o subconsciente (nunca supe distinguir ambas cosas) los problemas de la vida consciente que me atormentaban o que me daba miedo afrontar, me quedé sentado mirando el papelito que había encontrado en mi chaqueta. «Ayúdame», decía en español. Quizás fuera un chiste, o un simple mensaje que le mandaba un sastre a otro, una súplica de ayuda para hacer una costura bien recta o un par de mangas igual de largas. Aun así, en mi mundo real carecía de importancia. No podía hacer, decir ni plantearme nada al respecto. Como eso nunca me había detenido antes, el hecho de no haber sido nunca dueño de buen juicio ni de sentido común, abrí mi ordenador, entré en eBay y busqué algo más que le pudiera comprar al usuario que me había vendido la chaqueta. Encontré y compré una camisa con bolsillos de solapa en la pechera.

Anas platyrhynchos. Hay treinta y siete apariciones documentadas de la especie en la cueva. Ciertamente se han producido cambios en la distribución de su población de plumaje gallináceo desde el Pleistoceno. El ánade real es un residente estacional e invernal común allí donde hay aguas abiertas.

Sarah aseguraba que la vista no se le había deteriorado más, pero no veía igual de bien que antes. El doctor Peterson no era para nada como en mi sueño. Era, en todos los sentidos, una medianía: en altura, peso y en sentido del humor, y lo más extraño era que aquellos rasgos tan ordinarios conseguían promover la confianza en sus capacidades médicas. Se mostró cómodo con Sarah, paciente mientras nos escuchaba contarle la situación y notablemente

tranquilo cuando mi hija empezó lentamente y en silencio a tener el mismo ataque que yo había soñado que iba a tener.

—Sarah, ¿cómo tienes la vista hoy? —preguntó—. ¿Sarah? Se inclinó hacia delante para mirarle los ojos.

—Bien —dijo ella.

Peterson le miró los ojos. Hizo una pausa, ajustó la luz y volvió a examinarle el ojo izquierdo. Tomó nota de algo.

—Sarah, ¿quieres mirar a la izquierda, por favor? En dirección contraria a la luz. ¿Sarah? ¿Sarah?

Sarah pareció desorientada. Chasqueó los labios de una forma que no nos resultó familiar. No lo había hecho nunca. Meg me miró. Jamás en mi vida me había alarmado tanto un ruido.

—¿Qué está pasando? —preguntó Meg.

—¿Sarah? —Ahora Peterson estaba discretamente alarmado. Meg y yo también, pero de forma menos discreta.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

Al cabo de un minuto, Sarah nos volvió a mirar.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Estás bien? —preguntó Meg.

—Sarah, ¿recuerdas que me haya girado para mirarte los ojos?

Sarah no contestó, pero estaba claro que se sentía confundida y que le estaba entrando el miedo rápidamente.

Peterson le tomó el pulso, le puso el manguito de medir la presión sanguínea y lo infló mientras le examinaba la cara.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—¿Mamá?

—Relájate, cielo —dijo Meg.

Peterson soltó la pulsera.

—Todo parece estar bien.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté.

—Es posible que no sea nada —dijo el médico. Se levantó, abrió la puerta y llamó a una enfermera—. Lacy, ¿puedes llevarte a Sarah y tomarle la altura y el peso para la ficha?

Sarah nos miró, a Meg y después a mí. Asentí con la cabeza.

—Ve, anda.

Nada más cerrarse la puerta, Peterson suspiró.

—Quizás no sea nada, como he dicho. Pero es posible que su hija acabe de tener una crisis epiléptica, lo que llamamos una crisis epiléptica parcial compleja.

—¿Eso qué significa? —pregunté—. ¿Y qué indica?

—Quizás nada —dijo.

—La gente no tiene crisis epilépticas sin ninguna razón —dijo Meg.

El médico sacó un cuaderno del bolsillo de la chaquetilla blanca y se puso a escribir.

—No me gusta hacer conjeturas. Creo que necesitan ustedes que la vea un neurólogo. La doctora Gurevich trabaja en este mismo edificio y es excelente.

—¿Qué piensa usted? —preguntó Meg.

—La doctora Gurevich es excelente.

El trayecto a casa fue el más incómodo que recuerdo. El miedo todavía no nos había invadido, pero ya acechaba. Sarah no ocupó su asiento de costumbre, el de detrás y la derecha, sino que se sentó en el medio y se abrochó el cinturón. Su confusión se manifestaba en forma de rabia, de cólera generalizada, silenciosa y dispersa. Sospecho que yo también sentía cierta rabia, igual de dispersa que la de ella, y que sin duda estaba igual de confundido. Por fin Sarah preguntó:

—¿Qué ha dicho el médico de mí?

—Que tenemos que ir a otra doctora distinta —dijo Meg.

—Ni siquiera me ha mirado los ojos.

—Ya lo sé, cielo.

> *Olor columbianus*. Dos mandíbulas recuperadas de un nido de ratas. La especie reside durante el invierno en Arizona. Descansa en aguas profundas, pero usa el pico alargado para alimentarse del fondo de las aguas poco profundas.

Una crisis de epilepsia. Enfurruñada en el asiento de atrás, por así decirlo, se la veía completamente normal, completamente ella misma. Pensé de inmediato que la crisis epiléptica se la debía de haber provocado un tumor cerebral. Me recordé a mí mismo que no era médico. Me recordé también a mí mismo que Peterson no había declarado con seguridad que mi hija hubiera tenido una crisis de epilepsia. Eché un vistazo a Meg, que miraba al frente a través del parabrisas.

—Lo bueno es que tenemos cita con Gurevich mañana mismo —le dije.

Meg no contestó; se limitó a seguir mirando al frente.

La peor sensación del mundo es saber que tu hija tiene miedo. No que se ha llevado un susto, ni tampoco que siente aprensión, como cuando está a punto de hacer un examen o de subirse a una montaña rusa, sino paralizada por un frío de hielo en la boca del estómago, perpleja porque de pronto ya no cree que sus padres lo puedan arreglar todo. Cuando Sarah se rompió la tibia jugando al voleibol, yo me preocupé, claro, y odié que sintiera dolor, pero era

una situación manejable. Ahora era posible que no pasara nada, aunque la verdad es que yo estaba asustado, pero la expresión de miedo en los ojos de Sarah me hundía por el centro del cuerpo la misma lanza de hielo, que se me alojaba en el espinazo y se quedaba allí, sin derretirse y sin moverse. Mi hija era mi razón para despertarme todos los días, y me quise matar a mí mismo por haberme resignado ya en cierta forma a perder una parte de ella. Movido por el egoísmo, veía mi mundo como algo ilusorio y frágil, que existía únicamente porque otros permitían que existiera. Me di cuenta de que siempre estaba esperando aquel momento de pérdida; de que, de hecho, estaba resignado diariamente a la muerte, pero nunca me había resignado a la vida. Me mordí la lengua con la fuerza suficiente como para despertarme a la realidad.

Pero no lo bastante fuerte como para hacerme daño.

Como siempre, aunque tenía propensión a verme atrapado en corrientes espirales de ansiedad, era un principiante comparado con Meg. Mi mujer era un ser de aire; era capaz de agarrarse a un globo de optimismo, subir con él a las alturas, soltarse y caer dando vueltas a la desesperación con la aceleración prestablecida de 9,8 metros por segundo. Y resultaba muy difícil atrapar a alguien que caía desde una altura tan vertiginosa. No era bueno ni para el que caía ni para quien lo tenía que coger al vuelo, y, por desgracia, esa había sido una de las razones históricas de nuestra desconexión. Entendí al instante y con decepción que mi espiral era un esfuerzo inconsciente para negarme el hecho de que a mi hija le pasaba algo malo.

Como la cita con el médico de Sarah no era hasta la tarde, nos pareció buena idea mandarla a la escuela con el fin de darle la impresión de que a nuestros ojos todo era normal. Yo también fui a clase, para hacer frente a mi auditorio lleno de alumnos de licenciatura aburridos como rocas. Aun así, el desayuno fue una reunión silenciosa que nos vio a los tres sentados a la mesa, una configuración de lo más infrecuente, ya que yo solía desayunar de pie entre el fregadero y la nevera mientras que Sarah se sentaba a la mesa y Meg no consumía nada, sino que se pasaba la mañana reuniendo los ejercicios de sus alumnos. Ese día ella no tenía clase, sin embargo, y me dediqué a observar su nerviosismo. Me aliviaba saber que yo tenía algún sitio al que ir y algo que hacer, por mucho que ese algo fuera describir los rasgos geológicos de las relativamente pequeñas tierras bajas aluviales que formaban la cuenca de Los Ángeles.

Anas discors. Se han encontrado cuatro huesos de esta especie, identificados mediante timpanometría. La cerceta de alas azules es la más infrecuente de las cercetas de la región.

Estaba de pie en la puerta del auditorio cuando me pasó al lado Rachel Charles. Era evidente que seguía enfadada por haber rechazado sus atenciones aquella noche en el desierto, pero no parecía haber perdido su interés por mí. Esto último lo deduje de sus largas miradas de reojo y de su ropa, que era todavía más sugerente que de costumbre. Ocupó su asiento de siempre en primera fila y cruzó llamativamente las piernas desnudas. El hecho de fijarme en todo aquello me hizo sentirme mal. Se mantuvo cabizbaja en todo momento, en apariencia tomando apuntes. La ausencia de su mirada me resultó ligeramente más desconcertante que la contemplación fija, adoradora y hambrienta a la que estaba acostumbrado a que me sometiera. El efecto más molesto de su recién inaugurada conducta fue que consiguió excitarme un poco, una excitación que yo reconocí de inmediato como un intento más de no hacer caso de lo que estaba pasando en casa, aunque eso no la hacía menos vergonzosa ni innoble. Mi clase terminó con una descripción de Playa del Rey, en Inglewood, y de las explotaciones petroleras de West Newport, y también con la amenaza de reanudar la misma lección en nuestra clase siguiente. Los alumnos recogieron sus cosas y salieron del aula con la misma prisa que todos los días. También como siempre, Rachel se tomó su tiempo para recoger sus cosas, hasta ser, de hecho, la última en salir. Todavía no me había mirado ni una vez cuando puso rumbo a la puerta.

—Rachel —dije.

—¿Sí, profesor Wells?

—¿Estás bien?

—¿Por qué no lo iba estar? —Una buena pregunta, que hizo que me sintiera pequeño y bastante estúpido.

—Espero no haber herido tus sentimientos la otra noche.

—Bueno, quizás sí. Pero tenía usted razón. ¿Por qué iba a interesarse por alguien como yo? —Y salió.

Debía admitir que había sido una conversación insatisfactoria, pero aun así me alegró que terminara tan de repente. ¿Qué más habría dicho yo si ella se hubiera quedado? Dios sabe. Lo único claro era que no habría sido bueno.

Hilary Gill me esperaba en la puerta de mi despacho. Supongo que la excursión al desierto nos había unido. Aun así, su presencia allí me resultó inesperada. Sin perder tiempo en saludos, se puso a pedirme un favor. Su petición empezó con un: «me pregunto si…».

—¿Qué necesitas, Hilary?
—¿Te importaría echar un vistazo a mis datos?
—Tengo una situación complicada en casa.
—Sólo un vistazo. Sin prisa. Bueno, con un poco de prisa.
—No te prometo nada.
Me puso una memoria USB en la mano.
—Muchas gracias.
—De nada.
Empezó a alejarse.
—Hilary. —Cuando se giró para mirarme, dije—: No te puedo prometer nada.
—Ya lo sé.

Tuvimos una actuación bastante buena en la escena previa a la cita de la tarde con la neuróloga. Nos preparamos como si tuviéramos una visita rutinaria con el dentista y Meg incluso le recordó a Sarah que se cepillara los dientes, una petición que no tenía ningún sentido, aunque de alguna forma tenía todo el sentido del mundo. En el coche escuchamos música «de Sarah», que siempre era peor en teoría que en la práctica. Por lo menos para mí. El pop sensiblero de nuestra hija parecía irritar a la poeta que llevaba dentro Meg, pero yo tenía que admitir que no me desagradaba. Mientras una chica cantaba una tonadilla risueña y animada en la que se deshacía felizmente del dolor devastador de un amor adolescente perdido, estiré el brazo y le di un apretón cariñoso en la mano a Meg. Ella frotó el pulgar contra mi nudillo. Y aquella fue la única expresión de pánico durante nuestro viaje en coche. Seguí siendo un público favorable a las canciones de mi hija y me acordé del día en que la habíamos llevado a casa recién nacida. Mientras salíamos del hospital, yo había pensado: ¿de verdad nos van a dejar salir como si nada con esta persona? Pero nos dejaron. Nadie nos avisó del ruido que hacían por las noches la mayoría de los bebés, ni tampoco del hecho de que parecían mirarte como fantasmas en la oscuridad. Cuando Sarah dormía, hacía unos gorgoteos extraños que nos daban la sensación de que se estaba asfixiando. Yo me levantaba y acudía corriendo a su lado, sólo para que el ruido remitiera y se convirtiera en una respiración completamente tranquila. Cuando conseguía no levantarme de la cama, la ausencia de aquellos ruidos estrangulados me terminaba alarmando, de forma que me levantaba de golpe para asegurarme de que todavía respiraba. Casi todas mis noches sin dormir como padre fueron consecuencia de mi ansiedad por mantener con vida a aquella criatura. Y, en fin, así me veía ahora otra vez. Cuando miré por el retrovisor a Sarah, sentada en el

asiento de atrás, la sorprendí devolviéndome la mirada, queriendo que yo lo arreglara todo.

Aythya valisineria. La especie está representada en la cueva por once individuos. El húmero de esta especie se distingue del del *Aythya americana* por la forma del extremo proximal. En tiempos modernos, el pato de lomo blanco no se caracteriza por sus migraciones. Pasa los inviernos en aguas abiertas.

Supongo que todas las visitas al neurólogo pediátrico implican bastante ansiedad, de forma que nuestra espera en el exterior del departamento fue notablemente breve. La doctora se reunió con nosotros casi de inmediato en la sala de reconocimientos.

La doctora Gurevich era una mujer de espaldas anchas y con un acento marcado, que me pareció de Europa del Este. Primero nos habló a los tres, preguntando a Sarah por sus tareas en la escuela, su vista y su dieta. Luego llamó a la enfermera para que se llevara a Sarah y la pesara.

La doctora se giró hacia Meg y hacia mí y nos preguntó por la supuesta crisis epiléptica que habíamos presenciado. Le contamos lo que sabíamos y lo que creíamos haber visto. Nos preguntó si nos habíamos fijado en alguna conducta nueva: tics, ruidos o problemas de sueño.

—Nada —dijo Meg.

—Un día no vio mi alfil —dije.

—¿Qué? —dijo Meg.

—Estábamos jugando al ajedrez. Es una jugadora muy buena y meticulosa. Y no vio un peligro evidente.

—¿Y eso qué tiene que ver con nada? —me preguntó Meg.

—No —dijo la doctora Gurevich—. Es información. Puede que no signifique nada, pero quizás sea útil.

—Es algo que antes nunca se le habría pasado por alto —dije. Negué con la cabeza—. Aunque la gente comete equivocaciones todo el tiempo.

—¿Pero a usted le preocupó?

—Supongo que sí.

La enfermera regresó con Sarah y le entregó la ficha a la doctora.

—Muy bien, señorita, siéntate aquí y vamos a echarte un vistazo.

«Echar un vistazo», había dicho. Me acordé de mi abuelo, que siempre decía que no pasaba nada por ir a ver al médico, pero que el problema era que él también te iba a ver a ti.

Y allí estaba mi hija, mi Sarah, y la doctora la estaba viendo, y yo me mantenía a un lado, deseando que la doctora no la viera en

absoluto. En aquella sala de reconocimientos, pareció que el mismo miedo que nos había vuelto a acercar a la fuerza a Meg y a mí estaba teniendo el efecto contrario. No era exactamente que estuviera surgiendo una frialdad, o una distancia, sino más bien que estábamos dividiendo a nuestra hija, partiéndola; ella quería a su hija y yo a la mía. Incluso en un momento como ése, por puro nerviosismo, me dediqué a pensar en el concepto de partir, y me pregunté cómo podía sonar tan parecido a *compartir*, cuando eran conceptos antitéticos.

La doctora Gurevich hizo que Sarah juntara las yemas de los dedos, que se tocara la nariz, que cerrara primero un ojo y después el otro y que cogiera un bolígrafo, caminara, brincara, repitiera series de sílabas, repitiera series de números, dijera la fecha, recordara lo que había desayunado, recordara el día de ayer y cantara una canción. La doctora le miró los ojos, le palpó las articulaciones, le buscó los reflejos con un martillito, le comprobó la visión periférica y lo hizo todo mientras hablaba con voz relajante, acento incluido.

—¿Te gusta la televisión? —preguntó.

—No la veo mucho.

—¿Pasas mucho tiempo con el ordenador?

—Lo uso para hacer los deberes.

—¿Ves videos y cosas parecidas?

—No muchos.

—¿Te gustan los videojuegos?

—La verdad es que no. De pequeña jugaba a uno. Se llamaba *Suéltame*.

—¿Era divertido?

—Supongo. Yo tenía seis años.

—Me acuerdo de ese juego —dijo Meg.

—¿Alguna vez te parece que se te escapa el tiempo? Ya sabes: estás mirando la tele y de repente es hora de irte a la cama o de marcharte. ¿Te pasa alguna vez?

—A veces. ¿Es malo? —preguntó Sarah.

La doctora negó con la cabeza.

—Nos pasa a todos. ¿Te has sentido más desorientada últimamente? ¿Más olvidadiza?

—No lo sé.

—¿Alguna vez te olvidas de dónde estás? ¿Te sientes perdida durante un par de segundos?

—No.

—Esta pregunta te va a parecer bien rara: ¿te acuerdas de la última cosa que olvidaste?

Sarah se rio.

—Ya te dije que era bien rara.
—Me olvidé de que tenía clase de flauta.
—¿Te había pasado alguna vez?
—No me acuerdo.
Aquello me hizo reír a mí. Meg me clavó una mirada.
—Muy bien —dijo la doctora.
La doctora repitió muchas de las mismas pruebas.
—Repite conmigo: la fa ta.
—La fa ta.
—La la la fa ta ta.
—La la la fa ta ta.
—La la fa fa ta ta.

La parte irónica e incongruente del examen médico era que, aunque me sentía completa y absolutamente determinado a observarlo con atención, y aunque estaba consumido por la preocupación, la agitación e incluso el pánico, en la práctica experimenté algo que quizás fuera la misma clase de pequeño ataque de epilepsia que temía que hubiera experimentado mi hija, porque fui consciente de que habían pasado unos minutos sin que yo me diera cuenta. Al volver en sí o despertar, me encontré a la doctora sosteniendo una servilleta de papel delante de la cara de mi hija. Comprendí que estaba intentando inducirle una crisis epiléptica y traté de plantear alguna objeción, aunque no lo hice, claro.

—Muy bien, Sarah, quiero que soples a este papel y hagas que se mueva. Sigue haciéndolo hasta que yo te pida que pares. Sopla bien fuerte.

Sarah siguió las instrucciones. La servilleta de papel se alejó y regresó cuatro veces, ocho, y por fin Sarah dejó de soplar. Agachó la cabeza, parecía que se había quedado dormida, la dejó caer a un lado.

—¿Sarah? ¿Me oyes? Rojo. Azul.
—¿Rojo?
—O sea que lo has oído.
—¿Mamá? —Sarah miró a su madre.
—No pasa nada, cielo.

—Todo está bien —dijo la doctora Gurevich—. Le quiero hacer un electroencefalograma. Y análisis de sangre. Las crisis epilépticas podrían no ser absolutamente nada. Podrían ser ambientales y marcharse solas. Podría ser algo asociado con su dieta. Quiero que apunten todo lo que come durante una semana. Y deshagámonos de todas las colonias y de los jabones y champús con perfume. ¿Te parece bien, Sarah?

Sarah asintió con la cabeza.

—¿Qué tipo de ciencia estudias ahora mismo en la escuela?
—Biología.
—¿Hacéis trabajo de laboratorio? ¿Disecciones? ¿Algo que tenga un olor fuerte o desagradable?
—No hacemos laboratorio.
—Bien. Sarah, ¿por qué no sales y me esperas en la sala de al lado? Quiero programar esas pruebas y hablar con tus padres de nuestra próxima cita. —La doctora llamó a la enfermera y le pidió que se llevara a Sarah por el pasillo.
—¿Y bien? —dijo Meg nada más cerrarse la puerta.
—Todo lo que le he dicho a Sarah es verdad. Pero hay la posibilidad de que tengamos un caso de epilepsia.
—Oh, Dios mío —dijo Meg.
Pensé lo mismo.
—Es una *posibilidad* —reiteró la doctora Gurevich—. Lo bueno que tiene es que, incluso si es epilepsia, se puede controlar con fármacos. La epilepsia que se manifiesta en la infancia no implica menor esperanza de vida. Si es epilepsia, Sarah necesitará tomar fármacos el resto de su vida. —Hizo una pausa para examinarnos las caras—. Hagamos las pruebas y veamos lo que nos dice la sangre.
—¿Y el problema de la visión? —pregunté.
—Se lo podrían estar causando las crisis epilépticas. Son muy leves y estoy segura de que las tiene sin darse cuenta.
—¿Por eso no vio mi alfil?
—Seguramente. Pero vamos a estudiar el problema de la vista.

La única buena noticia que te pueden dar cuando te hablan de la salud de tu criatura es que no le pasa nada, absolutamente nada. El miedo de Sarah era palpable. Por supuesto, quería saber qué nos había dicho la doctora en privado. Y, por supuesto, se lo conté. Meg no estaba segura de qué contarle. Peor todavía, aquello la incomodaba. Pero no era culpable de su ansiedad.
—La verdad es que la doctora no sabe cuál es el problema —le dije.
—Ha dicho que estás bien —dijo Meg.
—Lo peor que puede pasar es que tengas que tomar una medicina —me apresuré a decir—. Pero hay que hacerte las pruebas para saber qué medicina.
—¿He tenido un ataque de epilepsia? —preguntó Sarah.
—Puede que sí —le dije—. Pero si lo has tenido era pequeño.
—¿Qué es un ataque de epilepsia?
Salí de la carretera y aparqué a la sombra de un lilo persa. Miré a Meg, que asintió con la cabeza.

—¿Es muy grave?

—No, bichito, no es muy grave. Sobre todo porque ahora sabemos lo que pasa. Es como quedarse dormida un momento. Como un cortocircuito del cerebro. —Me arrepentí de haber dicho cerebro y de haber dicho cortocircuito—. En cierto sentido, todos los tenemos de vez en cuando. La diferencia es que tú estás teniendo unos pocos más.

—¿Y qué cree la doctora que me pasa?

—Todavía no cree nada. Podría ser tu dieta, tu champú o tu desodorante —le dijo su madre.

—No uso desodorante.

—Por desgracia —dije yo.

—Zach —se quejó Meg.

Pero Sarah se rio.

Zenaida macroura. Un húmero izquierdo procedente de un nido de rata y parte de un fémur y el extremo proximal de un tibiotarso, con origen en el nivel de los 20-25 centímetros, representan a esta especie residente local.

Sin discutirlo demasiado, o nada en absoluto, decidimos que era mejor comportarse como si no pasara nada. Como si fuéramos una familia de tontos. Sarah fue a la escuela al día siguiente como una campeona, Meg mantuvo sus horas de oficina y yo fui al campus y fingí que daba clase. Antes de clase pasé por el centro deportivo, lo que en mi juventud se había llamado el gimnasio, y traté de quitarme un poco de estrés a base de aporrear una pelota de squash. Un joven indio al que yo conocía, alumno de posgrado de otra facultad de ciencias, me preguntó si quería jugar con él y le contesté con educación que no. Seguí castigando la pelota, disfrutando de los dulces y sorprendentes silencios que separaban los pelotazos contra la raqueta y contra el frontón.

—Estoy seguro de que la pelota ya ha fallecido —dijo alguien desde atrás, carraspeando.

Me giré para ver a Finley Huckster, que de verdad se llamaba así, de pie al otro lado de la pared de plexiglás. Llevaba una toalla al cuello y estaba todo sudado y bebiendo agua de una vieja cantimplora del ejército.

—Y cuando digo que ha fallecido, quiero decir que la has matado —dijo—. ¿Qué te ha hecho enfadar tanto?

—No estoy enfadado —le dije—. Sólo intento sudar un poco.

—Ya veo.

—¿Qué haces tú aquí? No me creo que hagas ejercicio.

—Es verdad que los profesores de literatura inglesa no somos famosos por nuestros logros atléticos, pero yo soy una excepción.

—¿Y eso por qué?

—Porque soy excepcional.

Abrí la puerta y salí para reunirme con él. Nos sentamos en el nivel inferior de las pequeñas gradas. Nos quedamos mirando la pista vacía.

—¿Cómo estás? —preguntó Finley.

—Cansado.

—¿Qué te parece nuestra nueva decana?

—¿Tenemos nueva decana?

—Sí. Tras un año de búsqueda. Y un millón de emails pidiéndonos nuestras opiniones irrelevantes. ¿No recuerdas nada de todo eso?

—Me suena un poco. —Miré su cantimplora de goma de color caqui —. ¿Por qué bebes agua con esa cosa?

—Porque me trae a la memoria mi época en los marines. El sabor a goma me hace recordar lo infeliz que fui.

—¿Y cómo es la nueva decana?

—Es una politóloga de Stanford. Ya te la puedes imaginar: criada en la Ivy League, notas excepcionales, indudablemente *más inteligente* que los demás, o por lo menos eso cree. Ya sabes, una decana. —Finley me ofreció un trago de su cantimplora.

—No, gracias.

—Y es joven. Muy joven. Hoy en día todos los decanos parecen jovencísimos.

—Finley, no es que sean muy jóvenes, es que nosotros somos viejos.

—Es verdad, pero todavía no estamos muertos.

—No.

Impartí mi clase mejor de lo que había esperado teniendo en cuenta que básicamente me planté delante de ellos como un robot, abrí la boca y dejé que todos aquellos años de lecciones ensayadas me salieran sin interés ni pasión. Para mi sorpresa, bastantes alumnos me hicieron cumplidos al salir:

—Estupenda, la clase, profesor.

—Sí, genial.

—Muy chula.

—Ha molado.

Gruñido.

Luego crucé andando el campus. El cielo se había nublado y ya volvía a hacer promesas que no iba a poder cumplir. Esquivando bicicletas y monopatines, conseguí llegar a mi despacho, donde me

quedé esperando a los alumnos que no se iban a presentar a mis horas de tutoría. Pero aquel día sí se presentó una alumna. Era Rachel Charles. Entró en el despacho con cierto sigilo.

—¿Puedo ayudarte, Rachel?

—Me quería disculpar —dijo.

Me quedé en mi silla, mirándola.

—Por lo que pasó en el desierto. Lo siento mucho.

—No te preocupes. Lo creas o no, yo también fui joven.

—Me siento estúpida. Debe de pensar usted que soy una niñata boba. —Sus palabras transmitían un subtexto que yo simplemente no podía captar.

—Tranquila, es agua pasada. Pasemos página. Gracias por venir y mencionarlo.

—¿Ésa es su hija? —Señaló con una uña pintada de verde la fotografía de la pared de encima de mi mesa.

—Sí. Se llama Sarah. Y ésa es mi mujer.

—Es guapísima.

Asentí con la cabeza.

—Profesor Wells, no le mentí sobre mi interés en la geología —dijo —. Llevo intentando descubrir qué me interesa desde que entré en la universidad.

—Eso es bueno.

—Y es verdad que usted me está inspirando.

—Muy bien. Es la típica cosa que a los profesores nos gusta oír. — Esperé a que Rachel se alejara hacia la puerta, pero no lo hizo. Comencé a guardar las cosas en mi bolsa como si me dispusiera a marcharme—. Vas muy bien en la clase.

—Gracias.

—¿Algo más?

—Supongo que no.

Me levanté y colgué del hombro la correa de la bolsa.

—Pues muy bien, entonces. Te veo el jueves.

—El jueves.

No me fui de mi despacho, sino que me volví a sentar. Me había quedado a solas, de forma que no me molesté en poner la espalda recta. Me entró un mareo al darme cuenta de que estaba obviamente resistiéndome al hecho de volver a casa. Sin embargo, aquel nivel de conciencia egocéntrica se vio rápidamente desplazado y barrido por la corriente actual que era la situación de mi hija.

El hemograma y el panel metabólico no mostraron anemia, infecciones ni diabetes.

—Aun así —dijo la doctora Gurevich—, hay algunos linfocitos vacuolados. Eso podría indicar algún desorden metabólico, algo tan simple como un desequilibrio ácido-básico o un problema de mala absorción. Las notas del oftalmólogo dicen que vio algo que podrían ser depósitos fluorescentes en la parte trasera de los ojos.

—¿Y eso qué sugiere? —preguntó Meg.

Estábamos sentados en el despacho privado de la doctora en el Hospital Infantil. Su ventana tenía vistas a un patio. Vi a una mujer que empujaba a una criatura en silla de ruedas. La criatura dijo algo que hizo reír a la mujer. Yo no oía los sonidos, pero sí los veía; me dediqué a contemplar los sonidos de la mujer mientras esperaba la respuesta de la doctora.

—Es demasiado pronto para decirlo. He decidido programar un electroencefalograma. Sé que parece mucho, pero quiero saberlo todo.

Meg y yo asentimos con la cabeza.

—También haremos un análisis de ADN. Así pues, necesitaremos sacar un poco más de sangre y un par de muestras de tejidos.

—¿Qué piensa usted? —le pregunté—. Parece que ya tiene una idea de qué podría ser esto.

—Como he dicho, todavía no pienso nada. Seguramente ya debe de estar acabando el electroencefalograma, así que me voy a ver a Sarah. Pueden esperar aquí. —Y se marchó.

Meg y yo nos quedamos unos minutos sentados en silencio. Miré lo que había encima y en los alrededores de la mesa de la doctora Gurevich. En el suelo había una cesta con madejas de hilo de tejer y unas agujas de punto.

—Nunca habría dicho que la doctora Gurevich hiciera punto —dije.

—¿Qué crees que tiene en mente? —preguntó Meg.

—Ni idea.

—¿No tienes miedo?

—Estoy aterrorizado.

—Pues no lo pareces.

—¿Pero qué dices? —le pregunté.

—Quiero decir que yo estoy angustiada y a ti se te ve tan tranquilo.

Negué con la cabeza.

—¿Pero qué carajo dices?

Se secó el rabillo de los ojos con un pañuelo de papel.

—Siento que mi reacción no sea exactamente igual que la tuya. Pero deberías intentar mantener la compostura para no asustar a Sarah todavía más. ¿Qué te parece?

Meg no dijo nada.

Volví a negar con la cabeza. Luego me di cuenta de que quizás estuviera buscando pelea para no tener que pensar en lo que estaba pasando. No me gustó, pero tuve que admitir que, de ser verdad, no era mala estrategia. Le puse la mano en el hombro.

—Sí que estoy preocupado. No quiero distraerme discutiendo por algo así.

Meg levantó el brazo y me tocó la mano.

Me di cuenta de que no había cambiado de parecer sobre mi reacción. Me dieron ganas de decirle que incluso en materia de dolor tenía que haber diversidad de formas, igual que pasaba con los organismos vivos, pero no se lo dije. Pensar en analogías idiotas era mi forma de lidiar con el estrés, y no necesitaba empeorar las cosas aireándolas.

Sayornis nigricans. Se ha recuperado un tarsometatarso completamente preservado junto con otros diez huesos del nivel de los 18-20 centímetros. Podrían proceder del bolo regurgitado de un búho. El espécimen, de 16 milímetros de longitud, está en el espectro de tamaño de la hembra. La especie solía compararse con el *Sayornis saya*, de mayor tamaño, y con las especies *Contopus* y *Empidonax*, más pequeñas.

4

Había una mención a la Cueva de la Nada en los diarios que había escrito John Wesley Powell de su navegación por el río Colorado. Powell la describía como «una simple cavidad en la pared» que había observado pero no explorado, siendo muy probable que, al encontrársela, no hubiera tenido forma de atracar el bote para investigarla. Lo más seguro era que tampoco le interesara entrar en ella, puesto que era una «simple cavidad». Nadie sabía cómo había terminado llamándose Cueva de la Nada, ya que no había constancia de que el nombre proviniera de ningún miembro de su expedición. Una vez sugerí que quizás el nombre simplemente demostrara la falta de interés de Powell: la Cueva de la Nada no tenía nada. Para mí, sin embargo, la cueva sí que tenía un gran interés; se había convertido en mi trabajo, en el centro de mi atención y en cierta manera en mi mundo. Era el único lugar del que yo sabía más que

nadie. Me preguntaba si todo el mundo necesitaba un sitio así, si todo el mundo podía tenerlo y si mi hija algún día conseguiría uno.

Incluso cuando estaba en casa, la Cueva de la Nada me servía de refugio donde esconderme del resto del mundo y de la vida, con la excusa de que estaba trabajando. Mis notas obsesivas ya no sólo cubrían mi mesa, sino también mi persona. La obsesión era un rasgo que yo empleaba a mi conveniencia, sin ser demasiado consciente de ello, aunque cuando la empleaba lo hacía con sinceridad y hasta el final; quizás no era exactamente la emulación platónica de una cualidad deseada, porque eso habría implicado una decisión consciente, sino más bien un compromiso nacido de la simple debilidad.

Mi mente estaba perdida entre huesos de pájaro en un nido de ratas de un rincón estrecho y húmedo el día en que bajé la vista y vi que mi hija de diecinueve meses se estaba poniendo azul. Faltaba la mitad de la etiqueta de papel de una botella de agua de plástico, pero no la pude ver por ninguna parte. Sarah estaba sentada en el asiento del carro de la compra del supermercado. Yo estaba de pie frente a los quesos. Meg salió de un pasillo con un paquete de arroz en la mano y vio mi expresión de pánico. Se le cayó, el paquete reventó y el arroz salió disparado en todas direcciones y salpicándolo todo. Yo ya tenía los dedos gruesos y torpes dentro de la boca de mi hija, pero no encontraba nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Meg.

—Ha comido papel.

Le di una palmada en la espalda a Sarah, la giré y la sostuve cabeza abajo. No estaba llorando, que era lo más alarmante de todo. Y de pronto rompió a llorar. Volví a respirar. La bola de papel le había salido de dentro y estaba entre mis dedos. Meg cogió al bebé y me miró con cara de furia.

—Ha arrancado el papel de la botella —dije.

—¿No la estabas vigilando?

Así era Meg. Siempre estaba echando la culpa; todo lo malo necesitaba ser culpa de alguien. No era que yo hubiera salvado a nuestra hija de morir asfixiada, sino que había estado a punto de matarla. No era que le hubiera sacado el papel, sino que, de hecho, aquel cuerpo extraño se lo había metido yo en la garganta. Jamás se me habría ocurrido que la niña pudiera arrancar el papel de la botella y comérselo. Siempre le habíamos dado botellas como aquélla para que jugara. Me sentí vacío, débil, culpable y enfermo. Aquella noche me quedé una hora junto a ella mientras dormía, mirando cómo su espalda diminuta subía y bajaba con cada respiración, asegurándome de que siguiera con vida. Era mi trabajo,

mi único trabajo en la vida, mantener con vida a aquella criatura, asegurarme de que aquel pajarillo no dejara de respirar.

El paquete estaba sobre la mesa del comedor, un sobre grande con remitente en un apartado de correos de Nuevo México.

Meg me vio sacar la camisa.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una camisa —dije.

—Ya lo veo. ¿Está usada?

—Es de segunda mano. La he comprado en eBay.

—¿Necesitabas otra camisa?

—La verdad es que no —admití.

Hizo alguna clase de ruido con la garganta. Es triste, pero yo la entendía perfectamente. La camisa no tenía nada especial, y me alegré de que Meg se marchara de la habitación porque así podía estar a solas para registrar sus dos bolsillos de solapas. Me quedé aliviado y, por extraño que parezca, un poco decepcionado y —todavía más extraño— desanimado al encontrarlos vacíos. En fin, tenía una camisa usada nueva que se parecía lo bastante a mis viejas camisas usadas como para añadirla a mi día a día. Mientras estaba guardando la prenda otra vez en el sobre, le noté un bulto en el cuello. Había una nota pulcramente doblada, sujeta con un alfiler y escondida debajo del pliegue del cuello. Tardé un momento en desdoblarla mientras se me erizaba el vello de la nuca. Antes de leerla, ya sabía que no le iba a contar nada a Meg. Me pregunté si se lo contaría a alguien. La nota desdoblada decía, ahora en inglés: «Por favor, AyudaNos».

Palpé la camisa entera para asegurarme de que no hubiera más notas. Miré el sobre. El remitente era un apartado de correos y el código postal era el 87832. Una rápida comprobación con el teléfono… Bingham, Nuevo México.

Todo aquello no era más que lo que era: una distracción, por muy bienvenida que fuera, de la terrible situación en curso. La nota era la extraña afirmación de un conocimiento que yo no tenía. No costaba nada imaginar que alguien me estaba tomando el pelo. De hecho, era bastante probable: yo podía muy bien ser la víctima al azar de una broma, quizás una víctima entre muchas. No tenía ni idea, pero las notas eran reales, yo sentía su peso en la mano, sentía su importancia. Y esa sensación, por supuesto, alimentaba mi necesidad ya acuciante de saber algo, cualquier cosa, ya que toda la situación de mi hija no era más que una serie de interrogantes. La irritante pregunta que me esperaba al final de la pista falsa de un arcoíris, por mucho que innegablemente fuera otra distracción, era

epistemológica. Cuando a los palurdos les entra el miedo, acuden corriendo a sus armas de fuego. Cuando a los intelectuales les entra el miedo, recurren a preguntas filosóficas fundamentales. ¿Qué es el bien? ¿Qué es la belleza? ¿Qué es conocer algo? Respecto al tema del conocimiento, no me interesaba exactamente la cuestión de si podía conocer algo, sino más bien qué clase de cosas podía conocer. Sabía que mis notas crípticas eran reales, pero no podía saber qué significaban o qué intenciones tenían y ni siquiera estaba seguro de que significaran algo. No podía saber si mi hija iba a llegar a vieja, pero sí podía averiguar qué la había hecho enfermar si conseguía que me lo dijera alguien. Tampoco podía saber cómo terminaba un montón de huesos en un nido de ratas de mi cueva, pero sí podía saber que procedían de un somormujo.

Aquella noche Sarah tuvo una pesadilla que la hizo llorar. Meg y yo fuimos corriendo a su habitación igual que habíamos ido cuando de niña sufría terrores nocturnos. No se despertó, igual que tampoco lo había hecho entonces. Meg la abrazó y la meció. Le puse la mano en el hombro a Meg, como si Sarah pudiera sentir mi mano a través de otro cuerpo. Al tocarla, noté que se ablandaba y me sentí tan cerca de ella como me había sentido en otros tiempos. En aquel momento Sarah no era hija de ella ni mía, sino de ambos, igual que lo había sido cuando la habíamos traído por primera vez a casa, cuando mirarla equivalía a mirar un retrato de los tres. Meg me miró y vi su miedo.

—Yo también tengo miedo —le dije.

Aprovechando que Meg se había llevado a Sarah a sacarle sangre para el análisis de ADN, fui al campus. Era el día de los exámenes parciales, y, aunque aquel día yo no daba clase, me tocaba ir para supervisar las pruebas y tratar con el pánico que pudiera causar la pregunta seis. El campus entero estaba alborotado por la noticia de que unos alumnos habían ocupado el despacho del rector. Lo leí en el periódico estudiantil sentado en mi despacho y contemplé las fotos de los manifestantes sentados en el suelo, mirando los teléfonos y dando sorbos a vasos de Starbucks. Al parecer los alumnos estaban pidiendo muchas dimisiones porque el rector y su administración eran poco sensibles a las necesidades de los estudiantes de color. Aquello se parecía a mi época de estudiante, hacía veinticinco años, cuando pedíamos esencialmente las mismas cosas. Yo era igual de tristemente apolítico ahora que entonces. Trabajaba con fósiles. Gateaba por cuevas y medía los huesos de unos pájaros muertos mucho tiempo atrás. Los alumnos habían hecho circular una petición que declaraba que la administración no

entendía lo profundamente que les había afectado el asesinato de un adolescente negro a manos de la policía en Peoria, Illinois. La petición afirmaba que los alumnos estaban tan afligidos que no deberían tener que hacer exámenes. Un par de alumnos negros se presentaron en mi despacho buscando mi apoyo en tanto que profesor negro. Yo no conocía a ninguno de ambos, un hombre y una mujer igualmente atractivos, jóvenes y de miradas luminosas, en busca de intensidad.

—¿Profesor Wells?

—Soy Wells, sí.

—Me llamo Mya Chambers y éste es Daniel Johnson. Soy alumna de Literatura Inglesa —dijo ella.

—Yo de Historia —dijo Daniel.

—Nos preguntábamos si querría usted sumarse a nosotros y hablar en una reunión que celebramos esta noche —dijo Mya.

—¿Quiénes sois «vosotros»?

—La Coalición de Estudiantes de Color —dijo Daniel—. Estamos protestando por la falta de profesorado negro en el campus.

—¿Y qué queréis de mí?

—Queremos que nos diga que la universidad ha excluido de forma sistemática a la gente de color de su profesorado. —Mya miró a Daniel en busca de su aprobación.

Daniel asintió con la cabeza.

—Pues parece que ya sabéis lo que queréis que os diga —dijo. Aquello les sorprendió y, a decir verdad, me sorprendió a mí también. Mi tono no sugería paciencia alguna—. Queréis que os diga que esta universidad ha intentado impedir que los paleontólogos negros trabajen de profesores aquí. Entendedme. Sé que el racismo es real. En Arizona me arrestaron un par de veces por el simple hecho de conducir siendo negro. Unos supremacistas blancos me dispararon estando en un yacimiento y llegué a temer que las últimas palabras que oyera en mi vida pudieran ser «he matado a uno». Pero aquí no lo he experimentado personalmente, aunque estoy seguro de que hay algo de racismo.

Se me quedaron mirando como si estuviera ardiendo.

—Es posible que me hayan denegado varias becas por racismo en el jurado, sí. Simplemente no lo sé. Me dedico a gatear por cuevas, encontrar fósiles e identificarlos. Soy un científico. Seguramente debería estar más politizado en mi vida y en mi trato con la universidad. Pero no lo estoy.

Daniel pareció a punto de decir algo.

—He leído en el periódico estudiantil que no creéis que deberíais hacer exámenes —dije—. Lo que ha pasado en Peoria es terrible,

espantoso. Hice mi posgrado en Chicago. Pero ¿sabéis qué van a hacer los estudiantes de secundaria de Peoria al final del trimestre?

—¿Qué? —preguntó Mya.

—Exámenes —les dije. Ahora los estaba enfadando. No tenían forma de saber hasta qué punto mi diatriba tenía sus raíces en el miedo y la frustración que me generaba la enfermedad sin diagnosticar de mi hija.

—Protestar está bien —les dije. Creo que pensaban que estaba a punto de congraciarme con ellos—. Pero si queréis protestar, quizás deberíais desfilar por las calles con gente que está en primera línea de la lucha y no hacer eso tan americano que es pedir pizza y montar una fiesta en el despacho del rector antes de usar vuestras educaciones de élite para vivir bien.

Daniel recobró el aplomo.

—Entonces, ¿cree usted que hay suficiente profesorado negro en el campus?

—Debería haber más —dije—. No estoy en desacuerdo con vosotros. Pero no tengo tiempo de asistir a vuestra fiesta para poder sentirme mejor conmigo mismo. De verdad que soy un simple empollón que gatea por cuevas. Quizás sea por eso por lo que tengo un trabajo aquí. No lo sé. —Hice una pausa para observar sus reacciones. No podía leerles gran cosa en las caras. Quizás no hubiera mucho que leer. Pese a todo, me quedé asombrado de haber hablado tanto, sobre todo porque todo aquello me importaba muy poco—. ¿Os he decepcionado? —les dije, una pregunta más retórica que otra cosa.

No dijeron nada, pero estaba claro que tenían ganas de irse.

—No era mi intención. He tenido una semana difícil.

No sabían cómo poner fin a nuestro pequeño encuentro.

—Podéis marcharos —dije, en tono más hosco y severo de lo que había sido mi intención. Yo era, según la opinión unánime, un hombre huraño, aunque en mi opinión simplemente era directo. La franqueza: la última excusa del gruñón, del cascarrabias.

Se marcharon.

Hilary entró de costado por mi puerta.

—Uau, les has dado un buen rapapolvo, ¿no?

—Ah, ¿sí?

—Te vas a labrar mala reputación.

Me encogí de hombros.

—Nunca la he tenido. Quizás sea divertido.

—Lo dudo.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—¿Qué te pasa? —Me examinó, sonriendo a medias, con la cabeza ladeada como un canino perplejo.

—Problemas en casa —dije. Fui consciente de la impresión que causaba aquella frase—. Mi hija está enferma.

—Lo siento.

—Sí, yo también.

—Vamos, deja que te invite a eso que venden aquí como almuerzo.

La miré desde mi silla y durante un segundo simplemente no supe quién era. Negué con la cabeza, aunque no a modo de respuesta a su pregunta, y dije:

—No, gracias. —Y añadí: «Hilary», para garantizarme a mí mismo que sí sabía quién era.

Eremophila alpestris. Un húmero, completo, de 22,7 milímetros de longitud, encontrado en el nivel de los 19 a los 25 centímetros. Se ha localizado a esta misma especie en otros depósitos del Pleistoceno. Su tamaño es comparable al de otras razas que crían hoy en día en la zona.

Sarah y Meg seguían en el hospital a media tarde. Cogí el Jeep y fui a reunirme con ellas, con el corazón a cien durante todo el trayecto. Era uno de esos días del Sur de California
que mucha gente aseguraba odiar: soleados y calurosos. Yo rechazaba sumariamente aquella queja, a menudo procedente de gente del este del país, de que la región no ofrecía cambios estacionales. Era gente muy poco sofisticada la que se quejaba de aquello y, en el mejor de los casos, perezosa. Los indicios de cambio estacional abundaban en Los Ángeles y sus alrededores, muchos de ellos más sutiles que la cuantiosa muerte de las hojas de la que tanta gente parecía enamorada. El florecimiento de flores y árboles y la aparición de pájaros diversos. En primavera aparecían los capulineros y los machos exhibían las franjas blancas de sus alas. En otoño llegaban los pinzones púrpuras. A lo largo de octubre soplaban los tórridos vientos de Santa Ana. En invierno llovía. El sol resplandecía, a menudo demasiado, y daba demasiado calor, como era el caso de aquel día, en que me estaba abrasando mientras conducía.

Me irritaba que el Hospital Infantil tuviera una atmósfera tan risueña. Y me irritaba el hecho de que me irritara. ¿Por qué no iba a tenerla? A fin de cuentas, era el lugar donde la mayoría de los niños se recuperaban de sus enfermedades. Todos aquellos colores joviales y peceras llenas de peces sonrientes y globos de colores vivos y brillantes que flotaban por allí deberían haberme convencido

de que mi hija también se iba a recuperar. Quería creerlo, pero al parecer no podía. Me había hundido en un agujero de gusano de pesimismo, y, sabiendo que no podía salir de él, decidí por lo menos esconder mi miedo.

Seguí la línea roja del suelo hasta Neurología. Aquella línea roja que avanzaba firme y sin titubeos. Situada entre la línea azul y la amarilla, llevaba más allá de la pecera enorme, hasta el otro lado del puente peatonal, y el hecho de ser roja no le otorgaba ningún significado, aunque el hecho de ser roja lo significaba todo. De manera que seguí, perseguí y acosé aquella línea roja en busca de mi hija.

De alguna forma mi seguimiento de la línea roja no funcionó y acabé una vez más frente a la pecera enorme, donde me dediqué a observar al pez ángel de gran tamaño que decidió devolverme la mirada. Un pez que mi hija me había dicho que se llamaba tetra fantasma negro apareció deslizando su cuerpo de anguila por el campo de mi visión periférica. Me imaginé que, si decidía tener alguna alucinación en aquel momento, el pez ángel me hablaría, diría algo críptico y profundo. Mientras contemplaba aquella extraña idea, caí en la cuenta de que en esencia ya estaba teniendo alucinaciones. Bajé la vista, volví a encontrar la línea roja y me puse en marcha una vez más con idéntica determinación. Esta vez sí que encontré a la doctora Gurevich y a mi familia.

Sarah me abrazó como si llevara mucho tiempo sin verme. Aquello me sorprendió y me dio un poco de miedo, aunque la sensación me encantó, ya que me recordó a cuando era mi bebé. Nunca había parecido tan pequeña.

La doctora Gurevich hizo venir a una enfermera.

—Melissa, ¿te puedes llevar a Sarah para medirle la presión sanguínea, la respiración y el ritmo cardiaco?

Estaba tan claro que la doctora simplemente estaba echando a Sarah de la sala que me entró de inmediato el terror. Meg me lo vio en los ojos y yo se lo vi en los suyos.

—Te esperamos aquí, cielo —le dijo Meg a Sarah.

La enfermera se la llevó y cerró la puerta.

A Gurevich se le veían los ojos cansados. Se frotó la frente y las sienes y dio la impresión de estar un poco ausente.

—¿Se acostó usted tarde anoche? —le pregunté.

Metió la mano con gesto ausente en su cesta de hacer punto, sacó una madeja de lana azul y la dejó en su mesa.

—No —dijo. Hizo una pausa y presionó la madeja con la mano—. A veces sufro migrañas.

Asentí con la cabeza.

—¿Ha sacado algo en claro?
—Que a menudo me las provocan los olores —dijo.
—Hablo de Sarah —le dije.
—Ah, claro. —La doctora recobró la compostura.
—¿Qué tiene? —preguntó Meg.
—La primera sospecha me vino cuando le encontramos dolicol en la orina. Así que miramos con más atención y descubrimos linfocitos vacuolados. Glóbulos blancos que tienen agujeros.
—De acuerdo —dije.
—Hay un grupo de trastornos que se llaman lipofuscinosis neuronal ceroidea, LNC.
—De acuerdo.
—Creo… estoy convencida… de que Sarah tiene la Enfermedad de Batten. Eso explicaría todos los síntomas. Las muestras de piel y tejidos apoyan este diagnóstico.
—Gurevich presionó la madeja.
—¿Y cómo la tratamos? —pregunté.
Meg no dijo nada.
—No se puede tratar —dijo Gurevich.
—¿Quiere decir que va a tener que vivir con ello y tener esas crisis de epilepsia? ¿No las podemos controlar? —le pregunté.
Gurevich se inclinó todavía más hacia delante.
—No podemos hacer nada.
—¿Perdón? —le dije.
—¿Qué está diciendo? —preguntó Meg—. ¿Pero qué está diciendo? —Se puso de pie y se volvió a sentar.
Le cogí la mano.
—El análisis de ADN muestra una mutación del gen CLN3 del cromosoma dieciséis.
—¿Está diciendo que uno de nosotros le ha provocado esto a nuestra hija? —dijo Meg.
—Es un rasgo recesivo. Viene de los dos. Los dos son lo que llamamos portadores no afectados. No tenían ustedes forma de saberlo.
Meg apartó mi mano de golpe, sin fuerza pero de forma ostensible, para buscar un pañuelo de papel en su bolso.

Empidonax sp. Un húmero derecho con la cabeza dañada recuperado del nivel de los 20 a los 25 centímetros. No había disponibles los suficientes especímenes de referencia de las distintas especies como para realizar una determinación precisa de la especie. Los caracteres del subfósil parecen más cercanos al *E.*

hammondii que al *E. difficilis*, pero están más cerca de este último en tamaño.

No había otra forma de decirlo, salvo la que obviamente ahora nos tocaba decirnos a nosotros mismos, aunque no en voz alta; habría sido demasiado. Nuestra hija se estaba muriendo. Mi pequeña Sarah no iba a sobrevivir a aquel defecto genético. Yo estaba perdido. Meg estaba perdida. Ni siquiera me podía culpar a mí de lo que estaba pasando. Por el bien de ella, yo desearía que pudiera.

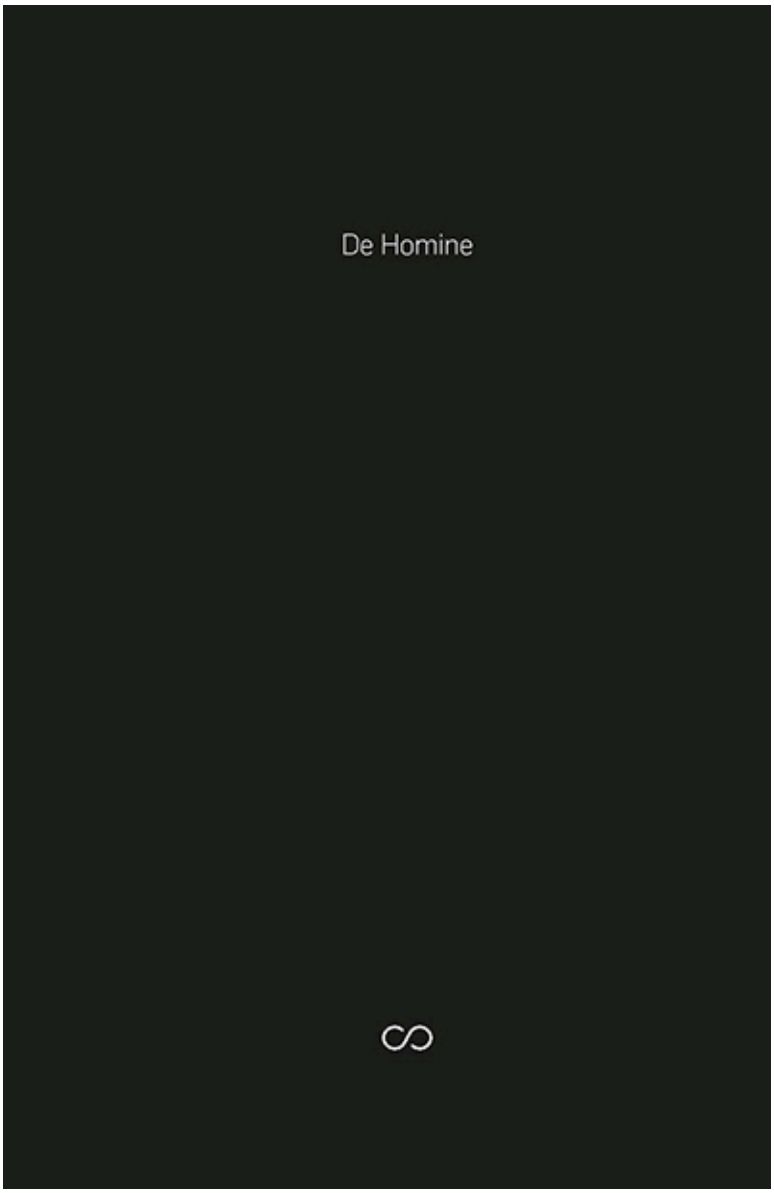
Con el tiempo, mi hija sufriría crisis epilépticas cada vez peores, la vista terminaría por fallarle del todo, el habla y las habilidades motrices le empeorarían de forma gradual hasta desaparecer y sufriría deterioro mental. Contraería demencia. La perderíamos antes de que muriera. Mi primer impulso egoísta fue encontrar el viejo y barato revólver del 38 de cinco balas que había sido de mi padre pero ahora estaba escondido en un baúl, meterme el cañón en la boca seca y apretar el gatillo. Mi respuesta habitual a todas las situaciones (es decir, buscar e implantar una solución) me había sido arrebatada. No había solución. Ni siquiera la investigación más superficial de la enfermedad dejaba lugar a dudas. Mi hija no se curaría; su vida no mejoraría en el poco tiempo que le quedaba. Y lo peor de todo, lo peor de todo, era que Sarah ya era perfectamente capaz de entender la gravedad de su situación. ¿Cómo le dice un padre a su hija que no sólo va a morir joven, sino que esencialmente se va a ir deshaciendo de camino a la muerte? ¿Acaso un padre se lo ha de decir? Miré a Meg. Me pregunté si sería capaz de decírselo a su hija, a mi hija, a nuestra hija.

No se lo dijimos aquella noche. Le dijimos que la doctora creía que tenía epilepsia, que necesitaba determinar qué clase de medicina darle y que creíamos que todo iba a ir bien, que iba a vivir una vida larga. Nuestra mentira quedaba paliada por el hecho de que habíamos dejado una vía de escape: le habíamos dicho que creíamos que se recuperaría, no que lo supiéramos; no que fuera un hecho ni que fuera verdad. La fe era una noción maravillosamente plástica. La metimos en cama y la arropamos, como cuando tenía dos años, bajo el calor de su manta y nuestra mentira.

Nos sentamos en el comedor y guardamos silencio. No se me ocurría nada que decir. No me imaginaba lo que podría decir Meg. Lo que me asombraba era que no estaba dejando que la mente se me fuera al trabajo, que era mi refugio habitual, mi distracción y mi resguardo. No quería dormir. En aquel momento Meg y yo

necesitábamos espacio, no el uno al otro. Correcta o no, aquélla fue mi lectura.

—Necesito pensar —dije. Y me fui de casa.



Así pues, el mundo cambió. Aquel jueves por la noche salí en coche de casa y atravesé aquel bullicio que era Old Town Pasadena, un anuncio dulce y resplandeciente de la vida nocturna más saludable de América. Todo el mundo parecía completamente animado y libre de preocupaciones, pululando, riendo y sintiéndose seguro. Continué rumbo al sur por la 110 hasta llegar al centro y a un restaurante de Main Street que quedaba a sólo una manzana de una zona peligrosa, un establecimiento del que había oído hablar en el campus a unos cuantos estudiantes de posgrado, y llamado, çomprensiblemente, el Bar de Main Street. El Downtown de Los Ángeles estaba un poco más presentable que en otros tiempos, pero

todavía conservaba la mugre y la sordidez que yo necesitaba en aquel momento. No me acordaba de cómo se bebía a lo loco, pero supuse que no sería difícil averiguarlo. La puerta tenía forma de ojo de cerradura gigante, y sorprendentemente cupe por ella. Lo extraño, teniendo en cuenta que yo había oído hablar de aquel local a unos estudiantes, aunque no tan extraño a juzgar por el aspecto y la disposición general del lugar, era que dentro no había estudiantes, sólo un puñado de tipos de aspecto tosco y un par de mujeres de aspecto todavía más tosco. El barman, un tipo bajito con sólo medio bigote, me preguntó qué quería.

Me pilló mirándole el bigote.

—He perdido una apuesta —dijo—. ¿Qué quiere?

—Whisky —le dije.

—¿Qué whisky?

—El que sea —dije.

—¿Cutty Sark?

—Vale.

—¿Con hielo?

—No.

—¿Agua?

—Whisky solo.

Miré la puerta, quizás esperando a que entrara una cara familiar o quizás sólo porque era la puerta y la vía de salida. El barman me trajo mi copa y le di un trago. El whisky me quemó la garganta y me provocó lágrimas. Tosí. De hecho, me atraganté.

Un tipo sentado a un par de taburetes de distancia se rio de mí. No me importó. Era de mi tamaño, pero intentaba parecer más grande con su chaqueta de cuero, lo cual quizás no fuera mala idea en un lugar como aquél.

—Cuidado, hombretón —dijo—. Jimmy, dale un poco de agua a éste —le gritó al barman.

—Gracias —le dije, al barman y luego al hombre sentado a la barra. Bebí agua y probé otro trago de whisky.

—Y no me llamo Jimmy —dijo el barman.

—Lo que tú digas.

Me bebí el resto del whisky y lo dejé de un golpe en la barra para que Medio Bigote me trajera otro.

Para mi consternación, Chaqueta de Cuero se me acercó con torpeza por entre los taburetes que nos separaban y se sentó en el contiguo al mío.

—Me suda la polla lo que diga, se llama Jimmy. Yo me llamo James. ¿Tú?

—O sea que los dos sois Jimmy.

—¿Qué? No, yo me llamo James.
—Yo Zack.
—¿Te has perdido? —me preguntó.
—No. ¿Por qué?
El barman me dejó otro whisky delante y soltó un soplido de burla dirigido a James.
James no hizo caso.
—Hay muy pocas razones para estar en este antro. Una es que ya estés borracho y te quieras emborrachar más. Otra es que no estés borracho, pero te quieras emborrachar y éste sea el sitio al que tienes costumbre de venir a beber. Y la tercera es que te hayas perdido. Tú no estás borracho. Y nunca te he visto por aquí. Así pues, o ergo, te has perdido.
—Buen razonamiento —dije.
—Es un don. —Dio un trago largo de su botella de cerveza, que me pareció una Pabst—. Y también una maldición.
—¿Por qué?
—Porque siempre consigo convencerme a mí mismo para beber otra ronda.
—Ya veo.
—¿A qué te dedicas?
—Soy explorador intrépido y cazador de dinosaurios.
James se rio estridentemente y me dio una palmada en el hombro con la mano fláccida de una forma exagerada que revelaba cierta inseguridad y que me hizo desconfiar de él. Aunque tampoco puedo decir que antes le tuviera confianza.
—¿Y tú?
—Buscando trabajo. Está mal la cosa.
Asentí con la cabeza. Era un asentimiento sincero, como si la cosa que estuviera mal fuera mi hija. Examiné el resto del bar. Ahora había un par de hombres jugando al billar. No me habría importado jugar también, pero me daba un poco de miedo el lugar. Creo que James lo notó.
—Durante un tiempo tuve un buen trabajo —me dijo—. Conducía un camión para Ralphs. Luego me mandaron una temporada al trullo. Me da igual lo que digan, a un ex presidiario nadie le da ni la hora. ¿Me entiendes?
—Lo imagino. ¿Por qué fuiste a la cárcel?
—A prisión —me corrigió.
—A prisión.
—Dijeron que había robado. Ya sabes, todo el mundo dice lo mismo siempre, pero la verdad es que no lo hice. La única cosa que

he robado en mi vida fue un paquete de burbujas de baño a los ocho años.

—Burbujas de baño.

—Me encantaban los baños de burbujas.

—¿Y a quién no le gustan? —dije.

—¿Verdad que sí? ¿Y dónde trabajas?

Todo se estaba torciendo muy deprisa.

—Trabajo en la universidad.

—No me jodas —dijo James. Se pasó los dedos por el pelo grasiento—. ¿Y qué haces allí?

—Soy técnico de laboratorio.

—No me jodas. ¿Se cobra bien?

—Se cobra una mierda —le dije—. Estoy buscando otra cosa. ¿Y tú qué? ¿Cuál es el último trabajo que tuviste?

—Estaba intentando devolver el foco de la conversación a él. Había leído que era una buena táctica.

—¿Qué clase de laboratorio?

Sabía que no tenía que contestar nada que sugiriera medicina, química o nada relacionado con productos químicos o drogas. Me sentí bastante listo haciendo aquella conexión.

—Un laboratorio de física —le dije—. Organizo experimentos para los alumnos.

Se le vio claramente la decepción en la cara.

Entró en el bar un hombrecillo flaco y ruidoso. Era pequeño, pero tenía una presencia imponente. Nada más entrar, le pegó un grito a James:

—Eh, James. Eres un puerco y roncas hasta cuando estás despierto.

—Sí, vale, que te den mucho por el culo —dijo James. Luego me sonrió a mí—. Es Derrick.

Derrick fue hasta la barra y se puso a hablar con una mujer.

—¿Es amigo tuyo?

—Sí, supongo que se puede decir que sí.

—Pues nada, te dejo con él. Me tengo que ir a casa. —Me bebí de un trago el segundo chupito. Llamé al barman—. ¿Qué te debo?

—No te vayas todavía, te presento a Derrick. —James llamó a su amigo—. Derrick, ven para aquí, coño, y conoce a mi amigo Zack.

Derrick dejó a la mujer con la que estaba hablando y se acercó. Estiró el brazo y me estrechó la mano.

—Soy Derrick.

—Zach trabaja en la universidad —dijo James.

—¿Eres profesor o qué? —Derrick se rio.

—Trabaja en un laboratorio —dijo James.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de laboratorio? —preguntó Derrick.

—Uno de física.

—¿Trabajas con osciloscopios y rollos de ésos? —Derrick estaba satisfecho de sí mismo.

—A veces.

Derrick echó una mirada subrepticia a su alrededor.

—¿Te gusta la coca?

—No —dije—. Escuchad, tengo que irme.

—Quédate —dijo Derrick.

—Venga, Zach.

—¿Sabes qué diferencia hay entre el ácido y la coca? —preguntó Derrick—. Como si alguien tomara ácido hoy en día… ¿Sabes qué diferencia hay?

Negué con la cabeza.

Derrick se estaba riendo.

—Cuando tomas ácido, ves a Dios. Cuando tomas coca, Dios eres tú, carajo.

—Muy bueno. Pero tengo que irme, de verdad.

—Venga —repitió James, y me agarró la manga.

—Suéltame el brazo —le dije.

—No hace falta ponerse así —dijo Derrick. James no me soltó el brazo. En algún lugar de la memoria celular de mis músculos había tres años de formación en los marines. Sin pensar, pero de forma deliberada, agarré a James por el índice, se lo doblé hacia atrás y le obligué a apoyarse sobre una rodilla. Luego le di un puñetazo al hombrecillo en la garganta y lo mandé a abrazar el taburete más cercano. Eché algo de dinero en la barra, solté a James y me dirigí a la salida. James hizo un amago de seguirme, pero me giré hacia él. Me acordé de que una vez un amigo me había contado que nadie se mete en una pelea si no cree que pueda ganarla. El hombre retrocedió.

Entré en mi jeep y me alejé un par de calles antes de aparcar, recobrar la compostura y asegurarme de no estar borracho. Me sentía avergonzado, pero no infeliz. Por fin conduje a casa.

d4 Nf6

Al llegar, me encontré a Meg en cama, durmiendo o bien fingiendo que dormía. Me senté en el sillón de la esquina y miré por la ventana, todavía vestido y con las botas puestas, aunque me molesté en cepillarme los dientes para no oler a aquel whisky barato que por desgracia no me había hecho ningún efecto.

Al cabo de unos diez minutos, Meg dijo:

—No estoy dormida.
—Creo que se lo deberíamos contar todo a Sarah —dije.
Meg no levantó la cabeza de la almohada.
—No estoy de acuerdo.
Yo ya sabía que no iba a estarlo. Lo sabía no sólo porque entendía los argumentos para no contárselo a la niña, sino también porque imaginaba que mi mujer discreparía de cualquier forma en que yo decidiera proceder. Quizás fuera una simple cuestión de hacer de abogado del diablo a fin de promover un debate útil, o tal vez simplemente lo hiciera para llevarme la contraria; yo no lo sabía. Y tampoco me importaba.
—¿Crees que debemos mentirle? —dije.
Meg se incorporó hasta sentarse.
—Creo que simplemente no hay que decírselo.
—¿Pues qué le decimos?
Se volvió a acostar. No habíamos decidido nada y aquella noche ya no habría más discusiones. No quería mentir a mi hija, pero tampoco me imaginaba contándole la verdad. Por supuesto, esa era la verdadera cuestión: no si le íbamos a contar la verdad sobre su enfermedad, sino si éramos capaces de contársela. Me planteé pedirle perdón a Meg, pero lo que hice fue quedarme sentado y mirar como un pasmarote el contorno oscuro de las colinas del otro lado de la ventana.

Pato, pato, ganso. A Sarah solía encantarle aquel juego. Nunca le importaba ser el ganso. Era divertidísimo cuando había muchos niños, me explicaba. Pero ahora me daba la impresión de estar jugando a aquel juego yo solo. Yo era los patos, el ganso y también el perseguido, persiguiéndome a mí mismo de vuelta al punto de partida y sin dejar de ser nunca el perseguido porque no podía alcanzarme a mí mismo antes de volver a sentarme.
Mientras Meg dormía, consulté la política de devoluciones de quienes me habían vendido la camisa. Era muy simple. Yo les enviaba la prenda con una nota que explicara el problema y ellos me mandaban otra camisa o me devolvían el importe. Escribí una breve carta explicando que la camisa me iba pequeña y que necesitaba una extra-grande, daba igual el color. Debajo del pliegue del cuello, escondí un papelito más pequeño en el que había escrito: «¿Qué puedo nacer para ayudar?». Parecía una estupidez, y ciertamente sin propósito, pero me sentía obligado a hacerlo.

Nf3 b6

Aquella mañana, sin haber dormido, preparé el desayuno y ya lo tenía listo para cuando Meg y Sarah se despertaron. Sarah iba a ir a la escuela. Lo habíamos decidido el día anterior. Se sentaron las dos a la mesa y se dedicaron a mirarme la espalda mientras yo daba la vuelta a las tortitas.

—A ver si me sabéis contestar —dije—. ¿Hay alguna diferencia entre las tortitas y los panqueques?

—¿Panqueques? —Sarah no había oído nunca aquella palabra.

—Sí, panqueques. Hay gente que los llama así. O al menos antes la había. —Di la vuelta a una tortita con teatralidad—. Incluso una vez oí hablar de una cosa llamada tortas de abuela.

—¿De qué están hechas? —preguntó Sarah.

—De abuelas, supongo.

La niña se rio.

—¿Por qué no jugamos una partida de ajedrez esta tarde?

—Vale.

Me quedó claro que ni Meg ni yo íbamos a sacar el tema de la enfermedad de Sarah aquella mañana. Era algo tácito pero claro, transparente. Resultaba agradable no hablar de ello. El hecho de evitarlo me hacía sentir débil. Y pensé que no pasaba nada, que mi debilidad era lógica.

Llevé a Sarah a la escuela con el coche. No hablamos mucho, pero fue como cualquier otra mañana. Toqueteó la radio, se quejó de la música de su generación, ridiculizó la mía y por fin se decidió por la emisora clásica.

—Odio Vivaldi —me dijo.

—Todo el mundo odia Vivaldi, pero nadie lo quiere admitir.

—Peón de reina a d4 —dijo—. Ése es mi primer movimiento. Quiero que lo vayas pensando.

—Te encanta hacerme sufrir.

—Es muy fácil. —Miró por la ventanilla—. Banda de rock más infravalorada.

—Los Monkees —dije—. Banda de rock más sobrevalorada.

—Los Beatles —me dijo.

—Pintor más sobrevalorado.

—Georgia O'Keeffe —dijo.

—¿En serio?

—Clarísimo.

—¿Novela más sobrevalorada? —pregunté.

—*La broma infinita* —dijimos al unísono.

—Aun así, siento que haya muerto —dijo Sarah.

No dijimos nada más durante lo poco que nos quedaba del trayecto. La dejé salir y la vi mezclarse con el gentío y desaparecer

por la puerta, sintiéndome todo el tiempo como el mentiroso que era.

c4 e6

Finley Huckster tenía mi edad, pero, aunque no me cabía duda de que estaba en mejor forma que yo, se lo veía considerablemente más envejecido. Aun así, estábamos bastante igualados en la pista de squash. Jugar me sentó bien hasta un momento dado y después me volvió a invadir la depresión. Huckster lo notó.

—¿Quieres hablar de lo que te pasa? —me preguntó.

—Mi hija se está muriendo —dije en tono inexpresivo.

—Eso no me lo esperaba —dijo, y guardó silencio.

Era la primera vez que se lo decía en voz alta a alguien. No puedo decir que me resultara agradable ni desagradable, pero de alguna forma me sentí fortalecido.

—¿Cómo está? —preguntó Huckster—. Ya me entiendes.

—No está sufriendo. —Me di cuenta de que mi amigo no sabía si era apropiado preguntarme qué la estaba matando—. Es una enfermedad neurológica. La Enfermedad de Batten. Yo tampoco la conocía. Ojalá fuera una simple epilepsia de toda la vida.

—¿Y qué se puede hacer?

—Parece que nada. Pediremos una segunda opinión y una tercera, como suele hacerse. Pero confío en su doctora, por desgracia.

—Y entonces, ¿qué vas a hacer?

No quería entrar en los detalles de la degeneración futura del estado de mi hija y no lo hice, pero Huckster me estaba haciendo una buena pregunta.

—Todavía no lo he pensado —dije—. Nos han dicho que le quedan unos años. Siempre ha querido ir a París.

Huckster enarcó las cejas y asintió con la cabeza.

Era buena idea. A Meg le gustaría. Sarah podría hacer el viaje mientras todavía estaba con nosotros, lo bastante lúcida como para disfrutarlo.

—Gracias, Finley.

No creo que Huckster supiera por qué le estaba dando las gracias, pero dijo:

—Pues claro, para eso servimos los profesores de humanidades. Para dar consejos familiares y trazar planes quinquenales, ésas son nuestras especialidades. Me gusta incluir referencias al siguiente plan quinquenal en el actual. Es un arte, amigo mío.

Nc3 Bb7

Me di una ducha culpablemente larga. El vapor no sólo tuvo el efecto de limpiarme los senos nasales, sino también de aclararme las ideas. Huckster ya estaba vestido para cuando volví a mi taquilla.

—Zach, siento mucho lo de tu hija.

Asentí con la cabeza.

—¿Quién sabe? Quizás encuentren un tratamiento en los próximos años.

—Gracias, Finley.

En mi despacho me dediqué a hacer lo que hacía siempre en mi despacho, que era básicamente nada. Puse los pies sobre la mesa, miré el skyline de Los Ángeles a través de la ventana y traté de no pensar; en otras palabras, hice un intento todavía más agresivo de no hacer absolutamente nada. Luego vi la carpeta de Hilary debajo de mis botas. La cogí, la abrí y me puse a leer.

No eran datos en estado bruto. Yo no trabajaba en el mismo campo que Hilary, pero eso al menos lo veía claro. No podía valorar si su trabajo era original, nuevo o un subproducto, pero sí me daba cuenta de que estaba escrito con claridad y de forma convincente. Su trabajo no se centraba en la predictibilidad de los terremotos, sino en la predictibilidad de la frecuencia y la fuerza de las réplicas en base a la ubicación, la profundidad y la fuerza del temblor inicial. Me parecía que era un trabajo sólido y listo para enviarlo. Me sentí confundido.

—¡Hilary! ¡Profesora Gill! —grité. Miré hacia mi puerta abierta y vi que pasaba frente a ella un alumno de posgrado—. ¿La profesora Gill tiene la puerta abierta?

El alumno miró.

—Sí.

Me levanté, eché a dar zancadas por el pasillo y me detuve ante su puerta.

—¿No has oído que te llamaba a gritos?

—Pues no —dijo ella. Estaba sentada a la mesa, leyendo exámenes.

—He mirado tus supuestos datos en bruto.

Noté que se ponía tensa.

—No están en bruto. Obviamente, no entiendo los resultados, pero ¿por qué no has mandado este trabajo?

—¿Cómo?

Entré y cerré la puerta.

—No sé qué piensas tú, pero a mí me parece un trabajo bien hecho y bastante acabado. Estoy confundido. Pensaba que iba a ser un montón de cifras sin sentido. Pero no son cifras sin sentido.

—¿Te gusta?

—No importa si me gusta a mí o no. ¿Qué es esa aprobación que buscas? —Mi tono era duro, pero no me importó. Si no lo hubiera dicho en tono duro, Hilary no me habría creído—. Quiero que mandes esto inmediatamente. No me preguntes adónde. Habla con Flint. Es su área. ¿Flint ha visto esto?

—No.

—Pues enséñaselo. Por favor, enséñaselo. —Dejé caer la carpeta en su mesa con un plaf contundente—. Voy a hablar con el jefe de departamento. —Salí, mascullando. Me pareció que mascullar era un buen detalle.

Bg5 Bb4

Cosa rara para ser un paleontólogo, me tocaba lidiar no sólo con el pasado, sino también con el pasado remoto y fosilizado. Mi método filosófico en la mayoría de situaciones era proceder sin considerar el pasado, olvidarme de la historia del problema, olvidarme de todo lo que había venido antes y operar únicamente a base de investigar los datos presentes. Me daba igual que Hilary Gill hubiera dado la impresión de estar tocándose los ovarios durante los seis años de su periodo de prueba. Me daba igual que se hubiera saboteado a sí misma por la razón que fuera. Lo único que me importaba era que una científica que compartía pasillo conmigo estaba haciendo un buen trabajo. A la mierda el periodo de prueba.

Fui directo al despacho de Mitch Rosenthal.

—Tengo entendido que eres el que dirige este carnaval.

—De forma temporal, por lo menos. —Mitch era petrogeólogo, un perfil más adecuado para la Exxon que para el mundo académico. Aunque era un tipo decente, no destacaba en nada, lo cual no le impedía ser bastante rigorista.

—Acabo de ver la investigación de Hilary Gill.

—Está básicamente descartada, ¿no te parece?

—No me lo parece —dije—. Ha hecho un buen trabajo. No sólo tiene los datos en bruto que tanto pregona. Le va a llevar la investigación a Flint. Él sabrá cómo ayudarla.

—No ha hecho nada en los últimos seis años.

—Parece que no es verdad. Ese trabajo no ha salido de la nada. No sé por qué no lo ha enseñado. Quizás le damos miedo los tipos como nosotros o algo así. La verdad es que me da igual. Necesitas alzar la voz por ella.

Rosenthal meneó el culo gordo en su silla para gordos y sintió vergüenza del sonido que produjo.

—No sé.

Me estaba cabreando. Por supuesto, había entrado en su despacho con total predisposición a cabrearme.

—Si no quieres ir a ver tú a la decana, iré yo. Flint me acompañará.

—¿Has hablado con él?

—No, pero lo conozco. Tiene un par de cosas que le cuelgan entre las piernas. Creo que se llaman pelotas.

—Hablaré con la decana.

—Hilary necesita un poco más de tiempo.

—Muy bien, hablaré con ella.

Me fui del despacho de Rosenthal sintiéndome un poco igual que la noche antes al irme del bar, aunque más abusón. No me pareció mal.

e3 h6

En algún momento de la Historia, los filósofos (que en el mejor de los casos son seres tediosos y molestos) habían decidido que no podemos percibir directamente las cosas
—el mundo material, las aceras, las alfombras, los ríos—, sino únicamente nuestras ideas de esas cosas. Fue un cambio de orientación que sucedió de forma bastante despreocupada, sin pruebas, tal y como suele operar esa gente. De ser cierta aquella afirmación, yo no estaría experimentando directamente a mi hija, sino únicamente la idea de mi hija, y por tanto también la idea de la enfermedad que la iba a matar. De ser cierto todo esto, entonces yo podía manipular mi idea como si fuera un sueño y cambiar el mundo que me rodeaba. Una simple idea peregrina ya bastaba para descartar los datos sensoriales. ¿De dónde venían las ideas? ¿Era real una idea? ¿Había algo entre la idea y mi percepción de ella? En eso estaba pensando mientras colocaba sobre el tablero la última hilera de peones.

Sarah acababa de llegar de la escuela y estaba de buen humor, aunque sin llegar a la jovialidad. Se moría de ganas de jugar nuestra partida. Siempre le gustaba reducirme a la condición de rey solitario que se paseaba desesperado por el tablero.

—Veo que te has cambiado de ropa —le dije cuando ocupó el asiento de delante del mío en la mesilla del cuarto de juegos.

—Hace falta ropa cómoda para la lucha cuerpo a cuerpo.

—¿De dónde has sacado ese consejo?

—De ti. —Sarah movió primero. d4

Moví el caballo. Nf6

Al cabo de un par de movimientos le pregunté:

—¿Cómo te van las clases?
—Las clases son como son. —Bh4—. ¿Cómo te van a ti?
—Las clases son como son —dije. c5
Meg entró en la sala con un fajo de papeles.
—Veo que tu madre se ha traído las clases a casa —dije.
—Eso me temo —dijo ella.
—¿Se lo decimos? —pregunté.
—¿Decirme el qué? —preguntó Sarah.
—Díselo tú —le dije a Meg.
—Tu padre y yo todavía no lo hemos hablado mucho, pero ¿qué te parecería hacer un viaje a París?
—¿A París? ¿Estáis de broma?
—No.
Bd3
Bxc3
—Creo que a todos nos irían bien unas vacaciones —dije—. Unas buenas y largas vacaciones. —Le miré la cara. Parecía emocionada de verdad, aunque de forma callada—. ¿Te apetece?
—¿Estáis jugando mientras hablamos de esto? —preguntó Meg.
—No —dijo Sarah—. No se nos ocurriría.
—Os odio a los dos —dijo Meg—. Me dan ganas de leeros algunos de estos poemas. Eso os daría una lección.
—Muy bien, nos rendimos —dije.
—París —dijo Sarah—. Gracias. —Se levantó y abrazó a su madre. Luego se me acercó.
—Quizás quieras retirarme el abrazo cuando veas mi próximo movimiento. —d6
—Oh, cielos —dijo, con cara de sorpresa burlona. Luego, como si ya lo hubiera tenido todo planeado, se enrocó en corto. O-O. Sonrió pero sin mirarme.
—Tu hija es un demonio —le dije a Meg.
—Oh, ya lo sé.
—Un demonio —repetí, mirando la cara preciosa de Sarah—. No tiene compasión de su pobre padre.
—La guerra es el infierno —dijo ella—. ¿Sabes por qué siempre te gano, papá?
—Dímelo.
—Porque odias perder piezas.
—¿Ah, sí?
—No se puede proteger a todo el mundo. Simplemente tienes que salir adelante como puedas u obtener la posición que quieres.
—Sí, señora. —Nbd7

Todos aquellos huesos de la cueva, todas las historias de aquellos huesos, de los nidos de ratas, de los estratos… ¿Acaso eran historias si les pasaban a unas criaturas que no contaban historias? Me pregunté si los recuerdos de los pájaros eran historias. ¿Tenían conocimiento de las cosas que les pasaban? No podía determinar con precisión forense la causa de la muerte de ninguna de las aves que había encontrado. No sabía nada de ellas, salvo su antigüedad y el hecho asumido de que se parecían a las demás aves de la misma especie; todo especulación, deducción y quizás deseo de creer que sabía algo de su mundo, ya que no del mío.

Nd2 Qc7

—¿Adónde vas? —preguntó Meg.
—Al campus. Pensaba trabajar un rato en mi despacho —dije.
—Nunca trabajas allí.
—Voy a empezar a intentarlo. El campus es agradable de noche, cuando no hay nadie. Y también tengo cosas que hacer en el laboratorio.
—¿Qué va a pasar con nosotros? —preguntó Meg.
Yo ya estaba en la puerta con la mano en el pomo.
—No lo sé —dije—. Ahora mismo estoy muy perdido.
—Yo también.
—Lo siento —dije.
—¿El qué?
—Que tengas que pasar por esto.
Meg no contestó.
—Sarah está emocionada por lo de París. Ha sido buena idea. Quizás también sea buena para nosotros.
—Quizás.
—¿Volverás tarde?
—No —dije, aunque no sabía lo que le estaba diciendo. La verdad era que nunca había sabido trabajar en mi despacho del campus. Tampoco tenía nada que hacer allí, porque estaba al día de trabajo, cosa rara en mí. Estaba mintiendo a mi mujer. Estaba yendo a un bar que había cerca del campus. No tenía ni idea de por qué; sólo sabía que necesitaba estar en alguna parte.
Qc2 g5

La taberna se llamaba Sturdy Hall. Era un local animado, aunque no muy estudiantil, en un vecindario que antaño se había considerado peligroso pero que ahora se percibía como *pujante*, una forma suave de decir «todavía peligroso», término relativo que

significaba «riesgo para la gente joven blanca». Yo siempre había tenido la teoría de que era más probable que a un estudiante le robara un compañero de la universidad que una persona por la calle. En cualquier caso, allí estaba yo, con el coche aparcado en un callejón a unas cuantas manzanas de distancia. Había varias pantallas que mostraban diversos eventos deportivos con pelotas y uniformes distintos. Los estudiantes, tanto de licenciaturas como de posgrados, se mostraban animados y apáticos por turnos. La escena ciertamente desacreditaba el panpsiquismo, la visión de que la conciencia se encontraba en todas partes. Pese a mi visión sarcástica de la escena, lo que me cautivaba, mi razón para estar allí, era que aquella gente estaba viva. Yo no me sentía seguro de estarlo.

Encontré un reservado y me senté, mirando a medias un partido de fútbol americano en una de las pantallas del techo. Observé a los chavales de la taberna y me di cuenta de que mi hija no llegaría a aquella fase de la vida. Una vez había hablado con un hombre a quien se le había muerto su hijo de niño. Me había contado que todos los años, cuando llegaba el cumpleaños del chico, se preguntaba cómo habría sido, qué estaría haciendo ahora. Era muy triste. Y allí estaba yo imaginando de alguna forma lo mismo mientras mi hija todavía vivía.

Sarah no era ningún prodigio del ajedrez, si es que existe esa categoría. Yo le había enseñado a jugar cuando tenía siete años, y, como hace cualquier otra criatura de siete años, o cualquier otro jugador nuevo, se limitaba a divertirse con los movimientos de las piezas. Por supuesto, sentía una fascinación especial por el caballo. Jugaba exactamente igual que yo jugaba por entonces y seguiría jugando años después, aun mientras ella crecía como jugadora. En un momento dado se dio cuenta de que había mucho que aprender y empezó a leer sobre el juego y a estudiarlo. Para cuando cumplió nueve años, ya entendía el ajedrez mucho mejor que yo. Yo progresaba únicamente por proximidad a ella y movido por el deseo de ofrecerle por lo menos un pequeño desafío. Para cuando tuvo once años, yo ya experimentaba a menudo la sensación de que Sarah estaba siendo clemente con su viejo padre. No era algo que le saliera con facilidad. Se esforzaba mucho y era eso lo que me impresionaba, su tenacidad; *obsesión* era una palabra con carga negativa, pero, por supuesto, es lo que era, el resultado de tener una mente avispada, abierta e inquieta. Nunca hablaba de su estudio, de sus conocimientos, nunca afirmaba ni anunciaba que iba a usar tal obertura o cual defensa, sino que se limitaba a jugar para

ver cómo funcionaban. Y quizás para poder reírse un poquito de mí. Ahora me ponía triste que su tenacidad ya no la pudiera ayudar. La gente tiene la costumbre de referirse a quienes hacen frente a enfermedades terminales como «luchadores», y quizás lo sean, pero lo terminal sin esperanza es terminal de verdad. No hay esperanza. No hay nada contra lo que luchar. Es como luchar contra el tiempo. Don Quijote. Ojalá mi hija pudiera escaparse de su situación o yo la pudiera rescatar, pero era simplemente imposible. Aquellos pensamientos me consumían, no me abandonaban nunca, y no se limitaban a amenazarme, sino que me arrastraban hasta un lugar oscuro, un lugar que empecé a percibir en secreto como un refugio.

Bg3 h5

Me sentía caer, aunque no tenía ni idea desde dónde ni hacia dónde. Sería impreciso afirmar que me sentía perdido, ya que la afirmación ignoraba por completo mis sentimientos. Cada vez que experimentaba aquella autocompasión indulgente, me recordaba a mí mismo a quién había venido a buscar la muerte, a por quién estaba viniendo. Mi tristeza no significaba nada, mi dolor era intrascendente, y por tanto no tenía ni idea de qué debía sentir o hacer. No era una situación nueva para mí, pero en lugar de la incomodidad que me producía normalmente, sentí miseria o algo parecido, algo que quemaba.

—¿Profesor Wells? —Era Rachel Charles. Tenía en la mano una bebida azul con una sombrilla roja—. Me asombra verlo a usted aquí.

—Francamente, a mí también —dije. Los dos miramos a nuestro alrededor, incómodos—. Qué bebida tan colorida.

—Sí, ¿verdad? Se llama Tornado.

—¿Y lo es?

—¿Es qué?

—Un tornado.

—Supongo. No es muy fuerte. Creo que aquí no sirven nada demasiado fuerte. —Echó un vistazo a una pantalla y después me miró a mí—. ¿Me puedo unir?

Respiré hondo, pero no miré a mi alrededor. Asentí con la cabeza. Rachel ocupó el asiento de delante del mío en mi reservado.

—No me puedo creer que esté usted aquí.

—A mí también me gusta beberme una cerveza de vez en cuando. Y es viernes.

—Por los viernes. —Rachel levantó su copa.

Toqué el cuello de mi botella para brindar.

—¿Vienes a menudo?
—No mucho. Mis amigos están ahí.
No miré.
—¿Y qué hace aquí? —preguntó. Se soltó la melena con gesto teatral.
—Pues mira, no estoy buscando rocas —dije.
Se rio.
—Así pues, ¿qué dije para interesarte tanto por la geología?
—No lo sé. Es sólo su forma de hablar del tema.
Aquello me asombró, porque era consciente de que daba la clase sonámbulo.
—¿En serio? Eso me hace feliz.
Después de otro largo silencio, durante el cual los dos miramos la pantalla, Rachel me preguntó:
—¿Sueña usted en color?
—¿Perdón?
—¿Sueña usted en color?
—Creo que todo el mundo sueña en color —le dije.
—¿Por qué lo dice?
—Lo digo porque, antes de que llegaran el siglo diecinueve y la invención de la fotografía, a nadie se le había ocurrido que algo pudiera ser en blanco y negro. No existía la idea de que el mundo pudiera no ser en colores.
—Eso tiene lógica —dijo. Su forma de decirlo me sugirió que Rachel pensaba que por lo menos ella soñaba en blanco y negro.
—Por supuesto, es una simple teoría mía.
—Tiene lógica.
Me sonó el teléfono. Me disculpé y contesté. Era mi mujer.
—Estoy en el campus —le dije—. Espera, ¿qué pasa?
—Me dijo que le estaba pasando algo a Sarah—. ¿Qué le está pasando?
—Creo que está teniendo una crisis.
—Llama al 911. Ahora voy.
Miré a Rachel.
—Tengo una emergencia.
—Espero que no sea nada —me dijo mientras me alejaba.

Lo más extraño que me pasó durante el trayecto en coche a casa fue que el mundo se puso en blanco y negro. Me confundió no ver luces de ambulancia delante de mi casa. Entré corriendo para encontrarme a Meg de pie en la cocina.
—¿Dónde está Sarah? —pregunté.

—Se le ha pasado la crisis. Ya está recuperada. No he llegado a llamar a la ambulancia.

—¿Ha sido fuerte?

—Ha sido como la que tuvo en la consulta de la doctora, pero ha durado más y parecía más ida. No ha tenido convulsiones ni nada parecido. —Saltaba a la vista que Meg estaba nerviosa. La rodeé con el brazo, pero no se me ocurrió nada que decir.

Nos sentamos a la mesa.

—¿Quieres té? —me preguntó.

—Yo lo preparo —dije. Me levanté y acerqué la tetera al grifo—. Me alegro de que no hayas llamado a la ambulancia. La habrías asustado sin necesidad, creo.

—Sí. ¿Dónde estabas?

—Estaba en mi despacho, pero cuando has llamado ya iba de camino al coche. —Puse la tetera en el fogón y encendí la llama.

—Sonaba como si estuvieras en un bar.

—Estaba delante de uno. Tenía aparcado el coche delante del Edificio de Estudio. —Entré en la cocina y me serví un vaso de agua del grifo—. ¿Ha dicho algo? ¿Se ha dado cuenta de lo que pasaba?

—La verdad es que no lo sé. Creo que no.

—¿Cómo puede estar pasando esto? —pregunté—. Siempre ha tenido muy buena salud.

Por supuesto, no había respuesta posible, de forma que Meg no contestó. Y yo tampoco añadí nada más. Fui al estudio y me encontré a mí mismo mirando aturdido las notas que había recibido junto con mis compras de eBay. Me había olvidado de ellas; ahora, sin embargo, las volvía a tener delante, inquietándome. Me pregunté cuánto tardarían en volver a mandarme la camisa y qué diría la nota escondida, si es que la había.

Be4 h4

Entré en la habitación de Sarah y la contemplé. Su respiración, dormida, parecía normal. Me pregunté si sus sueños serían los suyos, la clase de sueños a los que estaba acostumbrada, o si serían torturados y confusos. Se le veía una expresión completamente relajada; no podía creer lo preciosa que era. Se me ocurrió que en realidad era yo el que estaba soñando. No estaba claro cómo lo sabía ni por qué lo pensaba, ya que no tenía ninguno de los indicios habituales de los sueños. Pero era un sueño, y en él me entraba el terror, ya que ¿por qué iba a soñar algo tan mundano, ordinario y normal, a menos que en el mundo real de la vigilia fuera a encontrarme después la realidad contraria? Cuando me despertara,

¿me encontraría a mi hija sin respirar, apagada? Al cabo de un momento me tranquilicé, pensando que quizás Sarah no estuviera dormida, sino fingiéndolo, a fin de complacerme. Me desperté y me encontré la luz difusa del alba al otro lado de la ventana y a mi hija de pie junto a mi cama.

—Papá, tengo miedo —dijo.

Levanté las mantas y la dejé meterse en la cama conmigo, con su cuerpo pegado al mío como no lo había estado desde hacía mucho tiempo, porque se había hecho mayor y aquel contacto se había vuelto inapropiado o extraño. La abracé con fuerza y volvió a tener cuatro años, una edad en la que no se estaba muriendo.

Abrazándola de aquella forma, completamente pegados el uno al otro, nos quedamos dormidos y no soñé.

Aun así, nos despertamos lo bastante temprano como para no sentir que tuviera que darme prisa en mis preparativos. Hice tortitas mientras Meg exprimía naranjas y Sarah intentaba interesarnos por las noticias locales del periódico.

—Han encontrado un oso en La Cañada —dijo—. Ha bajado de las colinas y se ha metido en una piscina.

—Por eso no tenemos piscina —dije.

—Estamos muy cerca de las montañas. ¿Por qué no tenemos un oso? —Sarah dio un sorbo al vaso de zumo que Meg le había puesto delante.

—Ten cuidado con tus deseos —dijo Meg.

Caímos en un silencio incómodo.

—Quizás te regalemos un puma por tu cumpleaños —dije.

—Estaría bien —dijo Sarah.

Puse un plato de tortitas sobre la mesa.

—A la mierda el trabajo —dije.

—¿Qué? —dijo Meg.

—Esta mañana vamos a hacer una excursión por las montañas —dije.

Meg me dio un vaso de zumo.

—Zach.

—¿Qué?

—Hoy tienes clase.

—Tengo un resfriado repentino. —Fingí que tosía—. No quiero poner enfermos a los chavales. —Miré a Sarah—. A ti te veo un poco de fiebre.

—¿Me salto la escuela?

—No querrás contagiar a los demás, ¿verdad?

—Mamá, ¿tú también vienes? —preguntó Sarah.

—Que os lo paséis bien.
Meg me clavó una mirada que no pude interpretar.

Nuestra ruta de costumbre arrancaba a menos de media milla de nuestra puerta de atrás. No se usaba mucho, en parte porque estaba escondida y no era muy conocida, pero también porque no la mantenía nadie y por eso podía ser escarpada y agreste en algunas partes. Era un camino de lágrimas, había dicho la poeta de mi mujer antes de renunciar para siempre a usarlo. De no haber crecido con aquel camino, no habríamos llegado a conocerlo tan bien. De hecho, dudo que lo hubiéramos usado. Ahora, en cambio, lo veíamos casi como algo nuestro, algo que compartíamos nosotros dos. La ruta se volvía lo bastante invisible en algunos puntos como para requerir un poco de orientación si de repente no la reconocías. Para nosotros, sin embargo, era como pasear por el parque. Había tan poco tránsito humano que de vez en cuando encontrábamos deposiciones de oso o de puma u otras huellas, aunque nunca habíamos visto ni a uno ni a otro. Aun así, nos asegurábamos de hacer todo el ruido posible cuando estábamos allí.

Yo iba cuesta arriba por detrás de mi hija. Estudié sus andares, la firmeza con que plantaba aquellos pies tan grandes, asentando bien cada uno antes de mover el otro. En las copas de los árboles quedaban jirones de niebla. Igual que cuando era pequeña, Sarah se preguntó en voz alta si se podría trepar hasta el interior de aquella niebla y despejarla como si fueran telarañas.

Cuando llevábamos caminada una milla, nos encontramos con una pila de deposiciones. Nos arrodillamos a su lado y le echamos un vistazo. Las heces estaban muy mezcladas con pelo.

—Demasiado grande para ser de coyote —dijo Sarah.

Asentí con la cabeza.

—Sea lo que sea, ha intentado cubrirla.

—¿Un puma? —preguntó ella.

—Creo que sí.

—Sarah miró a su alrededor.

Toqué la mierda con el dedo. Seguía caliente.

—Puaj —dijo Sarah.

—Sólo es mierda.

Sarah se rio.

—Es una simple palabra. Una palabra muy versátil. Sabemos que esto es mierda, y la acabamos de encontrar, pero aun así podemos decir: «¿qué mierda es esto?». Por cierto, esta mierda está muy caliente.

—¿Eso qué significa?

—Significa que es bastante reciente —dije en voz bien alta.
Noté que Sarah se alarmaba.
—No te preocupes —le dije—. Sólo necesitamos asegurarnos de que nos oiga. Tienen más miedo de nosotros que nosotros de ellos.
—No me lo creo —dijo Sarah.
—Bueno, tú no te preocupes. ¿Quieres volver?
—Para nada.
—Así me gusta.
Seguimos adelante.
—Cantemos.
—¿Cantemos qué?
—¿Qué te parece «Lydia»? La de la película de los Hermanos Marx: «Lydia, oh Lydia, that encyclopedia, queen of the tattooed ladies».
La cantamos:

Lydia, oh Lydia, say have you met Lydia?
Oh, Lydia, the tattooed lady.
She has eyes that folks adore so
And a torso even more so.
Lydia, oh Lydia, that encyclopedia.
Oh Lydia, the queen of tattoo.
On her back is the battle of Waterloo
Beside it the Wreck of the Hesperus too
And proudly above waves the red, white, and blue.
You can learn a lot from Lydia.[1]

—¿Cómo es que te sabes esa canción? —preguntó Sarah.
—*Una tarde en el circo* era mi película preferida de niño.
—A mí también me gusta.
—Mira esa cresta de rocas de ahí. Quizás podamos usarla de atalaya. Quizás le veamos la punta blanca de la cola.
—¿Por qué no me pusiste de nombre Lydia?
—Buena pregunta. Nos gustaba más Sarah.
—Y también es como se llamaba la abuela.
—También, sí.
Recorrimos otro cuarto de milla. Le pregunté a Sarah cómo lo llevaba y me dijo que bien.

—Mucha gente dice que aquí no tenemos estaciones. Es porque no se fijan. Mira a tu alrededor. Éstos son nuestros colores otoñales. Mira el ocre de ese archibebe que está en la ladera. Y el trigo sarraceno es del mismo color del óxido, no tan oscuro como el marrón del lentisco.

Sarah escrutó el paisaje.

—El mundo nos rodea. Y nunca deja de cambiar. A veces hacen falta millones de años para verlo y a veces simples segundos.

—¿Y nosotros también? —preguntó Sarah.

—Nosotros también.

Bxb7 Qxb7
Bxd6 Qxc6

Miré a mi hija desde atrás igual que había hecho otras veces, examinando su terrible belleza y atendiendo a mi terrible amor. El hecho de que compartiéramos sangre significaba poco para mí. No la quería por su sangre. Me había enamorado de ella. Me acordaba del momento en que había sucedido. Sarah tenía tres años, y aunque mi felicidad se imponía al miedo que me daba ser padre, hasta aquel día mi amor por mi hija me había parecido algo abstracto, amorfo, distante. Me estaba limpiando sus babas agrias de la camisa cuando vi aquella carita inexpresiva y me enamoré. Profundamente. Del todo. Imperdonablemente. Y aquí estaba yo ahora, en aquella montaña árida, en aquel bosque, siguiéndole los pasos. Si salía de la maleza un oso o un puma, lo mataría con mis manos para protegerla. Mi único trabajo en la vida era mantener con vida a aquel pequeño animal, y era incapaz de hacerlo. Siguiéndola por aquel camino, no me planteaba mi deseo de ser buen padre, mi deseo de ser un padre cariñoso, sólo mi deseo de seguir siendo padre.

Be5 h3

Ese día no encontramos ningún oso ni puma, pese a que los había en abundancia. Nos sentamos y disfrutamos de las vistas de Pasadena desde las alturas y de Los Ángeles a lo lejos, acurrucada bajo su niebla marrón. No había división clara entre la niebla y la ciudad de debajo, pero sí entre la niebla y el cielo azul de encima. Me imaginé que, a la altura a la que estábamos, debíamos de encontrarnos más en el azul que en la niebla. Comimos queso cheddar y unas manzanas amarillas translúcidas y bebimos agua de las cantimploras.

Gxh3 Rxh3

Bg3 O-O-O

No puedo decir que me sorprendiera su enroque, pero la maniobra siempre me transportaba en cierto modo a otro lugar. El hecho de que las dos piezas se pudieran mover a la vez me parecía mágico, lo bastante como para desear poder llevar a cabo un movimiento parecido en la vida real. No tenía ni idea de cómo sería en la práctica aquel movimiento.

—Muy ingenioso, Madame Nenarokov.

—¿Dónde está mamá?

—Dando clase.

—Ajá.

E4 e5

Cuando mirabas fuera, parecía que fuera a llover, aunque sabíamos que no iba a pasar.

—¿Qué pasa cuando te saltas una clase como has hecho hoy? —preguntó Sarah.

—A veces la repito, aunque es complicado. Normalmente me limito a alargar el horario de despacho para que los alumnos me puedan venir a ver si quieren. Sólo es un problema si un profesor coge la costumbre de saltarse clases.

—Oh.

—A veces la gente se pone enferma de verdad, ya sabes. —Me arrepentí nada más decirlo, pero no se le vio reacción alguna en la cara.

—A Grace Tilly le han comprado un smartphone —dijo Sarah.

—¿En serio? ¿Y qué va a hacer Grace Tilly con un smartphone?

—Llamar a gente. Buscar cosas en Internet.

—¿Tus demás amigas ya tienen teléfono? —le pregunté.

—Todavía no.

—¿Pues a quién va a llamar?

—¿O sea que nada de smartphone para mí?

—Hablaré con tu madre.

D5 Qd6

Qa4

Lo más desgarrador de todo era que había aprendido a reconocer la expresión vacía y ausente antes de que le apareciera plenamente en la cara. Esta vez le temblaron los párpados. Adoptó una respiración alarmantemente superficial. Tuvo una convulsión y por fin volvió a mí tan deprisa como se había marchado. Todo había

durado unos segundos. Y ya volvía a estar igual de concentrada que antes.

Cuando Sarah sólo tenía unos meses, me daba sustos todas las noches. Hacía una especie de pausa en la respiración que te dejaba preguntándote cuándo iba a volver a respirar, si es que volvía. Me dejaba caer de la cama y me plantaba de pie a su lado hasta que respiraba una vez más y entonces ya seguía como si no hubiera problema alguno en el mundo. Nadie nos había prevenido nunca sobre aquellos ruidos. No me sentía preparado en absoluto para cuidar a aquella criatura.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Sarah.

—¿Perdón?

—Te toca mover a ti.

—Oh. —Examiné el tablero. Sarah estaba jugueteando conmigo. Noté que se acercaba el final—. Supongo que necesito mover al rey.

—Te quiero, papá —dijo sin venir a cuento de nada.

Le miré la cara, pero estaba concentrada en las piezas que tenía delante.

—Yo también te quiero, bichito.

—¿Te gusta bañarte?

—¿Qué?

—Si te gusta bañarte.

—Supongo que sí. Hay que lavarse de vez en cuando. ¿Por qué?

—Theresa dice que bañarse es mejor que dormir.

—¿Mejor en qué sentido?

—No lo sé. Más relajante, supongo. Le dije que no me gustaba dormir y ella me dijo que debería bañarme.

—¿Por qué no te gusta dormir?

—No lo sé.

Kb7
Rad1 Nb8

En aquellos espantosos y horribles instantes de crisis epilépticas, yo percibía cómo iba a ser perder de forma definitiva a mi hija, tener que renunciar a ella. Los episodios eran pequeñas destrucciones, y en cada uno de ellos yo me marchitaba junto con ella. Simples segundos. Unos segundos infinitos. Me sentía mal, culpable incluso, porque el hecho de ser el único en ver una crisis me producía una felicidad perversa. Quería a toda la Sarah que pudiera conseguir, y la quería de forma egoísta. Quería acumular los momentos con ella y congelarlos para ir repartiéndolos por el resto de mi supuesta vida.

Nf3 Nxe4
Qc2 f5

A los siete años vi a mi padre aplastado por el peso de no haber conseguido una plaza de profesor titular. Obviamente, por entonces no entendí lo que estaba pasando, pero sí que recuerdo un cambio en su porte y cómo pasó de afirmar —con orgullo, creo— que era profesor en la Universidad de Chicago a decir, casi por lo bajo, que era profesor adjunto en la
Roosevelt. Hasta años más tarde no fui consciente de lo mucho que le había costado sacar adelante a la familia, ni tampoco de que el libro inacabado sobre Ralph Ellison que había sido su pasión, y que le había costado su plaza de titular, se había convertido en un simple libro inacabado que ya no significaba nada para él. De vez en cuando cogía otros trabajos, entre ellos conducir un taxi, y se retrajo irremediablemente del mundo. Cuando tenía catorce años, me tocó a mí encontrarlo en el sótano con tres cuartas partes de la cabeza. Después de aquello mi madre y yo no nos tratamos mucho, pero nunca experimenté sensación de pérdida, cosa que achaqué siempre a un defecto personal de carácter. Después de que mi padre no consiguiera la plaza, ella se había puesto a trabajar en una agencia de viajes, un trabajo que nunca pareció hacerla feliz. Todas las mañanas me imaginaba que se marchaba a lugares exóticos, lugares soleados y con palmeras que por alguna razón tampoco la hacían feliz. Me fui de casa para alistarme en los marines, cosa que la enfureció. Murió de un cáncer de estómago no detectado cuando yo estaba en la universidad. Le cogí la mano mientras moría y resultó extrañamente poco emotivo, creo que para los dos. De hecho, yo me puse muy triste, pero ella pareció tan agradecida de morirse que tuve que respetarlo. Era hijo único, de forma que al morirse ella me quedé sin ninguna familia. Pero no sentí esa soledad, o por lo menos no la reconocí, hasta que me enteré de que iba a perder a Sarah.

Nunca le contaba a mi hija historias de mis padres ni de mi infancia. Sarah estaba rodeada de historias, todas muy positivas, de los padres, los hermanos y la infancia de Meg. Pero yo nunca contaba gran cosa, convencido de que no tenía gran cosa que contar, y de que en realidad no recordaba gran cosa, lo cual era cierto. En mi mente, y en mi corazón, yo no había llegado a existir del todo hasta que había nacido mi hija.

Había empezado a trabajar hasta tarde en mi despacho, o por lo menos a usarlo como punto de partida para trasladarme a alguna

taberna cercana al campus. Una noche estaba en mi despacho a las diez cuando Hilary Gill se detuvo frente a mi puerta abierta.

—Te quiero dar las gracias —dijo—. Otra vez.

—¿Por qué? El trabajo lo has hecho tú.

—Ya me entiendes.

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué eres tan seco conmigo? —me preguntó.

Me impresionó que fuera tan directa. Me gustaba.

—¿Lo soy?

—Sí.

En vez de contestar, cerré la carpeta que tenía sobre la mesa.

—¿No crees que lo eres?

—Sé que lo soy. —Me dio la impresión de que esperaba o quería que me disculpara. Como yo había estado pensando en mi padre, ahora lo mencioné—. Mi padre era profesor de literatura inglesa. De niño, lo encontré después de que se suicidara. Siempre pensé que se había suicidado por no conseguir plaza fija.

Hilary no supo qué decir.

—Ahora sé que fue porque su trabajo no lo satisfacía. Cuando murió mi madre, encontré su supuesta disertación entre sus cosas. No había trabajado en ella. No le habían dado la plaza porque no le importaba su trabajo. Pero si no le importaba, ¿por qué lo había llevado a matarse?

—¿Estás bien? —preguntó Hilary.

—Uno se suicida porque no vive en este mundo. —Hice una pausa lo bastante larga como para verle la preocupación en la cara—. Lo siento, Hilary.

—¿Qué está pasando?

Me puse de pie y guardé mis cosas en mi bolsa.

—¿Zach? —Hilary se me acercó y me puso la mano en el brazo—. ¿Qué pasa? —Se me plantó delante.

—Que mi hija se está muriendo.

Rfe1 g4

Fue un abrazo bastante inocente, destinado a reconfortar a un amigo tras enterarse de una noticia espantosamente triste. Acepté el gesto, recibí el abrazo y rodeé a Hilary con los brazos a modo de respuesta. Mientras nos separábamos, sin embargo, nuestras caras quedaron a menos de un palmo de distancia. No sé muy bien quién redujo aquella distancia, quién lo inició, pero Hilary Gill y yo nos besamos. Quizás no fuera un gran beso, pero fue un beso.

Nos quedamos unos segundos mirándonos.

—Lo siento —dije.
—No pasa nada. Estás trastornado. Lo entiendo.
—No, de verdad. Lo siento mucho. —Cogí la bolsa e hice el gesto de marcharme.
—¿Necesitas hablar? —preguntó—. Estoy aquí para escuchar. Olvídate del beso. Estás trastornado. Déjame ser tu amiga.
Me irritó oír la palabra «beso».
—Estoy bien. —La hice retroceder hasta el pasillo—. Me tengo que ir a casa.
—Estoy aquí para hablar cuando quieras.
Fue lo bastante amable o quizás comprensiva como para no pedir detalles sobre el estado de mi hija. Se lo agradecí, aunque no me hacía ninguna gracia tenerla allí en aquel momento. Sin decir nada más, me alejé.

Rxe4 gxf3

Es verdad que se me da bien crear un gran fuego con pequeñas llamas. Como era una noche fría, encendí la chimenea de mi casa. Estaba atizando el fuego cuando entró Meg en la sala y se sentó detrás de mí, en la otomana.
—Has tenido una buena idea —dijo—. Hace mucho que no la encendíamos, ¿no? Es una chimenea muy bonita.
Asentí con la cabeza.
—¿Has pasado a mirar a Sarah?
—Está tranquila.
—Le encantaría esto —dije—. ¿Te acuerdas de cómo la hipnotizaba el fuego? Mañana se lo encenderé otra vez.
—Le gustará.
Me aparté un poco del escopeteo de la leña.
—¿Cuándo se puso la vida tan jodida?
—¿Te acuerdas de la idea que tuviste para abrir una tienda de muebles?
—¿Qué idea era?
—Dijiste que querías abrir una tienda que sólo vendiera reposapiés y llamarla Imperio Otomano. Lo dijiste en nuestra primera cita.
—Y aquí estamos —dije.
—Aquí estamos. —Meg carraspeó, un tic nervioso suyo—. No paro de desear despertarme. Esto tiene que ser una pesadilla.
Empujé un tronco y avivé la llama.
—¿Qué vamos a hacer?
—Tenemos que ser fuertes para Sarah. ¿Qué otra cosa podemos hacer? No podemos dejar que la invada el terror. Yo no lo soportaría.

—Sí.
—Sabes que la vamos a perder antes de perderla, ¿no?
—Odié cómo sonaba aquello, casi despreocupado, aunque no era mi intención, claro.
Meg lloró. Yo también. Pero no me levanté para sentarme con ella y abrazarla. Nos quedamos mirando el fuego y llorando.
Ree1 f4
Qf5 Rdh8

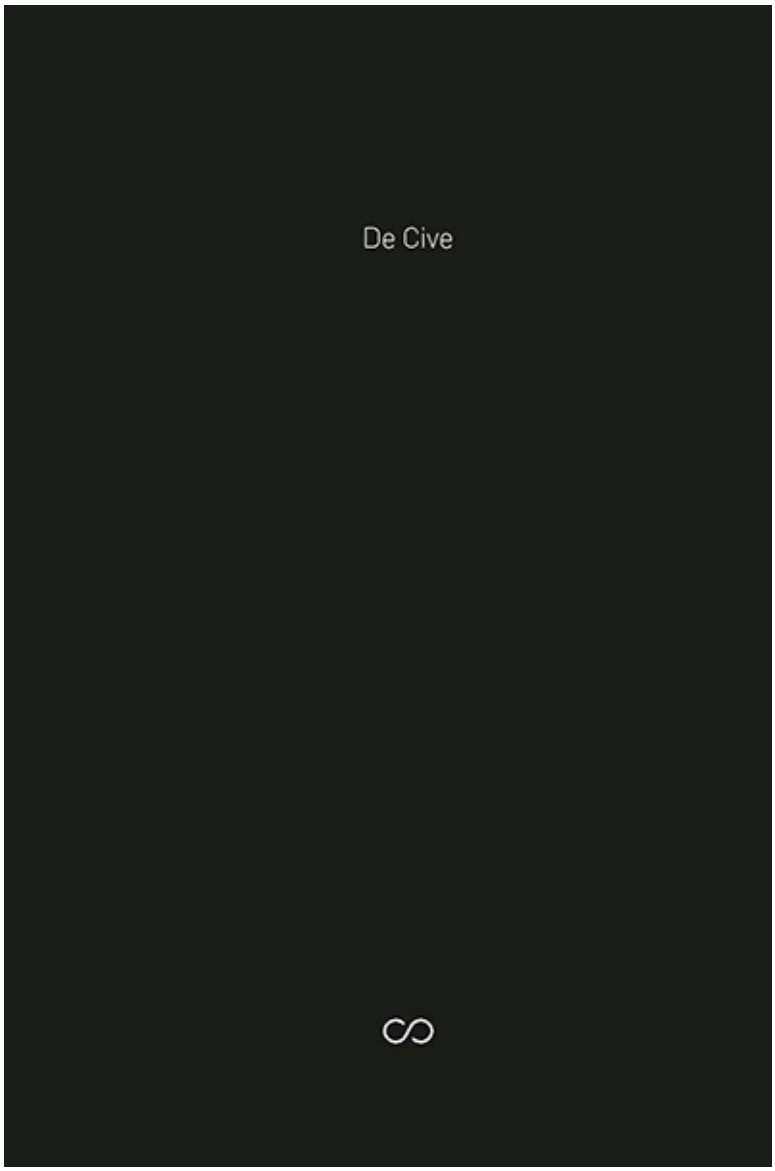
Aquella noche no seguí a Meg a la cama. Lo que hice fue coger una linterna y echar a andar un rato por el camino de la montaña. Lo que más miedo me daba de andar por allí de noche venía antes de alcanzar el camino, y era que me pudiera ver algún policía. Aun así, no fui con ningún sigilo, al contrario: me dediqué a mover la linterna a lo loco y a pisar bien fuerte con las botas. Los pumas son nocturnos, y quería advertirles de mi presencia. Me resultó un alivio encontrar el camino. No quería subir mucho por la montaña, sólo lo justo para sentir que estaba a solas en plena naturaleza salvaje.
Me senté en una roca de gran tamaño y apagué la linterna. No era buena idea, pero me sentí impulsado a hacerlo. Me quedé completamente a oscuras. El cielo estaba despejado. Me puse a observar el mar de estrellas escuchando el arroyo que tenía delante. Me pareció oír los pasos amortiguados de un puma, pero resultaba poco verosímil. Era más probable que oyera a un oso haciendo crujir la maleza. Pero como era un humano apestoso, tenía pocos números para experimentar ninguna de las dos cosas.
Un olor dulzón familiar me encontró. Marihuana. Había alguien fumando maría en aquel bosque. No me molestaba que alguien fumara maría; me molestaba que lo hiciera allí. Volví por el camino, esta vez con la linterna apagada.

Sarah y yo nos sentamos para terminar nuestra partida. Vi poca esperanza para mí. Me encantó la expresión sanguinaria de su mirada.
—Eres una mala persona.
—Ya lo sé.

Rxe5 fxg3
Re6

—Ah —dijo, e hizo su movimiento. Rxh2
Vi mi situación. Supe lo que tenía que hacer. Abandoné.
—No pasa nada, papá.

[1] Lydia, oh Lydia, ¿conocéis a Lydia? / Oh Lydia, la mujer tatuada / Tiene unos ojos que la gente adora / Y un torso más adorable todavía / Lydia, oh, Lydia, es una enciclopedia / Oh, Lydia, la reina del tatuaje / En la espalda lleva la Batalla de Waterloo / En su costado el hundimiento del Hesperus / Y orgullosa sobre las olas ondea la tricolor / Se puede aprender mucho de Lydia.



París.

Lo mejor de cualquier vuelo, sea largo o corto, es poder decir que ha sido tranquilo. Sarah se pasó la mayor parte de las once horas dormida. Me sorprendió, pero no había lugar a dudas, porque me había pasado el vuelo entero mirándola.

Hicimos el largo recorrido hasta el control de pasaportes y descubrimos que la cosa avanzaba bastante deprisa. Sarah coqueteó con una niña que teníamos delante en la cola, ya que el zigzag de la fila les permitía ir encontrándose una y otra vez. Yo llevaba los tres pasaportes. Abrí el de Sarah y miré su cara de ocho años, sus ojos grandes y oscuros y su cabello todavía más rebelde. Al llegar al

control, el agente sonrió y me examinó; después sonrió a Sarah, le echó un vistazo a su pasaporte y le preguntó cómo se llamaba.

Sarah se lo quedó mirando sin decir nada. Fue una pausa atrozmente larga e incómoda. No estaba teniendo ninguna crisis, eso me quedó claro. Había oído la pregunta. Pero no encontraba su nombre.

Meg le apuntó diciendo:

—¿Sarah?

—Sarah —dijo ella.

—Ha sido un vuelo largo —dije. Aquello pareció satisfacer al hombre.

—¿Estás bien? —le preguntó Meg a Sarah.

—Sí.

El agente sonrió a Sarah.

—*Bienvenue en France*.

—*Merci beaucoup* —dijo Sarah.

Nada más salir de aduanas y entrar en el taxi, sentí que me quedaba adormilado. Era media mañana y supe que lo mejor que podía hacer era permanecer levantado hasta la noche, pero estaba perdiendo la batalla. El tráfico de la autopista se ralentizó y cerré los ojos. El ronroneo del motor, el viento que entraba por la ventanilla entreabierta de mi lado, las voces francesas apenas audibles de la radio y el miedo que me daba haber visto a mi hija olvidar su nombre me hicieron sucumbir al sueño.

Me desperté mucho antes de que llegáramos a nuestro hotel, cosa que no me hizo ninguna gracia. Avanzamos lentamente por entre el tráfico de lo que no me cupo duda de que era una ruta turística puesta al servicio del cuentakilómetros. Sarah estaba disfrutando a lo grande del trayecto, así que no pasaba nada.

—El Louvre, mamá —dijo—. ¿Podemos ir hoy?

—Lo intentaremos —dijo Meg.

—*Nous sommes mardi* —dijo el conductor—. El Louvre cierra los martes.

—¿Estás cansado, papá?

—Estoy bien, cielo.

Nos registramos en nuestro hotelito situado junto a la rue Saint-Placide. Como me habían dicho que las habitaciones eran bastante pequeñas, había reservado dos. Resultó que eran contiguas y que no estaban comunicadas entre sí. Con ambas puertas cerradas, me sentí terriblemente lejos de mi familia. Quería meterme en la cama, no sólo porque tuviera sueño, sino también para cubrirme la cabeza con las mantas y escapar. Salí al pasillo y llamé a la puerta de ellas.

Meg me dejó entrar. Sarah estaba acostada en la cama individual más cercana a la ventana.

—¿Duerme? —pregunté.

—Se ha tumbado y se ha quedado frita.

Me acerqué hasta detenerme a su lado y le examiné la cara.

—Ha dormido todo el vuelo. ¿Crees que es sólo por la emoción?

—Se ha olvidado de su nombre —dijo Meg.

—Eso no lo sabemos —dije—. Quizás sólo se ha quedado embobada y no estaba prestando atención. —Ni siquiera yo me creía lo que estaba diciendo—. Supongo que a partir de ahora todo va a ser así.

Pensé en el hecho de que damos por sentado que el espacio del mundo y el tiempo en el que existe ese espacio y donde se ubica nuestra experiencia inmediata son en realidad el único espacio y tiempo que importan. Sin embargo, yo creía, igual que todo el mundo, que los momentos están causalmente conectados, unidos entre sí y moviendo su influencia en una sola dirección.

—¿Tu habitación huele a humo de cigarrillos? —preguntó Meg.

—Un poco —dije—. Aquí no lo huelo.

—Yo sí. —Abrió un poco la ventana, y cruzó los brazos sobre el pecho para protegerse del frío.

—Francia —dije.

Meg se sentó en el antepecho, de espaldas a la ventana.

—¿La despertamos? No quiero que se pase la noche despierta.

Asentí con la cabeza.

—Me parece bien. —Di un golpecito a Sarah—. Eh, marmota. Salgamos a ver cosas.

—¿Qué hora es? —preguntó Sarah.

—Hora de encontrar papeo —dije—. En francés se dirá «le papée».

—Quiero un *croissant* francés auténtico.

—Seguro que te encontramos uno. *¿Croissant* o *pain au chocolat*?

—Chocolate.

—Yo digo que nos lavemos antes de salir —dijo Meg.

—Tiene razón —dije.

—Sí —dijo Sarah—. Apestas.

—¿Verdad que sí?

—Sí.

—Vale, vuelvo en diez minutos.

—¿Diez minutos? —dijo Meg.

—¿Quince?

—Veinte.

Cuando viajo, siempre me da la sensación de que ha sido demasiado fácil llegar. Nunca lo pienso cuando cruzo un continente, pero cruzar un océano es distinto. Las aceras parecían iguales que las de América, pero no lo eran. Eran aceras francesas, cubiertas de mugre francesa, bajo pies franceses y aire francés. Pasamos de largo unas cuantas tiendas de nuestra calle, doblamos la esquina y por fin entramos en una pastelería a la que no nos pudimos resistir. Los bollos eran de colores y estaban desplegados de una forma en que nunca lo estarían en América. A Sarah le encantaba aquel estilo, pero aun así sólo quería un *pain au chocolat*. La vi darle un bocado, con los ojos cerrados. La explosión de migas y pedacitos le arrancó una sonrisa.

—*Parfait* —dijo.

Meg sonrió de la misma forma que la primera vez que habíamos sentado a Sarah en un columpio del parque infantil. La sonrisa y la risa de la niña eran irresistibles, y Meg sonrió hasta que le dolió la cara. Se le estaba rompiendo el corazón, pero no podía parar de reír, ni tampoco tenía valor para poner fin a la alegría de Sarah. Yo sentía un dolor parecido. Me acordaba de los mofletes de nuestra hija, tan gordezuelos que se le veían desde detrás. Ahora había crecido hasta convertirse en una chica alta y flaca, de pies alargados. La dejé disfrutar de su *croissant*, confiando en que no viera mi tristeza.

Caminamos hasta el Jardin du Luxembourg y atravesamos el parque. Yo quería sentarme junto al estanque de las barcas, pero Sarah y Meg me convencieron de que hacía demasiado frío.

—Me gustaría tener una barca —dije.

—¿Eso te haría feliz, papá?

—Una barca roja.

—Tengo hambre —dijo Meg—. De comida, no de bollos.

—Sé dónde tenemos que comer —dijo Sarah—. En el Café de la Mairie. Es un restaurante a la antigua usanza. Búscalo en tu teléfono.

Meg lo buscó.

—No queda lejos. Está en Saint-Sulpice.

—Vamos pues —dije—. *Allons-y.*

Charlamos mientras comíamos una comida tan auténtica como completamente vulgar, servida por un camarero que exageraba sus malos modales para entretener a los turistas. Resultaba ameno e inofensivo. Mirar a la gente era divertido, pero yo no me aguantaba de pie de cansancio. Me veía capaz de volver caminando hasta el hotel, pero no de mucho más. Les seguí el ritmo mientras volvíamos.

Al anochecer las luces navideñas se veían suaves, blancas y hermosas. Mi hija era feliz.

Después de tanto agotamiento y ganas de dormir, cuando por fin tuve ocasión, no fui capaz. Me quedé en la cama mirando programas de entrevistas extraños, programas de variedades todavía más extraños y programas de policías americanos doblados de los años 90, pero no dormí. Por fin apagué el televisor y fui nuevamente consciente de lo difícil que era no pensar.

A Sarah siempre le había encantado la pintura, y aunque no la habíamos criado religiosamente, gravitaba hacia las obras provistas de contenido espiritual, habitualmente cristiano. Se reía y hacía comentarios, con una ironía que parecía de persona mayor que ella:

—Son como tebeos. Totalmente inverosímiles.

Yo asentía con la cabeza. Sabía que Sarah no creía en Dios, pero ¿y si hubiera creído? Yo tampoco podría haberme opuesto a su fe. Parecía improbable que fuera a morder aquel anzuelo, sin embargo, y tuve que admitir que eso me producía cierto alivio. Aun así, habría estado bien que alguna deidad interviniera e hiciera lo que hacen las deidades; curar a mi hija, por ejemplo.

Avanzamos por el Louvre al ritmo de mi hija. Que aquel día no era demasiado rápido.

San Jerónimo y el león, c. 1425, Maestro de Osservanza. El agradecido león no tiene ninguna pinta de león, lo cual quizás explica que Jerónimo se le acerque tanto.

Retablo de Saint Denis, c. 1416, Henri Bellechose. A Sarah le gustaba el nombre del pintor. Enrique Bella Cosa. Le gustaba el obispo entre rejas. Era donde tenían que estar los obispos.

Mientras miraba a Sarah, tuve que afrontar la realidad de lo efímera que es la vida, la tristeza de la brevedad de todo. Aquellos momentos en París no iban a convertirse en recuerdos que ella tendría ocasión de rememorar. Disfrutaría de aquellos placeres y muy pronto los olvidaría. Y no sabía lo bastante de lo que le iba a pasar como para apreciar lo fugaces que eran aquellas breves experiencias. Aun así, quizás a un nivel celular, de alguna manera lo entendía, a juzgar por la lentitud con la que iba de un cuadro al siguiente. Cuando uno sopesa los momentos, hasta los detalles más insignificantes se vuelven significativos. Y eso mismo sucedía ahora; cada pintura estaba marcando un lugar en su historia.

Meg y yo todavía estábamos experimentando de forma muy visible los efectos del *jetlag*. No teníamos ni idea de por qué Sarah no los notaba. Debía de ser la edad.

—Tengo las típicas piernas cansadas de museo —dijo Meg—. Estos suelos de mármol me están sorbiendo la vida.

—Yo igual.

—Va a ritmo de tortuga. ¿No le puedes decir que acelere un poco?

—No lo haría ni aunque pudiera. Se lo está pasando en grande.

—Es verdad, ¿no? —Meg se sentó en una banqueta y me miró—. ¿Le has visto algo raro hoy?

Negué con la cabeza. Me sentí mal por haber sido quizás poco observador, un pecado imperdonable en aquel momento de nuestras vidas, y por estar tan tenso. ¿Cómo podía disfrutar de mi hija con aquel nerviosismo?

—¿Crees que podemos sacarla de aquí para comer algo rápido?

Examiné la nuca de Sarah; la mata de cabello castaño incontrolable hacía que su cabeza pareciera un globo en lo alto de un palo.

—Eh, bicho. ¿Quieres bajar y picar algo? Mamá y yo tenemos un poco de hambre.

—Vale —dijo.

—Qué fácil ha sido —dijo Meg.

—Pide y recibirás.

La Madonna de Rolin, c.1435, Jan Van Eyck. En vez de llevar el manto azul celestial, María va toda vestida de rojo. Tiene al niño Jesús de mal humor en el regazo. No le apetece jugar a las palmitas con la adusta donante.

Por alguna razón, y cuando digo alguna, por supuesto, quiero decir una razón desconocida, mientras caminábamos en dirección sur por la rue de Rennes contemplé a Meg y no pude evitar mostrarme crítico. La estaba culpando de cosas, y no quería. Me acordé de cuando Sarah tenía dos años y había empezado a revelar lo que algunos llamarían problemas de conducta, gritos y obstinación, lo que yo llamaba tenerlos bien puestos, y me acuerdo de que Meg le gritaba. Lo hacía porque ya no podía más, yo lo sabía, pero su impaciencia y sus chillidos sólo llevaban a más chillidos. Ella gritaba y la niña gritaba más fuerte. Una noche dije algo que era cierto pero que me hizo sentir mal durante un par de años. Sin demasiada consideración, dije: «Si tú no te puedes controlar, ¿por qué lo va a hacer ella?». Meg se quedó callada, tan dolida como lo habría estado yo en su lugar. En el momento de decirlo, había tenido muy claro lo que quería comunicar, pero una vez dicho, no sentí nada más que

remordimientos punzantes. El resultado positivo que tuvo aquello para mí, irónico y en última instancia triste, fue que Sarah se me acercó más. En los momentos en que necesitaba que la tranquilizaran de sus terrores nocturnos, era yo quien se sentaba con ella, quien la abrazaba y quien la arrullaba. Ahora también tenía una relación estrecha y afectuosa con su madre, pero incluso Meg notaba que la niña era mucho más cariñosa conmigo. Era algo que la hería en el sentimiento. Y ahora, durante nuestro paseo, no me podía quitar de la cabeza los gritos de Meg.

—Papá, ¿podemos volver al Louvre mañana?

—Si quieres, sí. Pensé que podríamos visitar la Torre Eiffel.

—El Louvre —dijo.

—¿Qué pintura te ha gustado más de las de hoy? —preguntó Meg.

Sarah lo pensó.

—A ver si lo adivino —dijo—. Era la que tenía al niño Jesús.

—Todas tienen al niño Jesús —dijo, riendo.

—Qué cara de mala leche gasta ese niño, tengo que decirlo.

—No en todos los cuadros —me dijo.

—Quizás no. Pero en muchos sí. Vaya amargado.

—María no parece mucho más contenta —dijo Meg.

—Es porque tiene a un niño con mala leche —dije—. ¿Por qué te gustan esos cuadros?

—Ya te lo he dicho. Porque son muy raros.

—Seguro que nadie le decía a ese crío lo que tenía que hacer. ¿Cómo le dices a un dios que se coma los guisantes? «Deja de jugar con la comida, Mi Señor».

—No te mees en la bañera, Dios —dijo Sarah.

—Vais a ir los dos al infierno —dijo Meg.

—¿Cuándo? —preguntó Sarah.

Caminamos un rato en silencio.

—Deberíamos pasar por Le Bon Marché y ver las decoraciones navideñas de los escaparates —dijo Meg.

—Buena idea —dije yo.

Dama con pensamientos, c.1475. Unos cien años más tarde, Ofelia diría: «Los pensamientos dan qué pensar». *Pensées*. Pensamientos. Quizás el primer juego de palabras con el francés que yo había entendido. La dama lleva un anillo en el pulgar.

—Papá, ¿podemos volver al Louvre mañana?

Miré a Meg. La noté al borde de las lágrimas.

—Claro, cielo. Buena idea. Volvamos al Louvre mañana.

Pietà de Villeneuve-lès-Avignon, c.1455, Enguerrand Quarton. María mira con cara lívida y María Magdalena llora mientras Juan le arranca espinas de la cabeza a Jesús. Sarah pensaba que Juan le estaba quitando el halo.

Cuando tu hija se está muriendo, es casi imposible pensar en otra cosa, entablar conversaciones distraídas, disfrutar de una comida, una pieza musical o un libro. Yo intentaba encontrar vislumbres de diversión o de paz, o de la palabra que mejor encajara ahí, mientras veía a mi hija protagonizar su último capítulo desconocedora de su estado. ¿Para qué decírselo? Lo pensaba y me sentía débil. ¿Para qué, si, aunque no fuera consciente de ello, iba a caer en la demencia y olvidarlo de todas formas? ¿Para qué llenarla de terror ahora? ¿Para qué quitarle aquellos momentos de diversión o de paz o de la palabra que mejor encajara?

El cielo se había teñido de un verde crepuscular que parecía más apropiado para una población costera, de forma que imaginé que iba a llover. Lo que pasó fue que se puso a nevar, una ligera nevisca.

—¿No es precioso, mami? —dijo Sarah.

—Sí que lo es —dijo Meg.

Por alguna razón, me llamó la atención que llamara a Meg «mami» en vez de «mamá». No era raro que lo hiciera, pero me recordó lo joven que era todavía. Yo era el dolor y la tristeza encarnados, pero no me podía permitir hundirme en un pozo. Necesitaba ser fuerte para mi hija. Necesitaba ser fuerte para Meg. Aun así, mientras tenía aquellos pensamientos tan nobles, me preguntaba cómo iba a seguir viviendo sin mi hija. Si pudiera morir yo en su lugar, igual que puedes presentarte a un examen en el lugar de alguien, lo habría hecho sin pensarlo. Y sabía que Meg también. Intenté consolarme con el hecho de que Sarah tenía nuestro amor, y que lo notaba, que sentía aquel amor en su vida.

—¿Y si nunca dejamos de caminar? —dije.

Sarah se giró para mirarme.

—¿Y si no volvemos nunca a nuestro hotel ni a casa? —Di un paso adelante para cogerle la mano—. ¿Y si seguimos caminando y no dejamos nunca de caminar?

—Hasta el horizonte —dijo Sarah—. Sería perfecto.

La nieve cayó con un poco más de fuerza.

Había valido la pena desviarse un poco para ver los escaparates de aquellos elegantes grandes almacenes, Le Bon Marché. Eran sobrecargados y discretos a la vez, y cada uno era una obra individual. Unos cuantos requerían paciencia porque se desplegaban

de forma gradual, mientras que otros eran simples explosiones de color y movimiento. En otro momento y en otro universo, el espectáculo casi habría bastado para congraciarme con la Navidad. Meg quería hacer un escaparate como aquéllos. Sarah quería vivir en uno. Yo quería mi cama.

La nave de los locos, c. 1500, El Bosco*.* Ah, nuestra tendencia a descuidar nuestras almas inmortales. Monja mala. Monje malo.

Meg y Sarah querían pasear por la tienda y eso hicimos. Tuve que admitir que de alguna forma sus productos parecían superiores a todo lo que yo recordaba de las tiendas de América. No tardé mucho en darme cuenta, sin embargo, de que era una simple cuestión de presentación, de esquemas de colores y del espacio del que disponía cada cosa. No tenía ni idea de cómo lo conseguían exactamente, porque me daba cuenta de que toda la ropa era exactamente la misma que podía encontrar en América, los mismos estilos, los mismos materiales y las mismas marcas. Por alguna razón, un chaquetón de caza de Woolrich se veía agreste y exótico cuando lo veías doblado y apilado en una mesa de Le Bon Marché. Magia. Al cabo de un rato, sin embargo, ya me había cansado. Teníamos el hotel a un par de calles, así que les dije que ya las vería allí.

Ahora la nieve parecía importante, como si pudiera tener consecuencias. Caía en forma de copos enormes que me molestaban en la cara y se me quedaban unos segundos en la chaqueta antes de derretirse. La temperatura había bajado lo bastante como para que yo tuviera frío, cosa que no estaba tan mal. Me gustaba la sensación de novedad, viniendo de Los Ángeles. También agradecía el hecho de que el frío me distrajera, aunque fuera un poco, de otras preocupaciones.

Recogí mi llave en la recepción y subí los cuatro pisos de escaleras que llevaban a mi habitación. Miré por la ventana la corriente de gente que caminaba bajo la nieve. Los coches, que parecían todos negros, permanecían embotellados en fila india por la *rue*. Busqué con la mirada a Meg y a Sarah. No quería acostarme porque sabía que me quedaría dormido de inmediato. No tenía hambre, pero quería cenar con mi familia. En aquel momento quise ver a mi hija caminando por la calle hacia mí, sólo para observar sus andares familiares, sólo para verla aproximarse a mi posición actual en el espacio, viva y llena de movimiento.

Detrás de mí, la habitación estaba a oscuras.

Estaba asomándome al aire frío de fuera cuando las vi. Las saludé con la mano mientras atravesaban el cruce de calles, pero no me vieron. Del otro lado de la manzana me llegó un villancico tocado con trompetas. El sonido de los instrumentos de viento rebotaba en los edificios, y, más allá de la música en sí, me gustó la interpretación. Busqué con la vista a los dos trompetistas. Se dedicaban a ponerse debajo de las ventanas y la gente les tiraba monedas al interior de un sombrero que uno de ellos sostenía. Se detuvieron debajo de mí y levantaron la vista. Les tiré una moneda y fue entonces cuando me vio Sarah. La emocionó ver aquella escena, conmigo asomado a la ventana, la música y la nieve. Se movía como si estuviera a punto de convertirse en adolescente pero todavía era una niña. Yo se lo notaba claramente en la cara. Y con la misma claridad pude ver la ansiedad en la cara de Meg.

El caballero, la muchacha y la muerte, sin fecha, Hans Baldung Grien. El esqueleto muerde el vestido y apoya una bota en la roca para aguantar la posición. Cerca de los cascos del caballo hay un hueso suyo separado del resto, amputado, solo.

Después de cenar en un bistró del final de la manzana, nos retiramos al hotel para acostarnos. Meg no me había contado lo sucedido en los grandes almacenes. Ahora me llamó a la puerta y me puso unas bragas mojadas en la mano.

—¿Gracias? —le dije.

—Son de tu hija.

—Qué grima. Están mojadas.

—Sí, señor.

—¿Dónde está Sarah?

—Está en la ducha. —Volvió a coger las bragas—. Se ha meado.

Todo estaba pasando muy deprisa, o por lo menos daba esa impresión; el hecho mismo de que estuviera pasando ya era demasiado rápido. Que se te escapara un poco de orina era una pérdida minúscula de control motriz. Repetirse a uno mismo era algo que yo hacía a diario, a menudo varias veces. Para nosotros, sin embargo, cada pequeño detalle se magnificaba, se amplificaba: los simples susurros eran gritos, los pequeños parpadeos eran destellos cegadores. Era bastante probable que también se nos estuvieran pasando ciertos síntomas por alto.

Había algo allí, en la oscuridad. Me imaginaba aquella cosa allí, haciendo crujir las hojas secas, quizás arrastrándose. El sol me azotaba la espalda y me quemaba el cuello. Siempre me daba

pereza usar protección solar, una negligencia resultante de tener la piel oscura, pero era consciente de estar quemándome. Aun así, no era capaz de alejarme de la entrada de la cueva. Los miembros de mi equipo estaban lejos, haciendo algo en la orilla del río, y no les interesaba ni yo ni lo que había encontrado. No sabía cómo era posible que viniera brisa del interior de la cueva, pero olía a unas hojas que yo conocía pese a no poder identificarlas. Las cosas más normales se estaban volviendo enigmas; yo lo notaba. Estaba muy claro lo que era la abertura de aquella cavidad, y sin embargo a mí me desconcertó. Confundido por la brisa, me pareció que la entrada de la cueva era algo completamente distinto. Había un monstruo y la entrada de la cueva era su boca, la muralla de roca era su cara y el viento era su respiración.

—¿Por qué estás ahí como si fueras un ladrón? —me preguntó el monstruo.

—No soy ningún ladrón —dije, sobresaltado por una dicción que no era la mía.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Qué quiero de ti? —Miré a mi alrededor—. El monstruo eres tú. Lo único que quiero de ti es que te marches.

—¿Y adónde voy a ir? —preguntó el monstruo—. Mi lugar es éste. Aquí es donde he estado y donde estaré. Devuélveme mis huesos.

—¿Qué?

—Que me devuelvas mis huesos.

No me alejé de la cueva, sino que me di la vuelta para sujetar mi eslinga a las cuerdas que tenía al lado y así poder bajar haciendo rapel hasta la orilla del río. Pero el aliento del monstruo hizo que me girara otra vez hacia él.

—Llévate lo que quieras —dijo.

Encendí una cerilla a plena luz del día, creyendo que me ayudaría a ver mejor. En cuanto se inflamó con un fogonazo, anocheció de golpe y sólo pude ver la llama. Oí otra vez el movimiento, el crujido.

Me llamó mi padre desde abajo. No lo pude ver, pero conocía bien su voz.

—Qué cosa tan terrible, ver morir a una hija —me gritó.

—Pues sí —le grité yo.

—¿Y no hay nada que puedas hacer? —preguntó.

—Nada.

—Quizás… —dijo—. Quizás…

Me desperté únicamente para preguntarme si todavía estaba dormido. Sabía que la cama de mi hija quedaba justo al otro lado de la pared que tenía detrás. Pegué la mano a ella y me imaginé que sentía los latidos de su corazón.

«¿Qué quieres?», me había preguntado el monstruo. «¿Qué quieres?».

Me quedé despierto el resto de la noche, dejando que mi sueño se disgregara en forma de pedazos indescifrables, como suele pasar con los sueños. Más tarde lo reconstruiría de formas provistas de poco o ningún sentido, unas formas que revelarían mi vaga creencia en algún significado que yo deseaba. Los sueños en sí no eran importantes; era su reconstrucción lo que siempre resultaba significativo. En ella podías encontrar una ventana, una pista o una vena; añoranza, miedo y culpa. No sabía qué me intentaba decir mi reconstrucción de aquel sueño, ni tampoco lo que yo buscaba crear al reconstruirlo, pero me preocupaba quizás más allá de lo razonable.

A la mañana siguiente volvimos al Louvre y Sarah reanudó su visita exactamente donde la había dejado, contemplando cuadros que me aburrían como a una ostra y cuyo significado religioso le importaba poco o nada, aunque estaba claro que los disfrutaba sinceramente y, lo más extraño de todo, sin ironía. Me había dicho el conserje del hotel que la mejor forma de entrar en el museo era por la parada de metro que había justo debajo. Gracias a su consejo habíamos podido ahorrarnos las largas colas, lo que significaba que yo no estaba tan cansado ni de mal humor como el día anterior.

—Vuelve a contarme lo que te gusta de esta sala —le dije.

Sarah miró a su alrededor, suspiró y me dio la mejor respuesta posible:

—Los colores —dijo.

Giré en redondo, mirando todas las paredes. Sarah tenía razón, como siempre. Si me fijaba únicamente en los colores, la sala me parecía casi perfecta. Eran todos rojos, del rosa al rubí, el carmesí y el ladrillo; y azules, del ftalo al cerúleo y el cadmio. La tristeza se adueñó de mí. Mi hija seguiría dándome lecciones incluso cuando la estuviera perdiendo, y sin embargo había muy poco que yo le pudiera ofrecer a ella. Mi trabajo había sido prepararla para la vida. Y ahora, con todo lo que se avecinaba, ni siquiera me podía plantear prepararla para la muerte.

Cabeza de Juan el Bautista, 1507, Andreas de Solario. A Sarah le encantaba aquella pintura, pero yo la odiaba. «El pie de la bandeja es igual que un cuello humano flaco», decía. «Como si Juan no estuviera muerto».

Salimos del museo por la pirámide de la explanada. Nuestro plan era encontrarnos con Meg en el Jardin des Tuileries para almorzar. Hacía frío y había nieve alrededor de las bases de los árboles y entre la hierba escasa. Los jardines estaban abarrotados, más de lo que yo me había imaginado. Por un momento me preocupó que no pudiéramos encontrar a Meg. Olí a granos de café molidos y a caramelo y me pregunté por qué me llegaban ambos olores mezclados. El aroma tuvo el efecto de darme más hambre. Sarah iba prácticamente dando brincos. Había sufrido aquella pizca de incontinencia, si es que era eso, y un par de olvidos momentáneos, pero no había tenido crisis epilépticas, al menos que nosotros supiéramos.

—No veo a tu madre —le dije.

Sarah escrutó también.

—¿Llegamos temprano?

—Unos minutos —dije—. ¿Quieres que pidamos chocolate caliente mientras esperamos?

—*Chocolat chaud, oui* —dijo ella.

Hice una breve cola y luego nos sentamos en un banco y soplamos hacia nuestras tazas.

—*Très chaud*.

—Muy *très chaud* —dijo Sarah.

Nos reímos de aquello.

—Imagino que tenemos suerte de ver nieve aquí —dije—. Parece que apenas ha habido en los últimos años.

—Me gustó la nevada de anoche.

—Sí, fue bonita.

—¿Papá?

—¿Sí?

Sarah dio un sorbo de su cacao.

—¿Tienes alguna pregunta?

—No, no es nada.

Nos quedamos mirando en la misma dirección.

—Allí está —dijo Sarah.

—¿Dónde?

—Al lado de las camas elásticas. No nos ve.

—Nos verá, no te levantes. Disfruta del chocolate. Está bueno, ¿verdad?

Meg nos vio por fin. Nos saludó con la mano y caminó hacia nosotros. Llevaba una bolsa pequeña de papel y su bolso. Decidió tomar un atajo por entre unos arbustos. Mientras avanzaba por la nieve, no pudo ver el ladrillo o la piedra que la hizo tropezarse. No llegó a caerse del todo, sino que consiguió apoyarse en un arbolito.

Recorrí al trote los ocho o diez metros que me separaban de ella, dejando a Sarah en el banco.

—Estoy bien —dijo.

—Genial. Estamos tomando un chocolate caliente.

Meg miró más allá de mí para saludar a Sarah.

—¿Zach?

—¿Sí? —Me giré y vi que Sarah no estaba en el banco. Nos pusimos a dar vueltas, buscándola con la mirada. Vi subir y bajar las cabezas de los niños que estaban en las camas elásticas. Busqué su mata de pelo rebelde.

—¿Dónde está? —preguntó Meg.

—Estaba en el banco —dije—. ¡Sarah!

Meg la llamó también. Los transeúntes nos miraban.

—No puede haber ido lejos —dije—. Por allí se va a la fuente. Yo iré en dirección al museo.

—¿Zach?

—Te veo en la fuente —le grité—. Di: «Je cherche une fille brune. Elle porte un manteau rouge».

Me repitió las palabras.

Hice lo posible para no sucumbir al pánico. El aire estaba muy frío, pero yo estaba todavía más frío por dentro, helado. Me dediqué a mirar todas las caras, altas o bajas. Me imaginaba que sería fácil avistar a mi hija porque había muy pocas caras oscuras, pero no la veía, y aquello me empujó hacia el temor y el pánico. Me sorprendí a mí mismo corriendo y preocupándome de si estaría yendo demasiado deprisa para verla. Pronto estuve sin aliento y necesité apoyar las manos en las rodillas, sin dejar de mirar en todas direcciones.

Una mujer joven se me acercó rápidamente y se agachó para recoger algo del suelo.

—*Excusez moi, Monsieur* —dijo.

Pensé que quizás supiera algo de Sarah, así que presté atención a lo que me estaba intentando decir.

—*Vous avez laissé votre bague ici*.

—¿Qué?

Lo repitió en inglés:

—Se le ha caído el anillo.

Reconocí el timo de inmediato y me sentí idiota por haber dejado que llegara tan lejos.

—Vete —le dije.

—Este anillo es de usted —dijo. Y me lo intentó dar.

—*Non!* —Usé la mano para apartarla—. *Je ne suis pas intéressé*.

No sólo es que se apartara de mí, sino que echó a correr.

Miré a la izquierda y vi que se me había parado al lado un policía. Me preguntó si necesitaba ayuda sin abrir la boca, usando una simple inclinación de la cabeza.

—*Ma fille*. *Elle a douze ans et est brune*. *Elle porte un manteau roμge*. —Sostuve la mano en el aire para indicar su altura.

Él me examinó, asintió con la cabeza y ladeó la cabeza como para indicar que toleraba lo mal que yo hablaba el francés.

—No se preocupe, la encontraremos —dijo en inglés. De alguna forma su acento francés me resultó tranquilizador. Habló por su radio.

—Mi mujer está esperando junto a la fuente. Quizás ya la haya encontrado.

—¿Dónde la ha visto por última vez? —me preguntó.

Señalé.

—En un banco de por allí.

—¿Cómo se llama?

—Sarah. Sarah Wells. Puede que esté un poco desorientada. Tiene una enfermedad y a veces le dan crisis de epilepsia. —Experimenté la sensación de estar traicionando de alguna forma a mi hija por el hecho de ofrecer aquella información.

El policía repitió los datos por su radio. Me miró.

—¿Es negra? ¿Como usted?

—*Oui*.

El policía y yo caminamos hasta el banco y desde allí seguimos hacia la fuente. Examiné todas las caras, no sólo para ver si pertenecían a mi hija, sino también en busca de cualquier indicio de conocimiento de su paradero, como si pudiera haber una conspiración. La mente me iba a cien. Sentí que me temblaban las manos y traté de detenerlas.

—Yo también tengo una hija —dijo el policía. Él también miraba, moviendo la cabeza con micro-giros bruscos, rotaciones de apenas unos grados. Me pregunté si sería una forma real de buscar a alguien o bien si sería una técnica que enseñaban en la escuela de gendarmes para infundir confianza en la tarea policial a los padres presa del pánico—. Es más joven que la de usted.

Se sumó a nosotros otro policía.

Avisté a Meg, abrazándose a sí misma y caminando en círculos junto a la fuente. Sarah no estaba con ella. Nos vio acercarnos y dejó de dar vueltas, negando con la cabeza.

—Ahí está mi mujer —dije.

El nuevo policía se separó de nosotros y caminó hacia el otro lado de la fuente, en dirección a place de la Concorde.

—¿Adónde se ha ido? —preguntó Meg. Parecía furiosa.

—Es todo culpa mía, joder —dije—. No me debería haber alejado de ella. —Sólo me había alejado un segundo, pero ¿por qué lo había hecho?

El policía recibió una llamada por la radio y nos miró.

—No, era sobre otro asunto.

—¿Es posible que se la haya llevado alguien? —preguntó Meg.

—Seguramente se ha alejado y se ha perdido entre la multitud —dijo el policía—. No es difícil.

Me acordé del río y me entró todavía más miedo.

—Deberíamos ir a mirar junto al Sena —dije.

Caminamos en aquella dirección. Fue entonces cuando vi la parte de atrás de un edificio rectangular y alargado. Me detuve y observé los setos bajos que lo rodeaban.

—¿Qué es ese edificio? —pregunté.

—Es el Musée de l'Orangerie —dijo el policía—. Tiene pinturas impresionistas. Es donde están *Los Nenúfares* de Monet.

—¿Podemos buscar dentro? —pregunté.

Meg miró primero el edificio y después a mí y asintió con la cabeza. Al parecer consideraba verosímil que Sarah se hubiera metido en un museo.

Yo estaba convencido, lleno de esperanza, de que encontraríamos a Sarah sentada en un banco delante de un cuadro de Cézanne o de Matisse, que ella odiaría a Matisse y que ahí se acabaría todo. Ninguna de las dos mujeres de la recepción ni tampoco el guardia de seguridad habían visto a una niña que encajara con la descripción de Sarah, pero aun así nos invitaron a mirar. El tenso recorrido por las enormes salas ovales de los Nenúfares resultó surrealista; la luz era surrealista, y, supongo que para distraerme contemplé la ironía de aquella surrealidad con los enormes murales impresionistas de fondo. El trayecto por las salas no dio con mi hija, ni tampoco con ningún indicio de que hubiera estado allí ella ni nadie como ella.

Meg se encontraba demasiado conmocionada para llorar, pero era posible que yo sí que estuviera llorando. Me sentía furioso, quizás conmigo mismo, no lo sabía. La rabia se manifestó en forma de aspereza hacia aquel joven policía tan amable:

—¿Qué estáis haciendo? —le pregunté—. Nuestra hija está perdida en alguna parte. ¿Qué estáis haciendo? ¿Dónde están los demás policías?

—La vamos a encontrar —dijo.

—Sí, no paras de decir eso.

Meg me cogió de la mano. Más para transmitirme su miedo que para calmarme, aunque su contacto tuvo ese efecto.

Las bodas de Caná, 1563, Pado Caliari. «Es enorme», comentó Sarah mirando el lienzo. Aparcada a mi lado en el banco y frente al cuadro, estaba mirando, según me dijo, a los perros que había en primer plano y el azul cerúleo del cielo de fondo. El halo parecía falso, y lo era, claro.

Cruzamos la calle abarrotada en dirección al río. No me imaginaba a mi Sarah sola en mitad de aquel tráfico. Cuando llegamos al otro lado bajamos las escaleras de piedra que llevaban al ancho paseo del margen del Sena. La imagen de las aguas oscuras hizo que se me detuviera la respiración en el pecho, en la garganta o la boca. Me di cuenta de que el miedo me impedía buscarla con la mirada. Intenté examinar las caras de la orilla, pero no podía evitar mirar el río.

—¿Qué estás mirando? —me preguntó Meg.

—No lo sé. —No sabía por qué pensaba que iba a ver a Sarah en el agua, pero era lo que estaba pensando.

Al policía le crepitó la radio. Se alejó un par de pasos, escuchó, dijo algo y volvió.

—Hemos encontrado a su hija.

—Gracias a Dios —dijo Meg.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Cerca de donde la vieron por última vez —dijo—. Yo los llevo hasta allí.

—Gracias —dijo Meg.

Subimos la escalera de vuelta al nivel de la calle y nos encontramos la avenida llena de manifestantes llevando pancartas y cantando a voz en grito: «Dieu dit non! Dieu dit non!».

—¿Dios dice no? —le pregunté al policía.

—Están en contra del matrimonio entre hombres.

No me planteé mi opinión sobre la causa de aquella gente, pero odié que nos estuvieran poniendo tan difícil cruzar la avenida. Queríamos ir con nuestra hija y ellos se interponían en nuestro camino. Me puse furioso y a punto estuve de gritar a los manifestantes.

—No me lo puedo creer —dijo Meg.

—*Dieu dit non!*

Nos abrimos paso por entre la multitud, cuyas caras eran una mezcla de rabia desagradable y regocijo. Descubrí que los odiaba a todos, por sus ideas políticas, por el ruido que hacían, por su crueldad y por el simple hecho de que se interponían en mi camino. Una mujer que parecía salida de una pintura de la campiña francesa me dirigió un gruñido. Llegamos al otro lado de la calle y tras pasar

frente al museo de impresionismo nos encontramos con un revuelo de actividad policial: policías gritando, correteando, señalando y apartando a civiles detrás de barreras, todo con gran celo policial. Nuestro policía se puso a hablar por su radio y ahora se lo veía claramente agitado. Nos detuvo con el brazo levantado a medias.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Qué pasa? —dijo Meg.

Aparté a nuestro policía y rodeé el seto. Divisé a Sarah casi de inmediato. Estaba a unos cuarenta metros de mí, al otro lado de la plaza de tierra desnuda. La causa del alboroto era lo que había entre nosotros; un hombre blanco sosteniendo una pistola en alto y gritando a pleno pulmón:

—La voix du peuple, l'esprit de la France! Renvoyez-les! Renvoyez-les!

Sarah estaba encogida detrás de la recia pierna de un policía corpulento con el rifle automático preparado. Estaba aterrada, claro. Divisó mi cara entre el tumulto y me suplicó ayuda. El hombre seguía gritando, todavía más fuerte, y blandiendo su pistola. Giró la cabeza rubia y miró en dirección a mi hija. No sé qué me entró entonces, pero me sentí seguro de que aquel fanático de derechas estaba poniendo en su punto de mira la piel oscura de mi hija. Estaba de espaldas a mí y de repente eché a correr hacia él. Se giró justo cuando ya me tenía encima. Choqué con él lo bastante fuerte como para derribarlo. Le agarré la pistola, la hice girar y se la retorcí hacia el dorso de la mano. Me pareció oír que se le rompía el dedo, aunque ya entonces pensé que era imposible con todo el ruido que había. No la soltó. La policía se nos echó encima a los dos de inmediato. Recibí un codazo en la nuca y alguien me torció el brazo por detrás de la espalda. Vi que Meg corría hacia Sarah. Sarah me estaba llamando a gritos; su voz me llegaba a través de los gritos de aquellos hombres. Los policías no paraban de preguntarme cómo se me había ocurrido hacer aquello. Yo no entendía su francés, pero el tono dejaba claro su significado. No paraban de repetir la palabra *bête*. Sarah y Meg consiguieron llegar hasta mí. Me esposaron. Me apoyé en una rodilla para permitir que Sarah me rodeara el cuello con los brazos. Un policía la separó de mí. El agente que nos había estado ayudando explicó a los demás lo que estaba pasando; a continuación, me miró a mí y me preguntó en inglés cómo se me había ocurrido hacer aquello.

—Lo siento. Tenía miedo por mi hija —dije en inglés. Era demasiado esfuerzo encontrar las palabras en francés.

—Ha sido una estupidez —dijo.

—Ya lo sé —dije.

Meg me miró, me examinó la cara y me contempló como si estuviera loco.

—Estoy bien —le dije—. No sé qué me ha entrado. He visto que miraba a Sarah. —Un policía tiró de mí hacia atrás hasta ponerme de pie—. Estoy bien.

Meg no ponía cara de creerme.

—¿Papá? —dijo Sarah mientras me alejaban unos pasos de ella.

Me quitaron las esposas y me quedé allí frotándome las muñecas mientras me hacían preguntas. Sentía la boca y la garganta secas y ásperas. ¿Cómo me llamaba? ¿Qué clase de nombre era aquél? ¿Conocía al hombre de la pistola? ¿Lo había visto antes? ¿De dónde era yo? ¿Tenía formación militar? ¿Tenía antecedentes de enfermedad mental? ¿Cuándo me iba a marchar del país?

Más o menos satisfechos, me dejaron ir.

Gabrielle d'Estrées y una de sus hermanas, 1594. Pellizquito, pellizquito. Mi hija se reía y volvía una y otra vez a lo mismo, sin dejar de reírse. Pellizquito, pellizquito.



Als sei kein Unglück die Nacht gescheh'n

Cuanto más pensaba en lo que había hecho en París, más me confundía y me inquietaba mi reacción. Decir que no había estado pensando con claridad era quedarme corto, claro. Sería más preciso decir que no había pensado en absoluto, pese a tener tantas cosas en la cabeza. Pero ¿qué significaba eso, el hecho de no pensar? Supongo que simplemente había sido mi yo animal, aunque ningún animal sería tan estúpido. Algo me había pasado por la mente, incluso a aquella velocidad. Algo sin censurar, ciertamente. Una mala idea, era obvio. En cualquier otro momento, mi reacción podría

haber causado problemas graves entre Meg y yo, pero, teniendo en cuenta todo lo demás, el asunto cayó en el olvido.

Pasaron semanas. Pasó el Día de Navidad. Un incordio, como siempre, aunque esta vez emotivo, en cuanto se me ocurrió ponerme a contar navidades. La mañana de abrir los regalos tuvo su encanto, y su aburrimiento, y su tristeza. Y luego empezó el nuevo semestre, marcando con claridad el paso del tiempo, como ocurría siempre. Los semestres transcurrían tan deprisa, y de forma tan inocua, que no parecían durar nada hasta que los contabas y entonces sumaban décadas. A la vejez ni la vi venir.

Los episodios de olvidar cosas o de quedarse embobada se presentaban de vez en cuando. Las crisis epilépticas no empeoraban, pero ahora llegaban con mayor frecuencia. Solíamos notarle dos al día, si es que eran crisis. El miedo que teníamos, claro, era que hubiera otras que no presenciáramos. Por aquella razón, tanto de forma consciente como no, casi nunca dejábamos a nuestra hija sola. Aquello no pasaba desapercibido a una niña de doce años, ni tampoco le gustaba. Me imaginaba la sensación que me habría producido a mí que mis padres no me dejaran en paz ni un segundo del día, de forma que intentaba obligarme a darle espacio.

La escuela empezó otra vez para Sarah y eso nos planteó problemas nuevos. No la podíamos dejar en casa, y, aunque yo no quería contarles la situación a sus profesores, no nos quedó otro remedio. Necesitaban no sólo estar alerta por si se producían crisis epilépticas o cambios en ellas, sino también entender que podían aparecer diferencias en el trabajo de la niña y en su nivel de atención. Odié las reacciones de los profesores. Lástima y pésames prematuros.

La señorita Boone, la profesora de sexto curso de Sarah, parecía sacada de una agencia de casting. Tenía una postura perfecta y el cabello recogido en un moño. Asentía mucho con la cabeza.

Meg le describió brevemente la enfermedad de Sarah.

—Oh, cielos —dijo la señorita Boone—. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Vigilarla —dije—. De vez en cuando puede que se le vaya el santo al cielo, pero ni siquiera sabemos si eso es un síntoma. Podría estar simplemente soñando despierta.

—Pero necesitamos saber si le pasa con más frecuencia —dijo Meg.

La señorita Boone tomó nota en el papel que tenía delante.

—La situación va a empeorar mucho —dije—. Sarah tendrá que dejar la escuela. Pero no sabemos cuándo.

Pude ver en la expresión de la señorita Boone que estaba empezando a entender la gravedad de la situación.

—Sarah se va a morir —dije. Se me hizo raro decirlo de forma tan brusca; resultaba aterrador, y, de una forma asquerosa, liberador.

La señorita Boone dejó su lápiz.

—Oh, cielos.

Aquella misma noche, Meg y yo nos sentamos delante de la chimenea apagada.

—¿Has visto la cara que ponía la señorita Boone?

—Esa cara de «oh, cielos» —dije—. Más nos vale acostumbrarnos.

—¿Por qué? —Meg rompió a llorar.

La acerqué a mí. No había nada que decir. No había nada que hacer.

Soñé que volvía a estar en las calles de París, por la zona de Notre-Dame, en la orilla izquierda, cerca de la librería inglesa Shakespeare & Co. Llevaba un impermeable amarillo, de esos que tienen una franja plateada reflectante, pese a que no llovía. Me detuve delante de una tienda de teléfonos móviles Orange. La tienda estaba abarrotada de clientes, todos descontentos. Todos habían cogido número y todos estaban visiblemente enfadados. Al otro lado de la puerta, sentada en la acera, había una mujer gitana. Tenía un cachorrillo moteado, quizás el más mono que yo había visto nunca. La caja abierta que tenía al lado para que le dejaran limosnas estaba vacía. El cachorrillo apenas se movía en sus brazos. Miró su caja abierta y después me miró a mí. Suspiró, se puso de pie y se alejó. La seguí. Sólo iba a cinco o seis pasos detrás de ella, pero la gitana no debía de enterarse de nada o bien era completamente indiferente a mi presencia, porque no se giró ni una vez para mirarme, ni con recelo ni de ninguna otra forma. La seguí por el abarrotado Distrito Sexto hasta el Jardin de Luxembourg, donde se sentó al lado de otra mujer vestida igual que ella, que podría haber sido su gemela o ella misma. Le entregó al cachorro. La segunda mujer, la nueva, me clavó una mirada severa que, con franqueza, me asustó más de lo que me sobresaltó. La seguí de todas formas, a ella y al cachorro, y en el sueño me acordé de que en las películas siempre decían que había que seguir el dinero. La seguí durante el largo trayecto a Montparnasse. La mujer se sentó en el frío suelo de delante de la estación y se colocó al dócil perrillo en el regazo, envolviéndolo con su chal. De repente ya no era un cachorro, ya no era un perro, sino una criatura de corta edad. No pude ver si era niño o niña, pero sí que era igual de dócil que el cachorro. La mujer dejó la caja abierta a su lado y depositó en el interior unos cuantos euros suyos. Aun

así, nadie más le dejó dinero. Me acerqué a ella. Vacié los bolsillos de todo el dinero que tenía y le llené la caja. La mujer se me quedó mirando. Yo no podía ver la cara de la criatura. Me pregunté si tendría cara de cachorro.

—Ojalá pudiera dar más —dije.

—*Je m'en fou!* —gritó ella—. *Je m'en fou!*

Gewoben vom verblendenden Geschicke

Hilary Gill había conseguido que el departamento aprobara su plaza, lo cual no era moco de pavo teniendo en cuenta lo poco que había trabajado; aun así, la calidad de su investigación y lo prometedora que resultaba nos habían convencido a la mayoría. La mala noticia, que resultó un golpe todavía más duro por lo deprisa que llegó, fue que la decana le negó la plaza. La reacción entre nuestras filas no fue de sorpresa, y tampoco hubo muchas ganas de protestar. Ni siquiera yo estaba sorprendido. Sin embargo, sí que me entró una cólera instantánea, en primer lugar porque la decisión se había tomado lo bastante deprisa como para parecer un insulto a nuestro criterio, y en segundo lugar porque yo tenía una disposición natural a considerar sospechosas, desconsideradas y equivocadas las acciones de cualquier decano o alto cargo de la administración.

Entré en el despacho sin ventanas de Hilary y me senté en la silla dura contigua a su mesa. Nos quedamos aproximadamente un minuto allí sentados sin hablarnos. Miré la foto de la pared que imaginé que debía ser de su hermana, pero no se lo pregunté. Hilary suspiró, se levantó y cerró la puerta; a continuación, volvió a sentarse en su mesa.

—Lo siento —le dije.

—No es culpa tuya.

—Me temo que te he dado demasiadas esperanzas.

—Ha sido agradable —dijo—. Tener esperanzas.

—Sabes que es una completa idiotez, ¿no? La decana no tiene ni puta idea de nada, para empezar. Si el departamento dice que sí, ella debería decir que sí también.

—Pues no lo ha dicho. Te agradezco tu apoyo. Créeme.

—No me lo puedo quitar de la cabeza.

Hilary se rio.

—¿Qué significa eso? Escucha, no hice el trabajo que debería. Me lo dijiste ya hace mucho.

—Sí que lo hiciste. Simplemente no se lo enseñaste a nadie. Bueno, hasta ahora.

—En fin.

Me puse de pie, quizás un poco demasiado bruscamente. Estaba furioso.

—¿Qué?

—Me voy a hablar con esa gilipollas —dije.

—¿Con la decana?

—Sí, con la gilipollas de la decana. ¿Conoces a alguna otra gilipollas con la que deba hablar?

—No lo hagas —dijo Hilary. Se levantó y me puso la mano en el brazo—. No quiero que hables con la decana.

—Debería hacerlo el jefe de departamento —dije.

—Ya hablamos de esto. Te lo dije: el mundo académico simplemente no es lo mío. No estoy hecha para esto.

—En primer lugar, eso es una idiotez. Eres una buena científica. Y una buena profesora.

Se encogió de hombros.

—Déjame hablar con el jefe de departamento.

—No. —Me dio un beso suave en los labios.

Le devolví el beso y me aparté de golpe.

—Perdón —dije.

—¿Por qué?

—No te debería haber besado.

—Ya lo sé —dijo ella.

—Lo siento.

—No pasa nada.

—Últimamente estoy hecho un lío. —Fui consciente de que parecía nervioso, incluso asustado. De pronto estaba pensando en Sarah. Me volví a sentar—. Estoy confuso sobre muchas cosas de mi vida y me temo que te he estado usando como distracción.

—Ya veo.

—No creo que lo veas —dije—. Lo siento de verdad.

—De acuerdo. —Su voz era tranquila, casi monótona.

Sentí que se me caía el alma a los pies.

—¿Estás bien? —Me puso una mano vacilante en el hombro. La oí tragar saliva—. No te quería incomodar.

—No me has incomodado —le dije. Levanté el brazo y le di un golpecito amistoso en la mano. Me di cuenta de que estaba afligida de forma comprensible y con razón, pero de que su preocupación por mí resultaba un poco extraña—. Escucha, si no quieres que hable con nadie, no lo haré.

—Me puse de pie—. En fin, tengo que intentar enseñar algo a esa gente. —Busqué con la mirada la ventana inexistente del despacho de Hilary. Tenía ganas de besarla porque sabía que no debía, un sentimiento o idea que no entendía pero que aun así tenía todo el

sentido del mundo. No me sentía atraído en absoluto por Hilary, no quería estar cerca de ella, tener una relación íntima con ella ni conocerla mejor de lo que ya la conocía. Aun así, quería besarla. Si no hubiera tenido que irme a clase, no sé qué habría hecho ni por qué—. No podemos seguir haciendo esto —le dije. Caminé hasta la puerta.

—¿Podemos quedar después para hablar? —me preguntó.

—Me temo que no —le dije.

—Siento mucho todo —me dijo.

No entendí su disculpa. Me quedé paralizado un momento.

—¿Estás segura de que no quieres que hable con el jefe de departamento?

—Sí. Ya es demasiado tarde para eso, en cualquier caso.

Yo había entrado en el despacho de Hilary para ofrecer mi ayuda, y quizás reconfortarla, pero había terminado siendo yo el reconfortado y encima causándole un dolor extra. No estaba satisfecho de mí mismo, no hace falta decirlo. De hecho, me sentía avergonzado. Pero, como me pasaba con tantas otras cosas últimamente, no tenía ni idea de cómo me había metido en aquel marrón. Fui hasta el aula e impartí la clase con el piloto automático. Mientras lo hacía, tuve la sensación deprimente y sombría de que era una de las mejores clases que había dado; parecía que se me daba mucho mejor cuando no estaba del todo presente.

El paquete de aspecto ordinario contenía la camisa de aspecto ordinario que yo había encargado en una talla más grande. Metido discretamente debajo del cuello había un post-it cuadrado y amarillo, pulcramente enrollado y con una inscripción diminuta. Decía: «Por favor, ayúdenos. No nos dejan ir». Al otro lado de la ventana de mi salita de estar, vi que se estaban amasando nubes contra las colinas.

In diesem Wetter, in diesem Braus

Después de recoger a Sarah en la escuela, la llevé a dar una pequeña caminata por las colinas. Hacía un frío poco habitual, sobre todo a medida que ganábamos altitud. El cielo, sin embargo, estaba despejado, cerúleo y resplandeciente. Había esa luz intensa de California que a menudo me resultaba demasiado fuerte y me desagradaba. Avistamos unos cuantos pájaros, pero Sarah pareció caer en la apatía. Empezó a tener más y más momentos de estar en las nubes y por fin sufrió una de sus crisis, que le duró más que ninguna otra que le hubiéramos observado. No hace falta decir que el trayecto de bajada duró bastante más que el ascenso. Yo no había cogido el móvil, de forma que al llegar nos encontramos con una

madre preocupada. Que se preocupó todavía más cuando vio mi expresión.

Durante la cena, Sarah se mostró bastante habladora, algo que había pasado poco últimamente. Nos habló de unas chicas de otra escuela local que habían visitado su campus. Al parecer dos de ellas se habían enzarzado en una pelea muy fea a puñetazos.

—Eran un par de gorilas —dijo Sarah.

—¿Por qué se han peleado? —preguntó Meg.

—No lo sé. Clementine Gilbert ha dicho que era por un chico. Pero no lo sé. A las dos las han mandado a casa. Yo no he visto la pelea, pero sí la he oído. Hacían un ruido como de pelea de gatos. Después he visto a una de ellas. Muy alta, pelirroja y con pecas. Rasgos claros de *hooligan*.

Nos reímos. Era agradable reírse un poco. Tuvo el efecto de destacar lo silenciosa que se había vuelto nuestra familia.

Sarah se cansó. Se quedó callada y le vimos la debilidad en los ojos. La acostamos.

En la cocina, lavé las ollas y las sartenes mientras Meg sostenía una taza de té. Era una taza que se había roto y a la que le habíamos pegado el asa con pegamento. Ella insistía en usarla cada vez que la veía.

—No me esperaba que el deterioro sería tan rápido —dijo.

—No sé si es realmente rápido. O sea, a fin de cuentas no tenemos nada con que compararlo.

Meg asintió con la cabeza.

—Parece rápido.

Me tocó a mí asentir con la cabeza. La casa parecía demasiado silenciosa, demasiado inmóvil. Hacía demasiado tiempo que ninguno de nosotros se reía como antaño, tal como nos habíamos reído aquella noche. Casi nunca habíamos puesto música en casa, y sin embargo parecía que faltara la música. Me daba la sensación de estar muriéndome por dentro, pero no lo mencioné. El mero hecho de pensarlo parecía lo bastante egoísta como para ponerme incómodo. Sentía una rabia hacia Meg que yo sabía que resultaba desencaminada e injusta, y, reconociéndola como tal, era capaz de no actuar en base a ella, pero no de quitármela de encima. Me pregunté si ella sentiría algo parecido.

—Quiero hablar con la doctora Gurevich y preguntarle cuándo podemos esperar qué —dijo Meg. Dejó la taza con brío sobre la mesa, pero no soltó el asa.

—Buena idea. —Lo que realmente queríamos preguntar era hasta cuándo podríamos reconocer a nuestra hija.

Nos llegó un grito procedente de la habitación de Sarah. Meg y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro como tontos durante unos segundos antes de salir corriendo. Cuando llegamos junto a la cama de la niña, nos la encontramos dormida, como si no hubiera pasado nada. Quizás no hubiera pasado nada. O quizás hubiera pasado todo.

Aquella noche, Meg y yo nos desvestimos, nos bañamos y nos acostamos al mismo tiempo. Hacía mucho que aquello no pasaba. No me acordaba de cuánto tiempo hacía que ella o yo encontrábamos trabajo o cualquier otra razón para quedarnos levantados cuando el otro se iba a dormir. A veces yo ni siquiera estaba en casa cuando mi mujer se retiraba a la cama. Aquella noche yo sentía la necesidad de abrazarla, o de que me abrazara ella, y notaba con claridad que ella sentía lo mismo, pero no cedimos al impulso, sino que nos quedamos allí a oscuras, mirando el techo. Escuché cómo a Meg le cambiaba la respiración cuando se quedó dormida. Siempre soltaba un pequeño chorrito de aire por una pequeña abertura entre los labios, haciendo un pequeño chasquido con cada exhalación. Había veces en que se hacía la dormida, pero yo siempre me daba cuenta. Nunca supe por qué fingía. Aquella noche luché para no dormirme, igual que la mayoría de las noches. Me daba miedo soñar. Aunque quizás no fuera tanto miedo como desinterés.

Ein Lämplein verlosch in meinem Zelt

Nadie ni nada se veía distinto cuando me compré el café en el local anexo a la biblioteca. La mujercilla gordezuela de la caja registradora me preguntó, como siempre, si quería una magdalena o un croissant con el café. Los estudiantes estudiaban sus teléfonos. Entré en la oficina del departamento para mirar mi correo y enseguida me di cuenta de que algo iba mal. Tim, el director de la oficina, me miró con una expresión sombría que no le había visto nunca.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hilary Gill —dijo.

—¿Sí?

Tenía los ojos húmedos. Estaba al borde de las lágrimas. Miró al otro lado de la puerta, en dirección al pasillo, y me miró otra vez a mí.

—Se suicidó anoche.

—¿Perdón?

No repitió sus palabras. No le hizo falta. Ya lo había oído la primera vez. De haberlas repetido, yo no las habría oído. Se preparó para

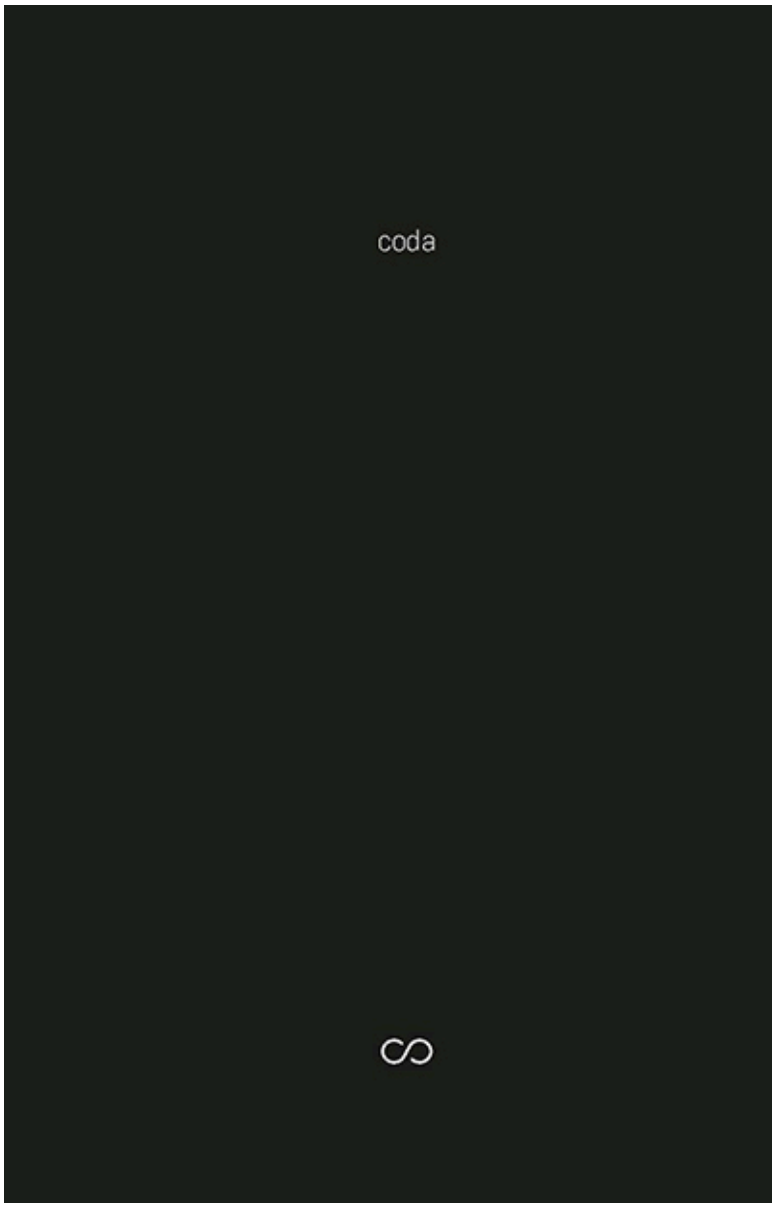
decirme más, para darme detalles.

Levanté la mano para detenerlo.

Me dirigí a mi despacho, pero pasé de largo. Luego pasé por delante del de Hilary Gill. No miré su puerta.

Me pasaron por la cabeza todas las cosas que piensa la gente cuando se entera de un suicidio. Por encima de todo, me pregunté si Hilary me lo habría estado anunciando la última vez que habíamos hablado. Peor: me pregunté si me habría estado pidiendo ayuda. El hecho de que yo hubiera estado demasiado sordo para oír su mensaje o su súplica resultaba triste de muchas maneras, así como el hecho de que, aunque lo hubiera entendido, no habría habido nadie más incapaz que yo para ofrecerle consuelo o ayuda.

Und den Kopf ich drehe.



Man hat sie hinaus getragen

¿Por qué la gente dice que hay cosas que «cierran el círculo»? Si algo no cierra el círculo, entonces no se puede hablar de círculo. Es como decir «Historia pasada», o «caldera de agua caliente», o «resultados finales». Las cosas no pasan por un círculo cerrado de sentido para que descubramos la cercanía con sus contrarios.

Al otro lado del largo y muy antiguo Puente de la Calle Stanton de El Paso, Texas, hay un pueblito mexicano no tan pequeño llamado Ciudad Juárez. El Puente de la Amistad, el Puente del Río

Bravo, el Puente de Ciudad Juárez a Stanton, El Paso. Al otro lado de aquel puente se daba caza a cientos de mujeres, se las perseguía, violaba, encarcelaba, torturaba y mataba. Eran en su mayoría morenas y de constitución delgada, igual que mi hermosa Sarah.

El tiempo voló. Es un topicazo, sí. Pero también es verdad. Los días, los meses, una vida que no venía marcada por el reloj ni por el calendario, sino por el declive de la salud de mi hija. Las crisis de epilepsia se hicieron más graves y mucho más frecuentes. Sarah se olvidaba de dónde estaba yendo y de lo que estaba haciendo. Sus amigas no tardaron en desaparecer; eran niñas. No pasaba nada, porque sus nombres eran cada vez más un misterio para Sarah. Todavía no nos había perdido ni a su madre ni a mí en la memoria, pero faltaba poco. Se quedaba horas sentada mirando a la nada. Contratamos a una enfermera para que se le sentara al lado y mirara con ella. El estrés, la tristeza y la inevitabilidad de la situación abrieron una brecha enorme entre Meg y yo. Mi mujer se refugió en el ejercicio frenético, el yoga y el ciclismo. Yo fracasé en mis intentos de sepultarme en trabajo, pero sí que conseguí quedarme largos periodos de tiempo contemplando la dirección del remitente de los paquetes que habían traído las notas manuscritas pidiendo ayuda.

Apartado de correos 219
Bingham, NM 87832

Iba a ir allí.

Y luego llegó el día en que mi hija se escapó de casa cuando no vigilaba nadie. Siempre la estábamos vigilando, pero hubo un breve instante en que los dos pensamos que la estaba vigilando el otro, y por tanto no la vigilaba nadie y la niña se escapó de casa. Registramos la casa una y otra vez, después nuestra calle y por fin la calle de al lado. Varios vecinos a los que no conocíamos la buscaron en sus jardines de atrás. Meg habló con la policía mientras yo daba vueltas con el coche. Luego pensé en nuestro camino por las colinas, en sus conversaciones sobre osos y pumas y en aquellos pies enormes suyos levantando el polvo y fui allí. Estaba atardeciendo un día que había sido demasiado soleado y caluroso para la época del año. Subí a pie la montaña, recordando a cada recodo que, si Sarah había ido por allí, se habría mantenido en el camino. Así pues, me dediqué a buscar unos indicios y huellas que la superficie dura y reseca sólo revelaba a regañadientes. Subí la montaña buscando con

la mirada excrementos grandes que confiaba en no encontrar, examinando los riscos lejanos en busca del centelleo de la punta de una cola blanca, escuchando por si oía susurros o quizás incluso canciones, ya que teníamos la costumbre de cantar en aquellos bosques habitados por osos y pumas. Me preocupaba que a mi hija le hubiera dado por correr por aquellos bosques y de esa forma apelara al instinto perseguidor de los pumas. Me imaginé que quizás estuviera experimentando su primera regla e impregnando el aire de feromonas apetecibles para algún oso díscolo. Me distraje recordando que en francés oso se decía *ours*, que significaba «nuestro» en inglés. Nuestro oso. A cada docena de pasos apresurados me detenía para escuchar, para mirar al camino que quedaba frente a mí y a los costados en busca de cualquier cosa rota, de cualquier vertido de tierra sobre la materia vegetal del suelo. Y entonces oí un silbido, o por lo menos un intento de silbar. Escuché con atención. Una vez más. Bajé derrapando el camino en dirección al ruido y allí me la encontré, sentada encima de un trozo de árbol caído. Me alarmó que pudiera haber una serpiente que no hubiera visto y luego me sentí idiota y descuidado por no haberme preocupado porque se encontrara con serpientes durante el ascenso.

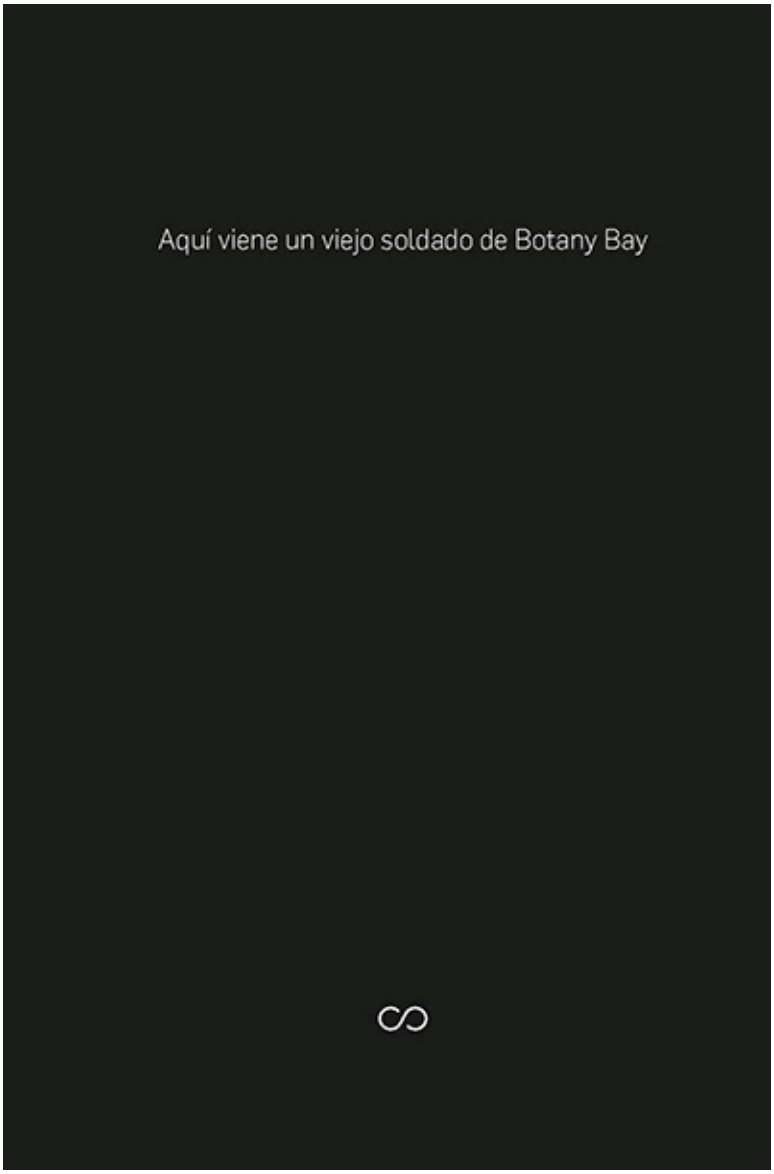
—¿Sarah?

Se dio la vuelta y se me quedó mirando. Por un momento no supo quién era yo. Morí un poco. Morí bastante. Me senté a su lado, buscando con la mirada indicios de peligro.

—Este sitio es bonito —dije.

No dijo nada. No estaba teniendo una crisis epiléptica, pero no dijo nada. Se dedicó a jugar con las cutículas de sus pulgares.

—Vamos a casa. —Estiré el brazo, le cogí la mano y vi un destello de reconocimiento en su cara. Miré el móvil y vi que no tenía cobertura. Caminamos juntos. Cantamos. «Lydia, oh, Lydia…».



una navaja

La forma de tratarnos los unos a los otros cambia a un ritmo que nos resultaría intolerable en cualquier otro ámbito de la experiencia humana. Podríamos decir que es un ritmo lento, pausado o, para ser más precisos, glaciar. Un glaciar es una masa de hielo y firn que muestra evidencias de movimiento, localizada allí donde la producción de nieve es mayor que su ablación y por consiguiente su presencia se prolonga año tras año, persistiendo incluso cuando algún cambio climático invierte las condiciones que han permitido su existencia. Lo mismo pasa con la indecencia, el daño y la maldad

que nos infligimos los unos a los otros, con los prejuicios, el descuido, la tortura y la esclavitud. Igual que los glaciares, estas actitudes no son patrimonio de ninguna parte individual de la tierra. Pasa como con el hielo, que es al mismo tiempo mineral y roca.

Por si acaso os habéis olvidado, me llamo Zach Wells. No sería tan extraño ni tan terrible que os hubierais olvidado. A fin de cuentas, mi querida hija se olvidará de mí, de mi cara y de mi voz. Es inevitable. En otras palabras, no puedo impedir que pase. En otras palabras, nadie puede impedir que pase. Supongo que Dios podría, pero claro, tiene cosas mejores que hacer: bombas que tirar, tornados que enviar y enfermedades que desatar. Además, hay que tener en cuenta que, en fin, Dios no existe, pero el Diablo sí.

A medida que mi hija se acercaba al momento de perder la voz, aquella voz juvenil que le había dado su breve y hermosa vida —hermosa hasta que se había convertido en eso en lo que se convierte la vida—, también a mí me cambió la voz, de forma igualmente inevitable y necesaria. La lógica es un amo cruel. Sin embargo, había otra voz sin acabar de formar que se mantenía constante, estable e incluso firme. Era una voz sin timbre, sin volumen, profundidad ni resonancia; una voz que se desplegaba en tinta azul por una serie de papelitos, una súplica inquebrantable de ayuda.

El personal de la oficina de correos no me iba a informar de quién tenía un apartado allí. Eso lo sabía y por tanto no me iba a molestar en entrar en la minúscula estafeta de Bingham, Nuevo México para preguntárselo. Tampoco podía quedarme en la oficina de correos y esperar a ver quién abría el apartado en cuestión. Por tanto, lo que hice fue enviar una caja de gran tamaño envuelta en papel rojo al apartado de correos 219 de Bingham, NM, 87832. Luego esperé hora tras hora y día tras día, tres días en mi Jeep, fingiendo que miraba mapas topográficos y fotografías aéreas sobre el salpicadero, tres días en la cafetería de la acera de enfrente, fingiendo que estudiaba mapas y fotografías sobre la mesa que tenía delante. A todo el mundo que me preguntaba le decía que era petrogeólogo y que creía que había petróleo en la zona. Cuando el encargado de la estafeta se iba a almorzar, abandonaba mis puestos de vigilancia. Cuando el encargado se iba a las cinco de la tarde, yo conducía hasta el pueblecito de San Antonio, situado en la intersección de la I-5 y la US 380, y dormía en un Motel 6 con aire acondicionado y televisión.

El primer día me senté en uno de los tres reservados del ventanal de la cafetería Bingham Eatery. Hacía pocos meses que habían retapizado los asientos y taburetes con una tela vinílica nueva que no casaba con el vetusto revestimiento de Formica de las mesas y la barra. El vinilo todavía olía a nuevo. La discordancia entre ambos tonos del rojo me molestaba a la vista, pero me reconfortó descubrir que no me sucedía sólo a mí, ya que lo primero que me dijo mi camarera, cuya placa la identificaba como DeLois, fue:

—Perdón por los colores, pero todavía no han hecho vomitar a nadie.

«¿Qué le trae por aquí?» fue lo segundo que me dijo. Era una mujer de mediana edad rubia y corpulenta que se sostenía sobre unas piernitas flacas y enfundadas en medias. Llevaba un uniforme azul claro, quizás diseñado como alivio deliberado al choque de tonos rojos.

—El trabajo —le dije.

—Eso tenía que ser, porque no estamos de camino a ninguna parte. Nadie pasa por Bingham. O estás aquí porque te ha traído algún rollo raro o porque te has perdido. A usted le había visto pinta de perdido.

—Estoy bastante perdido —dije—, pero sé donde estoy.

—¿Qué clase de trabajo hace?

—Soy geólogo. Estoy buscando petróleo.

—Nunca he oído que haya petróleo en Nuevo México —dijo. Estiró el cinturón del uniforme, el del delantal. Se le hundió en la carne.

—Todavía —dije.

—¿Qué va a querer? —me preguntó.

Miré el menú, escrito con rotulador negro sobre pizarra blanca y colgado en la parte alta de la pared de detrás del mostrador.

—¿Los panqueques?

Echó un vistazo subrepticio de reojo a la ventanilla de la cocina y me respondió negando muy sutilmente con la cabeza.

—¿Avena?

DeLois se me quedó mirando sin moverse.

—¿Huevos rancheros?

Asintió con la cabeza y le pasó el pedido al cocinero.

—Tienes un nombre interesante —le dije.

—Mis padres no pudieron decidir entre Delores o Lois. O por lo menos ésa es la historia que me contaron. En realidad, creo que ninguno de los dos tenía ni idea de cómo se escribían esos nombres, así que acabé con el que tengo. La escuela es muy positiva.

—Soy Zach.

una navaja, una lona

Por las razones que fueran, la minúscula estafeta de correos que servía a la escasa población de Bingham abría a las siete y media de la mañana. Apenas había salido el sol a aquella hora. El restaurante no abría hasta las ocho, de forma que allí sentado en mi Jeep no sólo tuve la sensación de estar llamando la atención, sino también despertando sospechas. Me dediqué a desplegar mapas de la región central de Nuevo México, aunque en realidad estaba trabajando con datos de mi cueva del Cañón, a fin de no perder del todo el tiempo. Cuando el cocinero y DeLois aparcaron detrás de la cafetería, entré y desayuné. DeLois se puso a charlar conmigo. Me enteré de que el cocinero se llamaba Jorge, aunque él quería que lo llamaran George. A la hora del almuerzo conduje en dirección oeste hasta San Antonio y me senté brevemente en mi habitación del motel antes de hacer el largo trayecto de vuelta hasta el aparcamiento de la oficina de correos, donde me quedé sentado en mi vehículo hasta la hora del cierre. Aquella tarde me dediqué a dar vueltas por la reseca, monótona y desolada campiña y a preguntarme qué demonios estaba haciendo en mitad de la nada. Aquella noche llamé a Meg y pregunté por Sarah.

—Hoy ha estado tranquila —dijo Meg—. ¿Tú dónde estás?

—Necesito algo más de tiempo. Estoy trabajando.

—¿Estás en el cañón?

—Iré pronto. Hay una cueva aquí en Nuevo México que estoy inspeccionando. —Odiaba mentir—. ¿Se da cuenta de que no estoy?

Hubo una larga pausa.

—No estoy segura de que se dé cuenta. —A Meg la asustaba decirlo. No le preocupaban mis sentimientos, sino lo que aquello significaba en relación con Sarah.

—Va a haber días así —dije—. Volveré a casa pronto. Siento haberme escapado.

—A mí también me gustaría escaparme, ¿sabes?

—Hazlo cuando yo vuelva.

—No me refería a eso.

—Lo siento.

Colgamos, me acosté y me quedé mirando las grietas del techo. Vi un documental sobre osos y me quedé dormido sin desvestirme.

Tercera mañana. Mientras desayunaba huevos revueltos demasiado duros y medallones de carne de salchicha servidos en un plato de plástico azul, miré a través del ventanal de mi reservado y vi salir de

la oficina de correos el paquete envuelto en papel rojo que yo había enviado hacía dos días desde Socorro. Lo llevaba un hombre blanco con una mata de pelo blanco, de constitución mediana, vestido con pantalones de camuflaje desértico y camisa. Lo acompañaba un segundo hombre más alto y gordo vestido de forma parecida. El segundo hombre llevaba un montón de cajas que cargó en la parte de atrás de un todoterreno Hummer. Luego regresó a la oficina de correos. El primer hombre rompió el envoltorio rojo y abrió la caja para descubrirla vacía. Cuando su amigo volvió cargando con otra pila de paquetes, tuvieron una conversación animada que concluyó con el hombre de menor estatura dando patadas a la caja y al envoltorio rojo por el aparcamiento de grava. Por fin se metieron en su todoterreno enorme y se alejaron rumbo al este.

Junté mis papeles, dejé una propina generosa y volví a mi Jeep. Me dediqué a seguirlos hacia el este. Sólo vi un par de vehículos en la carretera; la mayoría estaban aparcados en los márgenes, junto a grupos de edificaciones destartaladas o incluso en ruinas. Había el tráfico suficiente como para que mi presencia no resultara llamativa ni sospechosa. Más adelante podía ver el Hummer, fácil de avistar en aquel paisaje. Lo vi girar al norte y adentrarse en terreno agreste. Desde la autopista pude ver que se había detenido frente a un complejo rodeado de alambradas que incluía un almacén de gran tamaño y otro edificio más pequeño. También había un viejo autobús escolar aparcado; las partes oxidadas destacaban tanto como las amarillas sobre el fondo blanco del paisaje. También me quedó claro que sería imposible acercarme al complejo sin resultar inmediatamente visible y sospechoso.

Me fijé en el siguiente indicador kilométrico para ver dónde estaba, conduje un kilómetro más hacia el este y por fin di media vuelta y regresé a San Antonio.

Aquella noche llamé a casa y recibí otro informe sobre el deterioro de mi hija. Al parecer progresaba adecuadamente. Yo entendía que la ironía y el humor eran formas humanas de lidiar con la tragedia, pero me preguntaba si podían experimentarse en soledad, si era normal encontrarle la gracia al sufrimiento cuando no había público. Decidí que no importaba.

una navaja, una lona, un mapa

Los dos hombres, Mata de Pelo Blanco y el grandullón, echaron a andar hacia la cafetería tras dejar su Hummer aparcado junto a la oficina de correos.

—Ay, Dios —dijo DeLois.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Esos tipos me ponen los pelos de punta. —Me miró como si me viera por primera vez—. No se acerque usted a ellos.

Los tipos echaron un vistazo a mi Jeep mientras se acercaban como perros que notan algo fuera de lugar. Entraron haciendo más ruido del normal para ser sólo dos. Pareció que acabaran de salir de una terrible tormenta de nieve, aunque no había tormenta alguna, ni de nieve ni de lluvia ni de ninguna clase, ni tampoco golpearon el suelo con sus botas de lona marrones. Me echaron un vistazo nada amigable de reojo y se sentaron en la barra. No oí las preguntas que vi que le formulaban a DeLois, pero ella me echó un vistazo nervioso con el que quizás me estuviera sugiriendo que me marchara. Volví a mis mapas, o por lo menos fingí que volvía a ellos. Por fin sabía quién me estaba enviando la ropa que yo compraba, aunque seguía sin saber quién me mandaba las notas con los mensajes. Una cosa estaba clara: no era ninguno de aquellos dos hombres.

DeLois se me acercó para rellenarme la taza de café y se marchó sin decir ni palabra, aunque su disculpa flotaba en el aire.

El hombre de menor estatura carraspeó ruidosamente y se giró en su taburete. Se levantó y vino a mi reservado.

—¿Cómo le va? —preguntó.

—Bien, gracias por preguntar.

Echó un vistazo a su corpulento compañero y me dedicó una mirada socarrona y una media sonrisa.

—No es usted de por aquí.

Evité el sarcasmo obvio y opté por:

—Pues no. —Lo miré a los ojos—. Me llamo Wells.

—Jeff —dijo él.

—Encantado. —No le ofrecí la mano para que me la estrechara. El desprecio lo pasó por alto.

—¿Qué hace aquí?

—Desayunar.

—Wells —me dijo—. ¿Qué hace en Bingham?

—Busco petróleo.

Al principio pensó que estaba bromeando y estaba a punto de quejarse a mí o a su compañero, pero entonces vio mis mapas.

—Petróleo —dijo—. ¿Aquí en Nuevo México?

—Lo estoy buscando. Soy geólogo.

—¿Para quién trabaja?

—No estoy autorizado a decirlo —dije.

—¿Ah, no?

—Figura en mi contrato. Mis clientes prefieren que nadie sepa que andan hurgando por el suelo. Seguro que lo pueden entender

ustedes. —Me iba el corazón a cien.

Jeff le hizo una seña a su compañero para que se nos uniera. Ocuparon los dos asientos del reservado frente a mí. Tenían un aspecto ligeramente cómico, con aquella ropa de combate. Aun así, me daban miedo, y estaba bastante convencido de que se daban cuenta.

—Wells, le presento a Roger.

Lo saludé con la cabeza.

—Wells está buscando petróleo —dijo Jeff. Sacó un cigarrillo de un paquete y se lo puso entre los labios—. Aquí, en Nuevo México. ¿Te lo puedes creer? —Encendió el cigarrillo y expulsó el humo en dirección al techo.

—Prohibido fumar —dijo DeLois desde el otro lado del mostrador.

Jeff no hizo caso.

—Petróleo —dijo Roger, como para demostrar que podía hablar.

—¿Qué le hace pensar que hay petróleo por aquí? —dijo Jeff.

—Ciertos rasgos superficiales registrados en imágenes por satélite —dije.

—¿Dónde?

No dije nada y me terminé el café.

—Estoy buscando en muchos sitios. El trabajo de campo requiere mucho tiempo.

—En Nuevo México no hay petróleo —dijo Jeff.

—En Nuevo México *no se ha descubierto* petróleo.

—¿Y cómo le va?

Sonreí y recogí mis mapas.

Jeff me detuvo.

—¿Dónde podría haberlo?

Mantuve un breve duelo de miradas con él y por fin me rendí. Señalé un punto del mapa: su complejo.

—A juzgar por las imágenes del satélite, por aquí, pero necesito inspeccionar la zona. Al principio también parecía interesante el terreno de detrás de la oficina de correos, pero ya no.

—¿Aquí? —preguntó Jeff, dando un golpecito en el mapa con la uña sucia del dedo índice.

—Sí.

Jeff miró a Roger. Roger miró el mapa. El hombretón tardó un momento largo en entender lo que le estaba enseñando Jeff.

—En esa zona hay unas tierras aluviales que complican la interpretación de la superficie. El agua se lleva mucho sedimento. —Estaba inventándomelo todo, más o menos—. Como no se han encontrado yacimientos por aquí, lo único que puedo hacer es analizar la bioestratigrafía de las ubicaciones. Y me parece que, a la

vista del petróleo que hay en zonas parecidas de Texas, aquí debería darse una capacidad de producción parecida. —Miré sus caras inexpresivas—. Perdón por aburrirlos con esto.

—¿Y cómo funciona? —preguntó Jeff.

—¿El qué?

—Supongamos que alguien encontrara petróleo en sus tierras. ¿Sería mío?

Me reí.

—Ni hablar. Puede que las tierras sean suyas, pero no lo que hay debajo de ellas. La empresa que lo encontrara tendría derecho a venir y quedárselo.

—Hay que joderse —dijo Roger.

—¿Y si lo encontráramos nosotros? —preguntó Jeff.

—Si lo encontraran en sus tierras y consiguieran extraerlo, sería suyo y lo podrían vender. Lo mismo si encontraran gas.

—Entonces, si lo encuentra una empresa, ¿yo no me llevo nada?

—Se llevaría mucho —le dije—. La empresa petrolera le tendría que pagar por estar en sus tierras y por desplazarse por ellas para llegar al producto. Hay fórmulas que determinan los pagos.

—¿Cómo se encuentra el petróleo? —preguntó Jeff.

—Para aprenderlo, me pasé ocho años en la universidad —dije—. Si se lo explicara, ¿para qué serviría mi trabajo? Entiéndame.

Jeff asintió con la cabeza.

—Más me vale volver al trabajo. —Dejé dinero para DeLois—. Caballeros… —No captaron la ironía.

una navaja, una lona, un mapa, una brújula

Se suponía que yo era un petrogeólogo que buscaba petróleo en el desierto, así que me fui al desierto a buscar petróleo. O a fingir que lo buscaba. Aparqué en un paraje desolado desde donde se podía ver a simple vista el complejo de los hombres de camuflaje. Los arbustos de hojasén y de mimosa no eran lo bastante frondosos para dar sombra; no lo habrían sido ni aunque fueran más altos. Había venido con instrumental diagnóstico de mi departamento de la universidad. Tenía herramientas de extracción de muestras cilíndricas de sedimento y un detector electrónico de gases. No sabía manejar el detector y tenía mis dudas, compartidas por muchos, de si realmente funcionaría. Nada de todo esto importaba, claro. Yo no habría sido capaz de encontrar petróleo aunque estuviera sumergido en él hasta las rodillas. Lloviznaba un poco y al levantar la vista vi que se estaban amasando nubes en el sudoeste. En el complejo reinaba el silencio. El Hummer estaba allí, aparcado junto al

autobús, pero no había señales de vida. Luego, cuando ya estaba a punto de marcharme, vi a una mujer de hombros caídos caminando de la casa al almacén. Me acordaba mucho de mi hija estando allí, de lo mucho que la echaba de menos, de la locura que era que yo estuviera allí en medio de la nada y haciendo Dios sabía qué. Pensaba en el trabajo y en cómo había ido perdiendo importancia a lo largo de los años. ¿Qué creía que iba a averiguar o a descubrir? ¿Acaso creía que importaba? Y me acordaba de Hilary Gill. Me imaginaba cómo habría sido si *uno* pudiera llegar a verla publicando. Eso es lo que *uno* podría hacer.

Vi que llegaba una camioneta de seis ruedas. Los hombres se dedicaron a descargar cajas y sacos y a meterlos en el almacén. Nada parecía terriblemente pesado, y saltaba a la vista que no paraban de reír y bromear.

Recogí mis cosas, preguntándome si técnicamente estaba *fingiendo* que las recogía. Conduje colina abajo y me detuve en la verja norte del complejo. Salí y eché a andar por allí. El almacén no tenía ventanas (al menos por mi lado) y tampoco era tan grande como yo había pensado: treinta metros de largo como mucho y quizás la mitad de ancho. El tejado y los costados de chapa ondulada estaban necesitados de reparaciones y de una mano de pintura. Me sentía tan terriblemente solo allí que me empezó a fascinar la sensación.

Oí un motor. No un motor grande como el del Hummer o el que debía de tener dentro el autobús, sino quizás uno de dos tiempos. Cuando levanté la vista, vi que se me acercaba un quad de tres ruedas por el otro lado de la verja. Eran Jeff y su pelo blanco. Detrás de él vi a Roger y a otro hombre de pie frente a la puerta de la casa.

—Ah, es usted —dijo Jeff. Llevaba pistola.

—Sí, soy yo —dije—. Jeff, ¿verdad?

—¿Ha encontrado algo?

—¿Este sitio es suyo?

—Ajá.

—¿Lo que hay al otro lado de la verja?

—¿Por qué?

—Por saberlo nada más.

—¿Dónde se está quedando? ¿Está acampado en alguna parte?

No contesté.

—Francamente, me dan ustedes miedo. La ropa de camuflaje, el arma. La forma en que me miraban en la cafetería.

—Somos inofensivos —dijo, en un tono que no parecía nada inofensivo—. ¿Y qué? ¿Está encontrando algo por aquí?

—¿Les importaría si hiciera unas lecturas dentro de la verja? Donde está esa acequia. —Señalé el canal de desagüe. Era profundo y

seguía un recorrido irregular en paralelo al enorme edificio.

Suspiré como si estuviera tomando una decisión.

—Si encuentro algo prometedor, prometo que se lo diré primero a ustedes.

—La cancela está por ahí.

Dos hombres a los que yo no había visto nunca abrieron la cancela bajo la mirada de Jeff. No me los presentó, sino que se subió al asiento del copiloto de mi Jeep.

—Lo acompaño —me dijo.

—¿No prefiere su triciclo?

Soltó una risa que no era de verdad.

—¿Qué clase de negocio tiene usted aquí? —pregunté mientras pasábamos frente al almacén.

—Almacenaje.

—¿Y los camiones?

—Están todos fuera. —No le gustaban las preguntas—. ¿Y qué hay aquí que parezca tan prometedor? —Señaló las colinas y después sus tierras.

Detuve el vehículo y salimos. Caminé hasta el canal de desagüe y me siguió. Me agaché para coger un par de rocas. Tiré una y le di la otra.

—Es una diatomita —le dije—. Formada por microfósiles.

Examinó la roca. Confié en que su afición no fuera coleccionar rocas o que no le interesaran los minerales.

—Los microfósiles son esqueletos de plantas y animales minúsculos de cuando esto era océano. Están desperdigados por los estratos. Me dan una idea de las capas de roca. Necesito buscar y catalogar todos los tipos distintos que pueda encontrar. También usaré otro equipamiento para medir la densidad del suelo y la presencia de vestigios de hidrocarbono.

—Ajá.

—Es aburrido —le dije—. Es tedioso.

—¿Y para eso se pasó usted tantos años en la universidad? —dijo.

—No me gusta que lo diga así —dije—. Así pues, ¿está bien si me instalo por aquí?

—Haga lo que quiera.

una navaja, una lona, un mapa, una brújula, una pala

Igual que había hecho en las colinas, me instalé como si estuviera haciendo mediciones, tomando notas y realizando prospecciones. Lo que hice en realidad, sin embargo, fue leer una novela de ciencia-ficción de aeropuerto, atender a mi trabajo, pensar en mi hija y

beber agua. Y la seguí bebiendo hasta que tuve que orinar. Fue entonces cuando me acerqué al almacén. Habían dejado de vigilarme, de forma que me puse a buscar una puerta. Me iba el corazón a cien. No obedecí al instinto de mirar a mi alrededor para ver si había testigos. Mi excusa era que necesitaba un retrete. Encontré una puerta, agarré el pomo y le di la vuelta. No estaba cerrada con llave. Entré. Debía de haber unas doce o quince mujeres abriendo cajas, doblando ropa y embalándola. Sólo una de las mujeres se molestó en mirar en mi dirección. Me echó un vistazo largo, quizás porque era la primera vez que me veía o quizás porque mi cara era oscura como la de ella. Pero apartó la vista de golpe en cuanto sentí una mano en el hombro. Me giré para encontrarme a Roger.

—¿Qué hace? —me preguntó. Hablaba como un personaje de dibujos animados.

—Busco un lavabo —dije en tono despreocupado.

—Aquí no hay cuartos de baño. ¿Por qué no ha meado fuera?

—¿Quién ha dicho que tenga que mear?

Se rio. Los chistes de caca siempre hacían reír a los niños.

—Venga —me dijo, y me sacó del almacén para llevarme a la casa. Señaló un par de retretes portátiles instalados junto a la casa—. Elija el que más le guste.

—Genial, gracias.

Jeff estaba saliendo de la casa justo cuando yo entraba en el lavabo.

—Tenía que cagar —le explicó Roger—. No ha visto nada.

En cuanto estuvo cerrada la puerta del cubículo pestilente, ya no pude oír nada más. Me quedé sentado allí el tiempo suficiente como para que resultara creíble. Al salir, Jeff me estaba esperando.

—¿Qué? ¿Qué le parece? —me preguntó.

—Esto es un poco raro —le dije—. ¿Qué pasaría si le dijera que creo que hay petróleo? Entonces se pondría usted a perforar y se lo quedaría todo usted. ¿Dónde dejaría eso a mis clientes? ¿O a mí, ya puestos?

—¿Y qué pasa si me da por perforar mis tierras sólo para divertirme?

—Pues le costaría un montón de dinero y de tiempo, y además necesitaría saber cómo se hace. Seguramente podría descubrir rocas ígneas a seiscientos metros cuando hiciera la perforación de prueba, pero ¿qué le diría eso? Esto no es un negocio, es ciencia. No es como buscar oro en un arroyo.

—¿Y si lo contrato a usted?

—Ni siquiera me conoce. Ni yo a usted. Quiero cobrar ahora.

—Me dijo que me lo comunicaría antes. —Se estaba enfadando.

—Ya se lo he comunicado, ¿no? —Contemplé el paisaje. No me imaginaba lugar más desolado—. Muy bien, lo haré. Necesito hacer números. Le recuerdo que lo único que le diré es si existe la posibilidad de que haya petróleo ahí abajo.

—Ya lo entiendo.

—Y, si le digo que existe esa posibilidad, ¿tiene planeado perforar usted mismo?

—Quizás.

—¿Y dónde me deja eso a mí?

—Le pagaré.

Me marché de allí aquella tarde aparentando estar descontento. Las axilas me apestaban de tanto que me habían hecho sudar mis mentiras. No sabía lo que hacía. Si me pillaban, estaba bastante seguro de que me matarían. No se me iba de la cabeza la imagen de aquellas mujeres del almacén.

Conduje de vuelta a mi habitación del motel, llamé a casa, miré la CNN y me di un baño caliente en la bañera absurdamente pequeña.

En el canal del complejo había dejado un cuaderno que decía:

Respecto a las prospecciones previas en la zona: la Sección A es principalmente una pendiente de buzamiento de las cordilleras Sierra Blanca-Jicarilla. No está tan estructuralmente deformada como las otras dos ubicaciones de pruebas. Abarca once de las veinte perforaciones de prueba que se han llevado a cabo en la zona de estudio. Seis de las pruebas de la Sección A se extienden en sentido este-oeste a fin de permitir deducciones razonables sobre la zona.

Cuatro de las pruebas realizadas han penetrado en rocas ígneas del sedimento pérmico. Asimismo, cuatro pruebas de las diez realizadas han penetrado en rocas probablemente precámbricas, indicando que el estrato sedimentario tiene por lo menos quinientos metros de grosor y un máximo de setecientos treinta.

A partir de la comparación de observaciones superficiales de las primeras ubicaciones no productivas con mis observaciones de dos de las ubicaciones examinadas, mi conclusión es que es probable que una de las dos sea productiva. Aunque el detector no ha captado nada prometedor, me impresionan mucho los microfósiles que han salido a la luz tras modestas excavaciones.

Me quedé tumbado en la bañera y me imaginé a Jeff y a su cohorte leyendo aquella página. Decidí que no volvería al día siguiente.

Pero sí que fui a desayunar con el coche a Bingham. Quería hablar con DeLois. Se mostró contenta de verme. Era temprano y se sentó delante de mí en el reservado.

—Me daba miedo que volvieras —dijo ella.

—Hace falta más que un par de neonazis para asustarme.

Ella enarcó las cejas.

—Pues a mí me asustan bastante.

—¿Qué sabes de ellos?

—Ya estaban aquí cuando llegué, hace cinco años. Son bastante gente. Creo que viven juntos, pero no lo sé seguro. Deben de trabajar en una de las canteras o las minas. No hay otros trabajos por aquí.

—¿Cómo terminaste aquí? —le pregunté, confiando en que no sonara a crítica. Pero si lo interpretó de aquella manera, no dio señales de ello.

—Por un hombre.

Asentí con la cabeza.

—Crecí en Socorro. Mi padre era militar y por alguna razón pensó que sería un buen lugar para retirarse.

—¿Y el hombre?

—Un gilipollas. Era quince años mayor que yo. Trabajaba de encargado en una de las minas de oro. Parece un trabajo fabuloso, ¿verdad? Pues hasta los capullos de los dueños de la mina eran pobres. En cualquier caso, fue la historia de siempre. Se fue a por tabaco y no volvió nunca.

—Lo siento.

DeLois se rio.

—No pasa nada. Tardé cuatro meses en darme cuenta de que no estaba.

—¿Y estos tipos de ahora?

—¿Por qué te interesan tanto?

Me encogí de hombros.

—Simple curiosidad.

—Imagino que deben de ser preparacionistas o algo parecido. A menudo llevan armas en los portafusiles, aunque eso no es extraño por aquí. No hay nada que cazar. Es muy raro. Tienen a unas chicas a las que llevan en autobús, un viejo autobús escolar, quizás una vez por semana. Las llevan a Socorro o a San Antonio, imagino. Aquí no las traen nunca.

—¿La policía del condado nunca va a inspeccionarlos?

—De vez en cuando pasa por la zona un policía estatal. Aquí a nadie le importa lo que hacen los demás. La verdad es que no me sorprendería que tuvieran un laboratorio de metanfetamina en algún sitio de las colinas. ¿Y tú qué?

—Yo no tengo un laboratorio de metanfetamina —dije.

Se rio.

—¿Qué haces tú aquí? Está claro que no hay petróleo.

—Puede que lo haya.

Me miró con cara rara.

—¿Tienes familia?

—Mujer.

—¿Hijos?

—Una hija. Tenía una hija. —Lo dije así no sólo porque no quisiera hablar de Sarah, sino también porque intentaba adaptarme a un mundo sin ella.

—Lo siento.

—¿Y tú? ¿Tienes hijos?

—Gracias a Dios no tuve ninguno con aquel cabrón. Ahora ya es demasiado tarde. —Me miró un rato sin hablar—. Ten cuidado, por favor.

—¿Cómo?

—No sé qué está pasando, pero ándate con cuidado. Esos tipos son un mal fario. Me dan un miedo de muerte, y a ti también te lo deberían dar.

—Me lo dan, sí. Tendré cuidado, DeLois.

una navaja, una lona, un mapa, una brújula, una pala, una cantimplora

Le había dicho a una persona desconocida en una cafetería ignota de una carretera que me iba a cuidar, y me di cuenta, con pesar, de que no le había mostrado la misma cortesía a mi sufrida mujer. Había dejado que Meg cargara ella sola con la más triste de las situaciones posibles y me había costado horrores contarle por qué; mejor dicho, había sido incapaz de contárselo. Yo mismo no sabía la razón, y al mismo tiempo sí que la sabía, obviamente. Deseaba que todo aquello en lo que me estaba implicando fuera un simple juego, y deseaba todavía más que mi hija volviera a ser ella y que jugara a aquel juego conmigo, planeando los movimientos igual que haríamos en un tablero gigante de sesenta y cuatro casillas. Pensé en mi amor por Sarah y eso me llevó a pensar en mi amor por mi mujer. La vida, y en especial la vida reciente, había abierto una brecha entre

nosotros. Todavía sentía amor por ella, y a aquella distancia tan grande, mientras asimilaba la pérdida de nuestra hija, me negué a resignarme a la idea de que nuestro amor se hubiera perdido. Más adelante le escribiría una carta larga y amable explicándoselo todo. Tinta negra sobre papel blanco. La tinta sobre el papel doblado siempre era mejor que el correo electrónico, y quizás también mejor que una voz por teléfono o en persona. Símbolos extraños garabateados sobre hojas, unas marcas que podían carecer de significado en la misma medida en que podían ofrecerlo, igual que los misteriosos microfósiles que yo había calificado de indicios geológicos de una historia remota y soterrada y de una fortuna futura.

Mayo estaba a punto de dejar paso a junio. Los mediodías se volvieron calurosos, pero las mañanas y los anocheceres seguían siendo soportables, y hasta frescos cuando las nubes venían trayendo tormentas. Solían llegar por las tardes, pero hubo un día de lluvia ininterrumpida que me mantuvo enclaustrado en mi habitación del motel. Sólo salí para ir a la tiendita de comestibles que había a un par de kilómetros por la autopista. Solía visitarla para comprar pan, embutidos, fruta y cualquier clase de galletas. Al coger la salida de la autopista y echar un vistazo al minúsculo aparcamiento, vi un autobús escolar. Había un hombre apoyado en él, como si estuviera esperando, y teniendo una conversación no especialmente animada por el móvil. Quizás fuera uno de los hombres que yo había visto en el complejo. No me prestó ninguna atención cuando aparqué. Entré en la tienda y me paseé por la sección de hortalizas. Reconocí a otro de los hombres a los que había visto en el complejo, un tipo flaco que había estado en la puerta de la casa. Le pasé al lado. Es posible que me reconociera, pero si lo hizo no le importó. Estaba ocupado mirando a unas cuantas mujeres que compraban. Todas tenían la piel oscura y no habrían llamado para nada la atención de no haber llevado camisas estilo polo y pantalones caqui. Caminé hasta la otra punta de la tienda y miré la sección de quesos. Me puse muy cerca de dos de las mujeres.

—*Estoy aquí para ayudar* —les murmuré en español.

Me miraron y se alejaron a toda prisa.

Me acerqué a otra pareja de mujeres. Me sentí como un aprendiz de delincuente sexual. Ahora el hombre flaco no me podía ver y les repetí las mismas palabras.

Una de las mujeres se giró y se me quedó mirando. Estaba aterrada.

—*Lo siento* —dije.

Tampoco dijo nada, pero no se marchó. Miró por el pasillo en dirección al frente de la tienda y por fin me miró a mí.

Me saqué del bolsillo la primera nota y la sostuve con la palma de la mano para enseñársela.

—¿Me la mandaste tú? —le pregunté.

Pareció que fuera a chillar. Levanté una mano con el brazo extendido para calmarla. No quería asustarla todavía más, de forma que me giré para irme.

—*Espera* —me susurró.

Me giré para mirarla. Fue entonces cuando la voz del tipo flaco chirrió por el pasillo.

—Eh, daos prisa, chicas. —Su forma de decir la palabra *chicas* hizo que sonara hosca e insultante.

—Rosalita González —me dijo en voz baja, y después—: Ciudad Juárez.

—Venga —gritó el hombre flaco.

La mujer se giró de inmediato y se fue hacia las cajas registradoras. La que la acompañaba le murmuró algo que no pude oír, pero ella la chistó claramente. Hice mis compras a toda prisa con la esperanza de ponerme detrás en la cola de la caja. Cuando llegué, sin embargo, ya habían pagado y estaban siendo conducidas de vuelta al autobús.

Vi cómo se marchaban mientras pagaba mi comida.

—Quince con cincuenta y tres —me dijo el cajero.

Le di un billete de veinte.

—Qué imagen tan extraña —le dije.

—¿El qué?

—Todas esas mujeres vestidas así.

Se encogió de hombros, me dio los billetes del cambio y las monedas salieron de una máquina que había a mi lado.

—Vienen todos los domingos. Deben de ser un grupo religioso o algo así.

—Los hombres que las acompañaban tenían bastante mala pinta —dije.

—Supongo —dijo el hombre. Le miré los tatuajes y caí en la cuenta de que su pinta no era tan distinta de la de los hombres del complejo.

—Sólo digo que no parecían gente que va a la iglesia.

Se me quedó mirando con cara inexpresiva. Puede que asintiera con la cabeza. En cualquier caso, me hizo sentirme incómodo y nervioso.

Conduje en dirección norte hasta la comisaría de la policía estatal que había en el límite sur de Socorro. Estaba en una carretera lateral paralela a la autopista y tenía mucha pinta de ferretería. En la oficina había dos agentes; los dos eran blancos y los dos tenían un aire alarmantemente parecido al de Jeff y Roger.

—¿En qué le podemos ayudar? —me preguntó el que tenía bigote. Estaba sentado, pero era un tipo muy ancho.

—No estoy seguro —dije. Me daba miedo hablar, no porque temiera que estuvieran relacionados o tuvieran ideas afines a las de los nazis que había conocido, sino porque mi historia simplemente parecía una locura. Las notas escondidas en la ropa comprada en eBay, un paleontólogo que se hacía pasar por petrogeólogo y que acampaba y espiaba a sus vecinos para denunciar su trata de blancas. Había sido mala idea ir allí. Mi silencio llamó la atención del segundo policía.

—¿Señor?

—Quería saber cuánto se tarda en llegar a El Paso desde aquí.

Se miraron.

—Unas tres horas —dijo el del bigote.

—¿Algo más?

—Señor, ¿cómo se llama?

—Gracias —dije.

—Disculpe. —El del bigote no me dejó ir todavía—. Quizás debería apuntarme su nombre.

—No, gracias. —Salí. No me cupo duda de que uno de ellos o los dos me estaban observando.

El del bigote me siguió al exterior del edificio y se quedó mirando cómo entraba en mi coche. No me gustaba su postura, la forma en que parecía inclinarse hacia mí. Tampoco me gustaba su voz. Me asustaba, y eso era lo que menos me gustaba.

Cuando estaba a mitad de camino hacia el coche, el cielo se abrió de par en par y me dejó empapado. Me senté al volante y escuché cómo la lluvia aporreaba el techo. «Ciudad Juárez», me había dicho la mujer en la tienda. ¿Qué me estaba intentando decir? Yo sabía que era un pueblo que quedaba al otro lado de la frontera de El Paso y ahora averigüé también que sólo quedaba a tres horas en coche de la interestatal. Sin saber qué buscaba, puse rumbo al sur.

una navaja, una lona, un mapa, una brújula, una pala, una cantimplora, una capa impermeable

Crucé el puente que llevaba a México, de una población americana tirando a grande a una ciudad mexicana de gran tamaño. Paré en el

arcén y me quedé allí sentado. Siempre experimentaba, o me parecía experimentar, una sensación rara cuando estaba en suelo extranjero, quizás una especie de euforia, quizás la promesa de algo nuevo. No puedo negar que fue eso lo que sentí al quedarme allí sentado, pero me duró poco. Rosalita González. ¿Cuántas mujeres llamadas Rosalita González debía de haber en México? ¿Y en Ciudad Juárez? No tenía ni idea de qué buscaba ni por qué. Joder, ni siquiera sabía lo que había estado haciendo en Nuevo México durante las dos últimas semanas. Sabía, eso sí, que estaba siendo un cobarde por no volver a mi casa.

Un policía paró su coche detrás del mío, salió y se acercó a mi ventanilla.

—Hola, señor —me dijo—. ¿Necesita ayuda? —me preguntó en un inglés decente.

—No, agente. Sólo estoy pensando.

—Me temo que va a tener que pensar en otra parte. Esto es una zona de mucho tráfico. Aquí es usted un peligro para el tráfico.

—¿Me puede decir cómo se llega a la comisaría? —le pregunté.

—¿Tiene algún problema?

—No, sólo necesito la comisaría.

—¿Quiere la policía urbana, la estatal o los federales?

No había pensado en aquello.

—Los federales, supongo.

Me indicó cómo llegar. No estaba cerca.

—Deje el coche en un aparcamiento —me dijo.

—De acuerdo.

—Si aparca usted en la calle demasiado tiempo, un policía como yo se llevará la matrícula del coche.

Lo miré.

—A los americanos les gusta no hacer caso de las multas de tráfico y volverse a su país.

—En un aparcamiento. Gracias.

—¿Está usted bien, señor?

Asentí con la cabeza.

—Gracias —dije.

Seguí la ruta que el policía me había sugerido, con mi país a mi izquierda y a la vista durante casi todo el trayecto, hasta que la carretera se desvió hacia la derecha, alejándose del Río Grande. Otro giro a la izquierda y llegué a la sede de la policía federal. Seguí el consejo del agente y pagué un cuarto de dólar para dejar el coche en un aparcamiento. El edificio no era del todo impersonal, pero tampoco tenía ningún rasgo destacado ni nada reseñable. Dentro había menos movimiento del que me esperaba. No había mostrador,

sino una mesa tras la cual estaba sentada una mujercilla vestida de calle.

—¿Le puedo ayudar? —me preguntó la mujer en inglés.

Me sentí extrañamente insultado por el hecho de ser tan claramente americano.

—Me gustaría hablar con alguien sobre una persona desaparecida —dije.

Me miró con recelo y cogió un bolígrafo.

—¿Quién es la persona desaparecida? ¿Y dónde la ha perdido usted?

—Yo no he perdido a nadie —dije.

Me interrogó en silencio.

—Creo que he encontrado a alguien. —Miré una escalinata ancha que había detrás de ella. Los hombres uniformados que pasaban no me prestaban ninguna atención, hasta un punto que resultaba llamativo—. ¿Con quién debería hablar de eso, del hecho de haber encontrado a alguien? No estoy seguro de que esté desaparecida, pero creo que debe de estarlo. ¿Puedo hablar con alguien? —Estaba hablando demasiado y notaba que a la mujer le empezaba a costar seguir mi inglés.

—Siéntese ahí, por favor —me dijo en tono ensayado. Señaló varias sillas de madera pegadas a una pared. No
había nadie más sentado—. Voy a ver si le puedo encontrar a alguien.

En breve se unieron a mí en la hilera de sillas un par de hombres, que parecían ir juntos, y una mujer con una criatura, no pude ver si niño o niña. Pasaron treinta minutos largos, quizás cuarenta, y ya estaba a punto de ir a ver otra vez a la mujer de la mesa cuando vi a un hombre alto y anguloso bajar las escaleras sosteniéndome la mirada. Llevaba una camisa azul marino con una estrella de seis puntas de gran tamaño cosida sobre el corazón. Me fijé en que le relucían mucho las botas negras al final de los pantalones azul marino. Me puse de pie mientras se me acercaba.

—Soy el teniente Deocampo.

—Zach Wells. —Le estreché la mano.

—¿En qué le puedo ayudar?

—No estoy seguro —dije.

—Me han dicho que cree haber encontrado a alguien. ¿Le puedo preguntar qué quiere decir con eso? —Se miró el reloj de pulsera.

—¿Hay algún sitio donde nos podamos sentar?

No suspiró, pero fue como si suspirara.

—Venga conmigo.

Lo seguí escaleras arriba y por un pasillo lleno de ajetreo hasta un cuartito rectangular que no era su oficina. Podría haber sido una sala de interrogatorios, aunque se veía demasiado agradable, hasta tenía una ventana.

—Siéntese, por favor, señor Wells.

Me senté y miré el cielo despejado del otro lado de la ventana.

Deocampo se me sentó al lado.

—¿Sí, señor Wells?

—Tengo entendido que por aquí han desaparecido muchas mujeres.

—Es cierto. Es una triste realidad.

—El otro día conocí a una mujer. Me dijo que se llamaba Rosalita González. Supongo que debe de ser un nombre muy común.

—Muy común.

—Tengo la sensación de que debe de estar desaparecida.

—¿Qué le hace pensar eso? —me preguntó.

—La conocí en una tienda de Nuevo México. Me dijo su nombre y mencionó Ciudad Juárez.

—Eso no es razón para pensar que está desaparecida.

—Creo que la están reteniendo en contra de su voluntad.

—¿No dice que la conoció en una tienda?

—La estaban vigilando.

—Ya veo. ¿Por qué no acudió a la policía de Nuevo México? Yo soy policía en México. No tengo potestad en Estados Unidos.

—Claro. —Me sentí idiota. No tenía ni idea de por qué estaba sentado en aquel cuarto con él. Expulsé el aire de los pulmones y seguí hablando—. Quizás me pueda decir si se ha denunciado la desaparición de una tal Rosalita González.

Deocampo se me quedó mirando durante varios segundos. Atravesó la habitación hasta una mesilla sobre la que había un ordenador muy antiguo. Trabajó allí unos minutos, se detuvo y examinó la pantalla en silencio.

—A Rosalita González se la declaró desaparecida hace tres años. Por entonces tenía veintitrés.

No dije nada.

—¿Sabe cuántas mujeres llamadas Rosalita González hay en México y en Estados Unidos?

—Muchas —dije.

—¿Qué edad tenía esa mujer? —preguntó Deocampo.

—Difícil saberlo —dije—. Lo mismo podría haber tenido veintiuno que cuarenta.

—Yo soy policía en México, señor Wells.

—Ya lo sé.

—Trescientas seis —dijo.
—¿Cómo?
—Trescientas seis. Es el número de mujeres asesinadas o desaparecidas, la mayoría asesinadas.
Asentí con la cabeza.
—No le puedo ayudar. Váyase a casa.

una navaja, una lona, un mapa, una brújula, una pala, una cantimplora, una capa impermeable, un rastro

De hecho, quería irme a casa. Pero le dije:
—Necesito saberlo. Esa persona me pidió que la ayudara.
—¿Ah, sí?
—Sí. —Miré al hombre a los ojos y me di cuenta de lo cansados que debían de verse los míos—. ¿Hay alguna fotografía de la mujer?
Se apoyó en el respaldo de su silla con la espalda ligeramente encorvada.
—¿A qué se dedica, señor Wells?
—Soy profesor de universidad. Paleontólogo.
Deocampo enarcó las cejas.
—Estudio los fósiles. —El idioma se estaba interponiendo entre nosotros, así que añadí en español—: *Dinosaurios*.
—¿En serio? A mi hijo le encantan.
Asentí con la cabeza.
—¿Usted tiene hijos, señor Wells?
—Tengo una hija.
—Debería volverse a casa con ella.
—Alguien tiene que ayudar —dije.
—¿De verdad cree que esa mujer está prisionera? —dijo más para sí mismo que para mí—. Acompáñeme.
El teniente Deocampo me sacó de la sala de entrevistas y me llevó a la escalinata por la que había entrado, por un pasillo ancho con las paredes cubiertas de retratos de agentes, por otro pasillo más estrecho y por fin por una escalera que bajaba recta. Abrió una puerta pesada pero que no estaba cerrada con llave y me hizo una señal con el brazo para que entrara detrás de él. La amplia sala del otro lado contenía cajas sobre más cajas, montones enteros, además de una muralla de archivadores, altos hasta mi barbilla y apoyados en una pared pintada del mismo verde claro que se encuentra en los hospitales.
—Este es el aspecto que tienen las trescientas seis mujeres desaparecidas —dijo.
No dije nada. No había nada que decir.

Pasó el dedo por la parte de delante de los archivadores mientras caminaba.

—Aquí la tiene —dijo. Abrió el segundo cajón empezando por arriba, encontró la carpeta verde que buscaba, la abrió y la sostuvo abierta para enseñármela—. Rosalita González —dijo.

Examiné la foto: era vieja y tenía la parte de abajo un poco rota. Mostraba a una mujer de pie delante de una casita y en compañía de una mujer de más edad. La más joven tenía a un perrito en brazos, quizás un pequinés.

—¿Es ésta la mujer a la que vio?

—No estoy seguro —dije, extendiendo el brazo y tocando la foto con la punta del índice de la mano derecha. Tracé el contorno de su cara y toqué al perro—. Sólo la vi una vez y la foto no es muy clara.

Deocampo cerró la carpeta.

—Parece usted un buen hombre —dijo—. Todo lo que pasa aquí causa mucha tristeza. Es fácil crearle a la gente esperanzas. ¿Se dice así?

Asentí con la cabeza. Crear, dar, era lo mismo. No veía necesidad de corregirle algo tan pequeño, ni tampoco nada más grande.

—Quizás la policía de Nuevo México le haga caso.

Mientras lo decía, me pregunté por qué no había ido primero a la policía de Nuevo México. Quizás fuera porque los veía como a gente blanca, pero francamente me daban miedo, se parecían demasiado a los hombres a los que quería denunciar. Lo más seguro es que fuera porque en realidad no tenía ninguna historia que contarles.

—Hay más mujeres —dije—. Creo que unos hombres blancos las tienen prisioneras. Esclavas.

Deocampo volvió a guardar la carpeta en el archivador y cerró el cajón. Dejó la mano en el asa.

—No creo que la policía americana me vaya a creer. Creo que mi historia resulta descabellada. ¿No?

—No tan descabellada. Cree haber visto a una mujer desaparecida. Sucede todo el tiempo. Aquí desaparece una mujer cada día.

—¿Qué debería hacer? —pregunté.

—¿Dónde vive?

—En Los Ángeles.

Me dio la impresión de que me miraba como si aquel dato lo ayudara a entender mucho mejor tanto la situación como a mí.

—Váyase a casa, señor Wells. Vuelva con su hija.

—No va a llamar usted a nadie, ¿verdad?

Deocampo miró el reloj.

—¿Cuánto tiempo tiene? ¿El suficiente para dar una vuelta con el coche? ¿Una hora?

—Claro.

Había quien decía que en una veintena de años habían desaparecido o habían sido asesinadas trescientas mujeres. Otros decían que la cifra se acercaba más a las setecientas. La gente es así con las cifras. Te dirán que no son setecientas, sólo trescientas, doscientas, como si cien no fuera una cifra completamente horrible, o cincuenta, o veinticinco. Nadie sabía quién mataba y secuestraba a aquellas mujeres. Quizás los carteles de la droga, decían algunos. Quizás fueran bandas itinerantes de depredadores sexuales. O adoradores del diablo. Quizás invasores del espacio. Hombres, eso sí. Eran hombres. Siempre hombres.

Las cifras eran enormes, obscenas, hediondas. Olga Pérez. Cientos de mujeres sin nombre. Edith Longoria. Cientos de mujeres sin cara. Guadalupe de la Rosa. Nombres. Un nombre. María Nájera. Resultaba muy simple, seguro y fácil hablar de cifras en El Paso, a un mundo de distancia. Nadie echa de menos a quinientas personas. Nadie echa de menos a cien personas. En Juárez, en cambio, siempre era una persona. Una hija. Una amiga. Una cara. Un nombre. A una sola persona sí que se la echa de menos. Quizás a Rosalita González.

El coche de Deocampo era un sedán Buick de color azul Francia, de finales de los ochenta y tan limpio como el día en que había salido de la cadena de montaje. Hasta las esterillas del suelo estaban impecables. Me supo fatal ponerles las botas sucias encima. Él vio lo tenso que me ponía.

—No se preocupe —me dijo—. Ya limpiaré las esterillas. Las limpio todas las semanas.

—Se nota.

—A mi mujer le gustan los coches limpios. Y la casa limpia. Y los maridos limpios.

El trayecto nos llevó de vuelta por donde yo había venido, siguiendo el curso del río. La tarde se había vuelto calurosa e incómoda, pero al teniente se lo veía impertérrito, enfundado en su camisa de botones y su corbata. Giró a la izquierda y avanzamos cuesta arriba mientras nos adentrábamos en una zona industrial que había visto tiempos de mayor actividad. Detuvo el coche y salimos. Pasamos por delante del muelle de carga de alguna empresa desaparecida tiempo atrás y llegamos a un patio lleno de chatarra y montículos de tierra dura y quemada. Más abajo se veía una urbanización de casitas humildes, la mayoría de una sola planta y

con jardines del tamaño de un sello de correos. Al otro lado del río se veían los edificios altos de El Paso.

—Aquí encontramos los cuerpos de ocho mujeres —dijo Deocampo. Dio una patada a un montículo de tierra con uno de sus zapatos relucientes—. Esta es la realidad con la que lidiamos todos los días. Nunca sé si me va a sonar el teléfono y voy a tener que salir y encontrarme un cadáver. Todas las semanas me vienen familias con historias y fotos. No tengo tiempo de investigar todas las pistas que me llegan, mucho menos las cosas que pasan al otro lado de la frontera. Donde tiene usted el pie había una cabeza.

Bajé la vista y me aparté un poco.

Escrutó la ciudad mucho más apacible de El Paso. Parecía la Tierra de Oz.

—¿Qué podría hacer usted si le trajera aquí a Rosalita González?

—Señor Wells, vuélvase a California. Ponga una denuncia ante la policía de Nuevo México y después vuelva con su hija.

De camino a la comisaría, Deocampo se desvió y detuvo el coche en el centro, en la Avenida 16 de Septiembre.

—¿Por qué nos paramos aquí? —le pregunté.

Señaló un edificio grande de tres plantas.

—¿Ve eso?

Miré el edificio.

—Las dos primeras plantas son un burdel.

—Gracias, pero no me apetece.

—En la tercera planta está el cartel, sus oficinas.

—¿Un cartel de droga?

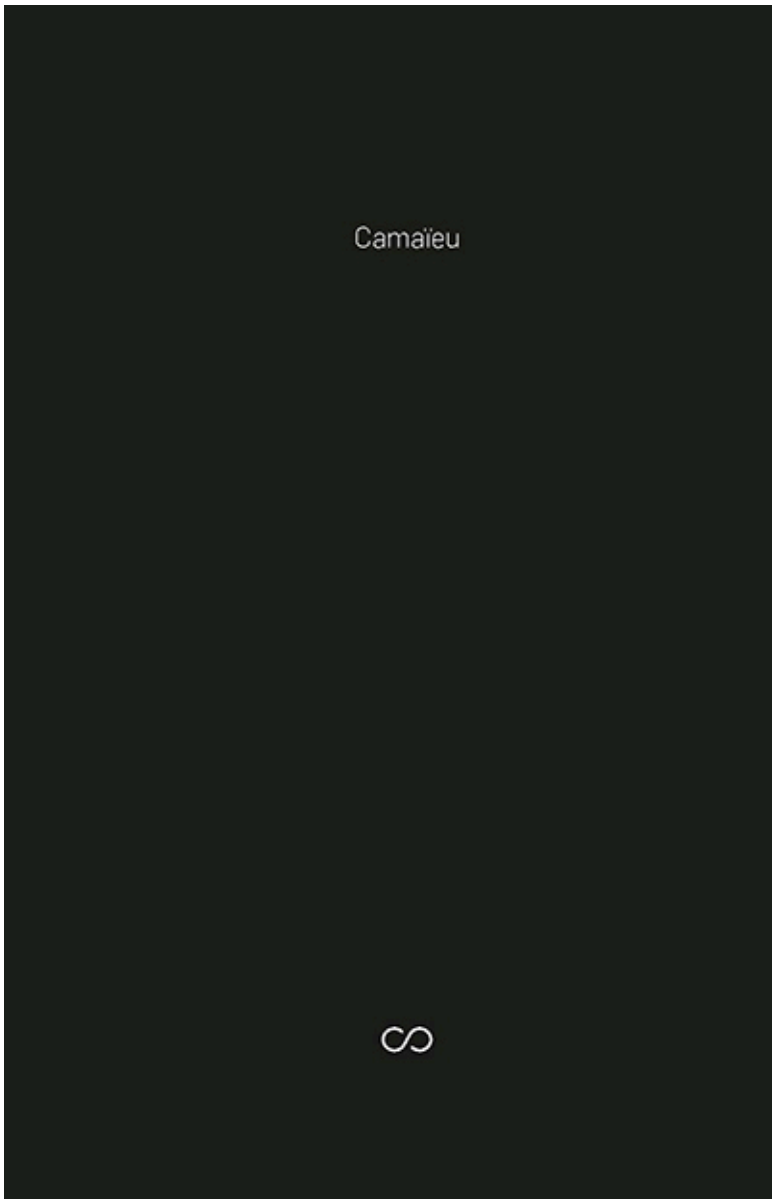
—Exacto, un cartel de droga. —Se metió el cigarrillo en la boca, pero no lo encendió—. Con esas cosas tratamos aquí abajo. El cartel tiene oficinas. Ustedes hacen la guerra a la droga y a nosotros nos tirotean. Es un desastre. En Ciudad Juárez cazan a las mujeres. Antes no era así. Y quizás algún día vuelva a no ser así.

—Lo siento.

Deocampo se encogió de hombros.

—Váyase a casa. No puede salvar a nadie. Ni yo tampoco. Vuélvase con su familia.

una navaja, una lona, un mapa, una pala, una cantimplora, una capa impermeable, un rastro, una misión



Volví a casa para estar con mi hija.

Sólo llevaba un par de semanas fuera, pero al volver me encontré una casa tan extraña que me sentí como si hubieran sido años. Igual que un cobarde que vuelve a hurtadillas al campo de batalla, encontré todo lo que me esperaba, pero visto bajo una luz nueva que proyectaba sombras extrañas y desconocidas. Cuando vi la cara de Meg, me pregunté si me volvería a hablar algún día, pero sí me habló: su compasión y su amor le permitieron entender que el dolor que yo padecía no era menos profundo ni intenso que el suyo, y que cada cual necesitaba lidiar con él a su manera. Mi huida, sin

embargo, le había arrebatado la oportunidad de escaparse ella también, de esconderse del mundo que nos había sido dado.

Me formuló una pregunta perfectamente razonable:

—¿Dónde estabas?

—Ya te lo he dicho, en Nuevo México.

—¿Y qué hacías?

Contesté la verdad:

—No lo sé.

Asintió con la cabeza.

—¿Sarah está dormida?

—Sí. Se ha dormido enseguida.

—¿Ha preguntado por mí?

—No. —Aquella respuesta tan simple me dejó hecho polvo, aunque un «sí» habría resultado igual de devastador.

—¿Crisis?

—Un par al día. Tuvo una bastante fuerte hace un par de días. Las demás han sido bastante suaves. De quedarse embobada. —Meg rompió a llorar.

Me senté con ella en el sofá y la abracé. Nos consolamos el uno al otro como hacía tiempo que no lo hacíamos.

Progreso extraordinario. Así fue como la doctora Gurevich describió el estado de mi hija. Como si estuviera elogiando su carrera académica. Progreso extraordinario. Todo se parecía mucho a una caída. «Demencia de progreso rápido», la llamó Gurevich, que usaba un tono más distante y desapegado cada vez que la consultábamos. Sarah no había visto que había una cornisa y le habían bastado unos pocos pasos para caerse. Sin embargo, también estaba allí, presente conmigo en el tiempo y en el espacio, en el mismo cuerpo, dormida en aquel momento mientras yo permanecía sentado en la silla contigua a su cama. Faltaba poco para amanecer y la persiana estaba subida para permitir que entrara la luz. Seguía siendo preciosa, y lo sería siempre. Se despertó y se dio cuenta de que era por la mañana, aunque nada indicó que me reconociera. Pese a todo, no se apartó instintivamente de mí como si fuera un desconocido. Me dejó que la llevara al baño. Me quedé de espaldas a ella mientras se sentaba en el retrete y meaba. El sonido de la orina se detuvo y oí que se frustraba con el papel higiénico. Me giré para ver sus dificultades con el rollo; no podía arrancar un trozo y sostenerlo. Llamé a Meg y me acordé de que se había ido a yoga; por fin tenía algo de tiempo para ella. Todavía no había llegado la enfermera. Sarah me miró, quizás pidiendo ayuda. Arranqué un trozo de papel y le sequé la vagina a mi hija. Cuando era pequeña,

le había cambiado el pañal muchas veces, asegurándome de limpiarle el interior de los pequeños pliegues. Por entonces todavía no tenía vagina, no realmente, pero ahora ya no era pequeña. Jamás en la vida me había sentido tan incómodo, tan asustado, tan indecoroso. Aun así, estaba llevando a cabo aquel acto tan íntimo por la persona a la que más quería. Me confundía y me desorientaba sentirme tan cerca de ella y al mismo tiempo tan turbado y extrañamente culpable. Eché un vistazo distraído al papel antes de tirarlo a la taza. El papel estaba teñido de rosa.

Si mi hija había tenido en algún momento la regla, yo no me había enterado. Era una de esas cosas de las que, en tanto que padre, yo tenía que estar al corriente pero no darme por enterado. Allí estaba yo, secándole la vagina a mi niña mientras borraba las evidencias de que ya era mujer. No sabía qué hacer. No había compresas a la vista en el cuarto de baño, de forma que amontoné papel higiénico hasta formar una especie de almohadilla, se lo puse contra la piel y le coloqué la ropa interior. Después de subirle los pantalones del pijama y tirar de la cadena, me miró y sonrió.

—¿Estás bien? —me preguntó, en tono sorprendentemente sereno.

—Estoy bien —dije—. ¿Quieres desayunar?

—Estaría bien. —Volvía a sonar decididamente mayor y distinta de la niña que yo recordaba; aun así, no había razón para suponer que me reconociera.

—¿Sabes quién soy?

Fingió que no oía mi pregunta.

Le puse el albornoz y fuimos a la cocina, donde serví cuencos de cereales para los dos, Grape-Nuts. Nos sentamos a la mesa uno junto al otro, de cara a la ventana y a las vistas de las colinas. Sarah se las apañó para dar un par de bocados ella sola y de repente dejó de comer, creo que por miedo a intentar dar otro. Le volvían a fallar las manos.

Vino Basil y le pegó la cabeza al muslo. Ella estiró el brazo y le rascó distraídamente detrás de la oreja. Un gesto automático que revelaba a la persona encerrada en aquel caparazón. Me reconfortó y me entristeció a la vez.

—Tengo una idea —le dije—. Ahora vuelvo. —Me levanté y fui al estudio, donde cogí el tablero y las piezas de ajedrez. Al llegar a la mesa me emocionó ver que Sarah reconocía el tablero y las piezas. Aunque le costó varios intentos, fue capaz de colocarlas correctamente. Movió pieza primero. La partida avanzó de forma predecible, conservadora, hasta que intentó usar un caballo. Cogió el caballo, lo sostuvo sobre el tablero y por fin lo dejó a bastante distancia de cualquier casilla legal.

No dije nada y no la corregí, sino que hice mi movimiento como si nada.

De pronto Sarah estaba en otra parte. No supe si estaba teniendo una crisis. Me quedé sentado frente a ella, mirándola, detectándole un ligero temblor en la mano derecha.

—¿Me toca mover a mí? —preguntó.

—Sí.

—Estoy cansada. Ayer fregó el suelo Daniel.

—¿Ah, sí? —Miré el suelo. No sabía quién era Daniel, pero el suelo estaba sin fregar—. Pues lo hizo bien —mentí.

—Fue Daniel.

de dicto / de re

De todos los mundos posibles, aquél era el mundo en el que yo había aterrizado. Me pregunté cómo debían de transcurrir los años para los padres que perdían a un hijo, cómo debían de lidiar aquellos padres con los cumpleaños y los días de Acción de Gracias. ¿Acaso mi hija imaginaria seguiría creciendo en mis sueños? ¿Acaso se graduaría en el instituto e iría a la universidad? ¿Tendría hijos? ¿Acaso la hija de mi imaginación se sentaría junto a mi lecho de muerte y me permitiría darle gracias por completar mi mundo? Por breve que fuera el tiempo que habíamos compartido. Mi hija venía a mí en sueños todas las noches, y yo ya preveía el odio que sentiría hacia mí mismo y la culpa que experimentaría años más tarde cuando una noche dejara de aparecer, o, mejor dicho, cuando yo dejara de conjurarla o invocarla.

de se

Meg entró en casa por la puerta de la cocina trayendo una bandeja con dos cafés y una bolsa de papel llena de *bagels*.

—Anda, mira quién está levantada.

Sarah se puso de pie y fue con Meg.

—Gracias —dijo, cogiendo los *bagels*.

Eché un vistazo a la silla contigua a la mía y reparé en el cojín manchado de sangre.

En aquel momento Sarah se apartó de Meg para ir a la encimera. Meg le vio los pantalones manchados de sangre.

—No he sabido muy bien cómo gestionarlo —dije.

Meg puso las manos en los hombros de Sarah y trató de sacarla de la cocina con amabilidad. Sarah se resistió, forcejeando y negando con la cabeza. Meg lo volvió a intentar.

—No —dijo Sarah. Se dobló un poco por la cintura, quizás presa de los calambres. Yo no lo sabía.

A Meg se le llenaron los ojos de lágrimas. Lo volvió a intentar.

Yo me puse de pie, pero no me moví.

Sarah me miró. Estaba temblando.

—¿Qué hacer? —preguntó. La vi tan aterrada que prácticamente rompí a llorar yo también.

Meg le habló en tono tranquilizador:

—No pasa nada, cielo. Sólo necesitamos ir al baño y ponerte más cómoda. Es buena idea, ¿no? —Ni tiró de Sarah ni la empujó; se limitó a tocarle la cara—. ¿No es buena idea?

Sarah asintió con la cabeza.

Me quedé sentado a la mesa como un pájaro idiota. Quizás como una paloma, o como un pollo. Pensé en la preciosidad de mi hija viviendo aquella nueva etapa de su desarrollo físico sin ser para nada consciente de su cuerpo ni de sí misma, sin los miedos asociados que podría haber sentido en un mundo más normal, mientras el tejido de su entendimiento de las verdades más básicas y asumidas de la vida diaria no sólo se desgarraba por los bordes, sino también por el centro. Las grietas se extendían como una telaraña, creciendo y conectando cada destrucción con la siguiente. Mi hija, una vida pequeña en el esquema general del mundo, del tiempo, era sin embargo la estrella en torno a la que orbitaba mi planeta. Mi fuente de gravedad, calor y luz se estaba agotando, y yo también con ella, pero no la podía ayudar, ni siquiera podía contactar con ella para ofrecerle una disculpa ni despedirla ni expresarle mi amor. Quizás no existiera aquel paraíso que tantos necios publicitaban, pero ciertamente sí existía el infierno, y olía a sangre y a cereales fríos y al perro de la familia.

Llamé a Basil para que viniera conmigo y le dejé que me reconfortara. Su forma de apoyarme la barbilla en el muslo me hizo saber que yo también lo estaba reconfortando a él. Llevé el cojín manchado de la silla al cuarto de la colada.

Meg volvió a la cocina trayendo a Sarah vestida con ropa limpia, pantalones de chándal y camiseta amarilla. La niña regresó a su asiento, ahora sin cojín, y toqueteó las piezas del tablero sin que pareciera estar pensando en ninguna partida ni tampoco en la promesa de jugar una.

Le acerqué una silla a Meg y me senté en mi sitio de antes.

—Es la primera vez que le viene —dijo. No estaba llorando, pero por la expresión de su cara no le faltaban ganas de berrear.

—¿Quién es Daniel? —le pregunté.
—¿Daniel?
—Sarah me ha dicho que Daniel fregó el suelo.
Meg se encogió de hombros. Qué otra cosa podía hacer. Aquellas conductas concordaban con lo que nos había dicho la doctora. Incluso nos había dicho que podía tener accesos de paranoia o de furia. La mera idea me provocaba pánico.
—¿A qué hora viene la enfermera? —pregunté.
—No viene. Ha llamado para decir que tiene una emergencia.
—Me parece mejor así —dije—. Hoy voy a estar todo el día en casa. Puedes salir y hacer lo que necesites.
—Hay compresas en nuestro cuarto de baño —dijo.
—¿Eh?
—Compresas. Para Sarah.
—Ajá.
Meg se giró para mirar por la ventana. En una rama de la jacaranda había un arrendajo de Steller. Era poco usual que alguno bajara hasta allí.
Había veces en la vida en que las cosas parecían fáciles y lentas, o bien fáciles y rápidas, distintas del mundo de los adultos. Ahora, en cambio, todo parecía tremendamente difícil y real, cada paso era un esfuerzo y un misterio. Lo más extraño de todo, sin embargo, era que ningún paso parecía equivocado. ¿Cómo podía empeorar la situación? Miré como si fuera un gran felino en busca de cualquier destello de alegría o de simple reconocimiento en la cara de mi hija, listo para saltarle encima y apresarlo.

fac et spera

Me pasé el día intentando mantener con vida a mi hija. Era como cuando la habíamos traído a casa después de nacer. No podía creer que la gente del hospital nos dejara marcharnos con aquel animalillo. Simplemente se aseguraron de que tuviéramos sillita para el coche, nos ofrecieron un cochecito de bebé barato y nos mandaron a casa. Tampoco me podía creer que Meg fuera capaz de caminar y después de sentarse en el asiento trasero con la criatura amarrada, después de haber sacado a la fuerza de su cuerpo a una persona. Todo era surrealista. Y siguió siéndolo cuando llegamos a casa. El surrealismo se desvaneció o bien se convirtió en normalidad a medida que pasaban los días y nos acostumbrábamos a todo aquello. Ahora, sin embargo, todo era más surrealista que nunca.
Nos sentábamos por la casa. Yo le leía. Veíamos dibujos animados para los que ya hacía tiempo que Sarah era demasiado mayor, y no

estaba claro si los estaba mirando o teniendo una crisis. Incluso me las apañé para llevarla a dar un breve paseo por una ruta corta y fácil que bordeaba el pie de la montaña. Cuando volvimos, ligeramente acalorados y sudorosos por el calor de principios de verano, la dejé en la cocina para ir a mear. Sólo tardé un minuto. Al volver, me encontré a Sarah sentada en el suelo, haciéndole carantoñas a Basil. La imagen me transmitió una pizca de felicidad. Luego oí un zumbido. Venía del microondas. La luz estaba encendida, y a través del cristal pude ver una taza llena de tenedores girando en el sentido de las agujas del reloj. No sé si vi una chispa o no, pero ciertamente me imaginé una, o incluso muchas, mientras daba un salto para abrir la puerta. El corazón me iba a cien.

Me pareció oír que Sarah decía «papá». Cuando me giré, sin embargo, seguía concentrada en el perro y no mostró indicio alguno de haberme visto. Aquella palabra procedente de sus labios había sido la música más hermosa de mi vida, y ahora supe que no la volvería a oír nunca.

Meg sólo tardó un par de horas en volver. Pasamos un día tranquilo con nuestra hija. Le conté lo del microondas y comprendimos que no podíamos dejar sola a Sarah ni un minuto. Cenamos. Nos acostamos. Meg y yo nos quedamos juntos en la cama, sin nada que decir. No había nada que decir. Hasta que Meg dijo lo correcto:

—Te quiero —me dijo.

—Gracias —dije—. Yo también te quiero.

Soñé que Hilary Gill estaba fumando un cigarrillo, y era evidente que no le estaba gustando nada. Hacía una mueca con cada calada y tosía al expulsar unas nubes azules que le bajaban hasta las rodillas enfundadas en su falda. Quizás lo más significativo de todo era que estaba viva, un hecho que no se le escapaba a la Hilary Gill del sueño.

—¿Por qué malvas? —preguntó. Estaba toqueteando un ordenador portátil que tenía en el regazo, intentando ajustar la pantalla para poder ver.

—¿Cómo?

—Malvas. ¿Qué tiene que ver «criar malvas» con estar muerto? Es una frase que dice la gente. ¿Qué son las malvas?

—Son las flores de una planta que se llama igual. Tiene propiedades medicinales —dije. Estaba sentado a una mesa cerca de ella. Me sorprendió oírme hablar.

—¿Y qué tiene que ver con estar muerto? —me preguntó—. ¿O con la muerte?

—Se dice criar malvas porque es una planta silvestre que crece con facilidad en los cementerios. Y se relacionaba el que crecieran en una tumba con la idea de que los restos del muerto las estaban alimentando.

—Menuda tontería —dijo.

—Bueno, pero es así.

—El trabajo de campo es lo mejor, ¿no crees? —preguntó Hilary Gill.

—¿Lo mejor de qué? —pregunté.

—De lo que hacemos. Oh, la docencia está bien, un poco cansada y aburrida. Los rollos administrativos son fáciles pero tediosos. El trabajo de comité parece sacado de una fantasía de Stalin, en serio. Y lo de publicar sólo por publicar es grotesco. ¿A quién coño le interesan esos rollos? ¿A quién le suponen alguna ayuda?

—Supongo que tienes razón. Todo es objeto de debate, ¿no? —le pregunté. Me sentía como un niño asombrado, y quizás lo fuera.

Hilary Gill se rio.

—Nunca pensé que fueras tan ingenuo. —Dio una calada larga y enérgica al cigarrillo e hizo una mueca—. Siento lo de tu hija.

Me encogí de hombros.

—Tendrías que haberme follado cuando tuviste la oportunidad.

—¿Cómo?

—Que tendrías que haberme follado. Así te podrías sentir todavía más hecho mierda de lo que te sientes ahora. Estarías perdiendo a tu hija y encima sintiéndote culpable por empujarme al suicidio por haberme follado y luego no querer follarme más veces. Una tormenta perfecta de culpa.

—Nunca te quise follar —dije.

—No pasa nada por admitirlo.

—Nunca te quise follar —repetí.

—Eso duele —dijo, mientras le caía una nube azul de los labios—. No me extraña que me suicidara. ¿Me entiendes?

—Supongo.

Se apagó el cigarrillo en la palma de la mano sin hacer ninguna mueca.

—¿Y qué hizo Lisboa para merecer un tratamiento y una desgracia así? —dijo—. Me pasa como a Voltaire, que odio a un Dios así. A la mierda el lameculos de Leibniz. ¿Y puede imputarse pues un acto pecaminoso? Éste, el mejor de todos los mundos posibles. Es por el bien de todos. Dios lo sabe. Es un misterio. Su voluntad. ¡Ja! Un

casero ausente, en el mejor de los casos. ¿A esas criaturas que sangran en el pecho de su madre?

Yo escuchaba a la Hilary Gill muerta de mi sueño y me sentía dispuesto a aceptarla como fantasma de mi mundo, pese a no saber de qué me estaba hablando. Sin embargo, teniendo en cuenta que eran mi sueño y mi invención, necesariamente lo lógico era que entendiera su mensaje.

—¿Se encontró más vicio acaso en la caída Lisboa? —me preguntó.

amor tenebrescit

La enfermera se llamaba Kendall. No puedo decir que me cayera muy bien cuando la conocí. Era una mujer joven y blanca con un tatuaje por todo el brazo que me interesaba muy poco aparte de sus colores. Puede que incluyera un oso panda. Parecía más o menos competente. A fin de cuentas, no estaba allí para estimular a mi hija, para enseñarle nada ni tampoco para enriquecer su experiencia del mundo. Estaba allí para limpiarle el culo, darle de comer y ahora también, en apariencia, para impedirle que quemara la casa. Me sentía decepcionado conmigo mismo por el hecho de que su incultura me hiciera despreciarla. Quizás el problema fuera que la podía imaginar demasiado fácilmente como la novia de alguno de los milicianos blancos del complejo de Nuevo México.

Si Sarah hubiera reaccionado a ella de alguna forma, quizás yo habría sentido algo distinto. Miré a ver si notaba alguna variación en la expresión de mi hija. Por desgracia, la cara de Kendall permanecía igual de inexpresiva que la de Sarah, aunque sin la excusa de la demencia. Luego caí en la cuenta de que simplemente estaba intentando culpar a alguien de algo; o, mejor dicho, intentando culpar a alguien de lo que fuera. Kendall se dedicó a seguir a Sarah mientras yo me sentaba en varias habitaciones de la casa fingiendo que leía o tomaba notas, fingiendo ante mí mismo en la misma medida que ante el mundo. Era libre de irme de casa, pero descubrí que no podía.

En la mesa de mi estudio había dejado mis notas de Nuevo México, y en una hoja de papel blanco había escrito mecánicamente una y otra vez «Rosalita González». Podía ver la cara de la mujer con la misma claridad que el nombre que tenía escrito frente a mí. Tenía unas cejas oscuras y bien definidas por encima de unos ojos estrechos de color castaño claro. Su cara era redonda, igual que las de las fotos de muchas mujeres Inuit que había visto en libros. Su piel era del mismo color castaño claro que la de mi hija. Tenía una

cicatriz en la frente, en el centro y a la izquierda. Los dientes alineados. Lo sabía, aunque no la había visto sonreír.

Oí voces crispadas procedentes de la cocina y me quedé quieto, como si eso me fuera a ayudar a oírlas mejor. Era Sarah.

—¡Que no se me acerque! —gritó.

Fui a la cocina.

—No pasa nada, cielo —dijo Meg. Se había quedado en el umbral de la puerta de atrás.

Vi a Kendall cerca de la encimera, entre Meg y Sarah, que estaba sentada a la mesa con la mano apoyada en el borde. Me sorprendió descubrir que estaba chillando a su madre.

—¿Quién es ésa? ¿Qué quiere? —dijo Sarah.

—Es tu madre —dijo Kendall. Su voz era tan extrañamente monótona que yo jamás la habría creído.

Sarah me miró.

—¡Ayúdame, Daniel!

Miré la cara aterrada de Meg.

Sarah corrió hacia mí y me abrazó la cintura. Cuando lo hizo, me di cuenta de quién era Daniel. Cuando era niña, yo me había inventado una serie de relatos donde aparecía mi amigo imaginario Daniel. Daniel siempre me salvaba de todos los peligros.

Ahora Meg estaba llorando. Dio media vuelta y salió de la casa, dejando abierta la puerta de atrás.

Aquella noche estaba sentado a solas con Sarah junto a la ventana de la cocina. Todavía hoy me persigue aquella situación: el hecho de estar sentado a solas pese a estar con mi hija. La luna estaba llena y resplandeciente y era fácil verla. Me imaginé que a Sarah le pasaba por la cara por lo menos un destello fugaz de placer mientras la contemplaba. Presté atención a mi respiración, intentando calmarme. Me inquietaba profundamente la idea de que mi hija estuviera tan lejos de sí misma. Si no me hubiera concentrado en respirar, simplemente habría dejado de hacerlo.

simula me cognoscere

El campus tenía aquella atmósfera tranquila de verano que parecía encantarle al profesorado. Quizás fuera hora de centrarme en mi investigación, de empezarla o completarla. Lo más probable es que fuera un simple respiro, la calma grata después del agotamiento, del gran esfuerzo. En cualquier caso, el campus sin estudiantes ofrecía una especie de paz. Aparentemente fui allí para trabajar en un par de artículos que se habían estancado sin remedio. Logré

convencerme de que realmente me interesaba mi investigación pero tenía claro que el trabajo era solo otra vía de escape de mis problemas en casa.

Fui paseando por el campus hasta mi cafetería preferida para almorzar una magdalena de arándanos. Al volver, pasé frente al despacho de Hilary Gill. Su… la puerta estaba abierta. Habían vaciado el despacho de todas sus pertenencias, sus libros y sus objetos decorativos, y lo habían limpiado de forma experta. Las superficies estaban impecables y se veían húmedas bajo las luces que habían quedado encendidas. Parecía que hubieran limpiado su sangre y su aliento. Supuse que sería eso lo que había pasado. Caí en la cuenta de que no sabía cómo se había suicidado la joven Gill. Nunca se lo había preguntado a nadie, tampoco lo había leído en ninguna parte y francamente no lo quería saber. Era trágico que se le hubiera puesto tan difícil la vida, pero ninguna vida tiene la obligación de continuar; ninguna vida puede seguir para siempre. Confié en que hubiera encontrado lo que quería, lo que necesitaba. Perdí las ganas de trabajar y recogí mis notas.

Mientras salía del edificio, me encontré con Finley Huckster.

—¿Qué? ¿Cómo llevas el calor? —me preguntó—. ¿No te da rabia que la gente te pregunte eso?

—Pues sí, hace calor.

—¿Cómo te va el verano? ¿Cómo está tu hija?

—Lo está pasando mal. —Estuve muy a punto de decirle que se había muerto, pero por alguna razón, y por cierto que sonara, me parecía una traición—. Estamos lidiando con ello.

—Lo siento.

—Gracias, Huck.

—¿Qué haces? ¿Te apetece un partido de squash?

—Hoy no. —Miré más allá de él, en dirección al campus medio desierto—. Tengo una cita en el centro.

—Otro día será.

—Seguro.

—Ya sabes, cuando quieras podemos hablar.

—Gracias, Huck. ¿Cómo está tu familia?

—Todos bien.

—Bueno, pues squash la semana que viene —dije.

—Cuenta con ello.

Había pocas cosas más deprimentes que un bar del centro a las tres de la tarde. Ni siquiera tenías la excusa de que estabas allí para almorzar a base de frutos secos y palomitas. Y era demasiado temprano para lo que llamaban happy hour. Así pues, ir allí era

producto de la depresión o de una serie de planes de los que no hacía falta hablar. Mi taberna preferida, un término vago —*preferida*, no *taberna*— estaba en la Calle 4 al este de Spring, a un par de manzanas de la zona marginal. Siempre me habían encantado la entrada en forma de ojo de cerradura y la puerta que no terminaba de cerrar bien. La última vez que había estado allí, había acabado peleándome. Quizás aquella tarde tuviera la misma ambición. El barman se me quedó mirando un momento largo, como si se acordara de mí. Si era el caso, sin embargo, no dijo nada, y tampoco pareció prestarme más atención. Yo era el único patético cliente de aquel patético lugar; aun así, me dejó en paz, y se dedicó a reparar o fingir que reparaba la máquina de refrescos.

Me dediqué a sostener en la mano el mismo whisky barato con hielo durante veinte minutos. Por fin el barman se me acercó.

—¿Está esperando a alguien?

—No es asunto tuyo —le dije. Estaba en plan gilipollas. Quería que me zurraran; quería que los mismos tipos de hacía unos meses vinieran y me pegaran una paliza.

Pasaron otros veinte minutos. Entró una mujer. Tuve la certeza de que era prostituta, aunque no podía saberlo. Me faltaba sabiduría callejera, por así decirlo. Fuera lo que fuera, no mostró ningún interés en mí. Quizás me viera pinta de policía. Aunque no lo creo. Parece más probable que me viera pinta de asesino en serie con pantalones caqui y camisa de botones. Se aposentó en un reservado de la esquina sin pedir nada.

Dejé una propina cuantiosa sobre la barra y le hice una señal al barman.

—Siento haber sido tan gilipollas.

—No pasa nada, colega. Para eso estamos abiertos. —Era más listo de lo que yo había pensado.

Mientras recorría las tres manzanas calurosas y polvorientas que me separaban del aparcamiento al aire libre donde había dejado el coche, me invadió el miedo a volver a casa, una sensación distinta del miedo común y corriente. Descubrí que estaba mareando la perdiz, que era algo que yo no hacía casi nunca. Me dediqué a toquetear las llaves del coche dentro del bolsillo de los pantalones, a jugar con la pulsera del reloj, a apartarme la carne de las uñas de los pulgares con el costado de los dedos índices. Me senté al volante de aquella sauna que era mi Jeep hasta que el anciano encargado del aparcamiento se fijó en mí, y, temiendo que me muriera y le apestara el lugar, llamó a la policía.

scio nomen meum

Basil estaba ladrando. Basil no ladraba nunca. Di la vuelta apresuradamente a la casa hasta la puerta de atrás. No se oía nada más que los ladridos de Basil, una serie de gañidos agudos que lo hacían parecer más joven. Nada más entrar estuve a punto de chocar con la espalda de Meg. Más allá, y de cara a ella, vi a Sarah; estaba temblando con expresión alarmada y sosteniendo un cuchillo de trinchar por la hoja. Le chorreaba sangre de la palma de la mano.

—Daniel —me dijo—. ¿Quién es ésta?

—Es tu madre, cielo —le dije.

—¿Daniel?

Caminé hacia ella. Noté que Meg temblaba cuando le pasé al lado.

—Sí, Sarah, soy yo, Daniel.

—¿Por qué? —me preguntó. Su pregunta tenía muchísimos niveles, y yo también me la hacía. ¿Acaso Sarah quería saber por qué se estaba apagando? ¿Por qué se estaba muriendo? ¿Por qué sus padres le resultaban desconocidos y tenía tanto miedo?

—No sé por qué, cielo. —Me acerqué. Necesitaba quitarle el cuchillo de la mano.

Ahora se oía claramente llorar a Meg.

—Dame el cuchillo, Sarah. Es mío.

Se quedó embobada. Le vino una crisis epiléptica. Fui rápidamente con ella, le abrí los dedos a la fuerza y le saqué la hoja del cuchillo.

—Trae una toalla —le dije a Meg.

Meg se movió deprisa.

La hoja del cuchillo se le había clavado hasta la mitad de los dedos índice, corazón y anular. La sangre manaba en abundancia. Meg me dio una toalla y le envolví la mano.

—Yo le sujeto la mano. Tú conduces.

Meg iba en albornoz, pero aun así echó a correr por delante de mí mientras yo llevaba en brazos a Sarah. Me senté en el asiento de atrás del coche de Meg, sujetando con firmeza a nuestra hija y temiendo el momento en que volviera en sí de su crisis. El despertar empezó con un pequeño sobresalto y una patada refleja. Sarah cerró los ojos y los abrió, intentando averiguar dónde estaba. Me miró a la cara y me pareció detectar en sus ojos un destello de reconocimiento, pero entonces vio la toalla empapada en sangre que tenía enrollada en torno a la mano. No sé si fue la imagen o la sensación de dolor que le llegó, pero apenas soltó el primer aliento de un grito antes de desmayarse. Quizás se desmayara por la sangre que había perdido. Yo no lo sabía, y eso hacía que todo fuera más aterrador. Meg se saltaba los semáforos en rojo y conducía inclinada sobre el volante, pero no decía nada. Llegamos a urgencias del Hospital Huntington y entré llevando en brazos a Sarah. La imagen

de la niña inconsciente y la abundancia de sangre nos propiciaron una atención rápida. Si atrajimos miradas de reprobación, no me di cuenta. Los médicos se pusieron a trabajar en la mano de Sarah. Contestamos todas las preguntas médicas y les describimos el incidente. Sólo entonces enarcó una ceja la enfermera, pero otra enfermera oyó la palabra *Batten* y desapareció de la sala toda sospecha de malos tratos domésticos.

Mientras esperábamos, con Meg en albornoz y yo cubierto de sangre, de alguna forma conseguimos llamar a Gurevich; para nuestra sorpresa, se presentó allí enseguida. Nos dejó claro que no había nada que pudiera hacer, pero que quería estar allí con nosotros. Me hacía gracia el hecho de que a menudo la gente te intenta ayudar a base de decirte que no puede hacer nada. *No puedo hacer nada, pero estoy a tu disposición*. Aun así, su presencia nos proporcionó cierto consuelo.

Meg se lo explicó todo a Gurevich.

—La situación no va a mejorar —dijo la doctora—. Es posible que se presenten momentos de lucidez. La demencia es un misterio y se manifiesta de formas muy distintas, sobre todo en los niños. Sé que éste ha sido un episodio aterrador para ustedes.

—Decir eso es quedarse corto —le dije. Estiré el brazo y puse una mano sobre la de Meg—. ¿Qué podemos hacer? Lo de la paranoia es demasiado.

Estaba claro que lo que Gurevich iba a decir no le iba a resultar fácil.

—Necesitan plantearse la posibilidad de ingresar a Sarah en un centro especializado.

Por supuesto, aquello me había pasado por la cabeza, pero no soportaba la idea, y ciertamente no la había compartido con Meg. Agradecí que Gurevich hubiera usado el nombre de mi hija en vez de reducirla a un simple pronombre.

transit lux, umbra permanet

Sarah había sufrido daños graves en los tendones y los nervios de las manos, y aun después de la cirugía no estaba claro hasta qué punto las secuelas iban a ser permanentes; todo aquello, sin embargo, resultaba trágicamente insignificante. La misma Sarah ya no iba a ser *permanente*. Era lo verdaderamente triste de verle la mano tan escayolada e inmovilizada en aquel arnés sobre su pecho delgado y plano; el hecho de que cualquier incapacitación carecería de importancia, no supondría ningún inconveniente. Ella estaba sin decir nada, sin emitir sonido alguno, lúcido o no, desde el frenético

trayecto en coche a urgencias. De hecho, no teníamos evidencia alguna de que fuera consciente de ningún cambio en su situación, salvo el hecho de que le causaba una confusión clara no poder moverse libremente.

En términos abstractos, la idea de hacer los preparativos para ingresarla, de encontrar algún centro que nos resultara aceptable y ponernos en contacto con él, nos parecía casi imposible. Sin embargo, cuando la contrastábamos con la sombría situación, con la vida real, nos dábamos cuenta de que tenía que suceder, de forma que sucedió. Encontramos un lugar que no nos quedaba lejos, cerca del pueblo de Sierra Madre, igual de pegado que nuestra casa al pie de las colinas. Supuse que la familiaridad del paisaje le resultaría en alguna medida reconfortante a mi hija.

El personal era amable, aunque comprensiblemente insensible a nuestra situación, o a cualquier otra, de hecho. La habitación de Sarah se parecía a la de cualquier estudiante de internado, salvo por el hecho llamativo de que nada tenía bordes afilados. Los cabezales y los pies de la cama eran curvados y estaban tapizados. La única mesilla era, por supuesto, redonda, y tenía un tope de vinilo en torno a su circunferencia. El nombre del centro era al mismo tiempo inocuo y grandilocuente, quizás un mal presagio.

El centro lo dirigía una mujer coreana de mediana edad llamada May. Era quizás el ser humano más positivo que yo había conocido nunca. Si hubiera tenido rabo, se habría dedicado a menearlo sin parar. Lo que sí poseía era una sonrisa de oreja a oreja tan luminosa que daba grima. Por un momento me pregunté si aquella electricidad podría curar a mi hija, pero sólo por un momento. Se acercaba mucho a Sarah y le hablaba como si todavía fuera la persona que había sido. Lo hacía todo el tiempo.

—¿Hoy no tienes hambre? —preguntaba May cuando a mi hija se le caía la comida de los labios laxos—. No pasa nada, cielo. A veces yo tampoco tengo.

Fui a sentarme con Sarah y me encontré a May en la habitación, cogiéndole la mano buena y sonriendo. Todavía se quedó un buen rato después de que yo llegara, con su pequeño vientre pegado al regazo de la niña.

—Ha pasado buena noche —dijo May.

Me pregunté qué debía de significar aquello. Estaba claro que a May le conmovía el hecho de que Sarah fuera una niña. Por lo que yo podía ver, no había más niños en el centro.

—Mi hija murió a los siete años —dijo May.

—Lo siento —dije.

—Ya hace treinta y un años. Cáncer.

—¿Se vuelve más fácil con el tiempo?

Se miró un segundo las rodillas y después me miró a los ojos.

—No.

Asentí con la cabeza.

—Sarah está ahí dentro —dijo May.

Vi el Jesucristo que tenía en el brazo. Ni me ofendió ni me generó rechazo. A su manera, era muy dulce.

—Gracias, May. Estoy seguro de que tu hija sigue contigo.

—Pues no —dijo en tono inexpresivo. Y, diciendo eso, se levantó, sonrió y salió.

Cuando May se fue de la habitación, miré a mi hija y me di cuenta de que había desaparecido durante nuestra breve conversación; que, de hecho, ella, Sarah, no estaba en la habitación, ni tampoco dentro de su cuerpo menudo. No había estado allí ni lo estaría. Mientras yo la miraba, experimentó una crisis. No importaba. Le limpié los labios y la barbilla con una toallita de algodón.

Meg se culpaba a sí misma por las heridas de Sarah y creo que también consiguió transformar aquello en sentimiento de culpa por su enfermedad. Cualquiera que estuviera fuera de su cabeza podía ver que era una reacción irracional, pero al mismo tiempo era real y efectiva. Quizás estuviéramos sobreviviendo a la muerte de nuestra hija, pero el proceso de aquella muerte nos estaba matando, y ciertamente nos estaba separando. Nos turnábamos para hacer compañía a Sarah y casi nunca estábamos juntos. Y así pasaron las semanas.

Pasaron los meses. Sarah se siguió apagando. Incluso la sonrisa de May se apagó. El sol siguió brillando todos los días. La luna se movía por el cielo. Yo seguía sentado en aquella habitación, ahora en una butaca abatible junto a la cama o la silla de ruedas de mi hija.

Un miércoles eché un vistazo por la ventana y vi una sombra. Era mediodía y brillaba el sol. Había bajado un osezno de la montaña. Había encontrado el néctar rojo de los colibríes y ahora estaba sentado sobre su culo gordo, lamiéndolo. Me pareció una imagen gozosa; era el oso que Sarah se había pasado la vida intentando ver. Acerqué la silla de ruedas a la ventana. Miré los ojos vacíos de mi hija. Miré al oso. Era tremendamente grande y real y estaba tremendamente vivo. Rodeé a mi hija con los brazos y le dije en tono suplicante:

—Por favor, tienes que ver el oso, cielo. Por favor.

Yo pesaba casi noventa kilos. Tenía las manos grandes. El conteo de hilos de las sábanas de la cama de Sarah no parecía ser más de 180. Las sentí ásperas en las manos. La tela de la funda de la almohada no resbalaba. Sarah no se movía mucho. Nunca se movía mucho. Nunca más se movería mucho, ni mucho ni poco. Le dije a mi hija que la quería. Ella sabía que la quería.

Cuando salí del edificio, May me dedicó una mirada larga y me ofreció una sonrisa cariñosa.

—Había un oso fuera —le dije.

—Lo he visto —me dijo—. ¿Sarah duerme?

—Sí.

—Pues la dejaré que descanse.

—Gracias, May.

ursa



Hacía más calor en Nuevo México.

No se podía decir que les pegaran los nombres Jeff y Roger. Conway y Chet parecían demasiado exagerados. Braden y Don resultaban más apropiados. Pero por desgracia se llamaban Jeff y Roger, una versión discreta de Mutt y Jeff. Jeff se alegró de encontrarme en la cafetería. DeLois, preocupada, guardó las distancias con nosotros.

—Pensaba que nos habías dejado tirados —dijo cuando se me sentaron los dos delante en el reservado. Repasé mentalmente su frase. No habría sido nada exagerado que se llamara Conway.

—No, he tenido que ir a hacer unos cálculos, pasar por la oficina y visitar a mi novia. —DeLois me trajo el café.

—Tráeme un café —dijo Jeff, sin mirarla.

—Un doctor Pepper para mí, por favor —dijo Roger. El *por favor* sonaba a idioma extranjero viniendo de él. Era como si hubiera dicho *bitte*.

—¿Qué novedades hay, pues? —preguntó Jeff.

—Todavía no lo sé —dije.

—Sí que lo sabes.

—No lo sé. —Hice una pausa teatral—. Pero la cosa pinta bien.

Jeff le dio una bofetada del revés a Mutt.

—¿Y qué? ¿Necesitas volver para hacer más pruebas?

—Quizás. Todavía estoy esperando algunos resultados. Las lecturas que ya he hecho las tiene que interpretar otra gente. —Confié en que no me pidiera detalles.

—Y nos comunicarás la noticia primero a nosotros, ¿verdad?

—En la medida en que pueda.

—¿Qué hago yo entonces?

Me encogí de hombros.

Se pusieron de pie.

—¿Todo igual, pues? —dijo Jeff.

—Todo igual —dije.

Después de que se fueran, DeLois vino a mi mesa con una porción gratis de tarta y me la puso delante.

—¿Esto qué es?

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

Me la quedé mirando.

—¿Eres policía o algo parecido?

—No, DeLois. No soy policía. Sólo soy un geólogo.

—Ya, claro —me dijo—. No sé qué te propones, pero más te vale andarte con cuidado. Esos tipos son capaces de matarte en un abrir y cerrar de ojos.

Asentí con la cabeza.

—Gracias por preocuparte. —Miré la oficina de correos del otro lado de la calle—. ¿Has visto el autobús escolar que conducen?

—Sí. —Su tono cambió, se volvió más quedo.

—¿Y has visto a las mujeres?

—Sí.

—Contéstame una cosa: ¿con qué frecuencia viene la policía por aquí? —le pregunté.

—De vez en cuando. Siempre viene el mismo poli. Cuando está por aquí le gusta hablar con Jeff y con el tonto.

—¿Ah, sí?

—Sí.
—Gracias por la tarta —le dije.
—Espero que sepas lo que haces.
—Yo también.
Me comí la tarta y me levanté para marcharme.
—Los jueves —dijo DeLois.
—¿Perdón?
—Es cuando pasa por aquí el autobús. No sé adónde va.
—Gracias, DeLois.
Mientras caminaba hacia mi Jeep, DeLois salió al trote detrás de mí.
—¿Me he olvidado algo? —pregunté.
—Salgo a las seis —dijo.
—¿Cómo?
—Que salgo a las seis. Te invito a cenar en casa.
—No sé —dije. La miré a la cara. Tenía una cara amable—. Muy bien. Volveré a las seis.

Hacía más calor en Nuevo México.

El apellido de DeLois era McIntosh. Me enteré porque lo ponía en un cuaderno en el suelo del sedán japonés viejo y ordinario. Debajo de su nombre, con las mismas cursivas floridas, estaba escrita la palabra «Poesía». Me pilló mirando el cuaderno.
—Hago una clase una vez por semana en Albuquerque.
—Muy bien.
Insistió en llevarme en su coche en vez de que yo la siguiera. Me dijo que había que dar tantas vueltas para llegar a su casa que no conseguiría volver solo. Me llevaría ella hasta mi coche.
—Ir a clase es bueno —le dije.
—No has leído mi poesía —dijo—. Ni la vas a leer. No es apta para el consumo humano.
—Seguro que no es verdad.
—En fin, me gusta la clase. ¿Tú das clases en la universidad? Tienes pinta de profesor universitario.
—Pues sí
—¿De qué?
—De geología.
—Profesor —me dijo—. ¿Y dónde has estado desaparecido? Ya pensaba que no volverías. Y te fuiste sin despedirte.
—He tenido que ir a un funeral.
—Lo siento.
Miré por la ventana. El paisaje todavía estaba bañado en luz.

—Este sitio no es nada feo —le dije.

Se rio.

—Estás tomando demasiadas pastillas de ésas o no las suficientes. —Salió de la carretera para coger un camino de grava—. ¿Estás casado?

—Sí.

—¿A qué se dedica tu mujer?

—También da clases en la universidad. Es poeta.

—No me digas. ¿Te gusta su poesía?

Nadie me había preguntado nunca aquello y me pilló un poco desprevenido.

—Sinceramente, confieso que no la entiendo.

—O sea que no.

—No la entiendo, en cualquier caso. Lo dejaré ahí. Sólo soy un científico.

Al cabo de una docena más de vueltas me quedé convencido de que DeLois había tenido razón sobre el regreso en coche. Terminamos en un camino de tierra que iba por un cañón de paredes altas, con aspecto de estar hecho para inundarse. Me acordé de que DeLois me había dicho que su marido o novio se había ido a la tienda y no había vuelto. Se me ocurrió que quizás simplemente se hubiera perdido.

La cabaña estaba pegada a un risco que parecía geológicamente fuera de lugar. Había un porche que rodeaba la casita y un jardín y el único árbol en varias millas a la redonda, un pequeño sauce del desierto que obviamente había plantado ella.

—Bonito árbol —le dije.

—Lo pasa mal —me dijo.

—¿Tienes electricidad?

—Un generador.

Siempre me había dado envidia la gente que vivía desconectada de la red. Me impresionó DeLois.

—Este refugio lo heredé de mi padre. Era un viejo duro de pelar. De los auténticos.

—Me imagino.

—Hay un pozo —dijo—. Así que no necesito salir en paños menores a hacer aguas mayores.

—Eres una poeta nata —le dije.

El interior de la casita era limpio y modesto. Colorido. Me pidió que me quitara los zapatos en la puerta.

—Me gusta mucho tu casa —le dije—. Me recuerda a ti.

—Ni siquiera me conoces.

—Te conozco un poco.

—Hay ensalada —me dijo—. Y maíz.
—Muy bien.
—Puedes mirar la casa mientras corto verduras. Te ocupará medio minuto.
Para ser cortés, recorrí la casa. Era un hogar. Un hogar pulcro y limpio. Volví a la cocina y me puso a cortar zanahorias e hinojos.
—Así pues, ¿quién se ha muerto? —preguntó DeLois.
—Alguien de mi familia.
DeLois dejó caer el maíz en el agua hirviendo y me miró un segundo.
—¿Por qué estás aquí?
—Porque me has invitado.
—En Nuevo México.
—Buscando petróleo.
Se apoyó en el fregadero y se me quedó mirando.
—¿Qué quieres que te diga?
Me siguió mirando.
—Estoy aquí por las mujeres del autobús.
Me escuchó.
Supe que, si se lo contaba todo, únicamente conseguiría confundirla, de forma que opté por la concisión:
—A esas pobres mujeres las tienen esclavas.
—¿Cómo lo sabes?
—Lo sé. Me lo han dicho. La forma en que lo averigüé es complicada. Necesito hacer algo, pero no sé el qué.
—Ya te dije que no te enredaras con esos tipos. Me dan un miedo tremendo.
—A mí también.
—Llama a la policía.
—La historia de cómo me enteré de la situación de esas mujeres es complicada y parece una locura. Y no estoy seguro de poder confiar en la policía. De hecho, he ido a Ciudad Juárez y he hablado con la policía. Una de las mujeres es de allí. Se llama Rosalita González.
—¿Estás seguro de todo esto? —me dijo.
—Sí.
—¿Y qué vas a hacer entonces? —Le oí el miedo en la voz.
—No lo sé. Quizás nada —dije.
Comimos sentados en el sofá de velvetón marrón. Hasta que se puso el sol no hubo gran cosa que ayudara a soportar el calor. Las ventanas estaban abiertas del todo. Me sorprendió ver murciélagos en el cielo crepuscular. Se lo comenté.
—Vienen a veces —me dijo—. Los ahuyento y ya está. No pasa nada por un poco de rabia entre amigos.

Si no me había caído bien DeLois antes, me caía bien ahora. La verdad era que me había caído bien desde el principio. En aquel momento su sonrisa me recordaba a la de May. Me acordé del ligero asentimiento de la cabeza para transmitir reconocimiento o aprobación o comprensión que me había dedicado May al marcharme aquella noche de la clínica. La sonrisa de DeLois, igual que la de May, no ofrecía exactamente optimismo, sólo un simple y llano ofrecimiento. De forma que comimos, mientras fuera los murciélagos chillaban como tarabillas.

DeLois me contó historias de sus padres, sobre todo de su padre. De su trabajo, que era una necesidad. De sus clases. Clases de cerámica, cuya evidencia nos rodeaba. De macramé. De reparación de neveras.

—¿En serio?

—Sí, ya he arreglado dos veces la nevera de la cafetería. También sé reparar el coche. Aquí hay que ser autosuficiente.

—Estoy impresionado.

—Quiero ayudar —me dijo.

—¿Perdón?

—Con lo de las mujeres. Deja que te ayude.

—¿Con qué me vas a ayudar? ¿Y cómo?

—Es muy fácil acabar solo en el mundo. Aunque no vivas en un sitio perdido como yo. —Me tocó la mano.

—Deberías llevarme a mi coche —dije.

—No hace falta que te marches.

—Deberías llevarme a mi coche.

Y me llevó.

Llamé a Meg y lidiamos con un silencio tenso.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—No lo sé —le dije—. Lo siento. Necesito estar solo. ¿Estás bien? —Era una pregunta idiota.

—¿Vas a volver a casa?

—Sí. Te quiero, Meg.

No dijo nada.

—Volveré a casa pronto.

Me colgó.

Decir que me sentía mal era quedarme corto. Racionalicé mi indulgencia a base de pensar que todo el mundo tiene su manera de procesar el dolor. La racionalización en sí misma también era una indulgencia. Intenté dormir. Estoy bastante seguro de que lo conseguí. Y seguramente soñé. Y seguramente los sueños me inquietaron. Seguramente.

Una vez más, en mi cuartucho destartalado del Motel 6, me dediqué a mirar el techo mientras escuchaba las noticias de la CNN, oyendo que el mundo tenía lugar en otro lugar pero sin asumirlo. Me dedicaba a consumir comida que nunca habría dejado probar a mi hija. Comía por estrés, o por aburrimiento, o por lo que fuera; esa manera inconsciente de comer que te engordaba y te acababa matando. *Tell everybody I'm drinking again/Doctor said it'd kill me, but he didn't say when.*

Moví el termostato del ruidoso aparato de aire acondicionado de debajo de la ventana hasta que hizo el frío suficiente como para poder taparme con la manta y la sábana, como si necesitara alguna clase de capa que me aislara de todo lo que existía. Era lunes por la noche. Faltaban tres días para el jueves.

Hacía más calor en Nuevo México.

Encontré la carretera rural de las Quebradas justo al norte de Socorro, en un desvío de la Interestatal. Era primera hora de la mañana. Crucé el Río Grande y me imaginé que muy pronto lo volvería a cruzar un poco más al sur. Dejé atrás la colección de casas humildes que era la aldea todavía dormida de Pueblito. Era agradable conducir el Jeep por un camino rural en vez de por la autopista. Me producía una sensación de soledad, aunque no estaba solo ni mucho menos. Conduje despacio, preguntándome qué iba a hacer. Me habría resultado fácil recoger mis cosas y conducir de vuelta a Los Ángeles, pero sabía que no lo iba a hacer, que no podía. A medida que me iba adentrando en aquella nada transitoria, me sentía más relajado; mi respiración encontró un ritmo familiar y empecé a ver el paisaje con mayor claridad. Los colores que me rodeaban eran castaños intensos, rojos y ocres; «un arco iris del desierto», lo había oído llamar una vez. Los cactus ya habían perdido las flores, pero seguían siendo preciosos. Me imaginé que lo veía todo en compañía de Sarah. Y luego de Meg. Me di cuenta de que todavía amaba a mi mujer, y sin embargo aquí estaba yo, habiéndola abandonado. Habiéndola dejado completamente sola. ¿Para poder hacer algo bueno? ¿Para poder redimirme de alguna forma? Odiaba la idea de redención. Pero aquí estaba yo, en el mundo, en este mundo. E iba a hacer algo.

Paré el coche y salí a caminar por entre las chollas y los ocotillos. Ya hacía un calor extremo. No me cupo duda de que, para cualquiera que pasara volando por encima de mí o en coche por las inmediaciones, yo debía de parecer el estereotipo ridículo de un científico o de un explorador, todo vestido de caqui, con pantalones

largos y camisa de manga larga para protegerme de la inclemencia del sol. O quizás para protegerme de la intensa luz de Dios. Si existía Dios, no se le daba bien su trabajo. Al parecer era demasiado trabajo escuchar las plegarias de todos los que realmente importaban, los fieles, los piadosos, los engañados y los tontos. Mis zancadas torpes y desmedidas me llevaron demasiado cerca de una serpiente de cascabel. La vi antes de que le hiciera falta avisarme, pero aun así nos escrutamos con cautela mientras yo la esquivaba. Me pregunté si quizás sería Dios, que había salido a pasear (o a reptar) igual que yo, por la paz y la soledad del desierto. Me apoyé en una rodilla y examiné el rastro de lo que me pareció que debía de ser un zorro del desierto. Quizás fuera Dios. Dios tenía que estar en alguna parte. Así pues, ¿por qué no iba a estar perdido en el desierto? Eso explicaría muchas cosas.

Volví a mi Jeep y conduje hasta el final del camino. Sólo era mediodía. Seguí rumbo al norte por lo que supuse que debía de ser la vieja carretera sin asfaltar de alguna mina. Durante ocho kilómetros discurría recta como una flecha y luego giraba al este durante un trecho, fundiéndose con un camino primitivo que tenía más pinta de torrente pedregoso que de otra cosa. Me acordé de una vez en que había seguido indicaciones para llegar a un lago de alta montaña situado en la parte norte de Nuevo México. Me habían dicho que era una suerte que tuviera tracción en las cuatro ruedas, y resultó ser cierto, porque me tocó ascender por roca pura y abrirme paso por baches profundos. No vi ni un solo coche durante la media hora que necesité para conducir ocho kilómetros. Al llegar, sin embargo, me encontré la orilla salpicada de coches, y además coches normales, Pintos y Datsuns y Chevy Vegas. Era una imagen tan asombrosa que le pregunté a una mujer que estaba pescando si había otra carretera que subiera hasta allí. Se me quedó mirando con expresión de ligero interés y me dijo: «No, sólo hay una».

Seguí la senda primitiva en dirección sur y confié en que no lloviera. Habría sido un desastre que lloviera. El camino no sólo no mejoró, sino que terminó por desaparecer del todo a medida que la ladera se aplanaba; justo entonces apareció ante mí una autopista. Cuando llegué a ella, me di cuenta de que era, de hecho, la 380, la autopista que me había llevado tantas veces de San Antonio a Bingham y al complejo de los nazis. Había cerrado el círculo; parecía que no podía escapar.

Pasé por delante de la cafetería, confiando en que DeLois no me viera pasar, y seguí hasta el desvío que llevaba al complejo. Pasé de

largo y seguí colina arriba durante un trecho suficiente para poder aparcar detrás de un barranco sin que me vieran. Observé a los nazis con mis prismáticos. Me acordé de mi amigo, el que había muerto en un accidente de helicóptero en el Cañón.

Me quedé mirando durante una hora larga bajo aquel sol, consumí el agua que me quedaba y por fin me rendí. Allí no pasaba nada de nada. Si por lo menos pudiera haber encontrado a unos cuantos nazis interesantes, trabajadores… pero aparte de tener esclavas, me mataban de aburrimiento. ¿Por qué no estaban construyendo un vehículo blindado o un misil balístico? Pues no: estaban dentro de su casita, comiendo bocadillos de mortadelas o haciéndose pajas entre ellos. Aun así, mis nazis me daban miedo.

Hacía más calor en Nuevo México.

Los golpes en la puerta llegaron cuando ya me estaba quedando dormido y casi me matan del susto. Me planteé no abrir la puerta. Si hubiera tenido una ventana practicable en el lavabo, me habría escapado por ella. La voz de DeLois penetró en la neblina de miedo y me espabiló. La idea de abrir la puerta me seguía produciendo graves reservas, pero aun así la abrí. La abrí y me encontré con DeLois y con cinco personas más, tres mujeres y dos hombres, todos con aspecto muy serio.

—DeLois, ¿qué haces aquí? —le pregunté.

—Venimos a ayudar.

Eché un vistazo al aparcamiento.

—Entrad.

Entraron y se quedaron de pie en torno a la mesilla redonda que había junto a la ventana.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Por tu Jeep. Sólo hay dos moteles en el pueblo —dijo DeLois.

—Y conozco al encargado —dijo una mujer blanca bajita y redonda. Llevaba el pelo recogido en un moño gris bien prieto.

—¿Quiénes sois? —les pregunté. Quizás mi tono pareciera irritado, pero estaba más confundido que otra cosa.

—Son de mi taller de poesía —dijo DeLois.

—¿Poetas? —Retrocedí un paso y me senté en la cama más cercana—. ¿No os podéis volver a vuestras casas?

—Queremos ayudar —dijo un joven alto y delgado que me pareció que quizás fuera latino, o nativo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Lo interpretaron como invitación a presentarse todos.

—Me llamo Jaime —dijo el joven.

—Grace —dijo una mujer negra y alta con trenzas.

—Rosalva. —Era extremadamente bajita y se la veía la más joven de todos. Llevaba unas botas con plataformas de por lo menos diez centímetros.

—Ernesto —dijo un hombre latino de mi edad con un impresionante bigote entrecano. Llevaba chaqueta de camuflaje desértico.

—Georgia —dijo la anciana del moño gris. Le miré el cinturón de conchas nativas y la falda con vuelo y pensé: claro.

—No lo entendéis —dije—. No os quiero conocer. Necesito que os marchéis.

—¿Este jueves? —preguntó DeLois.

—¿Cómo? —Negué con la cabeza.

—¿Lo vamos a hacer o no? —preguntó Ernesto.

—¿Adónde las vamos a llevar? —preguntó Georgia.

—A la policía —dijo Rosalva.

Jaime se rio.

—No podemos confiar en la policía.

—A la policía de Albuquerque —dijo Rosalva.

—No se puede confiar en ninguna policía —dijo el joven—. El agente que viene por aquí, Jeff, antes era policía en Belen.

Todo el mundo guardó unos segundos de silencio.

—Así pues, nada de policía —dijo Jaime.

—Tiene razón —dijo DeLois—. Nada de policía de ninguna clase.

—¿Y el policía tribal? —preguntó Georgia.

—Los jueves se va a pescar —dijo Ernesto.

Se rieron todos.

—Podemos ayudar de verdad —dijo DeLois. Caminó hasta la cafetera, cogió la jarra, entró en el baño y la llenó en el lavamanos.

—¿Ayudar con qué?

—Sé lo que te propones —dijo ella—. Si no, ¿por qué ibas a estar aquí? Te fuiste y has vuelto. No sé cuál es tu historia, pero estás haciendo lo correcto. Todos pensamos que estás haciendo lo correcto.

—¿Y qué es lo que hago?

—Ya lo sabes.

—Quizás las podamos esconder en nuestras casas —dijo Grace.

—¿A las quince? —dijo Ernesto.

—No es buena idea —dijo Rosalva.

Jaime se dio la vuelta, retiró la cortina y se asomó al aparcamiento.

—Son unos tíos chungos. Unos cabronazos.

—Jaime —dijo Georgia, escandalizada por aquel lenguaje.

—Pero es que lo son —dijo Jaime—. Hacen que me cague de miedo. Son del KKK o algo así. Nazis. Nos matarían a cualquiera de nosotros sin dudarlo.

—Es verdad —dijo Georgia.

—A México —dije yo. No me podía creer que estuviera oyendo mi propia voz. Sentí que me sorprendía a mí mismo, o quizás que me traicionaba.

Me miraron, confundidos por el hecho de oírme hablar.

—¿Cómo? —dijo Ernesto.

—A México —repetí.

—Es brillante —dijo Georgia.

—¿Cuántas hay? —preguntó DeLois.

—No lo sé. Doce, quince. —No me podía creer que estuviera teniendo aquella conversación—. No importa. No vamos a hacer nada.

Nos quedamos sentados en silencio durante un rato que se hizo muy largo. Por fin, DeLois preguntó:

—¿Cuántos hombres había con ellas la última vez?

—Dos —dije—. Yo vi a dos.

Otro silencio

—Voy a tener que robarles el autobús —dije.

Hacía más calor en Nuevo México.

Al día siguiente encontré el número de teléfono del teniente Deocampo y lo llamé. Contestó a la llamada y se quedó claramente sorprendido de oír mi voz.

—¿Señor Wells? ¿Cómo está usted?

—He estado mejor. Si llego a la frontera con unas refugiadas, ¿las podrá recoger?

—¿Refugiadas?

—Rosalita González y unas cuantas más.

—¿Qué me está diciendo exactamente, señor Wells?

—Que voy a llevar a unas ciudadanas mexicanas a través de la frontera. Han estado cautivas aquí y me las voy a llevar a Ciudad Juárez. ¿Nos puede esperar usted allí?

Hubo una larga pausa al otro de la línea.

—¿Teniente Deocampo?

—¿Sí?

—No estoy loco —dije.

—Ya lo sé.

—Muy bien. Entonces, ¿puede estar allí?

—¿Cuándo?

—Mañana, no sé a qué hora.
—¿Cuántas son?
—No estoy seguro. Quizás trece o catorce. ¿Acaso importa?
—¿Y cómo va a trasladar a tanta gente? —preguntó.
—¿Nos puede esperar allí?
—¿Corren ustedes peligro? —preguntó—. Debería llamar a la policía. —Escuchó mi silencio—. ¿Señor Wells?
—Le llamaré para darle una hora.
—¿Señor Wells?
—¿Teniente?
—Tenga cuidado, amigo.
—Gracias.

Soñé que escalaba por la abrupta pared de una montaña. Era una pared de roca con partes de hielo aquí y allá. Iba clavando pitones, atando nudos, cerrando mosquetones y toda la pesca, a pesar de que nunca he escalado. Así pues, aunque me dedicaba a escalar como si supiera lo que
hacía, en realidad mi actividad era un absurdo total. Pronto me quedó claro que ni siquiera sabía si estaba subiendo la pared o bajándola. Estaba escalando junto con un hombre que me resultaba muy familiar, aunque no lo conocía de nada. Dentro del sueño, me pregunté si era posible conocer en sueños a alguien a quien no conoces de tu vida despierto. ¿Qué habría significado el hecho de reconocer a mi compañero? Mientras me lo preguntaba, todos los pitones se soltaron de la pared de roca, todos los nudos se deshicieron, todos los mosquetones se abrieron y de pronto estábamos cayendo al abismo los dos, codo con codo. Mi amigo desconocido me miró, sonrió y me dijo:
—Lo único que puedo decir es que la gravedad es una hija de puta.
—Muy de acuerdo —dije.
—Eso y que Dios me odia —dijo.
—Pues ódialo tú también.

Llovía casi todas las tardes. A lo largo del día se iban formando nubes de tormenta sobre las montañas. La electricidad flotaba en el aire y la notabas por mucho que no vieras relámpagos. Pero también los había; a veces eran destellos blancos cegadores y otras veces esos rayos típicos de las bobinas de Tesla. Habría sido reconfortante relacionar aquella electricidad, con algún, no sé, poder, pero no era más que electricidad. Por muy preciosa y peligrosa que fuera, era pura química y física, no una obra de ingeniería. Contemplé cómo la tormenta se alejaba desde la oscuridad del aparcamiento del Motel

6. En la puerta de al lado había un restaurante de comida rápida y me planteé pasar por allí, ya que se me había acabado la fruta. Había sido Sarah, sin duda influida por su madre, quien me había hecho chantaje emocional para que abandonara aquella clase de comida. «Suicidio lento», la llamaba.

Aquel mismo día había pasado por la biblioteca pública de San Antonio. El edificio que la albergaba no era mucho más grande que la biblioteca móvil a donde solía ir en mi vecindario de Chicago cuando era niño. Me conecté a Internet y leí la historia de las mujeres muertas y desaparecidas de Ciudad Juárez. Era una historia que ya conocía, pero mi conocimiento previo no hizo que me resultara menos triste ni atroz. A mi lado, frente a otro ordenador, había sentado un anciano latino que me pareció que estaba leyendo por encima de mi hombro. Me sonrió.

—Está bien, esta biblioteca —le dije.

—Vengo todos los días —dijo.

—¿Ah, sí?

—Espero aquí mientras mi hija trabaja.

—Ya veo.

—Vivimos en Belen.

—Eso queda lejos —dije.

Asintió con la cabeza.

—Pero es aquí donde tiene el trabajo. Antes vivíamos cerca de Taos. Yo tenía ovejas. A mi hija le da miedo que me ponga enfermo y que ella esté demasiado lejos.

—Ya veo.

—Tampoco es que pueda hacer nada. No es médico. —Hizo una pausa—. Trabaja en el Lotta Burger. Es un buen trabajo. Espero que lo pueda conservar.

Me pareció que estaba mirando mi pantalla.

—Qué lástima lo de esas pobres mujeres —dije. Moví el monitor para orientarlo más hacia mí.

—¿Cómo? —me preguntó. Y luego, como si acabara de caer en la cuenta—: La muerte llega cuando llega. Se lo digo siempre a mi hija. Tengo noventa y dos años. No me quiero pasar el día sentado en la biblioteca. Supongo que ella prefiere que me muera en la biblioteca antes que en mi cama.

—Estoy seguro de que no es eso lo que piensa.

—No piensa —me dijo.

—La muerte da miedo a la gente —le dije.

—La culpa da miedo a la gente.

—Estoy seguro de que no es su caso —dije, obviamente sin saberlo. Le miré la perilla canosa y rala—. La culpa es una cosa

terrible.

Allí estaba yo, en el margen polvoriento del aparcamiento de aquel Lotta Burger en el que trabajaba la hija del anciano. O por lo menos me imaginaba que era el mismo. ¿Cuántos restaurantes de la cadena Lotta Burger podía haber en San Antonio, Nuevo México? Sólo había aparcado un coche aparte del mío, un Audi SUV plateado último modelo muy fuera de lugar. A su lado, bajo la luz amarillenta del letrero del Lotta Burger, había una pareja vestida con ropa cara, un hombre blanco de mediana edad y una mujer blanca joven, ninguno de los dos terriblemente atractivo. Estaban comiendo unos conos de helado cremoso y parecían felices.

Hacía más calor en Nuevo México.

El jueves por la mañana amaneció un día atípicamente nublado. Las nubes oscuras tenían un tinte verdoso y la lluvia era una perspectiva bastante inevitable. Estaba sentado en el asiento del copiloto de un descapotable Saab de mediados de los setenta estacionado en el aparcamiento de la tienda de comestibles Smith's. Era el coche de Georgia. Ella iba sentada al volante, con unos auriculares puestos por debajo del moño gris. Estábamos esperando.

Lo iba a intentar. Ya no estaba solo. Tenía ayuda. Tenía a poetas. Lo que no parecía tener era sentido común.

—¿Te gusta la música? —me preguntó Georgia, sacándose el auricular de la oreja.

—Sí —le dije—. El jazz, supongo. —Mientras intentaba responder, se me ocurrió que quizás yo no fuera precisamente un amante de la música. No tenía ninguna respuesta real ni concreta a su pregunta —. ¿Qué escuchas?

—Te vas a reír —me dijo.

—Lo dudo.

—Jefferson Airplane. ¿Los conoces? ¿Grace Slick?

—Creo que los he oído —mentí.

—¿«White Rabbit»?

Sonreí como un tonto.

—¿Quieres oír un poco? —me ofreció los auriculares y su teléfono.

—No, gracias.

Nos quedamos un rato sentados sin hablar.

Con los auriculares puestos una vez más, se puso a comer de una bolsa de Doritos.

—Es fantástico lo que estás haciendo —dijo—. No hay mucha gente que lo haría.

—Está por ver si lo termino haciendo o no.

—Lo harás. ¿Te puedes creer que vivamos en un mundo así?

Negué con la cabeza.

—¿Te importa si te pregunto por qué lo haces? —Apagó la música y se quedó mirando conmigo el ajetreo del aparcamiento.

—No lo sé. Porque está bien ayudar a alguien.

—Ojalá más gente pensara así. Hay muchísimo odio. En mis tiempos conocí a Stephen Stills.

—¿A quién?

—El de Crosby, Stills, Nash and Young.

Me sentí perdido.

—Eran una banda de los sesenta. Stephen escribió «Love the One You're With». Seguro que la has oído. —Me cantó unos cuantos versos de la canción.

—Me suena —dije.

—Todo era completamente distinto por entonces —dijo Georgia—. Woodstock. Había mucho amor. Qué tiempos aquellos.

—Ya lo creo. Los buenos tiempos. —No detectó mi ironía.

—DeLois cree que eres fantástico. Loco, pero fantástico.

—No le falta razón.

Georgia se rio. Miró el cielo.

—Va a llover. ¿Eso es bueno o malo para tus planes?

No dije nada.

—Son los mexicanos quienes deberían estar construyendo un muro para protegerse de nosotros, ¿no crees?

Yo no había pensado para nada en política, ni en mexicanos ni en americanos, fueran negros, morenos o blancos. Estaba allí para devolver a sus casas a Rosalita González y a sus amigas. Estaba allí para salvar a alguien, a quien fuera. Lo necesitaba.

Al otro lado del aparcamiento, junto al edificio de la tienda de comestibles, divisé el pequeño Datsun de DeLois. A su lado estaba sentada Grace; le pude ver el pelo. Teníamos un plan tan vago que no llegaba a plan, y que básicamente consistía en que yo sacara a las mujeres a hurtadillas de la tienda, las metiera en el autobús y después lo condujera hasta El Paso y cruzara la frontera con México. Nunca había tenido afición a las drogas; aun así, en aquel momento no me habrían ido nada mal unas cuantas pastillas mejor o peor recetadas.

Ernesto era amigo del encargado de la tienda, de forma que tanto él como Jaime se habían puesto delantales y se estaban haciendo pasar por sus empleados. La única ventaja que presentaba nuestro plan era su vaguedad. Como era vago, también era flexible. Sólo había una observación de mi última visita a aquella tienda que

pareciera importante y en última instancia reconfortante: no había visto armas de fuego.
Por supuesto, aquello no significaba que no las hubiera, pero por lo menos yo no las había visto.

Pasó una hora, el cielo se encapotó y el aire se volvió cada vez más húmedo y caluroso. Me entristeció que lloviznara, porque significaba que necesitábamos dejar puesta la capota del descapotable, y me habría ido bien que corriera el aire. DeLois y Grace parecían estar charlando y moviendo las manos. Ernesto y Jaime fumaban sin parar, apoyados en las puertas batientes. Georgia tenía un libro abierto sobre el regazo, aunque yo sospechaba que estaba durmiendo. Hacía mucho rato que no pasaba página.

La situación en sí ya me aterraba. Yo estaba mostrando muy poco o ningún tino frente a un enemigo superior, provisto de un deseo y una capacidad de hacer daño mucho mayores que los míos. Había una palabra, sin embargo, que transformaba mi miedo en pánico: *poetas*.

—Mi mujer es poeta —dije, sorprendiéndome a mí mismo.

—¿Ah, sí?

—Ha publicado dos libros.

—¿Cómo se llama?

—Margaret Petry.

—Conozco su obra —dijo Georgia, con emoción—. Leímos un poema suyo en nuestro taller.

—El mundo es un pañuelo.

—Es verdad, ¿eh? Espera a que se lo cuente a DeLois. Imagínate. Se lo voy a contar ahora mismo. —Desconectó los auriculares del teléfono e hizo la llamada.

—¿Qué pasa? —preguntó DeLois.

—Adivina quién es la mujer de Zach.

Hubo un silencio largo al otro lado de la línea.

—Margaret Petry.

El silencio continuó.

—¿Te acuerdas de ella? Leímos un poema suyo en clase.

Grace soltó una exclamación.

—Ah, sí —dijo DeLois—. Era bueno.

Georgia miró su teléfono.

—Ha colgado —dijo.

Al cabo de un par de minutos me ofreció un botellín de agua.

—No, gracias.

—¿Y tenéis hijos?

—El autobús —dije.

—¿Qué?

—Ahí está el autobús.

Hacía más calor en Nuevo México.

Allí estaba el autobús, como un crucero amarillo amarrado cerca del mismo costado del edificio donde estaban aparcadas DeLois y Grace. Esta vez sólo las acompañaba un hombre. Yo no lo recordaba del complejo. Por desgracia, en medio de aquel paisaje era imposible no verme, y el tipo se acordaría
de mí por mucho que antes sólo me hubiera visto de lejos. Conté a las mujeres mientras salían del autobús. Eran once.

—Muy bien —dije. Y agaché la cabeza en mi asiento.

Georgia arrancó el Saab. Pasó junto al autobús y se detuvo en la parte de atrás de la tienda.

El plan era muy simple, me dije a mí mismo, consciente de que ese hecho ya debería haber hecho saltar las alarmas. Aun así, la suerte me favorecía. Sólo había un hombre vigilándolas.

Ernesto me abrió la puerta de la zona de carga. Me impactó al instante el frío que hacía dentro. Lo seguí a través de un portón muy ancho del que colgaba una cortina de tiras de plástico y saludé con la cabeza a un par de hombres que trabajaban allí. Parecieron sorprendidos de verme, aunque en ningún momento los vi alarmados. Ernesto me detuvo frente a unas puertas batientes que tenían ventanillas redondas. Me retuvo allí con una mano pegada a mi pecho y agarrando con la otra el amortiguador de caucho negro de una de las puertas. La fuerza de su mano me indicó lo aterrado que estaba. Aquello me conmovió. Lo que estábamos haciendo no era ningún juego, y aquellos tipos, aquellos poetas, lo sabían. Simplemente eran buenas personas. Me estaban ayudando porque eran personas buenas y decentes que querían hacer algo bueno y decente. Yo, en cambio, no sabía por qué estaba allí.

Ahora que sólo había un guardia al que distraer, el plan todavía era más simple. Grace se iba a encargar de aquella parte. Grace, Georgia y el encargado de la tienda. DeLois se quedaría en su coche, ya que había servido a muchos de los nazis en la cafetería y era probable que la reconocieran. Rosalva pasaría junto a todas las mujeres por los pasillos de la tienda y les diría en español que fueran al rincón del fondo. Jaime trabajaba con coches y me había asegurado que podría arrancar el autobús. También creía que la llave estaría puesta. Afirmaba que nadie sacaba nunca del contacto la llave de un autobús. Yo no lo puse en duda.

Las mujeres se pusieron a elegir sus compras cerca de mí, en las inmediaciones de la sección de los huevos. Luego vi a Rosalita y ella

me vio también. Me llevé el dedo a los labios y le pedí que se mantuviera tranquila y en silencio. Luego se oyó a una mujer que gritaba en la parte delantera de la tienda. El grito nos sobresaltó a todos, aunque quizás a nadie tanto como a mí. Y entonces reconocí la voz de Grace.

—¡Este hombre me ha tocado! —gritó Grace—. ¡Encargado! ¿Dónde está el encargado?

—¡No te ha tocado nadie, mujer! —ladró el hombre.

—¡Acosador sexual!

—¡Hostia puta! —dijo el hombre.

Pasé junto a Ernesto y le hice una seña a Rosalita para que viniera conmigo.

—Rosalita —le susurré—. Vámonos. Tenemos que darnos prisa.

—Todas vosotras —dijo Ernesto—. Vámonos. Ahora.

Las once mujeres desfilaron por el pasillo mientras Ernesto les aguantaba la puerta abierta. Los hombres que trabajaban en la trastienda dejaron lo que estaban haciendo y miraron cómo nos escabullíamos. Un hombre gordo con delantal nos aguantó a un lado la cortina de tiras de plástico. Los truenos retumbaban cuando salimos de la tienda. El cielo se había abierto y estaba lloviendo a mares. La lluvia caía mezclada con un granizo que se me clavó un poco en la cara cuando levanté la vista.

Jaime nos esperaba en la esquina del edificio y encabezó la marcha hasta el autobús.

—Las llaves no están puestas, pero lo he podido arrancar —me dijo —. No apagues el motor.

Pasamos corriendo junto al coche de DeLois. Vi que me dedicaba un gesto con el puño en alto.

—Vamos —les dije a las mujeres.

Se metieron en el autobús de una en una, demasiado despacio para mi gusto. Cada una se parecía más a mi hija que la anterior. Rosalita fue la última en subir. A diferencia de las demás, no se la veía confusa ni asustada. Tenía un aspecto decidido. Sus rasgos eran suaves, pero los había endurecido, no para formar una máscara, sino de una forma que permitía verle con mayor claridad la cara.

Jaime me cogió la mano y me la estrechó con vigor. Le noté la admiración en la cara.

—Buena suerte, amigo —me dijo—. Y acuérdate, no apagues el motor, porque yo no voy a estar para encenderlo.

—Entendido. Nada de apagar el motor. —Subí al autobús y me giré hacia él—. Gracias.

Fue un poco como ponerme a los mandos de la lanzadera espacial; no tanto porque la cabina del autobús me resultara desconocida —a

fin de cuentas, no era más que un coche grande—, sino por lo extraño de las circunstancias. El motor del autobús sacudió la estructura entera. Saludé con la mano a DeLois. Me las vi y me las deseé para poner aquella bestia en primera marcha y me acordé de que cuando estaba aprendiendo a conducir mi padre me decía: «más suave, que vas a partir el cigüeñal». Llovía mucho y apenas veía nada. Busqué el botón del limpiaparabrisas y lo encontré casi por accidente. El único brazo gigante barrió el parabrisas. Pasé a segunda y me entró el miedo a la señal de stop que había al final de la cuesta. Estaba seguro de que, si me paraba, se me calaría el motor, de forma que decidí seguir adelante por mucho que viniera tráfico por la travesía, confiando en que cualquier persona razonable se apartaría de un autobús grande y amarillo conducido por una persona nada razonable. Me apoyé en la bocina cuando llegué al cruce.

Vi por el retrovisor que el nazi salía corriendo de la tienda de comestibles y se sacaba del bolsillo de los pantalones algo que al principio me pareció que era un móvil, pero era una pistola. Nos disparó sin miramientos ni consideración. Varias balas alcanzaron el autobús. Las mujeres chillaron. Grace, Jaime y Ernesto se metieron otra vez en la tienda para ponerse a cubierto. Me dio miedo que pudieran correr peligro. Entre la fuerte lluvia y el sufrido motor del autobús, no pude oír el retumbar de la pistola, pero sí que vi con claridad su retroceso. Me pregunté dónde habrían impactado las balas. Siguiendo el plan, me metí por el acceso que iba al norte para coger la interestatal. La abandoné en la salida siguiente, volví a cruzar por encima de la autopista y puse rumbo al sur. El viejo autobús bramaba por la ancha carretera; el pobre sonaba como si el estruendo no fuera a remitir nunca, porque al tener sólo tres marchas no había forma de evitarlo. Por desgracia, el ruido no se traducía en velocidad. Éramos como un gordo que corría tanto como podía por la arena.

—*¿Adónde vamos?* —preguntó Rosalita. Estaba de pie a mi lado. De hecho, me sobresaltó.

—Deberías sentarte —le dije.

No se movió.

—Siéntate, por favor —dije.

Se sentó detrás de mí y se inclinó hacia delante.

—¿Adónde vamos?

—A México —le dije.

Rosalita se giró hacia las demás.

—*¡Vamos a México!*

Me llegaron vítores de las mujeres. Por alguna razón aquello me hizo mirar el medidor del nivel de la gasolina. Nunca había creído en aquella cosa optimista/pesimista del vaso medio lleno o medio vacío, pero ahora vi que el tanque estaba medio lleno y me di cuenta de que no íbamos a llegar a la frontera.

Rosalita volvió conmigo y me habló rápidamente en español.

—Más lento, por favor… —le pedí.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? —me dijo en inglés.

—Me llamo Zach.

—Zach —les anunció a las demás.

Oí que un par de ellas decían «señor Zach».

—Gracias, señor Zach —dijo Rosalita.

Asentí con la cabeza. Miré por el retrovisor y no vi nada sospechoso detrás de nosotros, sólo camiones remolque y furgonetas, ninguno de los cuales permanecía mucho rato detrás de nosotros. Comprobé mi velocidad y me pregunté cómo de preciso sería el velocímetro, aunque no creía que el autobús fuera capaz de rebasar la velocidad límite. Presté una atención especial a aquello, por miedo a que, si hacía algo inusual, como ir demasiado despacio o pasarme al otro carril, algún policía nos vería y me pararía. Iba conduciendo un autobús robado y, a todos los efectos, era culpable de secuestrar a aquellas mujeres. Me fijé en que unas cuantas se habían apiñado en la parte de atrás. Pasaba algo.

—¿Qué ocurre? —dije, pero no me oyó nadie—. ¿Rosalita? —Volvió —. ¿Qué está pasando?

—Una bala ha alcanzado a Maribel —dijo, con demasiada calma para mi gusto.

—¿Qué?

—En el brazo. Está bien.

Hice cálculos mentales. Los nazis tardarían más de una hora en llegar a la tienda y a la autopista desde el complejo. Y quizás otra hora en descubrir que no estábamos yendo al norte. Yo necesitaba dar por sentado que lo iban a averiguar. Confiaba en que no tuvieran camaradas, ni en la policía ni en otros lugares, a los que pudieran llamar para que nos buscaran.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó Rosalita en inglés con dificultades.

—*Enviaste un mensaje* —dije, imaginándome que le debía la consideración de contestar en español con las mismas dificultades. Me agarré el cuello de la camisa y me lo subí—. *Mensaje*. Una nota.

—Sí —dijo, entendiéndome—. Mandé una nota. ¿Por qué estás haciendo esto?

No la entendí.

—¿Por qué?

—Mi hija me dijo que tenía que ayudaros —dije sin pensarlo—. *Me envió mi hija*. *Mi hija.*

—Voy a pasarme al inglés —me dijo.

—*Gracias*.

Miró hacia atrás en dirección a las demás mujeres del autobús.

—¿Cómo está Maribel? —le pregunté.

—Más o menos bien.

—*Tres horas* —le dije—. Llegamos a México en *tres horas*.

Asintió con la cabeza.

—Gracias —dijo.

Me imaginé que le preguntaba cómo había llegado hasta allí, cómo la habían raptado, pero no sabía cómo preguntárselo y la verdad era que tampoco quería saberlo. Las nubes bajas y oscuras estaban dispersas sobre el paisaje, de manera que íbamos entrando y saliendo de chaparrones. El limpiaparabrisas seguía funcionando, porque yo no sabía dónde estaba el botón. Entre una tormenta y la siguiente, yo oía lo calladas que estaban las mujeres; ni reían ni lloraban ni hablaban. De vez en cuando, alguna tosía.

Me sonó el teléfono y, como todo lo demás aquel día, me sobresaltó. Contesté y me di cuenta de lo difícil que era manejar el volante enorme del autobús con una sola mano. Era DeLois.

—¿Va todo bien? —me preguntó.

—Sí. ¿Vosotros estáis bien?

—Todos bien —dijo.

—Gracias. Dale gracias de mi parte a todo el mundo. —Y colgué antes de que pudiera decirme nada más. No quería mencionarle que llevaba a una mujer herida a bordo. Y necesitaba las dos manos para el volante. En las afueras de la población de Truth or Consequences salí de la interestatal para parar en un área de servicio. Estaba bastante desierta, pero no del todo. Había una familia de cuatro miembros sentada a una mesa de picnic. Tenían un viejo perro labrador que me recordó a Basil. De los cinco, el perro fue el único que pareció interesarse por nosotros.

Me aseguré de dejar el motor encendido.

Caminé hasta la parte de detrás del autobús y miré a Maribel. Tenía el brazo vendado con alguna prenda de ropa. La herida estaba en el antebrazo y parecía que había dejado de sangrar. No tenía buen aspecto, pero me sonrió de todas formas.

—Necesita un médico —dije.

—Después de que lleguemos —dijo Rosalita. Habló en español con Maribel y Maribel me dijo que sí con la cabeza.

Dije que de acuerdo y volví a la parte de delante del autobús. Saqué el móvil para llamar al teniente Deocampo mientras las mujeres usaban el lavabo. Se movían juntas, como una bandada de golondrinas. Me fijé en que llevaban todas las mismas deportivas Adidas. Vaqueros, camisetas de colores varios y deportivas blancas con tres rayas rojas a cada lado. Maribel caminó con Rosalita. Ninguna de ellas se giró para mirarme, salvo Rosalita.

Deocampo me contestó la llamada.

—Las tengo —le dije.

Su silencio traicionó su profunda sorpresa.

—¿Estará usted ahí? —le pregunté.

—¿Cuándo?

Tuve que alejarme del autobús en marcha para oírlo.

—Este autobús va lento, muy lento. Creo que tres horas. Por lo menos tres horas para llegar al puente. Y no sé cuánto tiempo más para cruzarlo. Hay once mujeres.

Otro silencio.

—¿Teniente?

—Aquí estoy, señor Wells.

—¿Estará ahí?

—Estaré ahí.

Más calor en Nuevo México.

Rosalita llevó a las demás de vuelta de la caseta de ladrillo al autobús. Esta vez la familia del picnic sí que las miró. Me quedé junto a la portezuela abierta como un chofer mal vestido mientras las mujeres, una por una, regresaban a bordo. Todas me dieron las gracias sin mirarme a la cara. No entraba nada de aire por las ventanillas y hacía un calor extremo en el autobús, pero parecía que a las mujeres las molestaba o las afectaba menos que a mí. Maribel se había lavado y tenía un poco de mejor aspecto, pero cuando intentó sonreírme al subir vi que no estaba tan bien como quería aparentar.

Puse la bestia en primera marcha y le di gas. Mientras lo estaba haciendo, apareció rodando frente a mí una pelota infantil y el instinto me hizo dar un frenazo. Craso error. El autobús se caló. Nos quedamos allí parados en el asfalto, impotentes. Las mujeres no sabían mucho inglés, pero creo que entendieron en líneas generales la breve exclamación que mascullé entre dientes. Para añadirse a la intensidad de la situación, allí embarrancados en aquella sauna averiada, el hombre blanco de la familia del picnic se nos acercó caminando. Recogió la pelota, vino a la portezuela y se la abrí.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada —dije. Miré al resto de su familia.

—¿Problemas con el autobús? —Era un tipo bajito y musculoso y llevaba una barba rubia mal cuidada, aunque su pelo era rojo. De debajo de la manga le asomaba un tatuaje, pero no pude ver qué representaba.

—Supongo —dije.

Antes de que yo pudiera añadir nada más, subió a bordo. El corazón se me puso a cien. El hombre vio de inmediato el enredo de cables que colgaba por debajo del salpicadero. Me miró y volvió a mirar los cables.

Rosalita se levantó de su asiento y se me puso detrás. No sé si la intención de aquel gesto era demostrar que no me tenía miedo, pero ése fue su efecto. De alguna forma el hombre, tras mirar a las caras del autobús, a Rosalita y por fin a mí, consiguió deducir algo que pareció persuadirlo.

—¿Sois de alguna iglesia? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

Oteó la parte de la autopista que resultaba visible y luego miró por el pasillo del autobús hacia la ventanilla de atrás.

—Trabajé de conductor de autobús escolar en Denver —dijo—. Y siempre estaba perdiendo la llave. ¿Le importa si le ayudo?

—Por favor. —Hice el gesto de levantarme de mi asiento.

—No hace falta que se levante. —Me pasó el brazo por el lado y agarró los cables. Vi que el tatuaje mostraba a un personaje de dibujos, al que no pude identificar aunque me sonaba, sentado sobre un ancla.

—¿Estuvo usted en la marina?

—En los marines.

—Yo también.

—Semper fi —dijo—. Odié el cuerpo de marines.

—Yo también.

—Deje esos dos cables enrollados entre sí como están ahora. Coja éste rojo y ése verde y júntelos para que hagan chispa. Así. —Los juntó, haciendo saltar una chispa, y el motor arrancó—. Dele revoluciones —me dijo.

Obedecí. Dejé el pie sobre el acelerador para mantener el motor en marcha.

—¿Entendido? —me preguntó.

—Gracias —le dije.

—*Gracias* —dijo Rosalita.

—De nada. —Salió del autobús caminando hacia atrás y volvió a mirar a las mujeres—. Que tengáis buen viaje.

—Gracias otra vez.

Mientras nos alejábamos, no supe qué pensar. ¿Acaso el hombre había intuido el terror de aquellas mujeres y el hecho de que yo las estaba ayudando? ¿O estaba disimulando para después poder ir corriendo a llamar a la policía? Daba igual. Necesitaba suponer que ahora nuestros perseguidores sabían en qué dirección estábamos viajando. Salí de la interestatal en Williamsburg, compré agua en una gasolinera y decidí seguir rumbo al sur por la carretera estatal 187.

Lejos de estar vacíos, los márgenes de la carretera se encontraban salpicados de negocios destartalados y cerrados —recauchutado de neumáticos, reparación de radiadores— y de alguna que otra iglesia minúscula construida con los mismos plafones de aluminio que los talleres. Allí abajo no había ni rastro del encanto pintoresco del norte de Nuevo México. El tráfico era escaso, pero el hecho de que sólo hubiera dos carriles hacía que la carretera estuviera congestionada de todas formas. Llevábamos otra hora conduciendo cuando me fijé en que todavía teníamos medio depósito de gasolina. El medidor no funcionaba. Imposible saber si teníamos tres cuartos de depósito o tres cuartos de litro. No me quedaba más remedio que seguir adelante.

Rosalita detectó de alguna forma mi preocupación.

—¿Va bien?

—Todo bien.

La carretera giró en dirección sudoeste y pasó por debajo de la interestatal, continuando al otro lado. Aquella ruta prometía añadir horas al trayecto, pero mi determinación de seguirla no se alteró. Llamé a Deocampo y le dejé un mensaje diciéndole que nos íbamos a demorar y que no se marchara si al llegar no nos encontraba. De entrada todo había ido de perlas, pero ahora parecía que todo se torcía.

Me detuve en un pequeño supermercado con dos surtidores de gasolina. Salí y di la vuelta al vehículo, dándome cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba la boca del tanque. En cualquier caso, no me veía capaz de poder arrancar otra vez el motor por mucho que la encontrara.

En la tiendita compré unas garrafas de agua y las dejé sobre el mostrador. La cajera miró el autobús a través de la puerta abierta y luego me escrutó largo y tendido.

—Tengo lavabos en la parte de atrás —me dijo. Era una mujer latina de pelo gris—. Están muy limpios. —La tienda no tenía aire acondicionado y dentro hacía el mismo calor que en el autobús, pero no parecía molestarla—. ¿A quién lleva en ese autobús? —preguntó. Me impresionó que fuera tan directa.

—A unas amigas —dije—. Me las llevo de vuelta a México.
Me miró a los ojos y a través de mis ojos.
Aparté la vista.
—Llévese unas bolsas de patatas —me dijo—. Invita la casa.
Le di las gracias y me fui. Mientras subía al autobús, miré por encima del hombro. La mujercilla estaba en la puerta. Se despidió con un gesto de la mano.

De vuelta en la autopista, pareció que nos estábamos adentrando en otra tormenta. El cielo se puso oscuro, pero por lo menos la temperatura bajó un par de grados. Rosalita me ofreció agua. Bebí un poco y le devolví la botella.
—¿Estáis bien? —pregunté.
Se quedó callada un momento.
—A veces nos llevaban a una ciudad —me dijo en español.
No lo entendí del todo. Era algo de ir a una ciudad. Asentí con la cabeza de todas formas.
—Pronto —le dije.
Cada vez me producía más ansiedad ir por aquella pequeña carretera. Nos estábamos alejando de El Paso y me daba miedo perderme por completo. Así pues, regresé a la interestatal. La cosa no mejoró, ya que tuve que meter el autobús en un carril casi embotellado. Ya casi eran las dos pasadas. Llamé a Deocampo y le dejé otro mensaje. El hecho de que tampoco ahora me cogiera el teléfono me hizo sospechar que nos había abandonado.
Avanzamos a paso de tortuga. Rosalita hablaba inglés igual de mal que yo español. Intenté preguntarle si todo estaba bien, y creo que me contestó que tenían calor pero que estaban bien. La gente de los coches me miraba. Me sentí desnudo. Sentía un miedo constante de chocar con otro coche. Tenía que haber obras o algún accidente en la carretera. Supe por experiencia que podía ser algo tan nimio como alguien cambiando un neumático. Por supuesto, sospechaba que debía de ser un accidente, pero tampoco me podía quitar de la cabeza la idea de que fuera un control policial. No importaba qué clase de control: de alcoholemia, registro de vehículos, lo que fuera. «Sí, llevo este autobús robado porque estoy devolviendo a estas mujeres secuestradas a México». Tal como no paraba de recordarme a mí mismo, era consciente de que no resultaba una posibilidad tan alarmante; sin embargo, comportaría que yo no devolviera a las mujeres a México en breve, cosa que se había convertido en mi misión singular, asegurarme de que llegaran a casa. Y lo de que había robado un vehículo era verdad.

La luz roja intermitente de un camión de bomberos me permitió respirar otra vez. Supe entonces que había sido un accidente. Resultó que se había incendiado un coche. Un hombre con chaqueta de cuero esperaba a un lado mientras los bomberos rociaban con espuma su Mustang descapotable del 64. Sentí una oleada de lástima por el hombre y me sorprendió tener energía para sentir cualquier cosa que estuviera fuera de mi burbuja. En cuanto dejamos atrás la escena, el tráfico empezó a fluir otra vez. Cruzamos la frontera de Texas.

Hacía el mismo calor en Texas.

El motor del autobús hizo un ruido nuevo, lo volvió a hacer y se murió. Llegué a entrar en el aparcamiento de un centro comercial. Intenté volver a arrancarlo y conseguí hacer la chispa y que girara el motor de arranque, pero yo sabía cuál era el problema. El autobús se había quedado sin gasolina. Me giré para mirar a Rosalita; me puse de pie y observé las caras asustadas de las otras diez. Hice una señal con el brazo.

—*Vámonos* —dije.

Bajaron detrás de mí a la superficie del aparcamiento. Había una tintorería, una tienda de ordenadores cerrada y un restaurante tailandés. Desde donde estábamos, pude ver el Puente de Santa Fe. Echamos a andar. Si antes habíamos pasado desapercibidos, ya no era el caso. Yo parecía una especie de líder de secta patético. Y mi actitud todavía lo empeoraba más. Estaba tan ansioso por alcanzar la frontera que caminaba mucho más deprisa de lo que debería, obligando a las mujeres a ir prácticamente al trote para no quedarse atrás. Hacía tanto calor que llevaba la camisa caqui empapada y pegada a la piel. Por fin Rosalita me alcanzó y me puso la mano en el hombro. Me giré para mirarla.

—Maribel no está bien —me dijo.

Maribel iba muy rezagada, con dos mujeres más. Vi desde diez metros de distancia que se estaba apagando. Le volvía a sangrar el brazo.

Me detuve junto al tenderete de un hombre que vendía fruta y le pregunté dónde había un hospital. Señaló el letrero de una clínica de urgencias que había al otro lado de un aparcamiento.

Fui con Maribel. Se la veía muy débil. Le dije a Rosalita:

—Todas ustedes continúen.

—No nos vamos a separar —dijo. Las demás mujeres y ella hablaron en tono frenético entre ellas. No las entendí—. No nos vamos a separar —me repitió.

De forma que cruzamos todos el aparcamiento y llegamos a la clínica de urgencias, que ya estaba abarrotada. Dentro, todo el mundo se giró para mirarnos, casi como si les diéramos miedo. Rosalita y yo fuimos a la recepción.

—¿Puedo ayudarlos? —me preguntó la mujer del mostrador.

—Nuestra amiga necesita atención médica —dije.

La mujer me abrasó con la mirada.

—¿Qué le pasa?

—Le han disparado —dije.

Miró a Rosalita y después a las demás mujeres. Jugueteó con el lápiz y se giró hacia la oficina.

—Le sangra el brazo —dije—. Creo que ha perdido mucha sangre.

—¡Carlos! —llamó—. ¿Cómo se llama?

—Maribel —dijimos Rosalita y yo al unísono.

—¿Ocupación?

—Esclava —dije.

La recepcionista me miró. Aparté la vista. Miré por la ventana: el aparcamiento, los coches que circulaban. Volvía a llover.

∽